

Selecta



BEGOÑA GAMBÍN

*Tú alteras
mi mundo*

Tú alteras mi mundo

Begoña Gambín

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A Sento, porque nadie en el mundo
me hace reír más que tú*

Capítulo 1

UN REENCUENTRO INESPERADO

*B*enidorm (Alicante), 29 de julio de 2017

Raquel bajó del taxi con rapidez en cuanto hubo pagado la carrera y mandado un wasap a sus amigos para avisarles de que ya había llegado, y una bofetada de aire caliente le dio en el rostro al cambio con la temperatura que había en el interior del coche debido al aire acondicionado.

No sabía cómo se las ingeniaba, pero casi siempre llegaba tarde cuando quedaba con sus amigos; en cambio, cuando eran reuniones de trabajo, su formalidad rayaba la tan cacareada puntualidad británica.

El taxista bajó a su vez y se dirigió hasta la parte trasera del coche para abrir el maletero y sacar el equipaje de la joven. En cuanto tuvo su enorme maleta en la acera, Raquel se despidió del hombre y, arrastrando con dificultad su equipaje, se dirigió hacia la puerta del edificio de recepción del complejo hotelero.

Con inmediatez notó la humedad pegajosa que había en el ambiente, bajo el sol abrasador que caía con fuerza a la hora en que más alto estaba. Miró al cielo para comprobar que no había ni una sola pequeña nube en el firmamento y bufó al sentir cómo le caía la primera gota de sudor por la frente, bajo su flequillo.

El taxista se introdujo en su coche, pero con rapidez volvió a emerger por la

puerta, gritando y elevando el brazo para llamar la atención de Raquel:

—¡Joven! ¡Joven! ¡Su bolso!

Raquel se giró, hizo un gesto de disgusto con su rostro, abandonó la maleta en medio de la acera y regresó al taxi. Abrió la puerta trasera y recuperó su bolso.

—Muchas gracias, caballero. No sabe usted el problema que habría tenido si lo hubiera perdido; aquí dentro llevo toda mi vida —agradeció al taxista con una enorme sonrisa en su amplia boca de labios carnosos.

De pronto notó que algo se abalanzaba sobre su espalda y la atrapaba encerrándola en unos enormes brazos que le impidieron volverse. Unos labios se posaron sobre su mejilla, la apretaron en un gran beso sonoro y algo esponjoso le raspó la cara. Raquel se echó a reír al reconocer ese beso.

—¡Felipe! ¡Qué besucón que eres! —exclamó mientras luchaba para soltarse del abrazo de su amigo y colaborador.

En cuanto el joven separó los brazos de ella, Raquel se giró y lo miró sonriente. Era un tipo larguirucho y alto en exceso, de pelo castaño oscuro con un hermoso tupé —algo despeinado, a propósito—, bigote y una larga y abundante barba, pero bien recortados y cuidados. Llevaba unas enormes gafas de pasta ultramodernas que aumentaban sus angulosos ojos de color chocolate. Sus grandes manos destacaban en proporción a su delgadez pero, pese a ello, su forma de vestir y sus modales lo convertían en un chico con mucha clase. En esa ocasión llevaba un pantalón de lino en color beis con la cintura baja, que reposaba en la cadera, y una camiseta gris con cuello de pico que dejaba ver su rizado pelo en el pecho. Tenía una mezcla entre hípster y folk muy personal. Detrás de él, la joven pudo ver a sus amigas Carlota y Estefanía.

—¡Fanny! —exclamó a la vez que esquivaba el cuerpo de Felipe y se dirigía hacia ella.

La abrazó con fuerza, se balanceó y arrastró a su amiga en ese vaivén. Raquel conocía a Estefanía desde niña, cuando se habían hecho las «más mejores amigas» durante los veraneos de Raquel y sus padres en Benidorm. Su

amiga era de allí y, además, había estudiado Arqueología en la Universidad de Barcelona, donde ella residía, hecho que hizo que afianzaran su amistad durante sus épocas universitarias.

Estefanía era de cuerpo fibroso y atleta debido al deporte que practicaba, además de algo más alta que su amiga. Su pelo, moreno, rizado y largo, lo llevaba suelto en ese momento y le caía en cascada por su espalda, en lugar de la cola de caballo con la que solía peinarse. También, ese día, estaba vestida de forma inusual en ella. Solía vestir con ropa cómoda: vaqueros, camisetas y zapatillas deportivas; en cambio, en esa ocasión, llevaba un vestido veraniego de tirantes y tejido vaporoso, con un estampado muy juvenil.

—¡Qué guapísima estás! Cómo se nota en tu cara la felicidad. ¿Estás muy nerviosa? —interrogó Raquel mientras se separaba un poco de ella para mirarla.

—¡Estoy *atacá!* ¡Llevo tantos años esperando este momento! Tú lo sabes. Ufff..., espero que no salga nada mal —concluyó con unos morritos muy cómicos en sus labios—. Me alegro de que hayas aceptado mi invitación para ayudarme con los últimos preparativos. Así estoy más tranquila.

—Desde luego sigues siendo la misma exagerada de siempre, pero me encanta que me hayas pedido ayuda.

—Oye, pero yo insisto: me gustaría que te vinieras a casa de mis padres, igual que Felipe. Me sabe fatal que pagues quince días de hotel si puedes estar allí.

—Tranquila, Fanny, ya te dije que me hacen un precio especial por mi trabajo; además, así aprovecho para echarle un ojo a este complejo hotelero. He quedado con mi padre, que vendrá algún día antes de tu boda, para pasarle un informe.

—Tengo muchísimas ganas de verlo. Hace años que no me achucha como solo él sabe hacerlo.

El padre de Raquel era el propietario de una pequeña cadena de agencias de viaje en Cataluña y ella tenía bien claro, desde niña, a lo que se iba a dedicar,

así que estudió un grado de Turismo, con la especialidad de Dirección Turística, en la Escuela Universitaria de Hostelería y Turismo de Barcelona.

Desde que se graduó, colaboraba con su padre en la dirección del negocio, además de crearse un nombre como gestora de espacios de ocio.

Pero, sobre todo, su padre era una gran persona y muy, pero muy cariñoso.

—Bueno, querida jefa y amiga, ¿no piensas saludarme? —preguntó Carlota acercándose a las dos.

La joven era la más alta de las tres y la más coqueta pero, claro, como solían decirle sus amigos, con esa figura perfecta, sexi y provocativa, ¡cualquiera ligaba! Ellos siempre la picaban al decirle que no tenía ningún mérito llevarse de calle a todos los hombres porque la naturaleza había sido muuuuy generosa con ella. Además de unas curvas de escándalo y unas largas piernas espectaculares, su pelo rubio destacaba por su ondulación natural y su brillo; y para rematar, sus ojos, de un azul profundo, embelesaban a cualquier género humano.

—Mira que eres «celosona», Carlota —le dijo Estefanía al tiempo que le dedicaba un empujón con la cadera y una sonrisa guasona en su rostro.

—Fanny tiene razón, Carlota. Mira que te gusta ser el centro de todas las atenciones. ¡Si hace dos días que nos separamos! —respondió Raquel a la vez que le daba dos besos.

—¿Y yo qué? Pasaste de mí en cuanto viste a Fanny —protestó Felipe uniéndose a la broma.

Raquel se giró hacia él, que se había colocado detrás de Carlota, y le dio una palmada en el brazo.

—Menudos amigos y colaboradores más bobos que tengo. Creo que voy a tener que revisar vuestros contratos —se burló mientras señalaba a Felipe y a Carlota alternativamente.

Carlota era su secretaria, colaboradora y amiga desde hacía cinco años. Prima de Estefanía, ella se la recomendó cuando le comentó lo que andaba buscando. La joven había estudiado un grado superior de Secretariado y tenía

ganas de salir de Benidorm para conocer otros mundos. Desde entonces, Raquel y Carlota se habían convertido en inseparables.

En cuanto a Felipe, era amigo de Raquel desde la universidad y, por lo tanto, también de Estefanía. La joven lo había contratado al poco tiempo de graduarse los dos, con el beneplácito de su padre. Raquel sabía que era un buen fichaje, puesto que hicieron todo el grado de Turismo los dos juntos. Lo conoció el primer día de clase y así permanecieron los cuatro años de estudios. Se apoyaban el uno en el otro, ayudándose en sus carencias. Ahora colaboraba con Raquel en la planificación de viajes.

Después de los años que llevaban juntos los tres, podía asegurar que formaban un gran equipo.

—Venga, vayamos a la cafetería del hotel a tomarnos algo mientras te cuento cómo va lo de la boda —indicó Estefanía a la vez que comenzaba a empujarlos hacia la entrada del hotel.

Raquel se giró para coger su maleta, pero Felipe se había adelantado y ya la arrastraba.

—Mejor será que la lleve yo, jefa. ¡No es por peloteo, eh! Si te dejo a ti arrastrarla, seguro que destrozás algo con ella.

—No sé a qué te refieres —repuso elevando la barbilla en una actitud altiva, aunque una leve sonrisa, que contradecía sus palabras, afloró de sus labios.

Pero dicha altivez ficticia acabó en cuanto comenzó a andar porque, al girarse, tropezó con Carlota, que los estaba esperando detrás de ella. Menos mal que su amiga reaccionó con rapidez y la sujetó por los brazos para evitar que se cayera.

—Ya... No lo sabes... —murmuró Felipe, burlón.

Raquel se volvió hacia su amigo.

—¡Ni una palabra más! —exclamó señalándolo con un dedo en actitud amenazante.

Mientras los cuatro amigos se reían con fuerza, se encaminaron hacia el hotel. Cuando entraron, la fuerte luz del sol levantino que había en el exterior

los cegó con la negrura del interior de manera momentánea. En cuanto Raquel recuperó algo su visión, pudo contemplar el hermoso *hall* que recibía a los clientes del complejo. Se trataba de un vestíbulo amplio y decorado como una típica casa mediterránea: con las paredes de estuco blanco y hermosas plantas por todos los rincones. En el techo se podían admirar las vigas de madera envejecida, a juego con los muebles rústicos. Los sillones, que descansaban sobre el suelo de terracota, estaban tapizados de loneta tono hueso. El toque de color lo daban grandes cojines forrados con telas con dibujos geométricos en azul cobalto sobre fondo blanco, así como pequeños artículos decorativos, diseminados por doquier, del mismo matiz de azul.

Raquel se dirigió hacia el mostrador de recepción, que se encontraba a un lado del vestíbulo y que constaba de un medio tabique estucado con la encimera de madera rústica.

—Soy Raquel Durán. Tengo una reserva —explicó al recepcionista, que le había ofrecido una sonrisa como prueba de recibimiento.

—Bienvenida, señora Durán. Enseguida busco su reserva y la acompañamos a su chalé independiente.

—No, solo quiero avisar de que ya estoy aquí. Voy a la cafetería con unos amigos, más tarde iré a la habitación.

—Bien, si me lo permite, podemos llevarle la maleta ahora.

—Me parece perfecto.

En cuanto Raquel terminó de registrarse y un botones se llevó su maleta, los cuatro amigos se dirigieron a la cafetería del hotel, que estaba en uno de los laterales del *hall*, frente al mostrador, tras unas hermosas puertas de madera de cedro, con unas espléndidas vidrieras de colores que representaban un paisaje de la playa formada por multitud de tonos azules, arena tornasolada y un hermoso sol.

Estefanía los guio hasta una esquina del local, en el que había una mesa para cuatro; la seguía Carlota, luego iba Felipe y cerraba la marcha Raquel. Cuando los tres primeros ya se estaban acomodando, Raquel llegó junto a su silla y la

separó de la mesa para sentarse. Pero, al ir a introducirse en el hueco, se enganchó con un pie en la pata de la silla en la que se estaba sentando Felipe y la desplazó hacia un lado, lo que provocó que el pobre y sufrido amigo se precipitase hasta el suelo y se quedase tumbado con las piernas elevadas señalando el techo.

—¡Felipe! ¡Cuánto lo siento! ¿Te has hecho daño? —interrogó con preocupación mientras se dirigía con rapidez a socorrerlo.

—¡No me toques! ¡Yo me levanto solo! —exclamó y apartó los brazos para que Raquel no lo agarrase.

Carlota y Estefanía los miraban a punto de romper en fuertes carcajadas.

—¡Y vosotras no os riais! —continuó Felipe al ver las caras contenidas de las dos.

Todavía no había dejado de hablar cuando las dos amigas no aguantaron más y se rieron al unísono. Felipe, al darse cuenta de la situación, las acompañó en sus risas mientras intentaba levantarse y Raquel, avergonzada, apretaba sus labios para no secundarlos. Al fin y al cabo, la culpa era suya.

Desde el otro lado de la cafetería, tres hombres no pudieron evitar mirar hacia ellos.

Dante Martín, recién estrenado propietario del complejo hotelero, observó atentamente la escena. Sus profundos ojos negros la analizaban con profesionalidad por si debían intervenir para solucionar algún problema, pero también, gracias a su experiencia en esas lides, se recreó en contemplar la figura de la joven que estaba de pie.

Llevaba unos vaqueros que moldeaban su generoso trasero, el cual se vislumbraba por el borde de la cinturilla baja del pantalón, al agacharse para intentar ayudar al hombre que estaba en el suelo. La blusa blanca, sin mangas, acababa un poco por encima de la cinturilla del vaquero y dejaba ver su estrecha cintura. La piel que pudo observar de su espalda y de sus brazos se veía muy morena con el contraste de la tela blanca. Intentó contemplar su rostro pero, a pesar de que llevaba el pelo muy corto por la nuca, un largo

flequillo le ocultaba el lado izquierdo de la cara, que era la parte que él veía de ella. Dante pudo deducir que era más bien bajita, pero muy proporcionada.

Le costó, pero al final apartó la mirada de la joven para seguir la conversación que mantenía con sus dos amigos.

—¿Tú qué opinas, Dante? —lo interrogó Darío, amigo y hostelero de Benidorm.

—¿Eh?, ¿de qué? —No pudo evitar preguntar ante su falta de atención—. Perdonad, estaba viendo si había que atender en algo a esos jóvenes de allí —concluyó señalando la mesa donde se encontraba Raquel.

—¿Seguro que solo te interesabas por eso? —le preguntó con sorna Carlos, amigo de la infancia de Dante y director del hotel en esos momentos.

Dante había acudido solo al complejo pero, en cuanto vio que allí había mucho trabajo y no se trataba tan solo de dar unas directrices, llamó a Carlos Díaz. Él se ocupaba de dirigir los hoteles que compraba la empresa familiar de Dante y que necesitaban una regeneración más profunda.

La amistad de ambos se remontaba a la infancia, aunque luego se hubieran separado durante la época universitaria, ya que Dante se había marchado a California a estudiar Economía en la Universidad de Stanford y una maestría en Dirección General de Administración de Empresas en la Escuela de Postgrado de Negocios Stanford. Carlos, en cambio, había acudido a la Universidad Complutense de Madrid para cursar Administración y Gestión de Empresas. No obstante, en cuanto Dante tuvo que ayudar a su padre en la cadena hotelera que este presidía, llamó de inmediato a su amigo porque sabía que él sería un gran activo en la empresa familiar.

Pero, claro, el peligro que eso conllevaba era que Carlos lo conocía a él casi mejor que él a sí mismo y viceversa.

—Bueno..., tú ya sabes... —No pudo evitar contestar si no quería mentir.

De todas formas, estaba entre amigos.

Darío Balaguer también era uno de sus mejores amigos. A él lo había conocido en Stanford y, desde su graduación, había ido aumentando su

reputación empresarial año tras año, logrando que lo llamasen de los hoteles más cotizados de España, hasta conseguir la dirección de uno de los mejores hoteles de Benidorm, donde llevaba ya varios años y no tenía pensamiento de abandonarlo. Decía que vivir en esa parte del país era como vivir en el paraíso, y de ahí no lo sacaba nadie.

Dante había intentado tentarlo para que se ocupase de algún hotel de su propiedad, pero se había negado en redondo. Ahora, que habían adquirido ese complejo hotelero, se le estaba pasando por la cabeza ofrecerle su dirección cuando Carlos terminase de adecuarlo y lo necesitase en otro hotel en estado precario.

—Deja que adivine... La rubia despampanante —afirmó Carlos con una sonrisa.

—Pues te equivocas... La de pelo corto —confesó Dante con el ceño fruncido. Elevó los brazos, abriendo las palmas de las manos, y sonrió de medio lado—. No me preguntes porqué, Carlos. Ya sé que no es ese mi tipo de mujer, pero hay algo en ella... Bueno, volvamos a lo que estábamos. ¿De qué hablabais?

—Pues os estaba comentando que yo creo que este complejo deberíais potenciarlo como alojamiento para familias. Al ser cerrado, los padres están más tranquilos para dejar a los niños libremente por él. Además, el hecho de ser chalés individuales es muy atrayente para ese sector del turismo —intervino Darío.

—Habría que acondicionar cierto número de chalés para alojar a las familias, pero sería sencillo de hacer. Ten en cuenta que todos son bastante amplios y disponen de una gran habitación, además de un enorme salón. Sería posible... —contribuyó Carlos—. Yo lo veo factible y una buena idea.

—Eso supondrá una inversión con la que no contábamos. He de hablarlo con mi padre y mis hermanas; algo así no lo puedo decidir yo solo —aclaró pensativo.

En el otro lado de la cafetería, los cuatro amigos charlaban sobre los

preparativos de la boda con entusiasmo. Estefanía era una romántica empedernida y siempre había soñado con una boda de cuento. Sus amigos lo sabían, por eso querían colaborar con ella y hacerla feliz; Estefanía —Fanny para los amigos— se lo merecía. La joven siempre era muy cariñosa con sus seres queridos y los defendía hasta el final. Nadie que la conociese la había visto enfadada, salvo cuando se metían con sus amigos o sus familiares. Y cuando eso ocurría..., más valía estar lejos de ella; se volvía una fiera defendiendo a sus crías.

—Entonces, ¿cómo ves lo que he pensado para entretener a los niños durante el convite, Raquel?

—Bueno, está muy claro que un hinchable y payasos es algo que siempre entretiene a los niños más pequeños pero, según me has dicho, van a haber más niños que rozan edades preadolescentes. Por eso, yo te aconsejaría una serie de cuidadores que se ocupen de los pequeños, pero que también entretengan a los más mayores con actividades para su edad, como juegos de búsqueda del tesoro o el juego del pañuelo y otros muchos con los que podrían disfrutar a lo grande.

—¡Me encanta esa idea, Raquel! ¿Conoces alguna empresa que se dedique a eso?

—Pues... en esta zona no, pero yo suelo recurrir a los grupos *scouts*. Se reúnen en casi todas las ciudades de nuestro país y siempre hay alguno de sus *scouters*^[1] que tiene el título de animador sociocultural. Conocen a los niños como nadie y saben manejarlos en cualquier situación, además de que, como ellos trabajan con críos desde los seis años hasta los dieciocho, saben divertirlos en casi todas las edades.

—¡Sí!, me parece una idea genial. Además, conozco a alguien que es *scouter* en el Grupo Scout Nyeri de San Vicente del Raspeig, que es una localidad cercana a Alicante. Me pondré en contacto con él y podemos reunirnos para planificarlo —le informó entusiasmada—. No, espera, voy a llamarlo ahora mismo —concluyó mientras cogía el móvil y buscaba entre los

números de su agenda.

Mientras Estefanía hablaba con su amigo, Raquel se dedicó a observar la decoración de la cafetería, pasando la mirada por toda la sala hasta posarla en el grupo de amigos que había al otro lado del local.

Ojeó a los tres hombres allí reunidos hasta que uno le llamó la atención. «¡No puede ser!», gritó Raquel en su interior. Pero lo era. Ese perfil era único para ella. Lo tenía grabado en su retina desde hacía nueve años. Y aunque no llevaba su típica barba de varios días y su pelo era más corto, lo había reconocido al instante.

—¿Te ocurre algo? —la interrogó Carlota al ver su cara descompuesta.

—No... no... —balbuceó sin apartar los ojos de Dante.

Miles de recuerdos se agolpaban en su mente pugnando por salir y dañarla de nuevo. Desde hacía nueve años, temía que, tarde o temprano, se lo encontrara en cualquier lugar o evento del gremio. Al fin y al cabo, ambos tenían la misma profesión o, por lo menos, así era cuando se conocieron.

De reojo lo miró con atención y pudo comprobar que seguía siendo igual de guapo. No, guapo no, guapísimo. Recordaba, con todo detalle, su rostro de nariz fina y con un ligero hoyuelo en la punta; su boca expresiva de labios delgados y esos profundos ojos negros, audaces y sensuales. Ahora iba vestido con mucha más elegancia de lo que vestía antaño, pero el traje le sentaba como un guante.

Cuando volvió a elevar la mirada hacia su rostro, se tropezó con los ojos de él, que la observaban con curiosidad. De forma inmediata, giró su cabeza por temor a que la reconociera, pero él no dio muestras de tal hecho.

Estaba claro que, para el joven, solo había sido un simple y remoto pasaje de su vida y que, en cuanto se deshizo de ella, pasó al olvido. Así era mejor; por lo menos, ahora se podía sentir tranquila.

Suspiró aliviada y volvió a prestar atención a sus amigos. Estefanía acababa de colgar su móvil.

—Perfecto. Mañana viene Óscar para hablar con nosotros. Y ahora, ¿qué os

parece si vamos a ver tu alojamiento? —preguntó a Raquel.

—Buena idea. Tengo curiosidad por empezar a examinar algo de este complejo —confesó la susodicha, mientras se levantaba de la silla, deseosa por salir de allí y perder de vista a Dante.

Sus tres amigos la imitaron y se levantaron también pero, en cuanto Raquel se dio la vuelta para salir, los tres permanecieron quietos y se miraron con una sonrisa cómplice. Ya estaba casi llegando a la puerta cuando Felipe la llamó con voz jocosa:

—¡Raquel!, ¿no se te olvida algo?

La joven se detuvo, giró su torso de medio lado y le contestó con otra pregunta:

—¿Me toca pagar a mí?

—Inténtalo...

Raquel echó la mano a un costado para coger su bolso. Palpó su cuerpo sin encontrar lo que buscaba y, cuando se dio cuenta de lo que pasaba, se volvió hacia sus amigos y rompió en unas fuertes y curiosas carcajadas, muy particulares, contagiosas, inconfundibles y bastante estruendosas. Del respaldo de la silla, donde ella había estado sentada hasta hacía un momento, colgaba su bolso olvidado.

Sus amigos la acompañaron en las risas, al mismo tiempo que una cabeza se giraba asombrada, empequeñecía los ojos para enfocar mejor y miraba a la joven con curiosidad. Entre el coro de risas alegres, jóvenes y cristalinas, una había atraído su atención en particular.

—¿Raquel? —preguntó Dante, extrañado, mientras se levantaba de su silla. Esas carcajadas las reconocería en cualquier sitio y circunstancia.

«¡Oh, no! No, no, no, no. ¡Esto no está pasando!», pensó la joven con angustia.

Se hizo la sorda y avanzó hasta coger el bolso pero, cuando volvió a darse la vuelta para dirigirse hacia la puerta, ignorando a Dante, tropezó con él. Sus manos se posaron sobre su pecho para retomar el equilibrio que había perdido

y las retiró con rapidez, como si quemara. Elevó su mirada hacia él.

—¿Raquel, eres tú? —insistió el joven.

La joven no sabía cómo salir de esta. Ojalá el suelo se la tragase de un bocado.

—Sí..., soy Raquel... ¿Te conozco? —inquirió, haciéndose la ignorante.

—¿No te acuerdas de mí? Soy Dante —persistió, con una amplia sonrisa.

La joven frunció el ceño y fingió mirarlo con esmero en un intento por recordar. Meneó la cabeza de un lado a otro con lentitud.

—Pues..., no... Lo siento..., no te recuerdo... —mintió, sin pizca de remordimiento.

—¿Pues no he cambiado tanto! —exclamó Dante, a la vez que fruncía el ceño.

—Pues, no sé... ¡cómo no te recuerdo!

Un coro de risas sonó detrás de ella. Los tres amigos asistían expectantes al inesperado encuentro. Dante, al oír las risas burlonas, empezó a sentirse cabreado.

—¿Pues, bien que te acordabas de mí cuando me besabas!

Raquel se quedó pasmada con la boca abierta.

—¡¡Serás cabrón!! —le espetó cuando se recuperó— ¡Te aseguro que no era para tanto!

—¡¿Ves cómo sí que me conoces?! —tronó, triunfante al descubrir la mentira.

La joven boqueó sin saber qué decir. Un fuerte color rojo tiñó sus mejillas con rapidez, y miró alrededor como si estuviera buscando algo. Y sí. Buscaba algún sitio adonde poder esconderse y no salir nunca más de allí. En esos momentos se moría de vergüenza pero, como no tenía cómo escabullirse, decidió encararlo a él. No iba a dejarse apabullar.

—Igual era cosa del subconsciente, que prefería no recordarte —contestó, elevando su mentón y apoyando las manos en sus caderas con arrogancia—. Por algo será, ¿no crees?

Dante no pudo evitar mirarla de arriba abajo mientras la escuchaba. No parecía la misma chica de antes. Su rostro se había afinado mientras que el resto del cuerpo había cogido peso y se había moldeado en los sitios adecuados. Seguía siendo igual de bajita, aunque lo disimulaba con unos elevados tacones. El cabello, ahora, lo llevaba corto, muy corto por detrás, que estilizaba su cuello, y con un largo flequillo hacia un lado que le tapaba casi la mitad del rostro. La vio soplar hacia arriba en un intento de apartarlo de su ojo izquierdo.

Sus ojos... los recordaba con claridad. Era lo único que parecía que permanecía igual, pese a que solo podía ver uno. Sus hermosos ojos rasgados de color violeta... Aunque antes se veían soñadores y confiados, y ahora aparentaban muy enfadados.

—Venga, vamos, Raquel, ¿en serio? Ya han pasado... ¿cuántos?, ¿nueve años? ¿Y todavía me guardas rencor?

Raquel intentó tranquilizarse y no demostrarle el daño que le había causado en el pasado. Miró a sus amigos, que todavía permanecían detrás de ella, escuchándolos.

—¡Bah!, ¡qué va! La verdad es que me hiciste un favor. —Y dirigiéndose a sus amigos, a la vez que se giraba hacia la puerta, dijo—: Vamos, aquí ya hemos acabado.

—¡Oye!, ¿a qué te refieres? Deberíamos hablar, ¿no crees? —insistió Dante.

—Paso. *Adéu*[2]! —le contestó Raquel sin volverse, a la vez que elevaba el brazo y le hacía un gesto con la mano en un claro signo de desprecio.

Felipe, Estefanía y Carlota pasaron por al lado de Dante, lo adelantaron y siguieron a su amiga fuera de la cafetería.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —preguntó Felipe, estupefacto, en cuanto se reunieron en el *hall* del hotel.

—Nada —respondió Raquel con un tono de «ni se te ocurra seguir preguntando».

Pero, como Felipe era Felipe, no se dio por aludido y siguió con su

interrogatorio.

—¿Conoces a ese tipo?

—Sí, Felipe, lo conocí hace muchos años —respondió, con evidente irritación.

—Es muy mono... Y dime...

—¡No te digo nada más! Forma parte de un pasado que prefiero no recordar.

—¡Eh, eh!, ¡guapita! ¡Yo solo quería saber si tendría posibilidades con él!

Raquel se quedó cortada.

Sus amigos la miraban con distintos gestos: Felipe fruncía ligeramente su ceño, un poco enfadado (él no era capaz de algo más profundo con su amiga querida); Carlota permanecía con la boca abierta, atónita desde que había aparecido Dante en acción, y Estefanía tenía una sonrisa soñadora en su rostro.

—Perdona, Felipe, he sido una grosera contigo, creía que me ibas a preguntar por mi relación con él. Si quieres que te diga la verdad, dudo que tengas posibilidades. Cuando yo lo conocí, era el típico pijo ligón. Muy ligón, para ser sincera. Todas las chicas lo miraban por la calle y, visto lo visto, no creo que haya cambiado mucho. Por lo menos, en lo de pijo.

—¡Un momento! Felipe puede que no te pregunte sobre él, pero yo sí pienso hacerlo. Huelo una historia romántica a kilómetros —replicó Estefanía—. Y yo no la conozco, cosa rara si tenemos en cuenta que somos amigas de toda la vida —terminó de hablar con una evidente ironía en su tono de voz.

—¡Bufff! Fanny, no quiero hablar del tema. No insistas, por favor —le pidió con desaliento.

—¡Ja! Muy mal me conoces si crees que voy a dejarlo pasar.

En ese momento, por el rabillo del ojo, vio que Dante salía de la cafetería y lo que menos le apetecía era volver a enfrentarse a él, así que agarró a Estefanía del brazo con una mano y con la otra, el de Carlota, y las arrastró hasta el mostrador.

—¡Está bien!, os lo contaré todo en la habitación. Ahora vámonos de aquí lo más rápido posible, por favor —les susurró con voz apremiante.

Capítulo 2

¡PAPÁ, TENGO VEINTIDÓS AÑOS!

*B*arcelona, nueve años antes

—¡Venga ya, papá! Llevo años preparándome para esto —exhortó Raquel, asombrada, a su padre mientras se dejaba caer en una silla junto a él.

Santos Durán, padre de Raquel, se encontraba desayunando en el comedor de su casa. Untaba con tranquilidad una tostada de pan con mantequilla.

—Lo sé, canija, por eso necesito que te reincorpores lo antes posible al negocio ¿Quieres una tostada? —replicó Santos a la vez que alargaba su mano y acariciaba el rostro de la joven.

—No, tú lo que quieres es que no me vaya de viaje. Y no, se me han quitado las ganas de desayunar.

—De eso, nada, guapa. Un desayuno es esencial para comenzar el día con fuerzas; te unto una tostada y te la comes y sírvete un vaso de zumo de naranja, que lo he hecho especialmente para ti. Y te equivocas: no me importa que te tomes un tiempo para descansar antes de asumir tus obligaciones. No pondría ninguna pega si viajases con cualquiera de los paquetes de viajes que preparamos en nuestras agencias —aclaró el padre mientras cogía otra tostada y comenzaba a untarla.

—Pero eso no es lo que yo quiero. Necesito ir a mi aire para conocer rutas y hoteles nuevos y poder ofrecer a nuestros clientes viajes alternativos y únicos

—le explicó a la vez que abría los brazos y extendía las palmas hacia fuera en señal de impotencia.

—Cariño, para eso tenemos ya a nuestros proveedores de viajes. —Acabó de untar la tostada y se la alargó a su hija.

—Ahí está el tema, papá —rebatíó mientras tomaba la tostada de entre las manos de su padre—. Nuestros proveedores ofrecen los paquetes a otras agencias y yo quiero brindar a nuestros usuarios otras opciones que no tengan los demás.

—Pero, canija, eres muy joven para ir sola por esos mundos, y más sin la protección de un guía que os lleve a ti y al resto de los turistas por los sitios más seguros, además de la compañía.

—¡Papá, tengo veintidós años! De verdad que no te entiendo; me has dejado que me fuese a Italia a hacer mis prácticas en un hotel de allí. Según dices, estás deseando que entre a formar parte del negocio familiar por el cual tendré que viajar a menudo, y sola. Sin embargo, le pones trabas a algo que nos va a beneficiar y la única excusa es mi edad.

—¿Y te tienes que ir mañana? Podrías pasar unos días más aquí.

—Lo siento, pero ya tengo los billetes comprados. Llevo tiempo avisándote, pero no me has querido escuchar. A lo mejor pensabas que, haciéndote el sordo, se me iba a olvidar...

—¿Y por qué no te vas con alguna de tus amigas? —interrogó Santos haciendo oídos sordos a las últimas palabras de su hija.

—Porque quiero hacerlo sola. Si hubiese querido viajar en compañía, así lo habría planificado, pero me apetece ir sola conmigo misma. Quiero disfrutar de los rincones que encuentre en mi camino, no de las personas.

La joven alargó el brazo y agarró la jarra de zumo, y se dispuso a llenarse un vaso, pero se distrajo un momento mirando cómo su padre fruncía el ceño pensativo, y el líquido anaranjado se esparció por la mesa.

—*Apa-l'hi!*[3], ¡qué torpe soy, caray! —vociferó dando una patada de frustración al suelo.

Santos se levantó con rapidez para coger un trapo de la cocina y secar la mesa.

—Canija, ese es tu mayor encanto —confesó su padre con voz dulce mientras limpiaba.

—¡Papá! ¡No digas bobadas! A mí no me hace ninguna gracia ir tropezándome con todo y metiendo la pata por todas partes. Lo único que consigo es que todo el mundo se ría de mí —alegó algo enfurruñada.

—¿Y no es mejor producir risas que lágrimas? *Filla meva*[4], debes aprender a ver siempre el lado positivo de las cosas —le recriminó mientras se sentaba de nuevo en la silla para seguir con su desayuno.

—Tú sabes de sobra que lo intento, pero a veces me desespero, ¡jelines!

—¿¡Jelines!?! —imitó Santos, y soltó una alegre carcajada a continuación.

Se levantó de la silla a la vez que abría sus brazos y rodeaba el cuerpo de su hija, que permanecía sentada. Le dio un sonoro beso en la cabeza y la achuchó con fuerza.

—*T'estimo*[5] —le dijo con ternura.

Raquel se deshizo con las muestras de cariño de su padre. Siempre le pasaba igual. Su padre era, ante todo, un ser bondadoso, lleno de amor; Santos era un hombre con una gran humanidad tanto en su físico como en su espíritu. Su envergadura, alta y oronda, y su espesa barba salpicada de canas le conferían una apariencia de gruñón que no se correspondía con la verdad pero, en cuanto se escuchaba su voz, cualquiera se daba cuenta.

—Yo también te quiero, papá —lo correspondió— pero, si crees que no me he dado cuenta de tu treta para desviar la conversación, es que aún me consideras más despistada de lo que soy.

Otra gran risa salió de los labios de Santos, acompañado por Raquel. Desprendió a su hija de su abrazo y volvió a sentarse.

—Ya veo..., estoy perdiendo facultades —reconoció, frotándose la barba con una mano.

—Mira, papá, creo que esta discusión es una tontería. Tanto tú como yo

sabemos que al final voy a hacer lo que yo quiera, y no por mi cabezonería, sino porque debes reconocer que será beneficioso para el negocio —aseguró con una sonrisa pícaro en sus labios carnosos.

Santos observó a su hija con detenimiento. Su niña había crecido y, aunque él ya lo sabía desde hacía tiempo, era difícil dejarla volar. Ella no sabía lo que le había costado que se fuese a realizar sus prácticas a Italia y ahora, que acababa de volver, ya estaba planificando irse de nuevo. Para él no dejaba de ser duro. Era lo único que tenía en su vida desde que su mujer, y madre de Raquel, falleció cuando ella tenía quince años.

—*Molt bé!*[6] Vamos a hacer un trato —propuso al fin.

—Dime —lo animó, renuente.

—Estoy de acuerdo con ese viaje si me das una relación de los sitios que vas a visitar y los hoteles en los que te vas a hospedar.

—¡Buff! Papá, el itinerario no está planeado al cien por cien. Estoy abierta a distintas alternativas, pero estoy dispuesta a aceptar tu propuesta. Te puedo proporcionar lo que ya tengo claro y, según surja algún cambio, te informo por teléfono. ¿Trato hecho? —le preguntó a la vez que alargaba la mano hacia su padre para que se la estrechase.

—Está bien —cedió, uniendo su mano a la de su hija.

—Gracias, papá. Me alegro de haber llegado a un acuerdo, no me habría gustado irme estando los dos cabreados. —Se levantó, abrazó a su padre y le llenó la cara de besos, con lo que consiguió que Santos sonriera con amplitud—. Y ahora me voy a mi habitación a prepararme la mochila. Tú, termina de desayunar con tranquilidad y vete a trabajar, que ya recojo yo esto en cuanto te hayas ido, ¿vale?

—*D'acord!*[7], canija —aceptó—. ¡Ah! Por cierto: ¿esta noche vas a ver el partido de Alemania-España de la final de la UEFA conmigo?

—Por supuesto, como siempre —le contestó la joven después de volverse con una amplia sonrisa en sus labios desde el quicio de la puerta.

Raquel salió del comedor y se encaminó hacia su cuarto. Cuando llegó a él,

se dirigió directamente hacia su minicadena de música y puso el último álbum de Coldplay, *Viva la vida*, que llevaba en el mercado unos pocos días, y ya estaba obsesionada con él. Luego se acercó a la cómoda y se puso a rebuscar en todos los cajones al ritmo de la música.

Cuando encontró lo que buscaba, lanzó una exclamación de alegría. Se sentó frente al escritorio que, hasta hacía bien poco, utilizaba para estudiar y, a la vez que bailoteaba, se puso a escribir.

Capítulo 3

DANTE, TE NECESITO

*B*arcelona, domingo 29 de junio de 2008

Querido diario, hacía mucho tiempo que no escribía nada en tus blancas páginas, pero he decidido usarte, esta vez, como cuaderno de bitácora. Espero que lo disfrutes tanto como yo pienso hacerlo. Estoy muy ilusionada con esta aventura y tengo unas expectativas muy grandes. Quiero conocer lugares que me asombren y me hagan palpar el corazón cuando los vea.

Mañana empezará nuestro viaje cuando salgamos en tren, a las ocho cuarenta y seis de la mañana, rumbo a Carcasona, con una parada en Narbona. ¡Nos vamos a tierras francesas! Prepárate, porque pienso contarte todos los sitios que visite, los parajes que vea y las cosas que me pasen. Tú serás mi confidente.

En cuanto Raquel abandonó el comedor, Santos se terminó el café que tenía a medias y dejó el resto sobre la mesa. Le había desaparecido el apetito que tenía en cuanto no pudo convencer a su hija de que no efectuase ese viaje. Tenía que hacer algo, no podía permitir que su única razón para levantarse cada mañana con una sonrisa en los labios se fuese de viaje, sin ninguna protección, ¡a la buena ventura!

Sacó el móvil del bolsillo del pantalón y lo abrió. A continuación, buscó un

número de teléfono en la lista de contactos y lo marcó.

—*¿Señor Durán?* —contestó una voz con prontitud.

—Dante, te quiero en mi despacho en media hora.

—*Pero si ayer me dijo que fuese a supervisar la agencia de Sitges y ya estoy en camino. Me ha pillado poniendo gasolina.*

—Cambio de planes. Da la vuelta, te espero en mi despacho lo más rápido posible.

—*¿Ha ocurrido algo, señor Durán?*

—Sí, un desastre, pero te lo cuento en persona. Date prisa, por favor.

—*Claro, claro. Hasta ahora.*

Ambos interlocutores colgaron a la vez.

Dante Martín era un buen muchacho; algo pijo y chulito, pero muy trabajador. Llevaba un tiempo trabajando para él y, poco a poco, se había ido convirtiendo en su mano derecha. Era un lince para el negocio; sus puntos de vista sobre gestión habían introducido algunas mejoras muy novedosas en la cadena de agencias de viaje. Él no era tonto y se había dado cuenta de que necesitaba gente joven que inyectara nueva savia a su empresa y, entre otras cosas, por eso era que deseaba la incorporación de su hija a ella. Pero ese no era el tema ahora; necesitaba que Dante lo ayudase de forma más personal.

Se dirigió con decisión hacia la agencia central, que estaba situada en los alrededores de la Catedral de Barcelona y donde él tenía su despacho. Una idea le rondaba la cabeza y pensaba llevarla a efecto.

Cuando Dante llegó a la agencia, se dirigió raudo al despacho de su jefe y tocó la puerta con dos golpes secos.

—Adelante. —Oyó la inconfundible voz de Santos y abrió la puerta.

—Aquí estoy, señor Durán. Dígame qué urgencia hay —dijo en cuanto entró en el despacho a la vez que cerraba la puerta tras él.

—Siéntate, Dante, tenemos que hablar.

El joven hizo lo que su jefe le pedía y permaneció expectante ante las palabras que saliesen de sus labios. Había llegado a conocerlo en profundidad durante el tiempo que llevaba trabajando con él y le tenía una gran simpatía. Siempre tenía una palabra amable para todo el mundo y, hasta ese momento, nunca lo había visto tan serio como lo veía ahora.

—Dante —comenzó Santos—, tú sabes que tengo una hija, ¿verdad?

—No podría ignorarlo. Lo he oído hablar de ella en muchas ocasiones — contestó desconcertado.

—Bien. Pues no sé, si entre todo lo que he hablado de ella, te he contado que ha estado durante un tiempo haciendo las prácticas de su carrera de Turismo en Italia y acaba de volver.

—Sí, señor, lo sabía.

—Bueno, pues ahora ella quiere irse sola a recorrer Europa. Se ha empeñado en investigar nuevas formas de realizar rutas turísticas para ofrecer otras alternativas que no estén en el mercado.

—Me parece una buena idea.

—Ya. Ella dice que todas las agencias ofrecemos los mismos paquetes y que quiere crear nuestras propias rutas.

—Tiene toda la razón, señor Durán. Sería una buena estrategia de mercado. ¿Cuál es el problema?

Seguía sin saber por qué lo había hecho volver su jefe y cada vez estaba más inquieto. Empezaba a sospechar que la vuelta de su hija supondría el despido para él. Con el regreso de ella, ya tendría junto a él a su mano derecha y él sobraría.

Se estaba poniendo nervioso, así que —como hacía cada vez que se intranquilizaba— sacó del bolsillo del pantalón sus dos piedras de río, pulidas y redondeadas, con las que solía jugar o las que simplemente tocaba desde que su madre se las regaló para que se acordara de la familia y siempre tuviese en mente el regreso a ellos. Pero esas piedras se habían convertido en algo más. Acostumbraba a moverlas en las manos de forma convulsa en

momentos como esos. Trató de disimularlo estirando los brazos para colocar sus manos entre sus piernas.

—Pues que no me gusta que se vaya ella sola por esos mundos. Quiero que alguien la acompañe en todo su viaje.

Dante permaneció a la espera de que su jefe continuase hablando. Seguía sin comprender hacia dónde se dirigía esa conversación. Cogió las piedras con una sola mano y la otra se la llevó a su barba rala para acariciarla.

—Quiero que tú la acompañes —dictaminó, categóricamente.

—¿Yo?! ¡Pero si no la conozco! —exclamó, desconcertado.

—Ya lo sé, ya. No quiero que la acompañes de verdad, sino que la sigas sin que ella se dé cuenta.

—Pero...

—También lo sé, Dante: no es tu trabajo —lo cortó nervioso.

—Yo no soy espía ni detective privado, señor Durán —protestó.

—Dante, te necesito. Confío en ti y sé que lo harás muy bien. Eres un hombre de mundo y sabrás proteger a mi hija y desenvolverte ante cualquier contratiempo.

—No sé... Ahora mismo tengo mucho trabajo; estamos en pleno verano.

—¿Me lo dices a mí? Recuerda que soy tu jefe y sé cuánto trabajo hay, pero esto para mí es lo más relevante. No hay nada que me importe más que mi querida hija.

Dante lo sabía. Lo había escuchado, en multitud de ocasiones, hablar sobre ella con enorme cariño. Siempre contaba lo maravillosa hija que era, lo buena estudiante que era, lo buena persona que era... En definitiva, que era una joven llena de virtudes y sin ningún defecto.

«Una sosa, seguro», pensó con consternación.

Estaba claro que era muy importante para Santos Durán, así que sopesó los pros y los contras con rapidez y decidió que le vendría bien de cara a su jefe hacerle ese favor. Quizás fuese el último paso para conseguir la gestión del negocio.

—Bien. Entonces, cuénteme; ¿qué tiene pensado? —aceptó, sonriendo ante el bonachón de su jefe, aunque por dentro estuviese cabreado por tener que correr detrás de una niñata consentida.

—Lo primero: trátame de tú. Creo que ya es suficiente tanta formalidad y, si tengo la confianza para dejar en tus manos la seguridad de mi hija, qué menos que nos tratemos como amigos —celebró Santos, estirando sus labios en una amplísima sonrisa.

—Estaré encantado, señor... Santos —afirmó Dante, mientras que en su interior confirmaba la determinación que había tomado.

—Pues ahora vamos a los hechos en cuestión. —Alargó la mano y cogió un portarretratos que tenía sobre la mesa, de espaldas a Dante. Lo giró y se lo mostró—. Esta es mi hija, Raquel. Supongo que querrás saber cómo es para no equivocarte, ¿no? —bromeó.

Dante lo cogió entre sus manos y pudo contemplar una foto del propio Santos junto a una joven delgaducha y bajita con rostro redondo y risueño, y con una amplia sonrisa muy parecida a la de su padre. La nariz era pequeña y recta, pero con la punta un poco afilada, muy personal. Sus ojos eran rasgados y la imagen traspasaba una mirada soñadora y confiada, aunque no se le podía distinguir su color. El pelo castaño claro lo llevaba en una melena lisa, pero algo alborotado, y su piel estaba morena hasta casi parecer un conguito.

—Esa es mi canija.

—¿Canija?

—Así la llamo yo.

—Muy mona... —Le costó encontrar una palabra para definirla sin ofender a Santos. La verdad era que esa joven no era para nada su tipo de mujer; no tenía curvas donde agarrarse y su rostro era de lo más simple. Al lado de su padre, se la veía muy poquita cosa. Parecía una cría. Mejor así. Si hubiese sido una joven despampanante, habría tenido problemas para mantener las manos quietas. Era su maldición. Dulce, pero maldición. No podía estar mucho tiempo sin terminar en la cama con cada mujer que pasase por su vida y

le atrajese. También era cierto que ellas se lo ponían muy fácil.

—Quiero que la sigas sin que ella se dé cuenta. Te daré la ruta que va a seguir y toda la información que pueda sacarle antes de que se vaya y luego, por teléfono, seguiremos en contacto para compartir información. Cuídala, por favor. Es algo despistada y torpe, por eso me da algo de miedo que vaya sola. Puede meterse en cualquier lío sin darse cuenta.

—¿Cuándo sale de viaje? He de dejar todo preparado aquí antes de partir.

—No vas a tener tiempo. Salís mañana por la mañana; a las ocho cuarenta y seis sale el tren.

—¿¡Mañana?! ¡Eso es imposible! —exclamó a la vez que negaba con la cabeza.

—Pues va a tener que serlo. Ahora mismo encargaré a mi secretaria para que haga las gestiones para comprarte el billete. Espero que no haya ningún problema. ¡Ah!, te doy una hora para delegar tus tareas y organizarlo todo; después quiero que te vayas a tu casa a prepararte para el viaje.

—¿Una hora? Eso es muy poco tiempo, Santos —se quejó.

—Pues es lo que tienes, ni un minuto más, que te conozco y estarías aquí hasta mañana ultimándolo todo. Ahora vete; te aviso en cuanto tenga los billetes del tren y, cuando reciba la relación de mi hija, te la mando enseguida.

Cuando Dante salió de la agencia, pese al calor que hacía, decidió dar un rodeo para pasear un rato por el barrio Gótico hasta la Vía Laietana, donde tenía alquilado un pequeño apartamento. Le encantaba pasear por sus calles. Lo relajaba.

Primero circunvaló la Catedral gótica de Santa Cruz y Santa Eulalia para admirar todas sus caras y luego se dirigió a la plaza San Jaime, donde se encontraba la sede del Ayuntamiento de Barcelona y el Palacio de la Generalitat. Después caminó hasta la Basílica de Santa María del Pi y, ya que estaba allí, decidió cruzar La Rambla y darse una vuelta por el Mercado de La

Boquería y comprar algo para hacerse la comida al volver a su casa.

Durante todo el trayecto, iba pensando en su situación. Apreciaba de verdad a Santos Durán y sentía mucho tenerlo engañado durante todo este tiempo, pero su futuro dependía de ello.

Su padre lo había obligado a demostrarle lo que había aprendido en Stanford y que sería capaz de llevar el negocio familiar trabajando desde cero en otra empresa del sector hasta lograr la gerencia, sin que nadie supiese quién era. Al principio se había enojado con su padre. Él tenía sus sueños de joven licenciado; se había esforzado mucho estudiando para estar a la altura de su padre. Desde joven sabía que, tarde o temprano, debería entrar a formar parte del negocio familiar, pero también sabía que su padre era muy, pero muy exigente con sus empleados y, si él no era el número uno, jamás formaría parte de la élite que acompañaba a su padre.

Y a él le gustaba la buena vida, las mujeres y los hoteles, y no precisamente en ese orden. O sí. Así que tenía como fin último vivir espléndidamente, aunque tuviese que trabajar como el que más. Lo uno no quitaba lo otro.

Pero cuando conoció a Santos, el enfado con su padre se le pasó. Disfrutaba mucho de su trabajo, entre otras cosas porque había mucha camaradería entre todos los integrantes de la cadena de agencias de viajes; era algo que había aprendido y se lo debía a su jefe. Rodearse de gente de confianza, sí, pero también de amigos con los que sea agradable trabajar.

De repente le sonó el móvil; miró el número entrante y vio que era el de su jefe.

—Dime, Santos —contestó en cuanto pulsó el botón de recibir la llamada.

—*Ya tengo la ruta que va a seguir mi hija. Mañana el destino es Carcasona, en Francia, con una parada de un par de horas en Narbona. Te he mandado un correo electrónico con toda la información.*

—Estupendo. Me han hablado mucho de esa ciudad medieval, tenía ganas de conocerla.

—*¡Oye!, ¡que tú no vas de vacaciones! Ya sabes el encargo que tienes.*

—Tranquilo, Santos, lo sé, pero no creo que sea tan complicado seguir a tu hija a la vez que aprovecho para echar un vistazo yo también, ¿no? En algo me tendré que distraer.

—*Tú no conoces a mi hija. Vas a necesitar cien ojos para evitar que se meta en problemas, ya lo verás. No te creas que vas a tener tiempo para algo más.*

Las últimas palabras de su jefe lo dejaron desconcertado. Insistía mucho en la seguridad de su hija, pero él creía que estaba exagerando. Esa muchacha tenía una carita dulce y confiada. No tenía pinta de las jóvenes locuelas que se metían en follones.

Paso a paso había llegado al mercado y se adentró entre sus puestos para buscar algo succulento que le entrase por los ojos y le alegrase el paladar. Cientos de colores inundaron sus ojos y multitud de olores penetraron por sus fosas nasales. Aspiró con fuerza. Cerca de él había un puesto de mariscos, uno de sus alimentos favoritos. Paseó por las distintas calles del mercado recreándose. No sabía el motivo, pero no podía evitar sentirse atraído por ese sitio.

Hasta que se fue a vivir a Barcelona, jamás había ido a un mercado. Se defendía cocinando porque su madre era una grandísima cocinera y se había empeñado en enseñar a sus hijos a cocinar, aunque fuese lo imprescindible; así que le había venido de maravilla para su vida en la ciudad Condal. Pero, hasta entonces, no había tenido la necesidad de comprar para alimentarse ya que, en sus años universitarios, en la residencia estudiantil donde vivía, había un autoservicio muy barato al que acudían todos los residentes, incluido él.

Al final, teniendo en cuenta de que al día siguiente iba a ausentarse de su casa hasta saber cuándo, decidió llevarse un menú de comida preparada de cocina tradicional catalana. Cuando salió del mercado, el sol estaba en su cenit y cayó de pleno sobre él. Para colmo, la humedad que había en el

ambiente le empapó la camisa de forma inmediata. Acababa de arrepentirse de haber tenido el impulso de comprar esa comida ¡caliente!

Cuando estaba a punto de llegar a Vía Laietana, sonó su móvil. Al mirar la pantalla y ver quién lo llamaba, una tierna sonrisa se dibujó en sus labios.

—Hola, mamá. Sí, te echo de menos y te quiero mucho —respondió antes de que le preguntase.

—*¡Caray, Dante! ¡Déjame ejercer de madre!* —se quejó.

—Pero, mamá, si siempre me preguntas lo mismo en cuanto te saludo.

—*Vale, entonces, no te preguntaré cuándo vienes a hacernos una visita. Llevas varios domingos sin acudir a la comida familiar.*

Dante no pudo evitar reírse. Su madre era la típica gallina clueca que siempre quiere tener a sus polluelos bajo sus alas, y obligaba a todos los hermanos a asistir a una comida familiar todos los domingos, estuviesen donde estuviesen. Él procuraba viajar a Madrid, donde residía su familia, todos los fines de semana que su trabajo le permitía para poder acudir a la comida. Sobre todo, se había vuelto bastante intransigente desde que él había vuelto de sus estudios en EE.UU. Según decía, le debía muchas comidas por todas las que se había saltado durante esos años.

—Pues siento informarte de que mañana me voy de viaje y no sé cuándo volveré.

—*¡¿Cómo?! ¿Te vas de viaje y has sido incapaz de venir a despedirte?* — lo interrogó con evidente enfado en su voz.

—Mamá, ha sido de improviso, me he enterado hoy. Es cosa de trabajo.

—*La culpa de todo la tiene tu padre* —exhortó, acentuando aún más su tono enojado.

—Ahí te doy la razón.

—*He intentado convencerlo para que desista de esta locura. Si quiere ponerte a prueba, que lo haga en nuestra empresa, no a la otra punta de casa. Hasta lo he amenazado con irme a vivir contigo si no te hacía volver. ¿Y sabes qué?: ¡voy a cumplirlo! ¡Ahora mismo hago las maletas y me*

marcho a Barcelona!

Dante frenó en seco sus pasos.

¡No!, ¿su madre en Barcelona? ¡Oh, no, no!

Él la quería muchísimo, pero tenía que reconocer que su madre era muy controladora y él se había acostumbrado a vivir su vida sin las preguntas inquisitorias de ella y sin tener que dar explicaciones a nadie sobre lo que hacía o dejaba de hacer. ¡Tenía que convencerla de que no lo hiciese!

—Mamá, mamá, tranquila. Yo estoy bien. Me gusta mi trabajo y ahora no puedo dejarlo, de verdad.

—*Pero...*

—No, escucha. Mañana me voy de viaje y no sé cuándo volveré, ya te lo he dicho. Vendrías para estar sola. Mira, te prometo que, en cuanto vuelva, me voy directamente a Madrid a pasar unos días con vosotros, ¿vale? —Se quedó en suspenso, esperando la respuesta de su madre.

—*Bueno..., en eso tienes razón...* —le contestó renuente—. *Está bien, pero no me falles. Te quiero en casa en cuanto vuelvas.*

—Ahí me tendrás. Ahora tengo que despedirme, mamá.

—*Te quiero, cariño.*

—Y yo a ti, mamá.

En cuanto colgó, aspiró todo el aire que pudo contener en sus pulmones y lo expulsó con un amplio suspiro de alivio. ¡Por los pelos!

Tenía que dar gracias al indeseable viaje; por él se había librado de su madre. Como solía decir su abuela: «No hay mal que por bien no venga».

Continuó su camino, hacia su comfortable apartamento, con una tierna sonrisa en los labios, recordando a su querida madre. Al llegar a él, lo primero que hizo fue encender su portátil para ver si Santos le había enviado la información prometida. En cuanto entró al correo, comprobó que allí estaba; lo abrió y leyó las pocas líneas de que constaba.

—¡Vaya con la niña! —exclamó en voz alta a la vez que fruncía el ceño.

O no quería tener a su padre informado de su recorrido o realmente iba a la

ventura. Las dos posibilidades le gustaban; demostraba algo de carácter en la chica.

Capítulo 4

¡ERES TONTO!

Lunes, 30 de junio de 2008

¡Hola, Bitácora! ¡Por fin comenzamos la aventura! Ya estoy en el tren esperando que se haga la hora de partir. ¿Te lo puedes creer?; Contra el pronóstico de mi padre, he llegado a tiempo.

Dentro de diez minutos se supone que se pondrá en marcha y podremos empezar a visitar ciudades y lugares con mucha historia. Estoy mirando alrededor y veo caras de expectación, como supongo que así refleja la mía. La gente, poco a poco, va llenando el vagón. Entran, buscan su asiento y colocan sus bolsas de viaje donde pueden y se sientan, o conversan unos con otros. Después, hacen lo mismo que yo: dan un vistazo al entorno para observar a los otros viajeros.

¡Ya han dado el aviso! Estoy nerviosa y eufórica a la vez. Llevo meses planificando este viaje. Bueno, para ser sincera contigo, solo tengo planificado los lugares que quiero visitar, cómo viajar y el hotel de los primeros días. El resto ya irá surgiendo. ¡A la ventura!

—¡Buff! —bufó Dante en cuanto entró en el vagón del tren. Estaba sudando pese al aire acondicionado del tren. Había tenido que darse una carrera hasta la estación porque le había costado más de una hora encontrar un lugar donde aparcar el coche. ¡La ciudad ya estaba infectada de turistas! Pululaban por

todas partes; hasta los párquines de pago estaban abarrotados.

En cuanto consiguió meter la maleta en el espacio habilitado para ello, recorrió el vagón buscando con la mirada a su «protegida». En ese momento, el tren se puso en marcha con lentitud. Aun así, Dante dio un traspié y tuvo que sujetarse a los asientos que tenía a ambos lados, ya que lo había cogido desprevenido.

Decidió examinar los vagones para localizarla. Necesitaba asegurarse de que había tomado el tren y verla en vivo. La única referencia que tenía era la foto que le había enseñado Santos y su prodigiosa memoria.

Llevaba un día de perros.

Todo le había salido mal y lo único que en esos momentos le apetecía era sentarse en su asiento y leer el libro que había elegido para distraerse durante el viaje. Si todo iba a salir como hasta el momento, este encargo iba a ser un rotundo fracaso. Seguramente se había levantado con el pie izquierdo, solo esperaba que, a partir de ahora, le cambiase la suerte.

Anduvo de un vagón a otro buscando a la joven. Poco a poco se iba poniendo nervioso. No la localizaba en ninguno de los vagones que ya había visto y solo le quedaba uno por visitar. Cuando terminó el recorrido y no la había encontrado, el nerviosismo se había convertido en enfado.

¡Como esa niñata no haya subido al tren y le haya hecho perder ese tiempo tan valioso para él por nada, se iba a enterar!

Decidió darle una última oportunidad y volvió a recorrer el tren en sentido inverso a como lo había hecho. Si no la encontraba, se bajaría en la próxima estación y volvería sobre sus pasos a Barcelona.

Esta vez lo hizo con más lentitud; se detenía en todos los viajeros, aunque les dedicaba algo más de tiempo a las chicas jóvenes. Cuando ya estaba recorriendo el vagón inmediatamente anterior al suyo y su enfado empezaba a transmitirse a su rostro, le llamó la atención una joven que movía su cuerpo en su asiento en lo que parecía un baile al ritmo de una música que nadie oía.

Se fijó mejor y vio que unos auriculares estaban introducidos en sus oídos y

en su mano derecha sostenía un ultramoderno iPod nano de color rojo, el mp4 recién sacado al mercado por Apple. Desvió la mirada al rostro de la joven, que mantenía los ojos cerrados y modulaba sus labios al son de la canción que estaba escuchando por el aparato. Empequeñeció los ojos ajustando su visión.

Esa cara... él diría que correspondía a la chica que buscaba pero, como gesticulaba tanto y él sólo había visto un rostro aniñado y sonriente...

En ese momento la joven dejó de mover los labios y los estiró en una amplia y gozosa sonrisa; abrió los ojos y se topó con la mirada asombrada del chico más guapo que había visto en su vida.

Dante, despacio, sin darse cuenta, se había ido acercando hasta el asiento de la joven y, al ver por primera vez sus ojos de cerca, se quedó abducido por su belleza. Destacaban como dos enormes faros en la más oscura de las noches. Eran de color violeta, pero de un violeta intenso que no dejaba dudas de su singularidad, rodeados por un blanco luminoso, brillante y de forma almendrada y enmarcados por unas largas y frondosas pestañas. El joven percibió que un subido color rojo comenzaba a colorear las dos mejillas de la joven.

—¿Quieres algo? —susurró Raquel con timidez.

Dante se dio cuenta, en ese momento, de que había metido la pata. Se suponía que tenía que pasar desapercibido y seguirla sin tener contacto con ella.

—No, no —respondió el joven frunciendo el ceño y, sin mediar más palabra, siguió su camino con rapidez.

En cuanto llegó a su vagón, se dejó caer con fuerza en su asiento y soltó un bufido.

«¡Soy tonto!», se dijo.

Se pasó las manos por la cara en un claro gesto de desaliento. ¿Ahora qué podía hacer? Acababa de complicar el trabajo. Él había pensado ir unos pasos detrás de ella, escoltándola sin darse a conocer. No tenía ganas de aguantar la conversación de la hija de su jefe, pero ahora no sabía si podría seguir con su

plan. Meditó unos minutos y al final decidió que, de todas formas, iba a intentarlo. La joven tenía cara de despistadilla y, si ponía un poco de cuidado, seguro que no tendría que volver a ponerse en evidencia.

No entendía cómo no la había reconocido antes, porque su pequeño cuerpo y su rostro eran los mismos que había visto en la fotografía que le había enseñado Santos, aunque un poco más maduros, no tan infantiles.

En la retina de Dante se había quedado impreso el recuerdo de los ojos de Raquel. Había sido una sorpresa descubrir esos asombrosos ojos en el rostro anodino de la joven. Era cierto que en la foto no se percibía el color de los ojos, pero ese no era el motivo de que se hubiese quedado anonadado. El motivo real era la rareza y excepcionalidad de los mismos. Jamás había visto unos ojos más peculiares.

Al final, decidió olvidarse del asunto y disfrutar de la nueva novela que tenía guardada en uno de los bolsillos externos de su maleta. En cuanto la tuvo entre sus manos y se había vuelto a sentar en su asiento, contempló con curiosidad el hermoso paisaje del interior de la provincia de Barcelona. Acababan de pasar Granollers adentrándose en la comarca del Vallés Oriental, alternándose pequeñas localidades de montaña, con el típico paisaje mediterráneo, con predominio de la encina, el alcornoque y el pino blanco.

En el vagón de al lado, Raquel observaba el mismo panorama a la vez que escuchaba «¡Eres tonto!», del último disco de El Canto del Loco. Sonrió cuando la letra le recordó al chico que se le había quedado mirando con tanta fijeza y no pudo evitar dedicarle un trozo de letra de la canción, cantándola bajito para no molestar a los demás:

Ya que somos lo que somos y si no lo quieres ver.

¡Eres tonto!

Si no te gustas es que no estás vivo.

¡Eres tonto!

Pero eso es algo que nació contigo.

Y mañana al despertar, saltar de la cama.

Luchar tu mañana, mirar a la cara.

Que no eres nada.

¡Eres tonto!

Salir a la calle sin la tontería.

Sacando de dentro entera tu vida.

Entera tu vida.

Podría ser el chico más guapo que había visto en su vida, pero la forma en que la había mirado y había actuado a continuación le había dejado un mal sabor de boca. Sabía que no era una chica guapa y despampanante, pero se quería mucho a sí misma y no necesitaba que un *chulito guaperas* la menospreciase.

Pero bueno, a ella ¡plim! Si no le gustaba, que no mirase.

Su objetivo no era él, sino el viaje que acababa de emprender y que le volvió a poner una amplia sonrisa en su rostro. La canción terminó y comenzó otra del mismo grupo: «Peter Pan», y volvió a concentrarse en la música que escuchaba y en el paisaje que veía pasar con rapidez a través de la ventana. Si se despistaba, se lo iba a perder y quería asimilar todo lo que sucedía a su alrededor.

Capítulo 5

LA MOCHILA PROPULSORA

Sin darse cuenta, transcurrieron las «algo menos de tres horas» que el tren tardaba en hacer el recorrido de Barcelona a Cerbere, localidad que pertenece a Francia, muy cercana a la frontera con España. Allí debía bajar en la estación y esperar otro tren, que pasaría en una hora. El tren permanecía en la estación de esa ciudad muy poco tiempo, así que cogió la mochila con rapidez, se la colgó en la espalda y se bajó de un salto al andén, con tan mala suerte que el peso de la mochila la echó hacia adelante, y acabó con las palmas de las manos apoyadas en el suelo y la mochila sobre la cabeza.

—*Collons*[8]! —exclamó sin poder evitarlo.

Unos pies enfundados en unos cómodos náuticos de cuero flor en color azul con adornos en canela se pusieron a la vista de la joven. «¡Qué pijo!», pensó al tiempo que notaba una mano en su brazo y que se aliviaba el peso en su cabeza.

—¿Estás bien? Venga, que te ayudo a levantarte. —Raquel oyó una voz grave, pausada y muy bien modulada. Muy sensual. Le gustaba esa voz.

Se dio cuenta de que la persona que había acudido en su ayuda estaba haciendo fuerza para levantarla, y colaboró con él impulsándose hacia arriba.

—Menos mal que me he puesto los tejanos[9] y las bambas[10] —iba diciendo a la vez que se levantaba y se sacudía las manos, doloridas, con una

gran sonrisa que se quedó congelada en cuanto vio al individuo que la había socorrido —. ¡¿Tú?!

—Pues sí, soy yo —contestó Dante, sonriendo. Hizo un gesto amplio con un brazo e inclinó su espalda para imitar una reverencia—. Al rescate de una bella damisela.

—¡Encima choteo! —exclamó la joven, frunciendo el ceño.

Dante la miró sin comprender su reacción. ¡Encima que había ido a ayudarla, se enfadaba con él! La observó cómo se descolgaba de la espalda la mochila y, mirando alrededor, lo ignoraba.

Llevaba unos vaqueros, algo grandes para su cuerpo, que mantenía colgados por debajo de su cintura con un cinturón fucsia y una camiseta sin mangas, de color azul, con el dibujo de una flor con los pétalos amarillos y el centro fucsia. Pese a que podía ver que era algo más mayor que en la foto que le había enseñado Santos, su cuerpo seguía siendo delgaducho y bajito. No debía llegar al metro sesenta, por lo que él la superaba en más de veinte centímetros. El pelo lo llevaba en una melena corta que no le rozaba los hombros, un poco ondulado y despeinado, y era de color castaño claro con mechas rubias. Estaba muy morena, pero se notaba que era un moreno de sol, no de nacimiento.

La mirada de Dante se dirigió hacia su rostro.

En esos momentos, la joven se giró hacia el este y sonrió con sus labios carnosos y rojizos. Tenía una boca grande, por lo que el gesto de sonreír se reflejaba en toda su cara, incluso en sus ojos. Volvió a observarlos y pudo confirmar que lo inusual de su color era cierto. El sol los hacía brillar con más fuerza e intensidad y se distinguían con claridad la miríada de motas de color violeta que rodeaban las pupilas de sus ojos. Conforme se alejaban de las pupilas, estas motas se iban convirtiendo en azules de distintas tonalidades aclarando el violeta intenso.

El repaso a la joven solo había durado unos segundos, por lo que el exabrupto que le había lanzado Raquel seguía latente en él.

—Oye, prenda, no me estaba cachondeando de ti. Digo yo, que por lo menos podrías darme las gracias —le dijo con tono de reproche.

La joven, que en esos momentos contemplaba la bahía de Cerbere, que se veía en toda su plenitud a los pies de la estación cuya localización, en lo alto de la ciudad, permitía unas vistas espectaculares, ya se había olvidado de su mosqueo. Giró su rostro hacia el joven sin que desapareciera su sonrisa.

—¡Ay! Perdona, gracias por ayudarme, claro.

Y sin más, volvió a colgarse la mochila y se dirigió hacia el interior de la estación para averiguar en qué vía debía coger el siguiente tren. Dante observó cómo se marchaba y decidió que no debía interactuar más con ella, por lo que se encaminó en dirección opuesta, hacia el bar de la estación.

Cuando llegó la hora de subir al tren, el joven procuró no dejarse ver por el andén hasta que ella entró en él. De inmediato él hizo lo mismo en un vagón distinto y alejado del de ella. La suerte que había tenido era que, pese a que Cerbere no era una localidad grande, sino más bien todo lo contrario, su estación era muy transitada porque desde allí se hacen muchos trasbordos de tren para dirigirse hacia distintas direcciones de Francia. La estación era casi más grande que el municipio edificado.

Pese a ello, esto de tener que seguirla le estaba siendo más complicado de lo que creía. Apenas había comenzado el viaje y ya se había dejado ver. No sabía cómo podría justificar ante Raquel que coincidiesen en todas partes... La próxima parada era Narbona. Allí también debían hacer trasbordo con una espera de dos horas. Tenía que espabilar y montárselo mejor. Pero, bueno, el fallo estratégico de Cerbere había sido por culpa de la chica. ¡Si no se hubiese caído! Él, cuando paró el tren, ya estaba preparado en la puerta y había bajado con rapidez para observarla y poder esquivarla pero, al verla cómo se daba de bruces, no había podido evitar acudir en su auxilio.

Capítulo 6

MARATÓN EN NARBONA

En la parada de Narbona, esta vez la jugada le salió bien y, cuando Raquel bajó del tren, la vio dirigirse en dirección contraria a donde estaba él. Andaba con paso ligero, como sabiendo a dónde iba. La vio salir de la estación y, cuando él pudo hacer lo mismo, observó que se había dirigido hacia la derecha. Su mochila roja la hacía muy visible, pero él llevaba la maleta arrastrando y le dificultaba el seguimiento, así que decidió entrar de nuevo en la estación para dejarla en una de las consignas que había visto en la entrada. Con rapidez volvió a salir y echó a correr en la dirección que había visto irse a Raquel.

Desde lejos pudo distinguir un punto rojo. Fijó la mirada en él para comprobar que el punto se hacía cada vez más grande al acercarse él más y más. Cuando ya distinguía con claridad su figura, disminuyó el paso hasta que decidió que ya estaba lo suficientemente cerca, y a la vez lejos, para seguirla sin ser descubierto. Distinguió cómo se metía por un callejón, luego por otro y otro y otro hasta que desembocó en una calle desde donde la vio introducirse dentro de la catedral de Narbona.

Dante elevó la mirada hacia lo alto de la catedral y pudo ver el entramado de contrafuertes que sustentaban sus muros. Era verdaderamente impresionante. El joven estuvo un rato dudando si entrar en pos de Raquel o

quedarse fuera, esperándola. Por una parte, le apetecía ver la catedral por dentro, pero temía que la joven lo reconociese.

Al final, al notar que tenía el estómago gritándole por algo que le calmase el hambre, miró su reloj y vio que ya pasaban las dos de la tarde, así que buscó alrededor algún lugar donde comer algo. Divisó frente a la catedral un restaurante que posiblemente fuese español porque se llamaba La Taberna Andaluza; se dirigió hasta allí y se sentó ante una ventana desde donde podía divisar la salida de la catedral.

Allí recibió un SMS de Santos Durán en el que le preguntaba cómo iba la cosa y él le informó de dónde estaban en ese momento y de que todo iba según lo previsto.

Cuando ya llevaba una hora de espera, su nerviosismo lo hizo dudar si había tomado una buena decisión. Faltaba menos de una hora para tener que estar en la estación para coger el próximo tren y Raquel todavía no había salido de la catedral. Estaba empezando a pensar que había salido por otra puerta cuando la vio aparecer y caminar con rapidez para desandar una parte de la calle por la que había llegado hasta la catedral y luego girar para adentrarse en otra vía que circulaba por otro lado del edificio monumental.

Dante pagó con prontitud la cuenta y salió del restaurante para seguir los pasos de la joven. Al principio no logró verla hasta que se aproximó a un jardín desde donde divisó el rojo de la mochila, que se introducía en otra parte del complejo monumental arzobispal del que formaba parte la catedral. Cuando se acercó a él, pudo comprobar que se trataba del claustro.

Buscó a la joven y la vio recorriéndolo mientras observaba todo con detalle, aunque se dio cuenta de que lo hacía con agilidad. Desde allí pasó a un patio central y este la llevó hasta un pasaje que cruzó con ligereza. Cuando Raquel salió de allí, Dante hizo el mismo camino hasta el final del pasaje y descubrió que desembocaba en una gran plaza más o menos cuadrada.

Distinguió a la joven próxima al centro de la plaza, donde había unas escaleras que descendían a lo que parecía un foso con forma rectangular. Por

ellas desapareció Raquel.

Dante no sabía qué hacer; desconocía a dónde se dirigían esas escaleras y si daban acceso a algún subterráneo desde donde podría perderla. Pero antes de apartarse del arco que daba acceso a la plaza, la joven volvió a subir las escaleras, volteó sobre sí misma mirando los edificios que rodeaban la plaza y se dirigió hacia el lado opuesto al que estaba Dante.

Él, al ver lo que hacía, quiso cotillear también lo que había al fondo de las escaleras y con apresuramiento, al mismo tiempo que observaba la figura de la chica, se dirigió hacia allí. En cuanto llegó al borde de las escaleras, pudo comprobar que se trataba de los restos de una antigua vía romana. Bajó las escaleras y leyó que se trataba de la Vía Domita, calzada que unía Italia con España en el siglo II antes de nuestra era. Subió las escaleras y se fue corriendo en pos de Raquel, pero pronto tuvo que frenar con brusquedad al verla a pocos pasos de él.

Menos mal que se encontraba de espaldas, apoyada en un murete, mientras contemplaba el canal de la Robina, que atraviesa la ciudad. Retrocedió unos pasos por si se giraba y se lo encontraba de cara.

Al cabo de unos pocos minutos, Raquel se separó del murete y empezó a caminar de vuelta a la estación. Con un suspiro, cuando comprendió hacia dónde iba, la siguió desde lejos hasta que la vio entrar en ella.

Sacó su maleta de la consigna y se mantuvo expectante hasta que llegó el tren con destino a Carcasona y la vio subir a él. Después, entró él, acomodó la maleta y se dejó caer en su asiento con evidente cansancio.

«Como sea así todos los días, esta chica va a acabar conmigo», pensó Dante antes de quedarse profundamente dormido.

¡Qué bonito lo que he visto, Bitácora! Acabo de visitar Narbona, en Francia, y ha sido un recorrido hecho con rapidez, pero me ha cundido. He estado en la catedral de San Justo y San Pastor; es de un imponente estilo gótico, construida en el siglo XIII. En su interior hay unas vidrieras impresionantes de los siglos XIV y XV. La solemnidad del templo se percibe

nada más entrar, ya que el coro gótico tallado en madera y el órgano de tubos de grandes dimensiones son espectaculares.

Al lado del altar principal, hay unas pequeñas escaleras que conducen a la sala del Tesoro, con tapices y varias reliquias. Es digno de mencionar su claustro, muy bello y armonioso, con unas gárgolas impresionantes, aunque muy deterioradas, lo que me hizo pensar que no solo en España dejamos perder nuestro patrimonio y, con ello, una parte de nuestra historia. Aunque eso no es consuelo, la verdad.



Después fui a la plaza del Ayuntamiento, donde pude caminar por la calzada que construyeron los romanos hace más de 2200 años para unir Italia con España. Se puede ver cómo destacan los profundos surcos causados por los carros. ¡Impresionante, te lo aseguro!

Luego, como ya me quedaba poco tiempo para volver a la estación, me acerqué a ver el canal de la Robina, a la altura donde está el Puente de Los Comerciantes, que es un arco de piedra sobre el cual se ha edificado. ¡Y de vuelta al tren!

¡Próxima parada: Carcassonne!

Capítulo 7

UN ENCONTRONAZO NO CASUAL

¡P or los pelos! El tren estaba a punto de arrancar de nuevo cuando Dante saltó al andén de la estación de Carcasona. Agitó la cabeza intentando despejarse. Se había despertado al no sentir el traqueteo del tren. Menos mal que tuvo el instinto inmediato de intuir que ya había llegado a su destino. En cuanto consiguió apartar de sí la soñolencia que lo embargaba, recordó su objetivo y miró alrededor con preocupación.

No tenía ni idea de por dónde se habría ido Raquel. Lo que estaba claro era que ya no estaba en la estación.

Arrastrando su maleta, intentó andar lo más deprisa posible para salir de ella. Frente a la puerta de la estación, se encontró con un puente que cruzaba el canal du Midi, que discurría paralelo a la estación. A lo lejos, creyó distinguir algo rojo que giraba a la izquierda. Cruzó el puente y giró a su vez por el mismo camino desde donde logró ver la mochila, esta vez con mayor nitidez, que giraba a la derecha. Cuando llegó él, lo recibió una larga y ancha avenida llena de árboles por ambos lados. Gracias a eso, Dante pudo acercarse más a la joven sin ponerse demasiado en riesgo.

Al terminar la avenida, la joven estaba cruzando una plaza rectangular cuando se paró en seco. Miró al fondo, donde se veían dos calles muy juntas; sacó del bolsillo trasero del vaquero lo que a Dante le pareció un mapa,

supuso que de la ciudad. Raquel desplegó el mapa ante ella, lo observó un rato, levantó la mirada, volvió a mirar el mapa y lo plegó para guardarlo de nuevo en el mismo sitio donde estaba. Retomó el rumbo y se introdujo por la calle de la derecha; Dante la siguió mientras él mismo comprobaba el plano que tenía en uno de los bolsillos de la maleta.

Iban bien. Al final de esa calle, la *rue du Pont Vieux*, se encontraba el puente que cruzaba el río Aude y, al otro lado de él, la *rue Trivalle*, donde se encontraba el hotel Le 37, donde ambos se hospedaban. Suponía que ella se dirigía hacia allí. La vio caminar con tranquilidad mientras alzaba la mirada para observar las cúpulas de pizarra que cubrían las torres de la ciudadela y que asomaban tras los edificios.

Dante estaba ya cansado de esta situación; había sido una mala idea pretender que podría seguirla sin más. Aparte de que tarde o temprano lo descubriría o de que en cualquier momento podría perderla, ¡era mortalmente aburrido!

Iba cavilando cómo actuar cuando vio el cartel del hotel. Raquel había pasado por delante y, o no se había dado cuenta o iba a otro lugar, cosa que dudaba, porque se notaba que iba buscando algo en esa calle. «¡Menuda despistada que es esta chica!», pensó el joven.

Al darse cuenta de que, si dependía de la joven, se iban a pasar toda la tarde recorriendo la ciudad buscando el hotel, porque en el mapa había visto que era una calle muy larga, decidió salirle al encuentro y hacerse el encontradizo con ella. Se metió por un callejón a la izquierda y salió a otra calle paralela a la que circulaba Raquel.

Corrió con la maleta suspendida en su mano para ir más deprisa y, cuando creyó que ya la había adelantado, volvió a meterse por otro callejón, que lo llevaría otra vez a la *rue Trivalle*. Pero salió con tanta fuerza que se dio de bruces con Raquel; se chocaron con tal ímpetu que ambos salieron despedidos hacia atrás. La muchacha amortiguó la caída con la mochila, pero Dante se quedó sin respiración con el golpe que se había dado en la espalda. Ella

intentó incorporarse, pero el peso de la mochila se lo impedía. Sus piernas y sus brazos se movían con aspavientos, por lo que parecía una cucaracha panza arriba. Al final, consiguió ponerse de lado y quitarse la mochila para levantarse con un cabreo monumental, dispuesta a echarle la bronca a la persona que la había arrollado.

—¡Animal! —exclamó a la vez que se acercaba hasta él, que permanecía quieto en el suelo mientras se ponía cada vez más colorado.

Dante comenzó a palmearse el pecho intentando respirar. Raquel, al darse cuenta de las penurias que estaba pasando, se arrodilló a su lado y lo cogió por el cuello y los hombros para incorporarlo.

—¡Respira, respira! —gritó Raquel, sacudiéndolo.

Miró alrededor buscando ayuda, pero la calle estaba solitaria.

—¡Eso intento! —masculó Dante, molesto.

El joven intentó inspirar y expirar poco a poco hasta que consiguió normalizar la respiración. Raquel había identificado al joven que había conocido en Cerbere y, aunque cada vez que se habían encontrado, algo malo había pasado, no quiso ensañarse en el tropiezo de ese momento porque el que realmente había salido mal parado, esta vez, había sido él.

Le daba lástima.

—¿Estás mejor? —le preguntó, preocupada.

—Sí. Voy a levantarme ya —respondió mientras comenzaba a incorporarse—. Gracias por ayudarme.

—¿Ibas a algún sitio? ¿Quieres que te acompañe? —lo interrogó, solícita.

Dante vio el cielo abierto ante su sugerencia. Aunque aún no tenía la mente muy clara, su sentido del deber enseguida le hizo comprender que era su oportunidad. Le vino a la cabeza Santos. Si se enteraba de que él mismo había sido el que había provocado un accidente de su preciosa hija...

—Pues..., si no te importa, me dirigía a mi hotel...

—Claro que no, te acompaño sin problemas. No me iría tranquila de otra forma. ¿Por dónde está?

—En esta misma calle, un poco más abajo.

—¡Vamos!

Se acercó a Dante, que ya estaba cogiendo su maleta.

—Deja que te la lleve yo.

—¡De eso nada! —exclamó, estirando su cuerpo—. Si vamos despacio, puedo llevarla yo perfectamente.

—Como quieras...

Raquel comenzó a andar calle abajo sin darse cuenta de que Dante no se movía.

—¡Oye! —la llamó, pero la joven no se dio por aludida— ¡¡Oye!! —alzó más la voz.

Raquel, giró la cabeza y lo miró por encima del hombro.

—¿Es a mí?

Dante hizo un gesto con su mano y señaló la mochila, que permanecía en el suelo.

—Se te olvida la mochila. Lo siento, pero no creo que pueda llevarla en mi espalda en estos momentos.

Raquel se dio un cachete con la mano en la frente y con su enorme sonrisa volvió sobre sus pasos y recogiendo su mochila del suelo, se la colgó en la espalda. Luego se puso al lado de Dante y ambos comenzaron a andar al unísono.

—No pretendía que me la llevaras —aclaró Raquel—. Simplemente se me ha olvidado. Muy normal en mí.

—Yo soy Dante, ¿y tú?

—¿Dante? ¿Eres italiano?

—No. El libro preferido de mi madre es la *Divina comedia*.

—¡Oh!, entiendo —afirmó con una sonrisa guasona—. Yo soy Raquel.

—Oye, antes que nada, me gustaría pedirte perdón por el choque. Ha sido sin querer.

—¡Hombre, ya me lo imagino! Tranquilo, no tengo nada que perdonarte. Le

puede pasar a cualquiera. Si yo te contara... Ya viste cómo me caí en Cerbere... —concluyó, soltando unas fuertes carcajadas.

Dante se la quedó mirando. Tenía una risa muy peculiar, cristalina y estridente a la vez.

—Supongo que habrás venido aquí a pasar tus vacaciones.

—Sí, pero solo hasta pasado mañana, ¿y tú? —confirmó Raquel dirigiéndole una enorme sonrisa.

Dante dudó.

—Es una casualidad, pero yo también pensaba quedarme hasta pasado mañana.

—¿Y luego a dónde vas?

Todavía Santos no le había pasado esa información, así que decidió dejar la opción abierta.

—Pues... no lo tengo claro. Voy un poco a la ventura.

—¡Igual que yo! —exclamó con efusividad.

Llevaban poco tiempo hablando, apenas unos minutos, pero Dante sintió que la conocía desde hacía tiempo porque Raquel era como un libro abierto: todo lo expresaba con su cara y su cuerpo y, cuando hablaba, se notaba que decía lo que pensaba. Sin dobleces.

—Ya hemos llegado. Este es mi hotel —le informó Dante, señalando la puerta.

Raquel le echó una ojeada, lo miró a él y volvió a mirar hacia el hotel con brusquedad.

—¿Le 37?

—Sí, este es.

—¡El mío también! —exclamó, abriendo los ojos sorprendida.

—¡Vaya!, estupendo. Pues entremos, ¿no?

—Sí, claro. Estaba buscándolo y antes he pasado por aquí y no lo he visto.

—Al final tendrás que darme las gracias por haber tropezado contigo —bromeó el joven, sonriendo con ironía.

—¡Ni que me hubieses salvado la vida! —exclamó Raquel jocosa mientras entraba en el hotel—. Si doy más vueltas para encontrarlo, pues de paso visito la ciudad. ¡No pasa nada!

Dante decidió que, ya que se habían conocido, lo mejor sería intentar ir con ella a todos lados. Mientras ambos estaban en el mostrador registrándose en el hotel, le dio vueltas a cómo lograrlo.

—No sé qué hacer. Por una parte, me apetece dar una vuelta por la ciudad, pero por otra, llevo un día agotador y quizás sea más aconsejable descansar lo que queda de tarde. ¿Tú qué opinas?

—Estaba pensando lo mismo que tú: intentaba decidir qué hacer.

—¿Y lo has hecho? —la interrogó, dedicándole una de sus sonrisas seductoras.

Raquel no pudo evitar mirarle los labios con fijeza. Estaba claro que este chico era un conquistador nato.

—¿El qué? —le preguntó confusa.

—Decirte —respondió, ampliando la sonrisa con un toque irónico.

—¡Oh! Sí, claro. He decidido dar una pequeña vuelta mientras encuentro un sitio para comer algo. La verdad es que hoy me he alimentado poco y mal y estoy muerta de hambre.

—Mmmm... ¡Comida! Tienes razón, creo que yo también necesito comer algo con urgencia. ¿Te importa si te acompaño?

—¡No! ¡Claro que no!

—¿No..., que no quieres que te acompañe o no..., que no te importa que te acompañe? —indagó, a la vez que fruncía el ceño dudoso.

Raquel volvió a soltar otra de esas carcajadas tan particulares.

—¡Por supuesto que puedes venir conmigo!

En ese momento la recepcionista les dio las llaves de las habitaciones y Raquel pudo observar cómo la empleada del hotel se comía con los ojos a su acompañante. La joven cogió la suya y, meneándolas frente a los ojos de Dante, le dijo:

—Pero antes me gustaría darme una ducha y cambiarme, ¿te importa?

—Me parece una buena idea; ¿es una proposición? —preguntó con la voz cargada de sorna, señalando las llaves que tenía ante su cara.

La joven abrió los ojos como platos de asombro, pero luego vio la sonrisa de Dante y se dio cuenta de que estaba de broma. Le dio una palmada en el hombro y soltó una de sus personales carcajadas.

—Nos vemos en media hora aquí, ¿vale?

En cuanto Raquel entró en su cuarto, no pudo evitar sacar de la mochila su cuaderno de Bitácora. Tenía algo importante que contarle.

¡Bufffff! Bitácora, hoy he conocido a un chico guapísimo. Parece algo pijo y chulito, pero me alegra la vista, la verdad. Tiene un rostro jovial, o quizás sería mejor llamarlo guasón, aunque hasta ahora no la ha usado mucho — digo la guasa, eh—, con profundos ojos negros, audaces y sensuales. La nariz fina y con un ligero hoyuelo en la punta. Una boca expresiva de labios delgados. Tiene el cabello ondulado de color castaño tan claro que es casi rubio y lo lleva en una melena corta. Es alto y de compleción fuerte. Y te dirás... ¡Pues sí que se ha fijado! Jajajaja. Pues sí, tienes razón. Tengo ojos, y los uso para mirar, sobre todo si es un espécimen como el tal Dante.

Empezamos con mal pie porque me sentó mal la forma en que se me quedó mirando, pero luego fue muy galante ayudándome cuando me caí en una estación y ahora, pese a que me ha dado un golpetazo tremendo, me ha parecido más simpático. El pobre es el que se ha llevado la peor parte. Y ¿sabes qué?: nos hospedamos en el mismo hotel y hemos quedado para dar un paseo y cenar dentro de un rato. Así que ahora te dejo, ¡me voy a asear y a vestirme! ¡Adeu!

Después le mandó un SMS a su padre para avisarle de que ya estaba instalada en el hotel de Carcasona, sacó la ropa que se iba a poner y se metió en el cuarto de baño.

Capítulo 8

CONVERSACIONES SURREALISTAS

Cuando se encontraron en el *hall* del hotel, a ambos se les notaba que estaban recién refrescados con una ducha. Sus pieles brillaban tersas y todavía tenían el pelo húmedo. Raquel se había puesto un ligero vestidito de tirantes en azul zafiro que contrastaba con el moreno de su piel. Dante se había quitado los vaqueros y el polo que llevaba y se había puesto unas bermudas verdes, tipo chino de sarga, y una camisa blanca de manga corta entallada con los faldones por fuera. Calzaba los mismos náuticos de antes.

En cuanto Dante vio aparecer a Raquel, como tenía por costumbre hacer con todas las chicas, la miró de arriba abajo. Cuando llegó a sus pies, una sonrisa burlona afloró a sus labios.

—¿Ya estás? —le preguntó, elevando una ceja.

—¡Ya estoy! —exclamó ella con alegría.

—¿Segura? —le reiteró.

Dante observó cómo se le fue yendo la sonrisa poco a poco hasta adquirir su rostro, un toque desconcertado.

—Sí..., ¿por?

El joven formó una sonrisa ladeada y con lentitud examinó el cuerpo de ella hasta posarse en sus pies. Raquel siguió la mirada de Dante y descendió la suya hasta sus propios pies. De inmediato la joven se llevó las manos a la cara

en un gesto de incredulidad; en sus pies llevaba puestas sus zapatillas de estar por casa. de toalla rosa con un gran lazo fucsia en el empeine.

—*Soc un cap de suro*[11]!

—¿Cómo dices?

—Nada, nada. —Y sin añadir nada más, giró sobre sí misma y se fue corriendo de vuelta a su habitación.

Cuando regresó, unas sandalias planas dejaban ver unos pequeñitos y sexis pies. Por lo menos eso es lo que pensó Dante.

—¡Ahora sí! —exclamó Raquel con una amplia sonrisa.

—¿Seguro? —insistió con un punto de ironía en su voz.

—¡Claro!

—Venga, pues vamos —dijo a la vez que se apartaba a un lado para dejarla pasar delante.

Comenzaron a volver a recorrer la *rue* Trivalle uno al lado del otro.

—Bueno, ya que vamos a pasar un rato juntos, ¿por qué no nos conocemos? —sugirió Raquel—. Cuéntame cosas sobre ti.

—¿Eres periodista? —inquirió él a la vez que giraba la cabeza para mirarla a los ojos con una sonrisa pícara.

—No..., ¿por? —contestó, desconcertada.

—Porque, si no lo eres, entonces es que eres una cotilla, ¿no?

—¡Venga ya! No te he pedido que me confieses algún crimen. Un pijo como tú seguro que no ha crecido entre estiércol. Seguramente el mayor problema de tu vida ha sido saber en qué universidad estudiar o a cuántas chicas les podrías meter mano por curso —contestó picada. ¡Llamarla cotilla a ella!

Dante elevó las cejas con asombro. «¡Menudo discursito que acaba de darme la criaturita!», se dijo a sí mismo.

—Sí que eres rápida emitiendo juicios sobre los demás. —Hizo una pausa y se giró al tiempo que se paraba en medio de la calle—. No tienes ni idea de quién soy.

—Tienes toda la razón —reflexionó, arrepentida. Se había pasado tres

pueblos, lo reconocía.

—Me encanta que me la des. —Dante recuperó la sonrisa y Raquel lo secundó.

—No te acostumbres.

—Ya lo he hecho.

La joven soltó una carcajada.

—En serio, perdóname. Lo único que pretendía era iniciar una conversación.

—Está bien. Creo que yo también me he pasado. Era una broma, pero está claro que se me ha ido de las manos. ¿Comenzamos de nuevo? —le propuso a la vez que le alargaba la mano a la espera de que ella lo imitase. En cuanto lo hizo, le dijo, ampliando su sonrisa—: Hola, soy Dante, ¿y tú?

—¡Hola! Soy Raquel.

—¿Quieres dar un paseo conmigo?

—Estaría encantada.

Volvieron a caminar calle abajo, cruzando de nuevo el puente del río Aude, para internarse en la ciudad nueva en busca de un restaurante.

—Y ahora, Raquel, cuéntame cosas sobre ti —indagó ofreciéndole una gran sonrisa burlona.

Raquel volvió a reírse con esas carcajadas tan particulares. «Realmente tiene una risa única», pensó el joven.

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó sin dejar de sonreír.

—No, realmente me interesa.

—O sea que yo soy una chismosa por preguntarte a ti, porque tú eres muy prudente y discreto y no haces esas cosas... —Torció la cabeza hacia un lado y sus ojos lo miraron con expresión especulativa— ¿Y qué me das a cambio de esa información?

—Vaya..., esto sí que no me lo esperaba... ¿Te llevo a horcajadas cuando te canses?, ¿pago la cena?, ¿un ramo de flores?, ¿una noche de loca pasión?

Raquel, patidifusa, abrió la boca e hizo unos aspavientos con los brazos.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Preferiría no haber oído eso!

—¿El qué? ¿No te gusta que te lleven a horcajadas?

—¡Sí! ¡Eso sí! ¡Me encanta que me carguen a *coscoletas*!

—¿A qué? —interrogó extrañado.

—A *coscoletas*...: así se dice en Alicante. Una amiga mía me lo enseñó cuando era pequeña y desde entonces siempre lo llamo así. —Encogió los hombros y abrió los brazos a la vez que extendía las palmas hacia arriba—. Nunca me acuerdo de que es una expresión típica de esa zona, aunque en Cataluña también la he escuchado alguna vez, pero creo que no se conoce mucho más allá.

—Bien, entonces, ¿el pago será que te lleve a *coscoletas*?

Raquel lo miró empujando los ojos y frunciendo sus labios.

—No..., no va a ser ese tu pago —dijo con tono de estar tramando algo.

—¡Uy! Esa mirada me da miedo...

—Lo siento, pero has caído en tu propia trampa. Información por información. Yo te cuento, tú me cuentas. Así seremos los dos un par de cotillas.

Dante rio entre dientes. No quería mentirle, pero estaba visto que no iba a tener más remedio. Intentaría disimular su malestar y mentirle lo menos posible.

—¡Está bien, tú ganas! —exclamó con expresión de derrota, pero con una sonrisa que lo desmentía—. Pero tú primero. O mejor... —Miró alrededor y señaló al otro lado de la calle, pero un poco más hacia adelante—. Mira: *Les Mets-Tissès*. Tiene buena pinta para tener confesiones —apuntó con una sonrisa irónica—. ¿Entramos ahí?

—Me parece genial. Mi estómago hace rato que se queja.

Recorrieron el espacio que los separaba hasta el restaurante y entraron dentro. Los acomodaron en una mesa para dos a la vez que les daban las cartas de los menús. Raquel miró alrededor. Tenía una pinta muy agradable: paredes de piedra con pinturas expuestas, vigas de madera en el techo y esculturas de hierro en sitios estratégicos.

Después de leer con atención la carta, Raquel se decidió, como primero, por una ensalada de gambas, mejillones y salmón ahumado y Dante, por fuagrás de pato con mermelada de cebolla; y ambos eligieron, para el segundo plato, filete de ternera en salsa de setas.

En cuanto se fue el camarero, Raquel se acercó a Dante por encima de la mesa y susurró:

—De postre no pidamos nada, por favor. He visto antes una crepería que tenía crepés de todas clases; ¿podemos ir allí a tomar el postre? —preguntó ansiosa y con expresión glotona.

Dante no pudo resistirlo y soltó una carcajada que hizo que el resto de comensales se volviesen a mirarlo.

—Jamás me podría perdonar el no cumplir tus deseos.

La verdad es que se reía mucho con esta chica, se lo estaba pasando genial. Tenía todavía ese punto de inocencia...

—Bien, así me gusta. Es una de las facetas que más me gusta de los pijos; suelen ser bastante caballerosos.

—¡Ya te he dicho que yo no soy un niño pijo! —exclamó Dante, frunciendo el ceño.

—No, de eso nada. Tú me has dicho que yo no te conocía de nada y que era muy rápida emitiendo juicios, pero no has negado mi valoración.

—Pues ahora lo hago. ¡No soy un pijo!

—¡Bah! No te creo. A ver..., respóndeme a unas preguntas...: ¿has estudiado alguna carrera?

—Sí, tengo una licenciatura en Economía y una maestría en Dirección General de Administración de Empresas.

—Y... ¿dónde has estudiado?

—En Stanford... —murmuró a la vez que fruncía el ceño.

—¿Dónde? —insistió a la vez que ponía una mano tras su oreja fingiendo que no lo había escuchado.

—En Stanford —repitió Dante elevando la voz.

—¡Ajá!

—¿Qué?

—Nada, nada —dijo al tiempo que aleteaba su mano—. Ahora dime...: ¿dónde viven tus padres?

—En Madrid.

—¿En un piso de alquiler?

—No.

—¿Un piso en propiedad?

—Sí.

—Déjame averiguar...: ¿en el barrio de Salamanca?

—Sí.

—Última pregunta...: ¿qué tipo de calzado llevas puesto?

—Unos náuticos...

—¿Lo ves?!, ¡pijo total! Estaba cantado. Si es que os huelo y, con lo que me has dicho, eres un pijo de manual: Stanford, barrio de Salamanca y náuticos.

—No estoy de acuerdo.

—Lo siento, pero no se puede ser más pijo.

—Si insistes, yo te puedo decir que tú eres una tocapelotas.

Raquel soltó una fuerte carcajada.

—Eso dice mi amigo Felipe, así que no me dices nada nuevo y, además, lo asumo. Tú eres el que tienes el problema al no reconocer quién eres.

«¿He pensado que tenía un punto de inocencia? ¡Lo que tiene es una mala baba...!», pensó mientras bebía del vino que acababa de traerle el camarero.

—Bueno, cambiando de tema, ¿qué plan tienes para mañana? Supongo que querrás visitar la *Cité*...

—¡Por supuesto! Estoy loca por visitarla, creo que es lo que más me va a gustar de este viaje. Según me han dicho, es la mayor ciudadela medieval fortificada que se conserva en Europa. ¿Has visto sus torres rematadas por pináculos de pizarra o de teja oscura? ¡Son espectaculares, ¿verdad?!

A Dante solo le dio tiempo a afirmar con la cabeza antes de que la joven

continuase con su perorata.

—Mira, visitar Carcasona es uno de mis sueños más prioritarios, así que estoy súper feliz de cumplirlo este verano. Fíjate hasta qué punto me hace ilusión que, al preparar el viaje, he intentado ver el menor número de fotos de la ciudadela porque quería comprobar si la realidad superaría a mi imaginación.

—Vale, eso contesta a mi pregunta. Mañana toca la *Cité*. ¿Me dejas acompañarte? —le preguntó con una amplia sonrisa.

Raquel frunció los labios y los torció en una clara muestra de desagrado.

—No te conozco, me gusta viajar sola y estoy segura de que no vas a poder seguir mi ritmo: tres razones por las que prefiero que no vengas conmigo. ¡Supéralo!

A Dante le supo a cuerno quemado la respuesta. Sus neuronas se pusieron a trabajar a toda velocidad para intentar convencerla mientras intentaba que su rostro no demostrara lo mal que le había sentado que «esa desgarrada y anodina niñata» no se rindiera a sus pies.

—Conóceme, no te molestaré y ponme a prueba. ¡Vamos!, no seas tan cruel...

Mientras él mantenía estática su sonrisa en un intento de fascinarla, ella no paraba de hacer muecas. En ese momento llegó el camarero con el primer plato y Raquel, en cuanto lo tuvo frente a ella, lo miró con gula.

—Tengo un hambre que me muero y esto tiene una pinta de estar de muerte —dijo la joven olvidando la conversación que tenía con Dante. Se llevó un dedo a sus labios con actitud pensativa—. ¿Te has fijado en lo incongruente de la frase que he dicho? —Se echó a reír y añadió—: La misma palabra y dos significados opuestos, ¿verdad? —concluyó a la vez que elevaba la mirada para observar al joven.

Dante seguía observando a Raquel esperando una respuesta.

—Sí..., muy curioso, pero... ¿no vas a responder a mi pregunta?

—¿Cuál? —inquirió ella distraída mientras agarraba los cubiertos para

empezar con su cena.

—¿Vas a dejar que te acompañe mañana? —volvió a preguntarle empezando a desesperarse.

Raquel lo miró extrañada.

—Pero... ¿no te he contestado ya?

—Ya..., pero yo estoy intentando que cambies de opinión...

—Y yo esperando que me des un motivo lo suficientemente válido —aclaró con una sonrisa picarona.

Dante se quedó pensativo mirándola. De repente su rostro cambió y Raquel dedujo que había tenido una idea, pero a continuación observó cómo el joven ponía un gesto compungido.

—Sufro de escoliodentosaurofobia.

—¿Eh?

—Sí, es tremendo... —se lamentó Dante a la vez que agachaba la cabeza con aparente pesar.

—Pero ¿qué es eso del *esconoséquéfobia*?

—Escoliodentosaurofobia. ¿No sabes lo que es?

—Pues no...

—Es una verdadera pesadilla, Raquel. Se trata del miedo a los reptiles y lagartos. ¿Te imaginas? ¡¡Esa ciudadela debe estar llena de lagartijas y serpientes!!

La joven se quedó atónita mirándolo. Le parecía increíble que un chicarrón tan grande y macizorro tuviese fobia a cualquier bichito, pero todo se aclaró cuando a Dante se le escapó una leve inclinación de una de las comisuras de sus labios.

—¡Está bien! ¡Te lo has ganado! —exclamó Raquel entre risas—. Si eres capaz de inventar algo así solo por acompañarme, no puedo negarme.

—¡Estupendo! —clamó con entusiasmo—. Ahora ya podemos disfrutar de esta suculenta comida.

Los dos se dispusieron a dar cuenta de los sabrosos platos que les habían

presentado mientras mantenían una conversación distendida.

Capítulo 9

UN DÍA DE LIZAS

Martes, 1 de julio de 2008

Solo voy a escribirte unas líneas, Bitácora. Anoche, cuando llegué al hotel después de cenar, estaba muy cansada y la verdad es que no me apetecía nada describirte lo último que me había sucedido, además de que lo único que tengo que contarte es que me lo pasé muy bien con Dante. Al principio nuestra conversación era algo surrealista, casi sin sentido, pero luego la cena fue muy agradable; nos reímos un montón y la comida estaba buenísima.

Después nos acercamos hasta una crepería y me puse las botas probando crepés con distintos rellenos. ¡Todos deliciosos! Ahora he quedado con mi nuevo compañero de viaje para visitar Carcasona. Luego te cuento qué me ha parecido esta ciudad medieval.

¡Ya llegaba tarde!

Dejó el diario en el cajón de la mesita de noche y con rapidez metió las pertenencias que quería llevarse en la pequeña mochila de tela multicolor. Se calzó las zapatillas y salió escopetada hacia el comedor del hotel; había quedado allí con Dante y seguro que ya la estaría esperando.

Cuando llegó allí, el joven ya se había tomado una taza de café con leche y

tenía las tostadas frías, pero prefirió no protestar por si Raquel se revolvía en contra de él y no lo dejaba ir con ella. Durante la espera, pensando en la joven, decidió que había tomado una buena decisión al acoplarse a ella. Era imposible seguirla sin que la muchacha sospechase al coincidir durante todo el viaje.

—Perdona, creo que me he retrasado un poco —reconoció la joven a la vez que tropezaba con la silla, la enderezaba y se sentaba en ella sin darle la menor importancia.

—No pasa nada, me ha dado tiempo para tomarme un café con leche y así repito.

—Bien, pues te lo traigo en compensación —propuso al tiempo que se volvía a levantar— ¿Quieres algo más?

—Si me traes alguna pieza de bollería, te lo agradecería. Creo que voy a necesitar algo contundente para pasar la mañana.

—Claro que sí.

Se dirigió hacia la mesa donde se encontraba el avituallamiento y comenzó a llenar una bandeja con diversos productos, además de prepararle una gran taza de café con leche a Dante y llenarse un vaso de zumo de naranja para ella.

—Mira, he traído un poco de todo. Yo también quiero coger fuerzas, además de que tengo mucha hambre —explicó mientras dejaba la bandeja sobre la mesa y se sentaba.

Lo primero que hizo cuando se acomodó fue coger un cruasán crujiente y llevárselo a la boca. Le dio un bocado, cerró los ojos e hizo un gesto con la mano libre: la elevó y juntó el dedo índice y el pulgar por sus yemas.

—Mmmmm... Delicioso... —dijo entre bocado y bocado—. No sabes las ganas que tenía de probar un cruasán en Francia.

—Viendo tu cara no puedo dejar de probar uno —aseguró Dante con rostro sonriente a la vez que cogía uno del plato, repleto de las apetitosas piezas de bollería hojaldrada, que había en la bandeja.

—¿Sabes que en realidad los orígenes del cruasán no son franceses?

Proviene de Austria.

—Pues no, no lo sabía —le contestó Dante mientras cogía la taza del café con leche que le había traído Raquel y se la llevaba a los labios.

En cuanto el líquido le inundó la boca, sus labios se transformaron en una mueca de asco y escupió dentro de la taza.

—¿Qué has puesto en el café?! —exclamó Dante con un gesto de asco en la boca.

—¿Qué voy a poner?! Leche, café y azúcar.

—No. —Paladeó un poco chasqueando la lengua—. Esto está salado. ¿Has puesto sal en lugar de azúcar!

—¡Ay, Dios! Ha sido sin querer, de verdad. Ahora mismo te traigo otro —se disculpó al tiempo que se incorporaba para levantarse de la silla.

Dante elevó las palmas de las manos en actitud de frenarla.

—¡No! ¡No! ¡Déjalo! Ya voy yo.

Se levantó presto y se preparó otra taza. Cuando se volvió a sentar en su silla, miró a Raquel, observó el gesto de remordimiento que tenía y todo su mal humor se desvaneció *ipso facto*. La conocía de hacía tan solo un día y ya tenía claro que todo lo que tenía de simpática lo tenía también de despistada y patosa.

Simplemente era así. No lo hacía con maldad ni adrede.

—Tómame otro cruasán para que se te quite el mal sabor de boca —murmuró Raquel.

—No te preocupes, ya se me ha quitado con el primer sorbo del café con leche, aunque lo acepto de todas formas. Tenías razón: están muchísimo más buenos que en España —afirmó a la vez que le dedicaba una de sus atractivas sonrisas.

De inmediato, volvió la perenne sonrisa al rostro de la joven.

—Pues, ¡ea!, vamos a atacar el desayuno, que para luego es tarde.

Dante la observaba devorar a dos carrillos todo lo que le apetecía.

—¿Cómo es posible que estés tan delgada con todo lo que comes? —No

pudo evitar preguntar el joven.

Raquel levantó por un momento la mirada de su desayuno y amplió su sonrisa.

—Pues la verdad es que yo misma me lo pregunto. Jamás me he privado de nada y no engordo. Eso sí: soy muy activa, no paro nunca. Mi padre dice que parezco una anguila.

Dante contempló su cuerpo con esmero. Era extremadamente delgaducha, muy poquita cosa. Sus tetas casi ni se notaban, eran apenas dos bultitos tras la camiseta amarilla que las cubría y que acentuaba el moreno de su piel. Por cierto: una piel tersa y brillante.

—Yo ya he terminado, ¿y tú? —La voz de Raquel lo despertó de sus pensamientos.

—Sí, yo también. ¿Nos vamos?

La joven se levantó de la silla y Dante la imitó al tiempo que se aseguraba de que a ella no se le olvidase la mochila, colgada de la silla. Milagrosamente, cuando Raquel ya había dado dos pasos hacia la salida del comedor, giró y volvió a la silla para agarrarla; se la colgó en la espalda y volvió sobre sus pasos para completar el recorrido de salida. Dante la siguió con una sonrisa socarrona. «Tendré que estar muy pendiente de ella si no quiero que tenga algún percance a cada momento», pensó.

Con la ayuda del mapa de la ciudad, llegaron hasta la Puerta de Narbona, que está flanqueada por dos torres gemelas. Al cruzar el puente levadizo, atravesaron el primer cinturón de muralla y se encontraron en una especie de avenida ancha, entre las dos murallas concéntricas, con numerosas torres que rodean a toda la *Cité*.

—¿Sabes lo que es esto? —preguntó Raquel a Dante al tiempo que giraba sobre sí misma contemplándolo todo.

—¿El foso?

—No, se trata de la liza o palestra. Este espacio, entre las dos murallas que encierran la ciudadela de Carcasona, era el lugar donde en la Edad Media, a base de justas, los caballeros se ejercitaban para la guerra. Y también, si los atacantes accedían al recinto exterior, quedaban al descubierto y desprovistos de refugio. ¿Te los puedes imaginar luchando por aquí? Las pesadas espadas, volando en arcos casi imposibles e impactando en los rudos escudos, en las pesadas armaduras o en las tiernas carnes que desparramaban la sangre por la tierra ¿A que es muy emocionante?

—Un poco sangriento lo tuyo, ¿no?

—Y qué poco imaginativo lo tuyo, ¿no?

—Ya..., no es una de mis cualidades.

—¡Ah! Pero ¿tienes de eso? —preguntó Raquel retóricamente, con ironía—. Porque yo, por ahora, lo que he visto es que sabes chocar con la gente de forma muy peliculera.

—Dame tiempo y quizás te permita conocerlas y, además, te gusten demasiado.

Toda la conversación se estaba desarrollando en un tono jocoso que a ambos les gustaba prodigar y que encontraba respuesta el uno en el otro.

—Venga, vamos ya para adentro. No te enrolles más vendiéndome la moto.

Las calles adoquinadas de la *Cité* los recibieron tras cruzar la segunda muralla y los condujeron a rincones llenos de magia. Pasearon sin rumbo por el laberinto de callejuelas con casas medievales, algunas convertidas en cafés, tentadores establecimientos *gourmet*, restaurantes, anticuarios, talleres de artistas y comercios.

Se dieron cuenta de que todas las callejuelas de la ciudadela conducían al Castillo Condal, que es un recinto fortificado dentro de otro y que está rodeado por un foso y custodiado por robustas torres.

Primero contemplaron las bellas y amplias vistas que se veían del castillo desde la palestra que está situada frente a las puertas de este, al otro lado del foso. Después atravesaron el puente que hay que cruzar para entrar y subieron

a sus torres para, desde allí, apreciar mejor la estructura militar del conjunto, sumergidos en la época medieval. Mientras recorrían los matacanes o galerías de madera desde las que se lanzaban proyectiles, observaban con detenimiento el paisaje que se veía desde allí.

—Parece un castillo de hadas —reconoció Raquel subyugada.

—La verdad es que no me esperaba algo así, es impresionante. Se ve toda la ciudadela.

—Oye, si quieres, terminamos de recorrer todos los matacanes, visitamos los salones del castillo y nos vamos a comer. Podemos hacer una parada antes de ir a visitar la Basílica de Saint-Nazaire.

—¿Ya tienes hambre? —preguntó Dante con ironía.

—Bueno..., empiezo a notar un vacío en el estómago, sí. Además, acabo de recordar que me aconsejaron un plato típico de esta región que se llama *cassoulet* y se me está haciendo la boca agua. Mmmm...

Capítulo 10

EL LADRÓN FANTASMA

—¿Estás segura de que esto es lo que querías comer? —interrogó Dante a Raquel con el ceño fruncido.

—Lo siento, la verdad es que no me informé de lo que era.

—¿Tú sabes el bochorno que hace? Con sinceridad, lo que menos me apetece ahora es comer un plato caliente.

Miró ceñudo, de nuevo, la cazuela de barro humeante que tenía delante de él y que estaba lleno a rebosar de alubias blancas, pato confitado, panceta y chorizo o salchichas. ¡Plato ligero donde los haya!

Después de explorar el Castillo Condal, buscaron un restaurante donde anunciase, entre sus platos del día, el que quería probar la chica. No tuvieron que recorrer mucho trayecto para encontrarlo porque, como pudieron comprobar más tarde, la práctica totalidad de los restaurantes de Carcasona disponían de ese típico plato.

—¡Oye, don quejica! Ya te he pedido disculpas; además, creo que eres lo suficientemente mayorcito para que, si no quieres ese maravilloso y buenísimo plato, pidas otro que te satisfaga más.

—¡No soy un quejica! Es que me ha pillado por sorpresa, pero ya me lo como. —Entonces vio la sonrisa guasona de Raquel y no pudo dejar de secundarla—. Sufriré en silencio durante la ardiente comida si me prometes

que el postre será un helado *biennnn* grandote.

—¡Hecho! Y como exculpación, invito yo la comida.

—No, de eso nada, me niego con rotundidad. Acordamos pagar a medias y así lo haremos.

—Ya, pero yo me voy a sentir mejor si te invito.

—Bueno..., si es por eso..., quizás me deje convidar... —aceptó Dante en tono de broma.

Ambos, a la vez, metieron la cuchara en el plato, lo llenaron y se lo llevaron a la boca mientras se miraban sonrientes. Tras varias cucharadas, Raquel tuvo que reconocer que ella también habría preferido algo más refrescante porque el calor interior iba en aumento.

—¿Cuál es tu comida favorita? —lo interrogó la joven con interés.

—El cocido madrileño de mi madre.

—Pues tampoco es que sea muy fresquito, ¿eh?

—Pero está para chuparse los dedos. ¿Y el tuyo?

—Yo me pirro por el marisco. Una mariscada en el paseo marítimo de Denia, en Alicante, es lo más de lo más.

—¿Cómo lo sabes? ¿Vas mucho por allí?

—Sí. Hemos veraneado muchos años en Benidorm y siempre íbamos varios días a saborear succulentas gambas rojas, langostas, cangrejos, mejillones, chipirones... —enumeró la chica con los ojos en blanco.

En cuanto tuvieron los postres frente a ellos, el calor interno cayó en el olvido.

—He de reconocer que el *cassoulet* estaba bueno, pero me ha recorrido un escalofrío por todo el cuerpo ante la oportunidad de hincarle el diente a este *coulant* de chocolate y el helado de moka —admitió Raquel a la vez que miraba el plato con deseo.

—¡Hombre! ¡Te ha costado darme la razón!

—Lo que es... es. Y, ¡silencio!; esto hay que degustarlo sin interferencias —dijo al tiempo que introducía la cuchara en el bizcocho del *coulant* y miraba

con placer cómo, de su interior, el chocolate derretido fluía e inundaba el plato.

—Mmmm..., delicioso... —murmuró Dante cuando se llevó su primera cucharada a la boca.

—Shhhhh.

Después de saborear el deseado postre, llegó el momento de continuar con la visita a la *Cité*, por lo que Raquel buscó su monedero en la mochila. Debía cumplir con su ofrecimiento y quería pagar el importe total.

Rebusco, rebuscó y volvió a rebuscar.

Nerviosa, Dante la vio sacar todo lo que tenía en la mochila y depositarlo encima de la mesa. Una libretita, un boli, una cámara de fotos, un pequeño neceser, otro boli, un lápiz, unas gafas de sol, su móvil, un paquetito de pañuelos de papel, el cargador del móvil, algunos tiques de compra arrugados, una pequeña agenda, tres o cuatro ganchos del pelo y una barrita de Kitkat. El joven alucinaba mientras la veía sacar, una tras otra, todas las cosas que llevaba en la mochila.

—¿En serio llevas todo eso en la mochila? ¡Debes tener la espalda hecha polvo si siempre vas tan cargada!

—¡Exagerado! ¡Pero si esto no pesa nada!, es todo bulto. Además, no me hables, que me estoy poniendo histérica. ¡No encuentro mi cartera!

—¿Qué llevas en la cartera? ¿Solo el dinero?

—¡Qué va! Llevo dinero, las tarjetas y todos mis carnés. ¡Todos! ¡Ay, Dante, que creo que me han robado!

—Busca bien, mujer, que tiene que estar ahí.

—¡Lo he sacado todo! ¡Mira! —exclamó la joven al tiempo que volteaba el interior de la mochila delante de ella para enseñárselo a Dante.

—A ver..., calma. Ve metiendo las cosas una a una para asegurarte de que no esté tu monedero entre ellas.

La joven le hizo caso y con lentitud volvió a meter todo en la mochila.

—¿Lo ves? ¡Me han robado!

—¿Y no te lo habrás dejado en el hotel?

—¡Para nada! ¡Me acuerdo perfectamente de cómo lo metí en la mochila! Además, antes, cuando cogí la cámara para hacer fotos en el castillo, estoy segura de que lo vi. ¡Me lo han robado! Rápido, paga tú, por favor. Te lo devuelvo en cuanto pueda —dijo a la vez que se levantaba de la silla—. Ahora debemos ir corriendo a la comisaría a denunciarlo.

Raquel se acercó hasta uno de los camareros para que le informase de la dirección de la comisaría más cercana. En cuanto pudo aclararse con él y este le indicó por dónde debía ir, comprobó que Dante ya había pagado y, agarrándolo por el brazo, lo arrastró fuera del restaurante.

Lo llevó casi galopando por las callejuelas de la ciudadela hasta salir de ella e ir en busca del *Pont Vieux*, lo cruzaron y Raquel siguió guiando a Dante hasta la comisaría.

Allí pusieron la denuncia tras una larga espera, en la que los agentes se pasaban a la pareja de uno al otro, hasta que al final dieron con uno que chapurreaba el español más o menos igual que Raquel chapuceaba el francés, y lograron entenderse. Dante no entendía ni «jota» de francés, por lo que los escuchaba sin tomar partido. Por fin, Raquel se despidió del agente; ambos salieron de la comisaría y se dirigieron hacia el *Pont Vieux*, de nuevo, con marcha rápida instigada por Raquel.

—Dante, yo voy a volver al hotel. Tengo que hacer unas gestiones y prefiero hacerlas desde allí, con tranquilidad.

—Te acompaño.

—No, de eso nada. Yo me voy a encerrar en mi habitación y no vas a fastidiar tu tarde por una tonta solidaridad hacia mí.

—Pero te puedo ayudar.

—No hace falta, de verdad. Yo puedo solucionarlo sola.

Dante la acompañó hasta la puerta del hotel, donde se despidieron. El joven continuó camino para volver a la ciudadela y ella subió a su habitación. Lo primero que hizo fue voltear todo lo que contenía la mochila, de nuevo, para

desparramarlo sobre la cama. Cogió el móvil y llamó a su padre, que respondió enseguida.

—*¡Canija! ¡Qué alegría oír tu voz! ¡Me tienes abandonado!*

—No seas exagerado, papá. Hablé contigo ayer en cuanto llegué al hotel.

—*¡Bah!, tan solo un minuto.*

—Pues hoy tampoco va a ser mucho más. Tengo algo que contarte, papá.

—*¿Qué te ha pasado?! ¿Dónde estás? Salgo de inmediato para allí. Si ya te decía yo que eso de irte de viaje por tu cuenta no era para ti* —desvarió Santos, preocupado.

—*¡No! ¡No!* Tranquilo, no me ha pasado nada —se apresuró a apaciguarlo.

—*¿Seguro?* —inquirió su padre intranquilo.

—Seguro, papá. Solo me han robado el monedero.

—*¿Cómo ha sido eso?*

—Pues no lo sé, la verdad, yo no he notado nada. Lo llevaba en la mochila y, cuando fui a pagar la comida, no lo llevaba.

—*A ver, canija, que nos conocemos. ¿Tú estás segura de que lo llevabas en la mochila? ¿No te lo habrás metido en el bolsillo del pantalón?*

—No, no, estoy segura.

Un breve silencio.

—*Pues yo, de ti, no lo diría con tanta convicción.*

—Pero, papá... —inició una protesta.

—*Nada, nada. No me repliques ahora y escucha primero: ¿has rebuscado en los bolsillos?*

—No.

—*Hazlo.*

—Pero...

—*¡Raquel! Por favor, hazme caso* —insistió Santos.

—*¡Está bien!* —exclamó a la vez que se palpaba con la otra mano los bolsillos del vaquero que llevaba—. No está en los bolsillos.

—*Bien. Ahora mira en la maleta.*

—¿En serio? ¿Cómo va a estar en la maleta si lo he llevado siempre encima?
—protestó la joven.

—*Tú mira, por favor, canija.*

—Espera un minuto —aceptó con voz irritada.

Raquel, con evidentes muestras de estar fastidiada por las peticiones de su padre, sacó la maleta del armario y rebuscó dentro de ella y en sus distintos compartimentos. Cuando ya lo tenía todo registrado, volvió a coger el móvil, que había dejado sobre la cama mientras tanto.

—No, tampoco. Y ya está bien, papá, si te digo que me lo han robado...

—*¿Hay muebles en la habitación?* —inquirió Santos cortándola.

—Ufffff —bufó la joven.

—*No me resoples y contéstame.*

—Sí, hay un armario, un chifonier y una mesita de noche; además de la cama, claro.

—*Pues ya sabes...*

—Papá, te voy a colgar. Estoy perdiendo el tiempo contigo en lugar de llamar al banco para cancelar las tarjetas, así que me despido ya.

—*¡No! Espera, cariño. Haz esto por tu padre, por favor, para que me quede tranquilo: mira en los cajones, ¿vale?*

La joven se lo pensó unos segundos. Tampoco le costaba tanto complacer a su padre; además, así tendría algo que restregarle en los morros cuando afirmaba que él siempre tenía razón. Por lo tanto, comenzó a abrir los cajones del chifonier desde arriba hacia abajo.

—Vale, ya los estoy abriendo. Papá, quiero que recuerdes este día, porque a mí no se me va a olvidar y te lo voy a recordar durante *muuuuucho muuuuucho* tiempo, que lo sepas.

—*Sí, bueno, hija, lo que tú digas...*

—Ya lo verás, voy a enmarcar esta conversación y a ponerla en la pared del salón —decía mientras se dirigía hacia la mesita de noche—, y le voy a poner luces de... *Em cago en tot*[12]!!

—*¿Qué pasa, cielo?*

Raquel estaba pasmada mientras miraba su monedero, que descansaba sobre la agenda, que había guardado esa mañana en el cajón de la mesita de noche. «Pero ¿por qué? ¿Por qué, Señor, los padres tienen que tener siempre la razón? ¡¿Por qué?!», pensó rabiosa.

—Tenías razón —murmuró a regañadientes—: está en el cajón de la mesita de noche.

—*Bien, pues ahora solucionado el tema, cuéntame qué tal va el viaje. ¿Te lo estás pasando bien?* —preguntó sin querer hacer leña del árbol caído.

Tras un breve silencio para tranquilizarse, Raquel comprendió que su padre no tenía culpa de nada, más bien todo lo contrario: le había resuelto el problema.

—Pues sí, estoy disfrutando mucho. Todo lo que he visitado es espectacular.

—*¿Dónde has estado hoy?*

—Hemos ido a visitar la ciudadela de Carcasona. Impresionante de verdad.

—*¿Hemos?*

—¡Ah!, he conocido a un chico y hemos hecho la visita juntos.

—*¿Cómo lo has conocido?*

—Pues... he chocado con él —le contestó a la vez que soltaba una carcajada al recordarlo—. ¡Nada, no te preocupes! Dante es un buen chaval.

—*Dante, ¿eh?*

—Sí, Dante, pero no me calientes ahora la cabeza con él, papá. Ha sido un simple compañero de viaje, nada más, ¿vale?

—*Vale, canija, pasemos página sobre ese misterioso chico. Cuéntame: ¿qué planes tienes para mañana?*

—Mañana salgo a las siete y media hacia Nantes, con una pequeña escala en Toulouse. Allí alquilaré un coche y empezaré mi recorrido por el valle del Loira.

—*Muy bonita esa zona de Francia.*

—Sí, eso creo. Ahora te tengo que dejar, papá, quiero aprovechar lo poco

que me queda de día para ver algo más de Carcasona.

—*Muy bien, tesoro. Ya hablaremos. Disfruta del viaje.*

—Gracias, papá.

Raquel colgó el móvil, pensativa. Era extraño hablar con su padre sin que dijese una sola palabra en desacuerdo con su viaje. Muy extraño.

Capítulo 11

DIEZ MINUTOS HIPERMEGALARGOS

Una luz tenue atravesaba la vidriera de estilo gótico que representaba una escena de la vida de Cristo y sus apóstoles que decoraba una de las seis capillas de la basílica de Saint-Nazaire. Dante la observaba con detenimiento cuando le sonó la sintonía de su móvil. Lo extrajo del bolsillo trasero de sus vaqueros y miró la pantalla para averiguar quién lo llamaba.

—Hola, Santos, la verdad es que estaba extrañado al no recibir una llamada tuya antes.

—*Pues ya estoy aquí. Ahora quiero que me digas por qué no seguiste mis órdenes* —respondió el padre de Raquel con un tono seco que no correspondía con su tono habitual.

—No sé a lo que te refieres... —dijo desconcertado.

—*Te encargué solo que la siguieras, Dante.*

—¡Ah! Comprendo... —reconoció el joven—. Lo siento, jefe, pero me fue imposible pasar desapercibido y al final decidí que, para cumplir mejor mi cometido, era más factible que entablara amistad con ella e intentar que me permitiese acompañarla en su viaje. Te aseguro que tu plan era imposible de seguir. Ten en cuenta que, aunque intentase ocultarme, era mucho más sospechoso que ella me viese «por casualidad» en todos los sitios donde ella estuviese.

—*Vale, está bien, de acuerdo, entiendo lo que dices. Bien, ¿tienes algo que contarme?*

—Pues no, todo va viento en popa. Hemos pasado el día juntos recorriendo Carcasona y poco más.

—*¿Seguro que no hay nada más?*

—Bueno..., hay un problemilla...: a Raquel le robaron el monedero, así que tuvimos que ir a denunciarlo y ahora está cancelando las tarjetas y tal. Pero no te preocupes, yo le prestaré todo el dinero que necesite.

Dante escuchó el sonido de otra llamada entrante, miró la pantalla del móvil para comprobar de quién se trataba.

—*Tranquilo, ese tema ya está solucio...*

—Jefe, me llama tu hija, tengo que colgar. Ya hablaremos. —Apretó la tecla para aceptar la llamada de Raquel—. ¡Hola!, ¿cómo vas? ¿Ya has solventado el problema?

—*Al contrario: ya no hay problema.* —Oyó la risa de la joven— *No te lo vas a creer, pero tenía el monedero en el cajón de la mesita de noche.*

A Dante no le extrañó nada lo que acababa de decirle Raquel. En el poco tiempo que la conocía, había llegado a comprender algo de cómo funcionaba la mente de la chica, y lo que había pasado con la desaparición del monedero entraba dentro de sus parámetros.

—Sí que me lo creo...

Raquel volvió a reír.

—*No sé por qué dices eso.*

—Bueno, entonces, ¿te animas a seguir visitando la ciudadela?

—*¿Dónde estás?*

—En la Basílica de Saint-Nazaire, al lado del anfiteatro, ¿lo recuerdas?

—*Sí, claro, no hace tanto que estuvimos por allí* —respondió entre risas.

—¿Y estás segura de que sabrás llegar sin percances? —preguntó Dante con ironía.

—*¡Calla, cafre! Estoy allí en diez minutos.*

—De acuerdo, aquí te espero.

Pasaron diez minutos y otros diez.

Al cabo de media hora, Dante estaba nervioso. ¡Esta muchacha iba a acabar con él! Volvió a coger el móvil y marcó su número, pero el tono de llamada sonó hasta que se acabó. Nada. También le mandó un SMS por si miraba el teléfono

¿Dónde se habría metido? No sabía qué hacer: ¿se quedaba allí esperando o iba en su búsqueda? Al final decidió salir de la basílica a ver si la veía.

En ese momento recibió un mensaje de Santos en el que le avisaba de que al día siguiente Raquel salía en el tren de las siete y media hacia Nantes y de que él ya tenía su billete comprado y reservado en la estación.

Cuando emergió por la puerta, frente a la fachada, al fondo de la plaza, divisó un grupo de gente que contemplaba una representación de caballeros y damas vestidos de época y, entre ellos, un trovador contaba una historia. Entre las personas que oían curiosos la representación, logró distinguir la colorida mochila de Raquel. Estaba plantada en primera fila, muy atenta al poema de amor que recitaba el trovador.

Dante fue acercándose poco a poco hasta situarse a un lado del grupo, desde donde podía observar a la joven con detenimiento.

Se había hecho unas pequeñas trenzas estilo india, a ambos lados de la cabeza, que le aniñaban el rostro. Una enorme sonrisa dejaba ver sus perfectos dientes. Sus ojos violetas brillaban como luceros y el joven reconoció en ellos la felicidad que irradiaban. Sus estrechas caderas se movían al ritmo del laúd.

No era guapa, pero tenía algo especial.

Era natural y singular, una chica que se salía del prototipo marcado por las modas. De repente oyó su risa, esa risa tan personal que era inconfundible desde su primer sonido.

Se acercó hasta ella y se colocó a su lado. Ella no dio muestras de darse

cuenta de su nuevo acompañante.

—Tus diez minutos duran mucho para ti, ¿no crees? —le susurró acercándose a su oído.

Raquel dio un brinco y giró su cabeza para mirarlo.

—¡Hola!, yo también me alegro de verte —le respondió con sorna.

—No desvíes el tema, ricura, te estaba esperando y me he preocupado por tu tardanza.

—¡Qué exagerado! Tampoco he tardado tanto; además, ni que me fuese a pasar algo.

Dante giró la cabeza y la miró con una media sonrisa que lo decía todo.

—¡Caracoles! ¿Ya te has dado cuenta de que soy algo patosilla?

—¡Nooo!, ¡qué va! ¿En serio?, ¿algo patosilla? —rio al tiempo—. Yo no emplearía un diminutivo.

—¡Oye, no te pases!

—¿Hacemos una apuesta? ¿A que eres incapaz de terminar el día sin tropezar con algo?

Raquel lo miró dudosa.

—Venga, no seas cobardica, si estás tan segura de ti misma... —la pinchó Dante.

—¡Está bien! Te vas a arrepentir de tus palabras.

—Ya lo veremos... A ver; ¿qué nos jugamos?

—¿Cinco euros?

—¡Anda ya! ¿Estás de broma?, ¿cinco euros? De eso nada, algo físico.

—Sí, claro —contestó Raquel con tono de negación—. Pero ¿tú qué quieres?: ¿aprovecharte de una desvalida damisela?

—¡Ah!, vale, ya sé otra faceta de tu carácter: ¡eres una exagerada! Me refería a algo así como que el que pierda deberá cargar con los bártulos del otro—. ¿Te atreves?

—Trato hecho —respondió tras pensárselo unos segundos.

—¿Ahora quieres entrar a ver la basílica? Te va a encantar; tiene unas

vidrieras preciosas.

La joven giró la cabeza hacia la representación medieval y se dio cuenta de que ya había acabado.

—Vamos.

—Bueno, creo que ha llegado la hora de despedirnos —le dijo Dante a Raquel, cuando llegaron al hotel, lanzándole un órdago—. Mañana salgo para Nantes.

—¿A Nantes? ¡Yo también!

—¿En serio? Yo cojo el tren de las siete y media.

—¡No me lo puedo creer!

—¿También es el tuyo? —Ante la afirmación de la joven con la cabeza, continuó—: Esto es el destino, Raquel. No deberíamos romper un hecho sobrenatural o quizás nos traiga siete años de mala suerte.

La joven rompió a reír.

—Ese dicho es cuando rompes un espejo, Dante.

—¡Oh, bueno! —Se llevó un dedo a los labios y frunció el ceño como si estuviera pensando algo y añadió—: Estoy pensando... Hasta ahora no nos ha ido mal compartiendo el viaje y tanto tú como yo vamos a la ventura: ¿qué te parece si hacemos caso al destino y continuamos juntos?

—Pues..., es que yo...

—No, espera, piénsatelo esta noche. De todas formas, mañana compartiremos tren, así que ya me contestarás allí. A mí no me importa viajar contigo; es más, creo que podría ser más divertido que ir yo solo, pero quiero que te quede claro que no forzaré ningún destino al que no quieras ir, ni tampoco mi compañía, por supuesto. Cuando quieras iremos juntos y, cuando te canses de mis chistes malos, nos separamos. Además...

—¡Está bien! —lo cortó con una sonrisa en los labios—. ¡Para!, ¡para!, te he

entendido. Mañana te contestaré. Buenas noches.

Dante miró cómo Raquel se alejaba hacia su habitación con preocupación. Pese a que con la joven había mantenido un humor jocoso, estaba preocupado. Si ella no aceptaba su oferta, el encargo de su jefe llegaba a su fin. Pese a lo reacia que parecía, debía convencerla como fuese.

¡Querido Bitácora! ¡No sabes la de cosas que me han pasado hoy! He visitado Carcasona, como te he comentado antes, pero entre medias he perdido mi monedero y lo he encontrado. Con esto prefiero no alargarme porque me da vergüenza confesarte mi despiste.



He pasado casi todo el día con Dante y me lo he pasado genial. Es un chico muy simpático, la verdad, aunque le gusta meterse un poco conmigo. Lo hace de broma y así me lo tomo. Me río mucho con él. Lo malo es que ha tomado la táctica de picarme a apostar y no sé cómo me las apaño, pero siempre pierdo yo. Me acaba de pedir que sigamos el viaje juntos y la verdad es que es tentador. Tenía el firme propósito de realizar esta aventura

yo sola, pero hoy tengo que reconocer que ha sido un buen día gracias a él, así que me lo voy a pensar...



Bueno, voy a lo importante: Carcasona es una maravillosa ciudad medieval. Pasear por la Cité me ha permitido imaginar cómo se vivía durante uno de los periodos históricos más apasionantes. En el interior de sus murallas, se conservan sus calles angostas y tortuosas y los barrios de artesanos y gremios con edificaciones de fachadas con entramados.

Es una ciudad relativamente pequeña, así que nos lo hemos tomado con mucha calma; hemos recorrido, prácticamente, todas sus calles y visitado todos los rincones que merecen ser descubiertos. Entre ellos, cómo no, el castillo de los condes de Carcasona y la Basílica de Sant-Nazaire.

¡Vaya!, he de dejarte. Me ha sonado el móvil y es Dante.

Capítulo 12

DISTINTOS TIPOS DE SUDOR

Raquel y Dante debían coger el TER a las siete y media de la mañana para llegar a Toulouse antes de las nueve. Después de despedirse la noche anterior, habían hablado por teléfono y decidido hacer una parada en esa ciudad antes de seguir ruta hasta Nantes en el tren de las dos y media. Por eso quedaron para desayunar a las seis de la mañana e ir juntos a la estación.

Pero cuando se hicieron las seis y cuarto y Raquel seguía sentada sola ante la mesa del solitario comedor, comenzó a ponerse nerviosa. «¡Seguro que ese esnob descarado se ha quedado dormido!», pensó la joven a la vez que volvía a mirar su muñeca para consultar su reloj.

Al final decidió subir hasta su habitación para saber por qué se retrasaba, así que se levantó y se dirigió hacia la puerta del comedor con brío hasta que, al abrir la puerta, se chocó con un cuerpo al que se agarró con fuerza de sus brazos resbaladizos.

—¡Puaggg! ¡Qué asco! —exclamó Raquel al tiempo que se miraba las manos, húmedas.

Frente a ella había un pecho enfundado en una camiseta ajustada de color lima limón que estaba empapada en sudor. Elevó la mirada y se encontró con el rostro sudoroso de Dante. Llevaba una cinta alrededor de su cabeza para sujetar su cabello, mojado. Respiraba con fuerza elevando su pecho en

espasmos muy seductores, o por lo menos eso le parecieron a ella.

—Vengo de correr, Raquel. Yo ya desayuné, así que me ducho en un minuto y bajo enseguida, ¿vale?

—Vale, vale...

—Ahora vuelvo —le informó Dante a la vez que se giraba para subir a su habitación.

La joven no pudo apartar su mirada de los glúteos del joven, que eran comprimidos y moldeados por unas mallas que le llegaban hasta un poco por encima de las rodillas. Sus fuertes y poderosos músculos se delineaban a la perfección y danzaban en movimiento conforme sus piernas avanzaban hacia las escaleras y las subía. Hasta que el joven no desapareció en el piso superior, Raquel permaneció embobada apoyada en el quicio de la puerta. «¡Mira que está buenorro el tío!», musitó al tiempo que se giraba para volver a sentarse frente a su desayuno. Ese era otro motivo para seguir la ruta con él...

Antes de lo que esperaba, el rostro de Dante se asomó por la puerta, entreabierta, y chistó para llamar su atención, pero Raquel estaba ensimismada en sus pensamientos y no lo oyó.

—¡Chist, Chist! —volvió a chistar en un tono más alto.

La joven giró la cabeza con brusquedad para ver quién emitía ese sonido y, al ver que era su compañero de viaje, frunció el ceño.

—¿Sabes que tengo un nombre? No soy un perro para que me llames así.

El joven abrió del todo la puerta y penetró en el comedor. «*¡Aquest noi està de traca i mocador[13]!*», pensó Raquel al verlo entrar con su melena corta repeinada, barba de tres días, una camiseta negra pegada a su torso y unos pantalones de lino de color hueso.

—¿Todavía estás sin arreglar, Raquel? Tenemos que irnos ya a la estación —interrogó con la mirada fija en los cabellos de la joven, que estaban alborotados.

—¿Por? —indagó ella tocándose el pelo.

—Eh..., no, nada... Perdona, creía que estabas despeinada... —respondió

Dante cortado.

—*Despentinada, jo? No! El que passa és que el meu cabell té llibertat d'expressió*[14].

—¿Eh?

Dante se quedó pensativo repasando en su mente las palabras de Raquel mientras ella comenzaba a elevar la comisura de sus labios al ver la confusión de él.

—Oye, que yo hace un tiempo que vivo en Barcelona y he aprendido algo de catalán, doña listilla. Me has dicho que tu pelo tiene libertad de expresión, ¿verdad? —continuó a la vez que secundaba la sonrisa de Raquel.

—Bueno, tampoco te hinchas como un pavo real... No era tan difícil la traducción. —Se puso de pie, cogió del suelo su mochila roja, que estaba en un rincón del comedor, y continuó hablando mientras se dirigía hacia la puerta esquivando a Dante, que continuaba en medio de la habitación—. Venga, vamos a ponernos en marcha ya.

—¿Espera! —exclamó Dante girando su cuerpo con rapidez.

Tarde. Raquel ya había tropezado con la maleta que había dejado frente a la puerta; por suerte, esta vez pudo guardar el equilibrio y no llegó a caer, pero la maleta sí que lo hizo y, al golpearse, se abrió y se desperdigaron las pertenencias del joven por el suelo.

—¿Joder! ¡Mira que lo sabía! —gritó el joven *a priori* pero, en cuanto vio que Raquel, avergonzada, se precipitaba a recogerlo todo, decidió tomárselo con humor—. Tranquila, no pasa nada. La verdad es que mi equipaje necesitaba un toque femenino; soy un desastre para esto —continuó al tiempo que se agachaba para ayudar a la joven.

—¿Toque femenino? A buen árbol te arrimas si es lo que buscas; yo de eso tengo poco —respondió sarcástica.

Dante no supo qué responder a ello, ya que algo de razón tenía. Muy femenina no era la chica, aunque tenía un algo especial...

Raquel agarró la maleta de Dante por el asa en cuanto acabaron de llenarla y

la cerraron, y comenzó a andar con ella arrastras.

—¿Qué haces? —le preguntó Dante mientras iba tras ella.

—¿Qué voy a hacer?: estoy cumpliendo con el pago de mi apuesta. Acabo de tropezar con tu maleta; por lo tanto, he perdido la apuesta que hicimos ayer.

—¡Ah!, vale, pero no hace falta. Tenemos un trayecto algo largo hasta el tren, así que dámela, que yo la llevo.

—No.

—Sí. ¡Para y dámela, mujer! —exclamó al tiempo que intentó agarrarla.

La joven se agachó y rodeó la maleta con sus brazos.

—¡He dicho que no! Yo cumplo mis promesas.

—Pero, Raquel, no hace falta, de verdad. Yo puedo llevarla —protestó intentando arrebatársela de entre las manos.

—¡Que no, pesado!

La recepcionista, junto con otros huéspedes del hotel, los miraba alucinados. Habían llegado al *hall* mientras discutían, y el espectáculo que estaban dando era dantesco. Dante miró alrededor y optó por dejar de insistir.

—Está bien, lo que tú quieras —dijo resignado al tiempo que soltaba la maleta.

Raquel se puso en pie, volvió a agarrar el asa y la arrastró hasta el mostrador para devolver las llaves y despedirse.

Todavía quedaba un buen trecho para llegar a la estación y Raquel rezumaba sudor por todos los poros de su cuerpo. «¡Buff, maldita cabezonería! —pensó la joven—. En el día más caluroso del año, se me ocurre ponerme terca con esta tontería. Soy la repera».

—¡Ya me he cansado, Raquel! Dame mi maleta, por favor. Estoy pasando vergüenza. ¡La gente me mira con el ceño fruncido con desaprobación! — explotó Dante.

Agarró el asa de la maleta y forcejeó con Raquel hasta que ella la soltó. La

verdad es que lo estaba deseando, pero tenía que fingir que él lo hacía sin su consentimiento.

—Está bien, pero que conste que podría haberla llevado yo hasta la estación —protestó con terquedad frunciendo el ceño.

Pero una leve sonrisa se le escapó de sus labios y, aunque intentó ocultarla girando su cabeza, Dante la vio antes de que la intentase cubrir. El joven soltó la maleta y, con rapidez, para impedir que ella lo evitara, le puso las manos en la cintura y comenzó a hacerle cosquillas.

—¡Confiesa! ¡Estabas deseando que te la quitara!

Raquel no pudo evitar que sus risas se oyeran hasta en los más lejanos confines de la avenida por la que transitaban. Dante estaba disfrutando al verla reír y retorcerse.

—¡Está bien!, ¡está bien!, ¡lo confieso! ¡Me arrepiento de ser tan cabezota! —exclamó la joven entre risas.

—¡Bien! Así me gusta: las cosas claras —dijo Dante a la vez que dejaba de hacerle cosquillas.

—¡Esto ha sido la traición! —se quejó Raquel con una amplia sonrisa en su aññada faz a la vez que comenzaba a andar de nuevo.

Dante, con dos zancadas, se puso a su altura mientras arrastraba su maleta.

—Te lo merecías; además, tenía miedo de que te convirtieras en un charco de sudor y desaparecieras evaporada.

—¡Vaya! ¡Lo has notado!

—¿Acaso alguien no? ¿Por qué te crees que la gente me miraba con censura? ¡Si pareces las cataratas del Niágara!

La joven se pasó sus manos por la cara intentando deshacerse de los chorretones de sudor que la surcaban. Hasta sus brazos brillaban debido a la humedad. Se sacó una goma para el pelo del bolsillo de sus pantalones cortos y con ella se hizo una coleta alta, aunque diversas mechass le rodearon de nuevo su rostro, al ser cortas para llegar a su amarre. «Seguro que parezco un mocho sin escurrir recién sacado del cubo —pensó la joven—. ¿Cómo es

posible que él esté sexi después de haber corrido y yo lleve estas pintas por llevar una maleta con ruedas? La naturaleza no es justa».

—Bueno, tampoco exageres; es lo normal en esta época. —Quiso quitarle importancia.

—Si tú lo dices... —concluyó con tono de sorna—. Pero déjame que te confiese una cosa: no tenías que llevar mi maleta. La apuesta que hicimos se terminó a las doce de la noche. Era durante el día de ayer; hoy ya no tenía vigencia.

—¡Oh! —exclamó Raquel, estupefacta—. ¡Esta me la pagas! Pensaré en algo maquiavélico —concluyó sonriendo con fingida maldad.

—Déjame que lo dude. No creo que seas capaz de abrigar un solo ápice de maldad en ti para este pobre y desvalido turista errante.

Y en verdad lo pensaba. Dudaba que esa joven tuviese un mal pensamiento para nadie. Estaba empezando a conocerla y ya la podía calificar como buena persona, igual que su padre. De tal palo, tal astilla. No le extrañaba; hasta él se había convertido en mejor persona desde que había conocido a Santos. Era un ser ejemplar y cualquiera que estuviese a su lado se impregnaba sin querer de su bondad y su sabiduría. Y su hija era igual en ese sentido, aunque en otros, era única.

Las carcajadas de Raquel lo desviaron de sus pensamientos.

—Turista errante, ¿eh? Yo te describiría más como turista tunante.

Capítulo 13

¡QUE EMPIECE LA MÚSICA!

Una vez en el tren con destino a Toulouse, colocaron el equipaje en su habitáculo y tomaron posesión de sus asientos. Raquel sacó de inmediato su flamante mp4 último modelo y, sin mediar palabra, le ofreció uno de los altavoces a la vez que elevaba las cejas y ladeaba su cabeza en un claro gesto interrogativo. Dante, imitando su mutismo, lo cogió y se lo llevó a su oído derecho mientras la joven se colocaba el otro en el izquierdo.

—Espero que te guste lo que llevo de música —apuntó Raquel.

—Sorpréndeme.

No tardó mucho en apreciar como la pierna derecha de Raquel comenzaba a moverse arriba y abajo al son de los primeros acordes de la canción que acababa de comenzar. Una que a él no le sonaba de nada...

*Cada blanco en mi mente
se vuelve color con verte.
Y el deseo de tenerte
es más fuerte, es más fuerte.*

—¿Qué es esto? —preguntó extrañado.

—Se trata de «Me enamora», de Juanes, ¿no te gusta?

—¡Ah! Ese es el de «La camisa negra», ¿no?

—El mismo. Tiene canciones muy chulas.

—Ya...

No era el estilo de música que a él le gustaba y con resignación optó por sacar su libro y entretenerse leyendo, mientras hacía oídos sordos a lo que sonaba por el auricular, aunque no se atrevió a quitárselo por si la disgustaba. Todavía debía convencerla para que le permitiese seguir con ella en el viaje.

Por el rabillo del ojo, veía cómo la joven seguía el ritmo de la canción, ahora también con la cabeza, y sus labios se movían al mismo son que la voz del cantante colombiano. Al final no pudo evitar girar su cabeza, desentenderse de su libro y seguir con su mirada el compás en los labios carnosos de Raquel.

Me enamora

que me hables con tu boca.

Me enamora

que me eleves hasta el cielo.

Me enamora.

Que de mi sea tu alma soñadora,

la esperanza de mis ojos.

Sin ti mi vida no tiene sentido.

Sin ti mi vida es como un remolino

de cenizas que se van, oh.

Volando con el viento

De repente se notó que la joven había acelerado sus movimientos y casi se movía con todo su cuerpo. Estaba tan ensimismado mirando la rojiza y húmeda boca de Raquel que no se había dado cuenta de que la canción había cambiado. Una enorme sonrisa se acentuó en sus propios labios al escuchar la canción que sonaba en esos momentos.

It's getting late,

*I'm making my way over to my favorite place.
I got to get my body moving, shake the stress away.
I wasn't looking for nobody when you looked my way.
Possible candidate, yeah.[15]*

«Don't stop the music», el ultimo «bombazo» de Rihanna. Raquel hacía honor a la letra y movía su cuerpo como si estuviera sacudiéndose el estrés, y lo miró. A él. «¿Se está insinuando?», pensó Dante desconcertado. La joven le dedicó una inmensa sonrisa en su amplia boca y la vio elevar los brazos y moverlos para seguir llevando el compás, que se acentuaba cada vez más según avanzaban las estrofas de la canción.

—¿Tampoco te gusta Rihanna?

—Yo no he dicho que no me gustase Juanes.

—Ya...

Ambos rompieron a reír a carcajadas. Lo había pillado.

—¡Venga! —lo arengó Raquel—. ¡Ahora viene lo mejor! ¡Sígueme!

Y cantó. Menos mal que no elevó mucho la voz. Una bonita voz, debía reconocerlo, y con una pronunciación muy aceptable del inglés.

*I want to take you away
let's escape into the music.
DJ, let it play, I just can't refuse it.
Like the way you do this,
keep on rocking to it.
Please don't stop the, please don't stop the music[16].*

Él no era un mojigato, así que se empapó de la música que oía en su oído derecho y comenzó a seguir a la muchacha en sus contorsiones. Sabía que estaban llamando la atención pero, si a ella no le importaba, a él tampoco.

¡En realidad se lo estaba pasando genial!

Durante su juventud y sus años en Stanford, había hecho sus locuras, como cualquier joven pero, desde que se puso a trabajar con el padre de Raquel,

había asumido su papel de hombre serio y con responsabilidades, y llevaba meses sin hacer algo que no fuese trabajar. Quizás, el hecho de que no tenía a su lado a sus amigos tenía algo que ver también.

Después de Rihanna, vino Katy Perry con «I kissed a girl», y ellos continuaron cantando y bailando hasta que comenzó la canción de Antonio Flores, «No dudaría», versionada por su hermana Rosario.

—Qué lástima la muerte de este chico —murmuró Dante.

—Pues sí. A mí me caía muy bien.

—Tenía un talento innato. Esta canción es un himno a la paz que me remueve por dentro cada vez que la oigo.

Raquel comenzó a cantar en un susurro, con voz contenida por la emoción.

*Prometo ver la alegría,
escarmentar de la experiencia,
pero nunca, nunca más,
usar la violencia.*

Capítulo 14

EUFORIA EN TOULOUSE

Una ligera lluvia los recibió cuando llegaron a Toulouse, tras dejar sus equipajes en la consigna de la estación, pero Raquel y Dante no le hicieron caso porque resultaba agradable frente al bochorno que hacía.

—No creo que deba decírtelo, pero ten cuidado con el suelo; este sirimiri puede ser muy resbaladizo.

—Pues, si no crees que deberías decírmelo, ¿para qué lo haces? Estás empezando a parecerte a mi padre... —le recriminó con sorna.

Dante soltó una carcajada.

—Creo que tienes razón. Perdona, pero parece ser que me está saliendo un instinto paternal que no sabía que tenía. Tendré que resetear mi cerebro.

—Pues sí porque, precisamente, una de las razones por las que he emprendido este viaje yo sola es para demostrarle a mi padre que sé valerme por mí misma.

«¡Ups! —pensó Dante—. Si sigo en este plan, no voy a conseguir mi objetivo».

—Tranquila, te prometo que no me volveré a portar contigo como tu sumiso protector —le aseguró a la vez que le hacía una reverencia grandilocuente.

—No tienes pinta de ser muy sumiso... —le replicó Raquel con una amplia sonrisa.

—Depende para qué —. Y le guiñó un ojo con gesto travieso.

Raquel sintió un fuerte ardor subirle por el pecho. Esa mirada pícara le ofreció una nueva forma de ver a su acompañante. Hasta ahora tan solo había sido un chico guapo y simpático que la hacía reír, pero esos ojos la habían incendiado por dentro. Una sensación intranquila y a la vez excitante.

Primero observaron la fachada de la propia estación Toulouse-Matabiau, digna de ser visitada, y luego cogieron el metro para dirigirse al edificio del Capitolio, sede del Ayuntamiento.

Dante procuraba que Raquel no notase su especial atención para que ella no tuviese algún percance porque, pese a lo que le había dicho a ella, no tenía más remedio que cumplir con su trabajo. Un par de veces tuvo que contenerse para no agarrarla por el brazo al ver cómo tenía un amago de resbalar y, en el metro, con disimulo, fingiendo un tropiezo, tuvo que empujarla para que su mochila no se quedase enganchada al cerrarse las puertas.

La mente de Dante daba vueltas y más vueltas. Debía encontrar un motivo por el que Raquel accediese a continuar el viaje junto a él. Notaba que ella seguía reacia. Era cabezota y se había organizado todo a su medida y su forma, aunque ella dijese que iba a la ventura... Se le habían escapado algunas cosas y él se había dado cuenta de que en realidad tenía el viaje mucho más planificado de lo que ella se admitía a sí misma. Sentía que estaba a punto de encontrar la clave; estaba ahí, lo notaba, le faltaba un pequeño clic para llegar a ella. Le mandó un mensaje al padre de Raquel apremiándolo para que le enviase más información sobre la ruta prevista por la chica.

Al salir de las profundidades del metro, consultaron el plano y vieron que se encontraban a espaldas del Ayuntamiento. Debían rodearlo y, a través de una de la maraña de calles que convergían en una gran plaza, centro neurálgico de Toulouse, llegar hasta la fachada principal.

Un mercadillo los recibió en la Plaza del Capitolio. Decenas de estructuras metálicas con sus toldos multicolores exponían infinidad de artículos para su venta. Pese a la temprana hora que era, un gentío pululaba ya entre las

callejuelas que se conformaban entre los puestos.

—¡Me encanta! Soy forofa de los mercadillos, Dante. Voy a dar una vuelta por él; ¿vienes o me esperas aquí? —dijo Raquel mientras se dirigía hacia él.

—Por nada del mundo me perdería el espectáculo. Creo que nunca he visitado un mercadillo, ni he acompañado a una mujer, por supuesto. Tengo curiosidad —aseguró Dante a la vez que la seguía.

—¿No has ido con tu madre a uno?

—¡Jamás! ¿Mi madre en un mercadillo?; eso no hay ojos que lo hayan visto. Se agobia en las aglomeraciones.

La muchacha se lo quedó mirando.

—¿Y luego dices que no eres pijo?

Ante eso, Dante ya no supo qué contestarle, además de que Raquel perdió enseguida el interés por él y se concentró en mirar y revolver en el primer puesto al que llegó. La observó con asombro en su ir y venir de un puesto a otro. La escuchó regatear (o eso le pareció a él por los gestos), revolver entre los colgadores de perchas colmadas de ropa, hurgar entre distintos complementos y, al final, terminar cargada con distintas bolsas que contenían sus compras. Pero lo que más le llamó la atención fue la cara de placer y deleite que tuvo Raquel durante todo el tiempo que estuvo recorriendo el mercadillo. Él no compartió esa euforia, pero sí que disfrutó de verla a ella tan entusiasmada.

—Ya podemos ir al Ayuntamiento —dijo Raquel plantándose frente a él con una sonrisa inmensa.

—Has gozado de lo lindo, ¿eh?

—¡Sí! No puedo resistirlo; es ver un mercadillo y volverme loca.

Mientras hablaban, atravesaron el gran portón del Capitolio y fueron a parar al patio de Enrique IV, desde donde se accede a la parte del edificio visitable. Subieron por una gran escalinata decorada con bellos frescos que los condujo hasta las distintas salas nobles, que recorrieron admirando su ornamentación.

Después se dirigieron hasta la impresionante Basílica de Saint Sernin, de un

peculiar estilo románico. La ligera lluvia ya había desaparecido y hasta el suelo estaba seco. Un agobiante bochorno se había aposentado en el ambiente de la ciudad bajo un fuerte sol, que caía de pleno en lo más alto del cielo, y sin ninguna nube a la vista.

En el transcurso del recorrido, entre uno y otro edificio monumental, Dante recibió un mensaje de su jefe en el que le informaba de que, después de visitar Nantes, Raquel iba a alquilar un coche para trasladarse por el valle del Loira. «¡Bien! ¡Ahí está el clic que necesitaba!», pensó el joven en cuanto lo leyó. Ahora solo faltaba aguardar el momento oportuno.

Raquel estaba entusiasmada cuando salieron de la Basílica, andaba dando brinquitos a su lado mientras gesticulaba con las manos y con los ojos abiertos como platos. Se había puesto una gorra al llegar a Toulouse para protegerse algo de la lluvia y ahora la llevaba con la visera hacia atrás y, junto con su cuerpecito diminuto, parecía un pilluelo en lugar de una joven de veintidós años.

—¡Guau!, ¡me ha encantado! El ayuntamiento me ha fascinado y pensaba que la basílica, al ser románica, sería sobria y, la verdad, comprobar que no lo era me ha impactado.

Él la miraba embobado sin darse cuenta. Jamás había conocido a alguien como Raquel, que disfrutara por todo y por nada, que su inmensa sonrisa formase parte esencial de ella y... ¡que a la vez fuese tan torpe! No pudo evitarlo. De repente desapareció de su vista y tuvo que bajar la mirada para encontrarla; la chica estaba de rodillas y con las manos apoyadas en el suelo. Su visión se concentró en el trasero de la joven; estaba sorprendido porque, pese a su delgadez, esa zona de su cuerpo no era la más delgada precisamente. Hasta ahora no se había dado cuenta de que lo tenía respingón y redondeado.

Sacudió la cabeza para salir de su paralización y acudir a socorrerla, pero ella ya se incorporaba.

—¡Mira! ¡Un amuleto chino de la buena suerte! —exclamó Raquel, extendiendo su mano.

Sobre ella, Dante pudo ver una moneda de bronce con signos orientales y un agujero cuadrado en medio.

—¿No te has caído? —le preguntó titubeante.

La muchacha lo miró asombrada.

—No, vi la moneda y me agaché a cogerla. ¡Menuda opinión tienes de mí, *nen*[17]!

—Bueno pero, como has podido comprobar, no acudí corriendo en tu ayuda; he cumplido con lo prometido.

—Punto para ti.

—¡Bien!

Raquel miró alrededor y se giró en dirección contraria.

—Ahora vengo —informó la joven.

Volvió sobre sus pasos y giró en la primera esquina. Mientras la esperaba, Dante sacó el plano de Toulouse y se puso a investigar el próximo enclave que podrían visitar. Al cabo de un rato corto, Raquel volvió con dos bolsas de papel entre sus manos.

—Ten, para ti —. Y le dio una de ellas.

Dante lo cogió y miró dentro; había un crepé enrollado y una lata de cerveza.

—Es de huevo, queso y jamón. Espero que te guste —le informó Raquel.

—¡Muchas gracias! Me apetece muchísimo. La verdad es que el olor que sale de la bolsa es muy tentador. ¿Qué te parece si vamos a orillas del Garona a comérselo con tranquilidad? Está cerca —aseguró mientras se guardaba el mapa en su bolsillo trasero.

—Me parece perfecto.

Un largo paseo de suelo empedrado y césped los recibió cuando bajaron las escaleras que llevaban hasta la ribera del río. Localizaron un banco solitario en la sombra y se acomodaron en él para comer con tranquilidad.

—¡Esto es precioso! —exclamó la joven recorriendo con la mirada el paisaje que tenían delante de ellos.

Se encontraban entre el *Pont du Saint Pierre* y el *Pont Neuf*, y el río Garona discurría por debajo de ellos con sosiego. Un ambiente calmado los rodeaba y un placentero silencio se apoderó de los dos mientras daban cuenta de los crepés y las cervezas. El sol se reflejaba en las aguas turbias y las convertía en plateadas. En la orilla contraria sobresalía la cúpula de la Iglesia *Saint-Joseph de la Grave*, rodeada de los típicos edificios rojos de la ciudad.

Dante pensó que era el momento oportuno que estaba buscando para intentar convencer a Raquel. Sin apartar la mirada del río, comenzó a tantear el terreno.

—Oye, ¿puedo aprovecharme de tu profesión?

—¿Mi profesión? —se rio la joven—. Todavía no la he iniciado, pero sí de mis estudios. Dime; si puedo, te ayudaré.

—Había pensado hacer un recorrido por los castillos del valle del Loira, pero no sé cómo hacerlo. Supongo que no habrá parada de tren en la puerta de cada castillo, además de que no puedo hacerlo en un solo día y tendría que desplazarme a alguna localidad para dormir. ¿Qué me aconsejas tú?

—Es una respuesta fácil: alquilaría un coche.

—Imposible, no conduzco.

Raquel se estaba llevando el bote de cerveza a la boca y se detuvo en su recorrido al tiempo que giraba la cabeza para mirarlo.

—¿En serio?

El joven notó una punzada en su interior. No le estaba gustando nada tener que mentirle, pero no había encontrado otra forma de seguir con ella.

—Pues sí. En Madrid me acostumbré a ir en taxis y, cuando residí en Estados Unidos, ni se me pasó por la cabeza conducir allí, así que ha ido pasando el tiempo y todavía no me he sacado el carné de conducir.

«¡Dios! El día que Raquel se entere de que le he mentado, no va a hablarme más», pensó con pesar. Dante no cayó en la cuenta de que todo era una gran mentira y el hecho de que le mintiese en eso sería lo menos importante para la chica.

La muchacha se quedó pensativa. La tentación recorrió su ser, pero su mente le decía que no era lo que tenía planeado. Aunque, claro..., ella no era una chica muy racional... La dicotomía partía su cuerpo en dos, pero no longitudinalmente, sino de cuello para arriba y de cuello para abajo. Entre lo cerebral y lo sensitivo.

Debía reconocer que, desde que lo había conocido, se había reído un montón y compartir el viaje con él, hasta ahora, estaba siendo muy positivo. Quizás, podrían seguir así y, si en algún momento se arrepentía, como él mismo le había dicho la noche anterior, podía romper esa «sociedad».

—Escucha, yo en Nantes voy a alquilar un coche para recorrer el valle del Loira. Si quieres, te puedes venir conmigo. ¡Y no me vuelvas a hablar del destino, ¿eh?! Es una ruta normal si estás en Nantes, y allí es dónde vamos los dos. ¡Por cierto! —Miró la hora en su reloj de pulsera—. Debemos irnos ya a la estación.

Dante hizo lo propio en su muñeca y se levantó de inmediato.

—¡Vamos! Si no nos damos prisa, llegaremos tarde.

Casi sin respirar recorrieron el camino hasta la boca del metro más cercana. Los pasos de Dante eran largos y mecánicos mientras que Raquel, en su intento por seguirlo, trotaba sin compás. El joven decidió agarrarla por el brazo para que le fuese más fácil ir a su ritmo, pese a que temía que ella lo rechazara, pero no fue así. Raquel comprendió que, en esos momentos, lo necesitaba si querían llegar a la estación antes de que se fuese el tren que debían tomar para llegar ese mismo día a Nantes.

—¡Bufff! —resopló Raquel en cuanto se sentó en el asiento del tren—. ¡Por los pelos!

Dante se dejó caer desmadejado en el suyo, a la vez que el tren arrancaba, y por la fuerza de la inercia cayó encima de la joven. Se levantó con agilidad y

se sentó en su asiento.

—Lo siento, fue sin querer.

—¡Oh, vaya! Yo, que creía que te habías sentido irremediabilmente atraído por mí.

Dante la miró y, al ver la guasa en su sonrisa, rompió a reír.

—Oye, Raquel, ¿iba en serio la propuesta de antes? —le preguntó Dante en cuanto se calmó.

—¿Cuál?, ¿la de venirte conmigo en el coche?

—Sí... Creo que no he oído otra propuesta de tus labios, ¿o sí?

Esta vez fue Raquel la que lo miró y soltó unas carcajadas al ver la picardía en sus ojos.

—Pues sí —afirmó la joven—, iba en serio. Podemos compartir gastos, aunque te aviso de que, si en algún momento no me siento cómoda, te pediré que separemos nuestros caminos. Ya sabes que no era la idea de viaje que tenía.

—Trato hecho. Prometo hacer todo lo posible para solo obtener puntos positivos.

La muchacha no pudo evitar que una sonrisa risueña asomara a sus labios. Cada vez le gustaba más este chico y cada vez estaba más convencida de que había hecho bien y de que se lo pasaría genial en su compañía, mucho mejor que yendo sola.

Capítulo 15

UNA LARGA TRAVESÍA MOVIDA

Tenían más de siete horas de viaje entre Toulouse y Nantes, así que, en un momento dado en el que los dos asientos que tenían frente a ellos no estaban ocupados, Raquel aprovechó para tener un momento de intimidad. Se cambió de asiento y se dedicó a escribir en su diario.

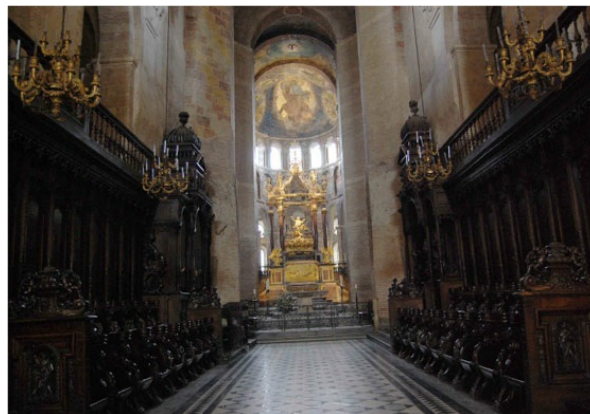
Miércoles, 2 de julio de 2008

¡Hola, Bitácora! Estoy aprovechando el viaje en tren para ponerte al día. Al final he decidido seguir el viaje en compañía de Dante. Me lo paso genial con él y así compartimos gastos, que me viene de maravilla.

Esta mañana hemos estado en Toulouse, llamada la Ciudad Rosa por ser el color de la mayoría de sus edificios antiguos. Primero visitamos la Plaza del Capitolio, donde había un gran mercadillo que recorrí de lado a lado. Compré algunas cositas para regalar a mi padre y mis amigos.



Luego entramos al formidable edificio del Capitolio, en el que está la sede del Ayuntamiento y donde, después de subir por una gran escalera de mármol decorada en un lateral con pinturas que simulan personas que suben sus peldaños, pudimos contemplar las salas abiertas al público: la Sala Gervais, decorada con pinturas que tienen como tema el amor; la Sala Henri-Martin, con grandes cuadros de este pintor que recrean escenas de la vida cotidiana en Toulouse, y por último se puede ver la Sala de los Ilustres, la más lujosa del conjunto y que está decorada con grandes lienzos y estatuas. Aquí se celebran recepciones oficiales y bodas.



Después nos acercamos hasta la Basílica de Saint Sernin o San Saturnino, que es el monumento principal de Toulouse; es una joya única del románico e iglesia de peregrinación. He de confesarte que me ha impresionado. Me esperaba el estilo sobrio y desnudo que se utilizaba en Castilla, pero no. Es..., no sé cómo describirla...; tiene una ornamentación llamativa que le da un toque distintivo, que me dejó boquiabierta.

Y para terminar, nos sentamos a orillas del Garona, que es el río que atraviesa Toulouse. Allí nos comimos unos crepés buenísimos con una cervecita fresquita y charlamos un rato antes de volver a la estación para coger el tren rumbo a Nantes.

En el mismo momento que puso el punto final a su relato del día, notó que alguien la golpeaba en el pie. Levantó la mirada y vio a Dante, que la miraba y hacía un gesto con sus cejas y sus ojos para señalar hacia el pasillo del vagón. La joven miró hacia allí y pudo ver que una señora con un niño de pie la miraban. Enseguida comprendió que estaba sentada en sus asientos.

—*Je suis desolé!*[18] —exclamó a la vez que se cambiaba de sitio y volvía junto a Dante.

La mujer y el niño, de unos cuatro o cinco años, se acomodaron enseguida. Pronto, la pareja no pudo quitar la vista de sus compañeros de viaje. El niño no paraba de moverse; se ponía de rodillas en el asiento, se levantaba, se subía sobre el regazo de la que, presumiblemente, parecía ser su abuela, que intentaba calmarlo, pero el niño reaccionaba chillando y lloriqueando. ¡Era una criatura insoportable!

Dante miró a Raquel con cara de fastidio; Raquel contempló a Dante con una mueca muy graciosa en su rostro.

—Creo que tengo la solución —le susurró ella acercando sus labios al oído de él.

El joven notó un cosquilleo en su cuello, producido por el aliento de Raquel, y no prestó atención a lo que hacía ella hasta que notó que algo se introducía

en su oído, acompañado por una canción. Con sorpresa escuchó con interés.

—Esta canción acaba de salir y ya se ha convertido en una de mis canciones preferidas. ¡Me encanta!

—¿Quiénes son?

—Coldplay. Es de su último álbum, *Viva la vida*. Así, en español. Y el título de la canción se llama igual. La letra representa que la canta el rey Luis XVI de Francia momentos antes de ser decapitado —le informó mientras llevaba el compás con el torso y los brazos.

Los dos se quedaron callados tras su explicación, mientras escuchaban la música, hasta que de repente Raquel comenzó a cantar con un tono bajo al tiempo que elevaba los brazos balanceándolos:

Oh, oh, oh, oh, ohh, oh.

Oh, oh, oh, oh, ohh, oh.

Oh, oh, oh, oh, ohh, oh.

Oh, oh, oh, oh, ohh, oh.

Oh, oh, oh, oh, ohh, oh.

Hear Jerusalem bells a-ringing.

Roman cavalry choirs are singing.[19]

—¡Uff, perdona, Dante, pero es que me entra un buen rollo cuando la oigo!

Dante no pudo evitar sonreír ante las muestras alocadas de su compañera de viaje. Durante buena parte del trayecto, Raquel le fue poniendo la música que tenía memorizada en su iPod. Era variopinta y reflejaba de manera perfecta la forma de ser de la joven. Escuchó a Luis Fonsi con «No me doy por vencido», una canción melódica, y a continuación a Lady Gaga con «The fame». Después, oyó a una romántica Alicia Keys con «No one», que precedió a «El barquito de cáscara de nuez», cantada por Miliki, Emilio Aragón y Miguel Bosé. Era una muchacha tan ecléctica que a Dante no le extrañó que tuviera unos gustos tan dispares.

Durante la larga travesía, tuvieron tiempo para todo. A media tarde

decidieron acercarse hasta el vagón restaurante. Los dos estaban hambrientos porque, aparte del crepé que se habían comido en el río, solo se habían alimentado de alguna barrita de chocolate que la joven llevaba en su mochila.

Se encontraban los dos sentados en sendos sillones tapizados en capitoné de cuero y ante una mesa vestida con lujo para dos comensales. Raquel se inclinó hacia delante para acercarse a su compañero y le susurró tras alejarse el camarero después de apuntar la comanda:

—Qué lujerío tiene este restaurante. Me da miedo tocar algo por si lo rompo.

—Creo que a mí me pasa lo mismo.

—¿Tú también te sientes abrumado?

—No, tengo pavor a que tú hagas algún destrozo —contestó Dante con mofa.

—¡Serás...! —exclamó la joven a la vez que le lanzaba la servilleta.

—Sí, eso, ve tentando a la suerte —protestó con sorna mientras se la devolvía.

—Nos ha venido genial el horario europeo. Si tengo que esperar hasta la hora española para cenar, formo un concierto con mis tripas.

Por suerte para Raquel, el camarero no tardó mucho en llegar con los entrantes que habían pedido.

—No sé si podré aguantar el asco cuando te vea comer esos babosos caracoles —apuntó la joven en cuanto se hubo ido el camarero.

—Pues no hay cosa a la que le tenga más tirria que a una sopa de cebolla. Además, parece que eres masoca: vuelves a repetir un plato caliente.

—Tranquilo, ¿no notas que hay aire acondicionado? No sufras por mí; me encanta una sopa sea la época que sea.

—Puaggg. Y encima de cebolla.

—¡Oye, para ya! Por lo menos lo mío es comestible, no esa baba repugnante.

Dante la miró reflexivo. Una lucecita pícaro apareció en sus ojos y una media sonrisa afloró a sus labios.

—¿Hacemos una apuesta?

—¡No! Una de tus apuestas, no, que al final siempre pierdo yo —negó Raquel a la vez que movía su cabeza de lado a lado con energía.

—¡Venga, mujer! Estoy convencido de que a ti te gustan las emociones fuertes.

—¡Ja!

—Es una tontería de apuesta. A ver quién es capaz de comer algo del plato del otro sin hacer una sola mueca de repulsión.

—Tú quieres liarme —lo acusó con gesto desconfiado.

—No, quiero divertirme un rato.

—¡A mi costa!

—Que no, mujer. Nos reiremos los dos —insistió el joven.

Raquel puso cara de no estar muy convencida, pero al final sucumbió al entusiasmo de Dante.

—Tú primero.

—No, es mejor los dos a la vez. Tú coge un caracol mío y yo, una cucharada de tu sopa; y los dos, al unísono, nos lo llevamos a la boca, ¿vale?

—Está bien, pero no vale decir nada que provoque al otro. ¡Chitón!

—De acuerdo.

Dante le pasó las pinzas y el tenedor especiales para comer caracoles y acercó su plato al centro de la mesa para que le sea más fácil a la hora de utilizarlos.

—Supongo que sabrás cómo se usan, ¿no? —la azuzó con sorna.

—Oye, don pijo, no te pases...

—Venga, pues empieza. Cuando tengas pinchado el bicho de dentro, lleno la cuchara yo.

—Tú lo has dicho: ¡esto es un bicho! ¡Puagg, qué asco! —exclamó al tiempo que hacía una mueca con su cara—. ¡Eh!, ¡todavía no vale! Hasta que no nos metamos la comida en la boca, no empieza la apuesta —continuó al darse cuenta de su gesto.

—¿Quieres empezar de una vez, pesada?! —protestó Dante con voz alegre.

Raquel cogió las pinzas con una mano y con la otra, el pincho especial. Probó coger un caracol con el artilugio. Pinzó el más cercano, pero se le escurrió y no pudo atraparlo. Después de varios intentos infructuosos, ansiosa, cambió de molusco, pero le puso demasiado ímpetu y... ¡zas!: ¡directo a la frente de Dante!

El caracol cayó sobre la mesa con un golpe seco, pero había dejado su impronta en el joven: un círculo redondo, rojo, grasiento y hundido había surgido justo en el centro de su frente. Raquel soltó los utensilios que tenía en sus manos y se las llevó a la boca para intentar ocultar y contener la risa que pugnaba por salir, pero lo que no pudo reprimir fueron los espasmos que la recorrieron ante la contención que tenía que hacer.

—¡Eso! ¡Encima ríete! —gruñó Dante.

Y Raquel no pudo controlarse más, y sus características carcajadas llenaron el silencio, por lo que el joven no pudo evitar contagiarse, como siempre que la oía reír. Era imposible no dejar de imitarla cuando la oía. En cuanto consiguió calmarse, se limpió la frente con la servilleta, cogió las pinzas, agarró con decisión un caracol por la concha y, con el tenedor especial, extrajo el cuerpo y se lo ofreció a ella.

—Gracias. Creo que es lo mejor si pretendes salir de aquí sin que te lesione —le dijo con ironía mientras agarraba el pincho con el caracol.

—Perdona, pero ya lo has hecho, querida.

—No seas tan quejica y coge una cucharada de la sopa ya. Cuanto antes terminemos con el reto, antes podré burlarme de ti cuando pierdas la apuesta.

Dante le sonrió con malicia mientras cogía la cuchara y la hundía en la sopa para sacarla llena. Se la acercó a la boca sin dejar de mirar a Raquel. Ella lo imitó y aproximó el caracol a sus labios.

—Una, dos y... ¡tres! —contó el joven.

Ambos, al unísono, se introdujeron la comida en la boca. Raquel la cerró a continuación pero, con los labios apretados, se notaba que no masticaba. Dante le hizo un gesto con la mano para que comiese mientras él se tragaba la

sopa de una sola vez y sin un solo gesto. La joven, con parsimonia, comenzó a comer. «*Collons*[20]! —pensó—. *Això sembla xiclet! Puagg, quin fàstic! Però em vaig a aguantar. No li vaig a deixar guanyar a aquest torracollons*[21]».

Dante, en cuanto tuvo la boca vacía, la abrió para que comprobara que ya no tenía nada, y dejó en sus labios una sonrisa irónica.

—Ya estás tardando. Por lo que se ve, lo estás saboreando. Suculento, ¿verdad?

—Cállate, *borinot*[22]!

Raquel notaba aquella masa dar vueltas por su boca sin conseguir tragarla y cada vez estaba más nerviosa. Para colmo de males, tenía la mirada de ese guaperas fija en ella y sentía que no podría aguantar mucho sin demostrar repulsión, así que optó por levantarse e ir al aseo para deshacerse de lo que llevaba en la boca.

Cuando volvió, lo encontró recostado en la silla y con una amplia sonrisa que dejaba ver la satisfacción que tenía al ganar la apuesta.

—Que conste que me he ausentado porque tenía una urgencia. Me he comido sin problemas el dichoso caracol —dijo Raquel con una sonrisa en sus labios en cuanto volvió a ocupar su silla.

—Ya...

—¿No me crees? A ver cómo demuestras que no ha sido así.

—Solo se me ocurre una cosa: cómete otro.

—¡Ja! Ni loca me llevo algo así otra vez a la boca.

—Pues a mí no me importaría volver a comer la sopa.

Raquel se lo quedó mirando con recelo. Estaba empezando a conocerlo y notaba algo sospechoso en su forma de actuar. De repente, lo comprendió.

—¡A ti te gusta la sopa de cebolla!

Dante rompió a reír.

—Eres demasiado lista, canija.

El joven cayó en la cuenta enseguida del fallo que había tenido, pero el

apelativo le salió sin pensarlo. Cada vez que hablaba con su jefe, este siempre se refería a ella con él y, al final, había terminado en su interior, por nombrarla él mismo de esa forma.

—¿Canija? ¡Qué casualidad!; mi padre me llama siempre así.

—Será porque lo eres —respondió dando tranquilidad a sus palabras y continuó para distraerla de su desliz—. Bueno, vamos a comer, que se está enfriando.

Consiguió lo que quería y comenzaron a consumir sus respectivos platos mientras pensaba en el buen carácter de la muchacha, que no se había enfadado con él por el engaño en la apuesta, más bien todo lo contrario. No paró, en toda la comida, de meterse con él por tener que recurrir a una treta para ganarle. Lo calificó de tramposo y mal perdedor entre risas.

Después se acomodaron en sus asientos y cada uno se puso a leer el libro que llevaba para los ratos de ocio. Dante no pudo evitar mirar de reojo el que llevaba Raquel para averiguar qué tipo de lectura le gustaba. En la solapa ponía *Eclipse*.

—¿Un libro sobre la Luna? —inquirió curioso.

La joven lo miró y se rio.

—No, es una novela de fantasía romántica.

—¿Entre extraterrestres lunáticos?

Volvió a reír, esta vez con mayor fuerza.

—¿Qué imaginación tienes! Narra la historia de amor entre una chica mortal y un vampiro.

Dante la miró boquiabierto.

—¿Un vampiro? ¿Eso es más normal? —inquirió, sorprendido.

—A ver, es que Edward Cullen es más mono...

—¿Edward?

—El vampiro protagonista —le aclaró Raquel.

—Un vampiro... mono... —replicó con tono de duda.

—¡Ay, venga! Tú ya sabes a lo que me refiero.

—Pues no, para mí no es mono un vampiro sangriento.

—Es que no es un vampiro sangriento. Bueno, sí, pero él no quiere serlo.

—Ya...

—Bueno, es igual. ¿Tú qué lees?

—*El último catón*, de Matilde Asensi.

—Esa ya la he leído yo, ¡es buenísima! —confirmó entusiasmada.

—La verdad es que me está gustando mucho, sí.

Volvieron cada uno a sus lecturas hasta que, a las nueve y media, llegaron a Nantes. En la misma estación alquilaron un coche para el día siguiente y se dirigieron hacia el Hotel Astoria, que se encontraba enfrente.

Capítulo 16

¡ENCERRADOS!

—El castillo de los duques de Bretaña es una antigua fortaleza medieval y palacio ducal —iba leyendo Raquel en un folleto que había cogido del mostrador del hotel mientras se dirigían hacia el monumento que describía—. Fue la residencia principal de los duques desde el siglo XII al XV. Concebida como una fortaleza, está compuesta de siete torres, unidas por murallas y un camino de ronda. En el patio un conjunto de edificios residenciales contruados en piedra de toba contrastan con su blancura y refinamiento con las murallas exteriores.

Habían madrugado para poder visitar el castillo de Nantes antes de irse a comenzar la ruta por el valle del Loira. El hotel estaba a unas pocas manzanas de la fortaleza, aunque no pudieron verlo hasta que no llegaron al lugar, ya que los edificios les tapaban las vistas. Cuando alcanzaron el final de la calle, desembocaron en una amplia avenida y, frente a ellos, tras unos frondosos árboles, se alzaba una de sus torres.

—Este es el último castillo a orillas del Loira antes de su desembocadura en el océano Atlántico. Empezamos nuestra aventura por el final —explicó Raquel.

Rodearon las murallas caminando por una calle adoquinada, al mismo tiempo que observaban esa mole de granito, en busca del puente de piedra que

daba acceso a la entrada principal. Un pequeño murete dejaba ver los cuidados jardines del foso, en el que algunas personas descansaban y se relajaban tumbadas en el tupido césped. Pocos metros antes de llegar al puente, los recibió una estatua de Ana de Bretaña que parecía que contemplaba su obra.

—Aquí pone que, en 1488, Ana de Bretaña hereda el ducado a la muerte de su padre Francisco II y retoma los trabajos de reconstrucción del castillo que había iniciado Francisco I. Fue la última duquesa de Bretaña —explicó Raquel con la vista fija en el folleto—. ¡Madre mía! ¡Qué fuerte!

—¿Qué pasa? —preguntó Dante con interés.

—Esta pobre chica se casó por primera vez con Carlos VIII de Francia a los catorce años y con Luis XII de Francia, también, a los veintidós. Y cuando se murió, con treinta y seis años, había estado embarazada catorce veces, con siete de sus niños muertos; de los siete restantes, solo dos sobrevivieron a la infancia.

—¡Joder!, ¡qué pasada! Pobre chica, sí.

Cruzaron el puente y atravesaron el pequeño túnel, custodiado por dos torres gemelas, que los llevó hasta el gran patio interior de tierra batida. En él destacaba, de entre todos los edificios que lo circundaban, el hermoso palacio residencial de estilo renacentista. Después de recorrerlo con la mirada, se dirigieron hacia el pozo que había delante de la fachada de la Gran Casa, que albergaba el Museo de Historia de Nantes. Luego, Raquel se acercó a la puerta de dicho edificio y empujó la puerta.

—Está cerrado, Dante —le informó disgustada.

—¿En serio? ¡Qué fastidio! —se quejó el joven—. ¿A qué hora pone en el folleto que se abre?

Raquel volvió a empujar la puerta a la vez que leía el folleto.

—Pues ya debería estar abierto...

Dante se había posicionado detrás de la joven.

—Hay gente dentro —le informó el joven.

—Pues no sé...

Volvió a empujar la puerta.

—Nada, no se abre.

En ese momento observaron cómo alguien se dirigía a la puerta y la empujaba desde dentro y se abría. Raquel y Dante se miraron y rompieron a reír con fuertes carcajadas mientras se apartaban de la puerta y volvían al patio para poder desternillarse con tranquilidad. Dante no podía parar porque, cada vez que la miraba a ella y escuchaba sus contagiosas risotadas, se tronchaba de nuevo de la algazara. A Raquel le pasaba lo mismo y, cuando miraba al joven, se retroalimentaba de su hilaridad.

—¡Tenía que tirar hacia fuera! —exclamó Raquel en cuanto pudo hablar.

—¡Hacia fuera, Romerales! —corroboró Dante emulando la famosa frase de la no menos famosa serie de televisión, *Farmacia de Guardia*.

Entre risas entraron en el museo y lo visitaron con atención. Después recogieron el coche en la compañía de alquiler y emprendieron rumbo al castillo de Brissac. Allí se entretuvieron más tiempo del que pensaban porque se encontraron con un tesoro escondido en sus espléndidas salas interiores, así que, cuando llegaron al castillo de Brézé, tan solo faltaba una hora para que cerrase.

Con rapidez dejaron el coche en la zona de aparcamiento y se encaminaron hacia el antiguo establo donde ahora está el edificio de recepción. Compraron los billetes de entrada y siguieron camino hasta cruzar el impresionante puente que atraviesa el profundo foso, de unos dieciocho metros de fondo, para penetrar en el patio central y acceder a las distintas estancias y dormitorios, maravillosamente conservados.

Visitaron distintas salas con techos decorados con hermosos artesonados. Recorrieron las habitaciones destinadas a los señores y a su servicio pero, pese al esplendor del castillo que estaban contemplando, a Raquel lo que más le interesaba ver era el extraordinario y mayor recinto subterráneo de toda Europa: una red con decenas de habitaciones y más de cuatro kilómetros de

túneles, aunque la mayoría estaban cerradas al público.

—Debemos continuar, Dante. A este paso no nos va a dar tiempo a ver la fortaleza subterránea —dijo Raquel a la vez que se asomaba por una puerta para ver lo que había allí—. ¡Oh!, ¡mira! ¡Es un cuarto de baño con bañera y todo!

Cuando el joven la siguió, pudo ver una habitación con un friso a media pared y un suelo con baldosas de cerámica con adornos azules; con una bañera de metal cubierta con una sábana, y con una fontanería arcaica con unos grifos muy curiosos con forma de cabeza de cisne.

—¡Venga, vamos, no te entretengas! —lo jaló Raquel.

Continuaron atravesando las distintas estancias hasta que decidieron volver a bajar al patio para adentrarse en los túneles. Tan solo quedaba media hora para cerrar las puertas del castillo y la joven estaba nerviosa ante la posibilidad de que no les permitiesen efectuarla.

Se introdujeron por la larga galería de pendiente pronunciada que daba acceso al entramado de cavidades. Primero visitaron los establos subterráneos donde los caballeros aseguraban sus preciosos corceles. Tras ellos, se encontraba la escalera de caracol que conectaba, en un principio, con el castillo.

A través de una puerta centenaria, llegaron hasta la parte inferior del foso seco, donde pudieron visitar la cocina cuyo acceso era por una escalera que conduce a una amplia habitación donde se muestran todos los equipos de las cocinas señoriales. Había un fregadero, una inmensa chimenea con dos hornos grandes y uno pequeño para dulces. También pudieron ver una estufa caliente, ubicada detrás de la puerta, y un pozo de agua.

La joven se puso a leer el cartel explicativo que había junto a la puerta.

—Mira qué curioso —le dijo Raquel a Dante señalando una oquedad elevada que había frente a la chimenea—: eso de ahí arriba es un nicho para que duerma algún ayudante de la cocina.

Después visitaron las galerías de defensas y la nevera, antecesor de nuestros

refrigeradores, donde una doble puerta aseguraba el aislamiento, así como las paredes, que probablemente estaban forradas con paja y encaladas para evitar la absorción de agua por la toba.

Por último, se encaminaron a la gruta donde se criaban gusanos de seda y a la Galería de Saint Vicent, que fue excavada para conectar el foso con las vides del castillo. Esta galería, en su día, permitió el paso de carros de caballos que subían a la superficie los barriles y la piedra de extracción. En ella había unos enormes toneles de vino, situados a ambos lados de la gran cueva.

En el momento en que entraban allí, por megafonía, se oyó una voz que recordaba que en cinco minutos se cerraba el castillo.

—*Fotre*[23]! ¡No nos va a dar tiempo a verlo! —exclamó Raquel disgustada.

—No te preocupes, podemos estar un rato más. Siempre avisan con media hora de antelación —la tranquilizó Dante.

—¿Estás seguro?

—Pues claro. Yo siempre suelo apurar el tiempo de visita.

—Venga, pues vamos a ver si podemos ver esto y las antiguas mazmorras.

Continuaron con el recorrido pero, cuando estaban a punto de llegar a las mazmorras, se apagaron casi todas las luces artificiales del recinto subterráneo.

—¡Ostras! Esto me huele mal, Raquel. ¡Vamos!

Aligeraron el paso, pero se hallaban en el lado más alejado al acceso de entrada-salida de la galería y, cuando llegaron, se encontraron con la puerta cerrada.

—¡No puede ser! —exclamó la joven—. ¡Con que media hora, ¿eh?!

—Tranquila, chica, seguro que todavía anda alguien cerca —aseguró al tiempo que golpeaba la puerta con fuerza.

—¡¿Hay alguien ahí?! —gritó Raquel reiterándolo cada poco tiempo.

Dante seguía aporreando la puerta, pero nadie contestaba. Decidieron recorrer las grutas en busca de alguien pero, al cabo de media hora de

búsqueda infructuosa, llegaron a la conclusión evidente.

—¡Nos hemos quedado encerrados aquí! —increpó la joven.

—Va a ser que sí...

—¿Y ahora qué hacemos?

—Pues habrá que buscar un lugar en el que acomodarnos para pasar la noche.

—¡Madre mía, Dante! ¡La hemos liado! Cuando mañana nos vean aquí, nos van a arrestar, ya lo verás —exclamó Raquel preocupada.

—Pues lo evitaremos. Nos esconderemos hasta que entre la gente de visita y saldremos tan campantes como unos turistas más. No te agobies ahora, Raquel.

—Pero no tenemos ni agua ni comida.

—¡Sobreviviremos, mujer! —le aseguró.

La leve iluminación que había le dejó ver que el rostro de la joven reflejaba mucha preocupación, así que decidió intentar distraerla. Le pasó un brazo sobre los hombros para reconfortarla y le sonrió con la pretensión de infundirle tranquilidad.

—Venga, vamos, en primer lugar, a proveernos de algo para beber —continuó el joven al tiempo que la empujaba para que iniciase a andar.

—¿Dónde? ¿Hay una cafetería y no me he dado cuenta? —preguntó con ironía.

—No, pero tenemos un montón de barriles llenos de vino a nuestra entera disposición.

—¿Vamos a robar el vino?

—¿Prefieres no beber nada en toda la noche?

—No..., tienes razón —reconoció Raquel.

—Es pronto, así que vamos a tener tiempo de sobra para acomodarnos muy bien. Ya verás, va a ser una noche emocionante.

Antes de ir a la Galería de Sant Vicent, donde estaban los barriles, pasaron por otra pequeña gruta donde antes habían podido ver una pequeña jarrita en una balda de madera. La cogieron y, cuando llegaron ante los barriles,

abrieron uno de ellos, lavaron primero la jarra con el vino y luego la llenaron.

—¡Guauu! ¡Este vino está muy rico! —exclamó Raquel en cuanto lo probó.

—¡Sí que lo está! —la secundó Dante cuando le tocó su turno.

—¿Y ahora qué propones?

—Pues, antes que nada, me gustaría saber qué llevas en tú mochila.

—¿Cómo? —preguntó la joven extrañada.

—A ver, Raquel, que ya te conozco algo y sé que debes llevar tu mochila llena de barritas de chocolate y cosas por el estilo.

La joven se dio un cachete con la mano en la frente.

—¡Es verdad! Además, he repuesto esta mañana mis provisiones, antes de salir de Nantes. ¡Llevo de todo!: chokolatinas, pistachos, ganchitos, ¡hasta un paquete de galletas!

—¿Ves?: nos vamos a poner las botas.

—¿Y dónde vamos a dormir? —le preguntó Raquel.

—Tenemos dos posibilidades, a ver cuál te gusta más. Recuerdo que en los establos había un montón de heno; podemos dormir allí o traerlo aquí. Lo ahuecamos bien y sobre él podemos poner...

Dante miró alrededor buscando algo.

—Sin problemas. En la mochila también llevo un pañuelo muy grande, tipo tapiz —apuntó la joven sonriendo por fin.

—¡Genial! Jamás volveré a burlarme de todo lo que llevas en tu mochila.

—Yo voto por traer el heno aquí. Bueno, a la habitación de al lado, donde está la mesa. Así estaremos cerca del vino y no habrá que venir hasta aquí cada vez que se vacíe la jarrita. Además, esto está más reformado. Los establos tienen pinta de no haber sido tocados desde que se hicieron.

—Sí, yo también lo prefiero. Venga, pues vamos primero a por el heno y arreglemos la cama.

Capítulo 17

PASIÓN EN LA GRUTA

Tuvieron que hacer un par de viajes para llevar el heno hasta la sala contigua a los barriles. Lo airearon y ahuecaron y sobre él colocaron el enorme pañuelo con un dibujo étnico de Raquel. Después acercaron el banco de madera que había pegado a la pared a la mesa y se sentaron en él para poner sobre ella todo lo comestible que Raquel llevaba en la mochila.

Como la joven había dicho, de allí saco una bolsa de pistachos, otra de ganchitos, varias barritas de chocolate y un paquete de galletas saladas, además de una bolsa de papel con unos pequeños cruasanes algo aplastados y deshechos.

—¡Nos vamos a dar un festín! —exclamó Dante entre risas.

—No está nada mal. Podemos empezar por lo salado y dejar lo dulce como postre.

—¡Perfecto! Pero... Oye, Raquel...

—Dime.

—¿Te importaría mucho que me pusiera cómodo?

—¿A qué te refieres? ¿Quieres que llevemos el banco y la mesa más cerca de la pared para poder apoyarnos en ella?

—No me parece mala idea, pero me refería a otra cosa. Me gustaría poder quitarme los zapatos y la camiseta. Aquí no hace calor pero, con todo lo que

nos hemos movido ahora, estoy sudando y no quiero que coja olor.

—¡Pues claro, hombre! Yo también me voy a poner más cómoda.

Con total confianza, se desabrochó el sujetador y se lo sacó por el escote de la camiseta sin tener que quitársela, como solo una mujer sabe hacer. Dante no pudo apartar su mirada de ella y menos aún al darse cuenta de que sus pequeños pezones se marcaban a través de la prenda de ropa. Él hizo lo propio con su camiseta y esta vez fue Raquel la que se quedó alelada al ver el movimiento ondulante de sus músculos.

Algo pasó allí. Hasta entonces se habían dedicado a observarse y conocerse, pero en ese momento, que había surgido sin más, con total normalidad, de repente, se había convertido en algo eléctrico.

—¡Estoy muerto de hambre! —exclamó Dante para aligerar el ambiente—. Lleno la jarra de vino y empezamos la succulenta cena, ¿vale?

—¡Perfecto!

Raquel, mientras Dante se ausentaba al cuarto adyacente para rellenar la jarra, rompió la bolsa de ganchitos y la utilizó también como plato para el resto de viandas. Se sentó en el banco y enseguida notó que el joven volvía y se acomodaba a su lado. Lo miró con gesto sonriente y él le respondió de igual manera.

—Es una pena que no podamos brindar. Al fin y al cabo, esta va a ser una situación única en nuestras vidas. Seguro que hace muchísimos años que nadie pasa la noche en estas grutas —dijo Dante.

—Tienes razón. Si todo sale bien, recuérdame que te dé las gracias.

—¡Ah! ¡Mira qué bien!

Mientras intercalaban sorbos de vino, ganchitos, pistachos y galletitas saladas, la conversación entre los dos se desarrolló con naturalidad. Se notaba que se encontraban a gusto. Poco a poco la tenue luz de la sala, que daba calidez a la piel de ambos, la intimidad, el vino y algún que otro roce de piel hicieron que el calor surgiera en el interior de los dos. Sin querer o, tal vez, sin querer evitarlo, sus palabras se hicieron más íntimas y personales. Sus

voces bajaron de intensidad y se tornaron en susurros. Sus miradas, enganchadas, se acercaban.

Sus rostros estaban cada vez más próximos hasta que el beso surgió sin más. Como una consecución de lo que estaban viviendo. Ninguno de los dos trató de evitarlo, más bien todo lo contrario.

Dante pasó una pierna por encima del banco para quedar a horcajadas en él e hizo lo mismo con la de ella, para así tener a Raquel en frente, e introdujo sus manos por dentro de la camiseta de ella sin despegar los labios de ese beso, que empezó con un simple roce, pero que poco a poco iban ahondando, paladeando el sabor del vino el uno en el otro.

Deseaba tocar esos erizados pezones, que apuntaban a través de la ropa. Durante toda la cena había tenido junto a él esos atractivos bultitos, que inspeccionaba con su mirada, cada poco tiempo, sin poder evitarlo. Pero antes, puso las piernas de Raquel sobre las suyas, posó las manos sobre sus glúteos y la empujó hacia sí para que se acercasen sus cuerpos y elevó las manos, arrastrando con ellas la camiseta, hasta conseguir quitársela por la cabeza.

Ahora sí que despegó sus labios para agachar su mirada y poder contemplar sus pechos redondos y pequeños, pero perfectos. Los observó mientras subía sus manos hasta posarlas sobre ellos para erizar sus pezones aún más. Volvió a reclamar sus labios con pasión que fue correspondida por ella.

Raquel rodeó el cuerpo de Dante con los brazos y deslizó los dedos por los músculos de su espalda hasta estremecer los sentidos de él. El joven la volvió a agarrar por las nalgas, se levantó con ella en brazos y se acercó hasta la precaria cama.

Con mucho cuidado la dejó sobre ella y él se acomodó sobre Raquel, entre sus piernas, para saborear uno de sus pechos. Friccionó el pezón con su lengua, lo chupó y lo mordisqueó mientras jugaba con la mano en el otro pezón. Oyó los suspiros que exhalaba Raquel, lo que lo excitó aún más.

Con premura, le desabrochó el pantalón y se lo extrajo junto con su ropa

interior. De igual forma se deshizo de sus propios pantalones al tiempo que elevó los ojos hacia el rostro de la joven, que lo miraba con los suyos, encendidos. Esa mirada le hablaba de deseo incontenido, de placeres deseados, de pasión desbordante.

Ahogando su propio descontrol, que pugnaba por apoderarse de él, recorrió con su mirada el cuerpo de la joven hasta posarse en su húmeda vulva que, expuesta ante él, lo reclamaba con un ondulante balanceo de su cuerpo. Era una figura pequeña y delgada, pero llena de sensualidad. Raquel alargó los brazos e hizo un gesto con sus manos exigiendo que se acercase a ella.

—¡Ven! ¡Bésame! —lo apremió la joven con voz agitada.

Dante inclinó su torso sobre ella, apoyándose con una mano en el heno, mientras que la otra la posaba sobre su vagina y la frotaba. Al mismo tiempo que introducía la lengua en la boca de Raquel, su dedo corazón se introdujo en su interior y le arrancó un pequeño grito que absorbió con su boca. Con el pulgar comenzó a friccionar el excitado clítoris hasta que notó cómo ella se tensaba, temblaba y se relajaba con un orgasmo que le abrió la veda para poder penetrarla y compartir el gozo con ella.

El joven se incorporó para buscar sus pantalones y coger de la cartera que guardaba en uno de los bolsillos traseros, un condón que intentó sacar de su funda con urgencia. Mientras tanto, Raquel seguía todos sus movimientos torpes producidos por la impaciencia. Una sonrisa juguetona asomó a sus labios al ver que no lo conseguía.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó con socarronería.

Dante la miró y, al ver que se había incorporado un poco, apoyada sobre un codo y observándolo con su eterna sonrisa, él se relajó, le devolvió la sonrisa y le guiñó un ojo.

—Prefiero que esa ayuda no venga de ti si quiero conservar todo mi cuerpo intacto.

La joven giró su cabeza de un lado al otro de la cueva.

—Pues no veo a nadie más aquí.

Dante se llevó el envoltorio a la boca y lo rasgó con los dientes.

—¡Por fin! —exclamó con euforia, lo que arrancó una carcajada de Raquel.

—Pues creo que vamos a tener que empezar de nuevo... Me he enfriado un poco... —dijo la joven entre risas.

—¿En serio? —inquirió perplejo.

—Ya... Bueno..., no soy la única —opinó a la vez que hacía un gesto con sus ojos para señalar su miembro viril.

—Por mí no te preocupes. Si quieres apostamos a ver quién entra en calor más pronto —replicó con chanza a la vez que se lo acariciaba y volvía a tumbarse sobre ella para comenzar a besarla de nuevo.

No tuvieron que esperar mucho para volver a encenderse de pasión. Dante acarició el cuerpo de Raquel con sus dedos con tal delicadeza que produjo un estímulo sensitivo en todas sus células. Un escalofrío la recorrió desde la nuca hasta el centro de su sensualidad. Lo rodeó con sus brazos y lo ciñó a ella para sentir su torso en los pechos; los tenía inhiestos, deseosos de tener contacto piel a piel. Dante se elevó un poco y ella notó un cosquilleo, producido por los pelillos que él tenía en su pecho.

El joven comenzó a besarla por el cuello y fue bajando, a la vez que dejaba un reguero de besos por todo el torso, haciendo hincapié en los pezones; después continuó por la cintura y bajó por su vientre, plano. El estómago de Raquel oscilaba, y ella se estremecía, presa del deseo.

—No puedo aguantar más, Dante, por favor...

Ante la petición de la joven, Dante cogió el condón que había dejado a un lado y se lo puso. Abrió con cuidado aún más las piernas de ella, se colocó entre las dos, situó su miembro en la entrada y empujó con delicadeza, primero, y con ímpetu después. Raquel elevó sus piernas y rodeó la cintura de él, al tiempo que daba pequeños grititos a cada embestida, hasta que un orgasmo la partió en dos. Esa fue la sensación que tuvo y que demostró con fuertes sacudidas ondulantes de su cuerpo.

Dante estaba a punto de culminar al ver con lujuria la sensualidad que

desprendía Raquel con sus espasmos y al escuchar sus suspiros, colmados de placer. Embistió dos veces más con fuerza dentro de ella antes de sucumbir a un orgasmo demoledor, tras lo que se dejó caer a un lado para no aplastar el pequeño cuerpo de Raquel.

—¡Ufff! ¡Ha sido fantástico! —exclamó Dante con voz entrecortada.

Al no oír ni la respiración de la joven, giró su mirada hacia ella y la encontró laxa por completo, con la mirada fija en el techo de la cueva y con una sonrisa complacida en sus labios.

—¿Satisfecha? —le preguntó.

Raquel volteó su cabeza hasta que sus ojos coincidiesen con los de él y amplió su sonrisa.

—Mucho.

Dante alargó un brazo, rodeó con él su cintura y la atrajo hacia sí hasta que la acopló a su costado. Agachó la cabeza, la besó en los labios y, luego, en uno de sus pezones.

—Me han vuelto loco toda la noche a través de la camiseta y ahora, que puedo verlos, me gustan todavía más. Son tan sonrosaditos...

Una sonora risa salió de los labios de Raquel.

—Tú sigue provocándolos y tendrás que demostrar lo vigoroso que eres otra vez. He de informarte que son una de las zonas más sensibles y erógenas que tengo.

—¿Crees que me quejaría? —inquirió el joven y a continuación la lamió en uno de ellos, luego lo mordisqueó y lo chupó.

—Mmmm.

—Ya veo que me has dicho la verdad —afirmó Dante a la vez que alargaba una mano y pellizcaba con suavidad el pezón erecto.

—Tú lo has querido —amenazó Raquel al tiempo que con la mano buscaba su miembro, recorriendo primero su fibroso abdomen, hasta que lo encontró y comenzó a frotarlo—. Ahora tendrás que cumplir, machote.

No hizo falta nada más para que el joven hiciese todo lo posible para que el

segundo orgasmo de Raquel fuese aún más glorioso que el primero, pero también él debía admitir que ella se había portado como una leona desatada. ¡Quién se lo iba a decir!

Capítulo 18

BYE, BYE, BRÉZÉ

Algo en su cerebro le indicaba que tenía que espabilar, pero su cuerpo no respondía. Poco a poco la realidad volvió a su mente y recordó lo ocurrido el día anterior. Cuando evocó la excitante noche que había disfrutado con Raquel, palpó a su lado para tocarla, pero solo encontró heno aplastado. Abrió un ojo y recorrió con él el techo de la cueva antes de girar la cabeza y buscarla. A su lado no estaba, pero vio un bulto sospechoso en el suelo, al lado de la rudimentaria cama.

Elevó su torso y comprobó que era Raquel enrollada sobre sí misma en posición fetal. Una tierna sonrisa se dibujó en sus labios a la vez que se incorporaba y se acercaba a la joven para cogerla en brazos y dejarla de nuevo sobre el heno. No le había costado nada levantarla y, pese a la delgada figura, no advirtió ni un solo hueso de la joven, sino un agradable, tierno y cálido cuerpo.

Se agachó sobre ella y la besó en la boca.

—Raquel —susurró sobre sus labios—, debemos levantarnos. Pronto abrirán el castillo.

La joven se estiró perezosa, pero con tal ímpetu que golpeó a Dante con una rodilla en su parte más sensible.

—¡Ay! —se quejó el joven.

—¡Uy! Lo siento, fue sin querer —se disculpó mientras se sentaba.

—Joder, Raquel, ya podrías despertarte como todo el mundo: sin tanta intensidad —protestó Dante, aunque con una sonrisa.

—Bueno..., anoche no te quejabas de mi intensidad —replicó ella con sorna.

El joven soltó una carcajada.

—Ni pienso hacerlo ahora —le contestó acercando su rostro al de ella para tomar sus labios entre los de él y lamérselos.

Raquel se separó.

—¿No decías que debíamos darnos prisa?

—A pesar mío, sí, debemos recoger todo esto ya si queremos estar preparados para cuando abran la puerta.

Pese a lo que había dicho Dante, no pudo apartar la mirada de ella y, cada vez que se encontraban cerca, las manos se le iban hacia alguna parte de su pequeño cuerpo. Un pellizco en los glúteos, un magreo en un pecho, un beso en los labios. Parecía que se había vuelto un adicto al tacto de ella. Él mismo estaba asombrado de que ese cuerpecito lo tuviese tan embobado. Era suave, cálido y atrayente, igual que la personalidad de su dueña.

Pese a los gustos más explosivos de él, en lo referente a los cuerpos de las chicas con las que solía tener algún tipo de relación, reconocía que el de Raquel era casi perfecto para él. Quizás un poco más de pecho y un culito más redondeado habría sido la guinda, pero lo que sí tenía a manos llenas era pasión y lujuria. Una pasión y una lujuria que lo habían envuelto durante buena parte de la noche y en las que le habría gustado perderse en esos momentos.

Raquel, por su parte, pensaba que jamás se había sentido tan a gusto con un chico. Por supuesto había tenido sus relaciones más o menos estables durante un tiempo, o rolletes de fin de semana. En ese sentido, el único requisito que planteaba era que el chico le gustase si era para un «pim, pam, fuera»; pero, cuando duraba algo más, comenzaban enseguida las pegas.

No era que fuese una chica exigente, pero ella no concebía tener una pareja

que intentara coartarla en su forma de ser o en lo que podía o no podía hacer, y por ahora eso era lo que habían intentado hacer los pocos chicos que habían sobrepasado el mes de relación con ella.

Sabía que tenía una personalidad estridente y un tanto alocada pero, si no la admitían tal cual era, si se avergonzaban cuando ella caía de bruces o bailaba en plena calle, ¿qué demonios hacían con ella? ¡Puerta!

Pero Dante parecía que la aceptaba como era sin mayores problemas, y eso que *a priori* no tenía la pinta de un chico al que no le escandalizase su forma de ser. Incluso la había secundado en su costumbre de menear el esqueleto cuando le daba la neura.

¡Punto para el chaval!

Entre los dos recogieron el heno y el resto de cosas que habían utilizado, y las volvieron a poner en su lugar correspondiente. Se escondieron en un hueco cercano a la puerta de entrada, pero oculto a las miradas para poder escuchar cuando la abrieran. Sentada en el suelo, Raquel aprovechó la espera para ponerse al día con su relato del viaje.

Viernes, 4 de julio de 2008

¡Madre mía, Bitácora! ¡No sé por dónde comenzar a contarte! Ayer no pude escribirte porque tuve un día tremendo. Para comenzar, visitamos la antigua fortaleza medieval y el palacio de los duques de Bretaña en Nantes; después recorrimos el castillo de Brissac, apodado «Gigante del valle del Loira» porque es el castillo más alto de Francia, con siete plantas y doscientas salas y con una fachada de influencia barroca. ¡Ah!, ¡y tiene un fantasma! Según dicen se trata de Charlotte, mujer de Jacques de Brézé, que fue asesinada junto a su amante por su marido en el siglo xv y a la que llaman «La dama verde».

Y después... ¡Ufff!, ¡no te lo vas a creer! Nos quedamos encerrados en el castillo de Brézé, en sus túneles subterráneos, y Dante y yo tuvimos que pasar la noche allí. ¡Y qué noche! Bueno..., solo te diré que jamás había

disfrutado tanto con un chico. Si quieres que te diga la verdad, no sé qué saldrá de esto, pero no voy a privarme de disfrutar con él porque, además, cada vez me gusta más. Apartando el hecho de que, por supuesto, es guapo, cosa que no solo lo pienso yo, sino que he podido comprobarlo en las miradas que le deparan las chicas con las que nos cruzamos, cada vez veo más puntos positivos en él. Me lo paso genial a su lado, nos reímos mucho, es galante, ocurrente e inteligente. Pero bueno, paso a paso...

En cuanto salgamos de aquí, nos dirigiremos hacia el castillo Azay-le-Rideau, que está erigido sobre una pequeña isla del río Indre. Después, visitaremos el castillo de Villandry que, según leí cuando preparé el viaje, fue adquirido en 1906 por un español, Joaquín Carvallo, llamado «Jochim» por los franceses, y que lo salvó porque estaba a punto de ser demolido. Concluiremos el recorrido de hoy en el castillo de Chenonceau, también conocido como «El castillo de las damas», que está edificado en el cauce del río Cher, sobre los pilares de un molino fortificado y del anterior castillo, donde haremos noche.

Un fuerte ruido a cerrojo, a la vez que se encendían todas las luces de la ciudadela subterránea, hizo que Raquel levantara la mirada y la dirigiera hacia Dante. El joven se llevó un dedo índice a los labios en señal de silencio y se incorporó a la vez que alargaba la mano para ayudarla a ella. Se mantuvieron pegados a la pared escuchando con atención. No pasó mucho tiempo hasta que oyeron unos pasos recorrer el entramado de grutas y luego marcharse por donde habían llegado. Al cabo de un buen rato, cuando ya estaban empezando a impacientarse, se escuchó el típico alboroto de un grupo de gente.

—Vamos a esperar un rato a ver si entra un poco más de gente, ¿qué te parece? —opinó Dante en un murmullo volviéndose hacia Raquel—. ¿Qué te pasa?

La joven estaba encogida sobre sí misma y tenía sus dos manos en la nariz, con una de ellas pellizcándola. De repente, oyó unos ruiditos que salían de entre sus dedos.

—Pero, ¿qué te ocurre, Raquel? —susurró asombrado y expectante.

—¡Atchissssss! ¡Atchissssss! ¡Atchissssss! ¡Ay!, ¡que no puedo parar de... atchissss!

El joven cubrió el cuerpo de Raquel con su propio cuerpo, para amortiguar los estornudos continuados, hasta que consiguió controlarse. En ese momento, otro grupo de turistas entró en el entramado de cuevas, y aprovecharon para unirse a ellos, atentos al primer grupo que saliese de allí para utilizarlo en su favor.

Capítulo 19

FRENESÍ

—Lo que más me ha gustado de las visitas de hoy, ha sido el reflejo en el río de las fachadas del castillo Azay-le-Rideau y... —comentó Raquel.

—¿El reflejo? —inquirió asombrado.

—Sí, ¿no te has fijado?

—Claro, pero no me lo esperaba.

—A ver, los castillos es lo evidente; yo me refería a algo más peculiar —aclaró Raquel.

—¡Ah, bueno! Si hablamos de peculiar...: tú.

—¿Yo? A mí no se me visita —replicó entre asombrada e irónica.

—Yo lo he hecho, y ha sido una visita muy interesante por tu cuerpo —reconoció con una sonrisa pícaro.

Raquel desvió su mirada de Dante sin saber qué responder.

—Tampoco soy peculiar —comentó para desviar el tema—. Me han llamado muchas cosas: torpe, rara, escandalosa..., pero jamás peculiar.

—Pues lo eres y de una peculiaridad muy atrayente.

Acababan de aparcar en las cercanías del Hotel La Roseraie, posada rural del siglo XVIII, ubicada en el centro de Chenonceaux, a tan solo cuatrocientos metros del castillo, para pasar el final de la tarde y la noche allí.

—¿Y qué más te ha gustado?, que te he cortado.

—Pues los jardines que creó «Joachim» en el castillo de Villandry.

—¿Qué te apuestas a que adivino qué área temática, en las que está dividido el jardín, es la que más te gusta a ti?

—¡Ya estamos con tus apuestas! ¡Me niego! —protestó Raquel.

—Eso es porque sabes que voy a acertar.

—¿Qué pesadez de hombre!

—Cobarde.

—Sensata.

—Gallina.

—Inteligente.

—Miedica.

—Prudente.

—Cagona.

—¡Ya, vale! ¿Qué nos apostamos? —exclamó Raquel entre risas.

—Una noche de pasión desenfrenada —contestó Dante con celeridad.

—¡Ah! Entonces, si gano yo, *¿no hi ha res de res*[24] esta noche?

—Reses seguro que no va a haber; los cuernos hay que mantenerlos en la lejanía. Pero vamos a hacer una cosa: si gano yo, mando yo y tú obedeces; si ganas tú, tú acatas y yo gobierno.

Raquel se quedó mirándolo mientras asimilaba lo que le había propuesto y pensaba si lo aceptaba o no. De repente, se dio cuenta de la trampa que le había hecho Dante y se paró en mitad de la acera, se puso los brazos en jarra y le preguntó frunciendo el ceño:

—¿Tú de verdad piensas que yo soy tonta?

Dante rio con ganas.

—Que no, mujer, que es broma.

—Vale, entonces: si gano yo, tengo el control, ¿no?

—Eso es.

—Adelante: ¿cuál crees tú que es?

—El jardín ornamental dedicado al amor tierno, el amor apasionado, el

fugaz y el trágico.

—¡Pues no! Es el jardín del agua, con ese estanque maravilloso y las fuentes —replicó satisfecha.

—¡Sí, claro! Eso porque lo dices tú —protestó Dante.

—No, lo va a decir mi vecina del quinto. Ahora no intentes liarme, haber especificado las bases. ¡Esta noche mando yo!

—Bueno..., no quiero discutir... Creo que me conformaré... —reconoció Dante con guasa.

Mientras hablaban, habían ido acercándose a la fachada cubierta de enredaderas del hotel. Así que, en ese preciso momento, estaban atravesando la puerta en arco con cuarterones, que les dio paso a la recepción del hotel, y Raquel solo pudo darle un codazo en el costado.

—¡Ouch! —se quejó el joven exagerando el dolor.

Dante estaba disfrutando de lo lindo con ella; lo seguía en todas sus bromas y propuestas, aunque fingiera que se resistía. Era una chica inteligente y con un gran sentido del humor, además de ser peculiar con ese desmesurado despiste y su torpeza. Pero esas «cualidades» le daban mayor personalidad porque era algo natural en ella.

Además, la noche pasada, había descubierto que también era apasionada y participativa, por lo que estaba deseando repetir lo antes posible, porque llevaba todo el día excitado mientras pensaba nuevas posiciones para practicarlas con ella.

En recepción no tuvieron problemas en cambiar las dos habitaciones individuales por una doble con cama grande y subieron para dejar las maletas e irse a cenar a uno de los restaurantes del hotel.

De inmediato, en cuanto Raquel entró en la habitación, soltó su mochila en el suelo y se dirigió hacia el aseo mientras observaba de pasada la decoración en blanco y gris plata del cuarto. El suelo era de madera oscurecida y las paredes tenían un zócalo blanco, de un metro de alto aproximadamente, mientras que el resto estaba cubierto por amplias rayas grises y blancas. Había un escritorio

de madera envejecida y una silla de forja, delante de una de las paredes, y una mesa auxiliar rectangular con dos sillones estilo Luis xv delante del amplio ventanal, desde donde se veía el espacioso jardín con mesas y sillas de madera y forja y la piscina. El cabezal de forja de la cama estaba flanqueado por dos mesitas pintadas de color plata.

—¡Una ducha! ¡Mi reino por una ducha! —exclamó al tiempo que entraba en él y se desnudaba con rapidez.

La puerta del aseo se quedó entornada y enseguida Dante oyó el agua correr. No se lo pensó mucho: se desnudó él también y siguió a la joven. Cuando entró ella estaba dentro de la amplia ducha, debajo del chorro de agua estilo lluvia y de espaldas a la puerta, por lo que no se había enterado de que Dante había entrado al cuarto de baño ni de que cogía uno de los botecitos de gel; sorteaba la pantalla de cristal, que resguardaba del agua al resto del aseo, y se introducía en la ducha. Abrió el bote, dejó caer el gel en una de sus manos y lo dejó en el suelo.

Restregó sus manos para repartir el jabón y se posicionó tras ella. Alargó las manos y las posó con delicadeza sobre los senos de Raquel para no asustarla. Pero no contó con que la joven tenía la cara cubierta de las greñas mojadas de su pelo, por lo que solo notó algo sobre sus pechos sin poder comprobar enseguida lo que era por medio de la vista. Raquel, por instinto, trastabilló hacia atrás e hizo aspavientos con sus brazos a la vez que se daba manotazos en sus propios senos.

De inmediato, Dante la atrapó por la cintura e intentó calmarla.

—Tranquila, soy yo —le dijo en el oído.

Ella paró en seco y se retiró el cabello del rostro a la vez que giraba la cabeza hacia atrás.

—*Collons!* ¡Qué susto me has dado!

—No era mi intención, solo quería darte una sorpresa agradable.

—Bueno, eso también —respondió con una sonrisa.

Dante la besó en la mejilla y aprovechó que tenía sus manos en la cintura

para girarla y posicionarla frente a él. Los labios de los dos se encontraron a medio camino y sus cuerpos se pegaron el uno al otro en busca de un contacto anhelado. Parecía que hacía siglos que no se habían tocado, cuando las muestras de deseo, los roces, los besos y las miradas, encendidas, los habían acompañado durante todo el día.

Raquel logró desprenderse con esfuerzo tanto por ella misma, que no lo deseaba, como por el impedimento que obtuvo con todo el cuerpo de Dante, que no se despegaba de su cuerpo cuando intentaba apartarse de él.

—Déjame que me lave primero, Dante, me siento sucia —logró pedirle con voz jadeante.

—Yo lo hago, me apetece mucho resbalar mis manos por tu cuerpo. —Se entusiasmó el joven.

—Con la condición de que yo te lave a ti.

—¡Lo estoy deseando!

Con una gutural risa, Raquel cerró el grifo de la ducha, ya que ya estaban lo suficientemente mojados, y volcó parte del jabón en las manos de Dante y en la de ella. De inmediato, antes de dejar el bote del gel en un pequeño estante de mármol, el joven ya tenía sus manos en el cuerpo de Raquel. Lo miró y vio con claridad el deseo y la lujuria en sus profundos ojos negros.

Por un segundo se le paró el corazón al ser testigo directo de lo que había conseguido provocar en ese fenómeno de la naturaleza, deseado por tantas féminas y que en esos momentos era solo de ella.

Lo imitó y posó sus manos en los costados de él, comenzó a frotarlo con suavidad a la vez que sentía las de Dante cómo exploraban su espalda arriba y abajo, cada vez con un recorrido más largo, hasta que alcanzó sus glúteos. Sus miradas permanecían enlazadas y sus labios se estiraban en sendas sonrisas de complacencia.

Se dedicaron con esmero en restregar el jabón por todo el cuerpo del otro evitando, con premeditación y alevosía, las zonas más erógenas. En un momento dado, cuando el joven acababa de lavarle el cabello a ella, Raquel

empujó los hombros de Dante hacia abajo y le indicó que se arrodillara.

—No llego a tu cabeza. Ponte de rodillas, por favor.

Él no lo dudó ni un segundo y quedó postrado con su mirada a la altura de los senos de ella, cosa que lo hizo sonreír con lascivia y unas chispas brillaron en sus ojos. En cuanto Raquel estuvo entretenida con su pelo, él rodeó con sus manos los pechos de ella, a la vez que acercaba su boca a uno de sus pezones, y le dio un pequeño mordisco.

—¡Ay!, cuidado con lo que haces. Me puedo vengar y te aseguro que a ti te dolerá más —dijo con sorna Raquel a la vez que le presionaba la cabeza para hundir la cara del joven en sus pechos—. Te impongo como castigo que lamas mis pechos hasta que me provoques mi primer orgasmo.

—El primero, ¿eh? —dijo con voz ahogada entre los senos de Raquel.

—De muchos.

El cuerpo de la joven tembló a consecuencia de las risas que había provocado en Dante.

—A ver si te crees que soy un semental.

Raquel acabó de masajear el cuero cabelludo del joven y, agarrando un mechón de pelo de la coronilla, estiró de él para separarlo de su torso.

—¡Vaya!, con que todo era una pose, ¿eh? Ahora te rajás.

—¿Rajarme, yo? ¡Ahora verás!

Con un manotazo abrió el grifo de la ducha de nuevo para eliminar el jabón de sus cuerpos y, a continuación, se abalanzó con su boca sobre los senos de Raquel. Con sus manos presionó sus glúteos para pegarle el bajo vientre a su torso y comenzó a masajearse los para que su clítoris se friccionara sobre su vulva, oprimida por su musculoso tórax. Al mismo tiempo su boca no había dejado de sorber, chupar, raspar, frotar y lamer sus senos alternándolos con delicadeza primero, pero, al oír los gemidos de Raquel, aumentó la fuerza poco a poco mientras el agua resbalaba por la piel de los dos y refrescaba el fuego que les ardía en el interior.

Escucharla lo estaba poniendo como una moto, pero este era el momento de

ella y estaba empeñado en conseguir que explotara desde dentro hacia fuera, como un gran castillo de fuegos artificiales. Desde que la noche anterior pudo contemplar sus pechos, se había obsesionado con ellos y para él era una gozada poder disfrutarlos con plenitud.

Raquel no podía creer lo que estaba sintiendo. Jamás habría pensado que el desafío que había lanzado a Dante le iba a producir tal estallido de sensaciones. Cuando un rayo le traspasó el cuerpo de arriba abajo, las piernas se le doblaron y el joven tuvo que sostenerla para que no se derrumbara con fuerza sobre el suelo de la ducha. Dejó caer sus brazos por encima de los hombros del joven y apoyó la cabeza sobre uno de sus hombros.

—Has cumplido —susurró con voz ronca y sensual en el oído de Dante.

El joven rompió en fuertes carcajadas.

—¡Eres tremenda! —exclamó Dante a la vez que se izaba con ella en brazos.

Cerró el grifo, salió de la ducha y, sosteniendo a Raquel con un brazo bajo sus nalgas, cogió una toalla y la envolvió con ella. Se dirigió a la habitación y, por sorpresa, la lanzó sobre la cama.

—¡Ay! ¡Animal!

—Ahora me toca a mí, así que prepárate —la amenazó Dante, de pie frente a ella.

—¡Ah, no! Recuerda que he ganado la apuesta y yo mando.

—¡Joder! ¡Ya no me acordaba! Está bien: dime qué quieres que haga ahora —refunfuñó con el ceño fruncido.

Raquel se incorporó y se puso de rodillas sobre la cama.

—Pues, ya que tengo el poder..., te ordeno que disfrutes tú —le contestó a la vez que señalaba con un dedo el pene erecto.

Dante la miró asombrado y desconcertado.

—¿Solo?

Las curiosas y particulares carcajadas, que tan bien conocía ya el joven, surgieron con fuerza de la boca de Raquel.

—¡No, bobo! ¡Conmigo! Me refiero a que, como tú has dicho, ahora te toca a

ti y estoy dispuesta a cederte el control en agradecimiento al grandiosisisisisísimo orgasmo que has conseguido.

—Te ha gustado, ¿eh? —inquirió Dante con voz satisfecha y una sonrisa prepotente.

—Anda, *nen*, no te pongas chulito, que aún estoy a tiempo de arrepentirme de ser tan generosa contigo.

Dante ya no dijo nada más y le sobrevino la necesidad imperiosa de actuar, que era lo que estaba deseando. Disfrutaba mucho con la lucha dialéctica con Raquel, pero en ese momento, por supuesto, que ni se le pasaba por la mente perder el tiempo en esas cuestiones. La tensión que sentía en su miembro al verla desnuda, de rodillas frente a él, estaba empezando a serle insoportable así que, o ponía remedio de inmediato o terminaría antes de empezar; por eso respiró hondo, intentó relajarse y se subió a la cama junto a Raquel.

Capítulo 20

FIN... POR AHORA

—**O** nos damos prisa o nos quedamos sin cenar esta noche, y yo estoy muerta de hambre —dijo Raquel a la vez que se levantaba de la cama—. Voy a darme una ducha rápida y nos vamos, ¿vale?

—Aquí te espero y luego entro yo si queremos salir de la habitación —le respondió con picardía Dante, relajado y tumbado en la cama, con las manos bajo su cabeza y con una sonrisa socarrona en sus labios.

Raquel le echó una ojeada mientras que cruzaba el cuarto. Estaba espléndido. Su cuerpo brillaba debido al sudor y en esa postura sus músculos se perfilaban como si fuesen las dunas de un desierto.

Nada más entrar la joven en el cuarto de baño, sonó el móvil de Dante. Con desgana se levantó de la cama y, cuando lo cogió, vio en la pantalla que se trataba de su jefe. Con rapidez se desplazó hasta el rincón más lejano a la puerta del aseo y se puso de espaldas a esta, de cara al rincón para que se le oyese lo menos posible.

Pero esto impidió que no se diera cuenta de que, mientras él apretaba la tecla de responder, la joven volvía a la habitación con la intención de coger de la mochila su neceser, que se lo había olvidado, pero, al escuchar el nombre de su padre, se quedó plantada en medio del cuarto para escuchar.

—Hola, Santos —contestó Dante en susurros.

—*¿Qué pasa? ¿No puedes hablar?*

—No mucho, tu hija está cerca. En cuanto pueda te llamaré y te contaré cómo va el viaje.

—*Pero adelántame algo con pocas palabras, por favor. Me tienes desinformado.*

—Está bien, Santos. No sé lo que habrás hablado con Raquel, pero te cuento. Conseguí que me permitiese seguir el viaje con ella, así que alquilamos un coche en Nantes y estamos recorriendo los castillos del Loira. Por ahora todo está controlado, no le ha pasado nada a tu niña —terminó con guasa.

—*Vale. Llámame en cuanto puedas.*

—Así lo haré, jefe. En cuanto esté solo te llamo.

Colgó el móvil y se dio la vuelta. Lo primero que vio fue unos ojos violetas desmesuradamente abiertos. Después se entrecerraron y se convirtieron en un huracán de furia.

—¡Raquel! ¡Déjame que te explique! —gritó el joven a la vez que corría hacia ella.

La muchacha levantó los brazos con las palmas hacia él, en señal inequívoca de que se parase, pero él no le hizo caso: llegó frente a ella y la agarró por los brazos.

—¡Suéltame! —exclamó Raquel con rotundidad.

—Te suelto si me escuchas —reclamó él con apremio.

—Ya he escuchado lo que tenía que oír.

—¡No! He de explicártelo.

La escena sería cómica —los dos desnudos y discutiendo— si no fuese porque ambos, por distintos motivos, no tenían ni pizca de ganas de reírse. La joven sacudió sus brazos para desprenderse de las manos de él y se giró para volver al aseo.

—Ahora prefiero no hablar contigo, estoy muy furiosa.

Cerró la puerta de cuarto de baño y se dejó caer en el váter abatida y con la mirada perdida. Apretó las manos en su boca.

No quería llorar. No lo iba a permitir.

Se sentía humillada y utilizada y no pensaba seguir siéndolo. Tenía que pensar, despejar su mente del caos que en esos momentos llenaba su cabeza y decidir qué hacer.

Todo había sido mentira, puro teatro. No era a ella a quien él quería complacer, sino a su jefe. O sea, su propio padre. Dándole vueltas a la cabeza, llegó a la conclusión de que todo esto estaba orquestado por él. Bueno, todo no. Seguro que su progenitor no imaginó que Dante se iba a meter en su cama.

Ahora mismo, lo único que quería era esfumarse de ese lugar. Desaparecer. Olvidar los últimos días de su vida para no sentirse avergonzada cada vez que lo recordase. Decidida se vistió con rapidez, sin entretenerse en ducharse, y salió del aseo.

Dante también se había vestido y se paseaba por la habitación con pasos largos y fuertes. En cuanto la oyó abrir la puerta, se giró y la miró con ansiedad.

—Raquel...

La joven se acercó a su mochila, la cogió y se dirigió hacia la puerta. Dante, al darse cuenta de sus intenciones, le cerró el camino.

—Debemos hablar.

—Ahora no. Voy a coger una habitación para mí. Mañana ya hablaremos.

—Pero, Raquel...

La muchacha lo miró fijamente y Dante interrumpió lo que iba a decirle. Quizás era lo mejor. Ahora solo discutirían mientras que, con una noche de por medio, lo más seguro era que se tranquilizase y podría hablar con ella.

—Está bien, hablaremos mañana —aceptó con desaliento.

La dejó marchar y se sentó en uno de los dos sillones, apoyó los codos en la mesa auxiliar y se cubrió la cara con las manos.

Lamentaba profundamente haberle hecho daño a Raquel.

Nunca había conocido a una persona tan auténtica como ella, así que haría todo lo posible para convencerla de que... No sabía de qué.

¿Qué podía decirle?; lo que ella había oído era cierto. Ya no podía seguir engañándola.

Al día siguiente le contaría toda la verdad, pero también quería que supiera que el encargo de su jefe había pasado a un segundo plano y que se alegraba de haberla conocido y de estar disfrutando de ese viaje con ella.

Sí, eso le diría, porque era cierto.

A la mañana siguiente, Dante se levantó muy temprano y bajó a recepción enseguida.

—Por favor, ¿podría avisar a Raquel Durán de que la espero aquí? —inquirió al recepcionista.

—Lo siento, la señorita Durán ya se ha marchado del hotel —le contestó en cuanto consultó el ordenador.

—¿Cómo?! ¿Cuándo?!

—Espere un segundo, que se lo pregunto a mi compañero. Yo acabo de incorporarme.

El recepcionista se ausentó unos minutos por una puerta que había detrás de él y cuando volvió le informó:

—Hace dos horas pidió la cuenta y se marchó enseguida.

Dante se quedó estupefacto. ¿Y ahora qué hacía? Ella no le había informado del itinerario que iba a seguir y aquel valle estaba plagado de castillos que visitar.

—Gracias —farfulló a la vez que daba la vuelta y subía de nuevo a su habitación.

La llamó por el móvil, le mandó SMS, insistió alternando las dos formas de comunicación, pero nada. Ni rastro de ella. Marcó el número de teléfono de su jefe, debía informarle. Quizás Raquel había decidido volver a Barcelona. O quizás no...

—*¡Hola, Dante! Gracias por cumplir tu promesa tan pronto. Cuéntame:*

¿cómo va la cosa?

—Fatal, Santos. Anoche me oyó hablar contigo y, lógicamente, se enfadó conmigo y no me dejó que le aclarara nada. Esta mañana, cuando la busqué, me informaron de que se había marchado del hotel.

—*Fotre! ¡Qué metedura de pata! ¡Debes ir a buscarla de inmediato!*

—No sé dónde, Santos. Ella no compartió conmigo el itinerario. ¿Tú sabes algo?

—*No. La última vez que hablé con mi hija, como sabía que ibas con ella, no quise insistir demasiado.*

—Pues lo siento, pero veo difícil que pueda localizarla. En cuanto cuelgue contigo, la llamaré de nuevo pero, si se ha ido sin querer verme, dudo que me lo coja.

—*Por favor, no dejes de intentarlo. Yo también voy a llamarla. Mantenme informado.*

—Sí, Santos. Estamos en contacto.

Colgó y enseguida volvió a buscar el número de teléfono de Raquel en la agenda de su móvil y la llamó, pero solo pudo oír el típico pitido de estar apagado. Con furia, tiró el móvil sobre la cama.

—*¡Maldita sea!*

En esos momentos, y creía que durante bastante tiempo más, Raquel no quería oír la voz de su padre y menos verlo en persona. Y lo mismo con respecto a Dante. O más. Su padre, al fin y al cabo, lo que pretendía era protegerla, pero lo de Dante... Él le había mentido y se había aprovechado de las circunstancias para traspasar los límites.

Quizás el problema era suyo, porque tenía la costumbre de fiarse de la gente hasta que no le demostrase lo contrario. Y él lo había hecho. Ya no se podía fiar de él; había abusado de su confianza y había logrado que se sintiera ridícula.

Volante en mano, decidió seguir su viaje a pesar de cómo se sentía. Llevaba mucho tiempo planeándolo como para dejar de cumplir uno de sus sueños. Además, la otra opción era volver a Barcelona y prefería no hacerlo por ahora porque estaba convencida de que le diría a su padre unas cuantas cosas de las que luego se arrepentiría.

Condujo hasta el castillo de Chaumont, que recorrió como en un sueño. Paseó por sus originales jardines, donde diseñadores contemporáneos muestran sus trabajos en el Festival de los Jardines, que se celebra anualmente como si se encontrara ante un paisaje seco y desolado.

Sus, antes luminosos y vivos, ojos violetas ahora estaban apagados. Había perdido la alegría habitual en ella, pero su mente no dejaba de darse ánimos y luchar para vencer la apatía. Se había propuesto ser la misma de siempre antes de acabar el día.

Después visitó la jaula de oro en la que Napoleón había encerrado a Fernando VII y su familia hasta que fue derrotado por los españoles y volvieron a España. El castillo de Valençay. Atravesó la larga galería, que discurría a lo largo de todo el primer piso y que enlazaba todas las habitaciones, poniendo gran interés en concentrarse para fijarse en todos los detalles, cosa que no había conseguido en el primer castillo.

Para culminar el día, la esperaba el impresionante castillo de Chambord. Era imposible recorrer en un par de horas sus cuatrocientas cuarenta habitaciones con trescientas sesenta y cinco chimeneas, sus ochenta y cuatro escaleras y sus ocho inmensas torres. Pero lo que sí quiso ver de primera mano fue la famosa hélice doble de la espectacular escalera abierta, donde la gente puede ascender y descender al mismo tiempo sin cruzarse, obra maestra del Renacimiento francés.

Para pasar la noche, Raquel había reservado una habitación en el Château de la Rue, en Suèvres, muy cerca del castillo de Chambord; se trataba de un castillo/mansión reconvertido en hotel. En cuanto entró al cuarto, enseguida le llamó la atención que el aseo completo estaba integrado en la habitación y

tenía una bañera de patas. El dormitorio era grande, con el techo pintado de azul cielo con grandes nubes. El cabezal de la cama estaba tapizado con tela gris con un espejo con marco labrado sobre él y un dosel de gasa gris. Era una habitación muy romántica y Raquel, sin querer, pensó en lo bien que se lo habría pasado allí con Dante.

Agitó la cabeza en un intento por despejarla y, para distraerse un poco, optó por sacar de la mochila la libreta, donde tenía apuntado todo lo que estaba relacionado con el viaje, y su diario.

Primero dedicó el tiempo a decidir la ruta por seguir el día siguiente: visitar el castillo de Sully y desde allí ir en coche hasta Orleans y coger un tren a París. Decidido. A continuación, cogió entre sus manos su diario, acarició las tapas y lo abrió por la página en blanco, en la que quería volcar todo lo que había sentido desde que hubo averiguado el engaño.

Sábado, 5 de julio de 2008

Hola, Bitácora. Hoy tengo que contarte algo que sé que no te va a gustar. Hasta ahora todo lo que he compartido contigo fueron cosas agradables, pero anoche tuve un tremendo disgusto. Resulta que el chico del que te hablé, Dante, estaba compinchado con mi padre. No sé exactamente para qué, porque no he querido escuchar sus excusas, pero me imagino que tendrá que ver con la sobreprotección que le gusta ejercer a mi padre sobre mí, cosa que yo evito de continuo. Cuando vuelva a Barcelona, hablaré con seriedad con mi padre sobre esto. Sé que lo perdonaré porque es mi padre y lo quiero muchísimo, pero a Dante... ¡jamás!

Hoy visité los castillos de Chaumont, Valençay y Chambord, pero tengo poco que contarte de ellos porque no los disfruté como me hubiese gustado. Pero, como dijo Scarlett O'Hara en Lo que el viento se llevó: «Después de todo, mañana será otro día», y yo volveré a disfrutar de mi viaje.

Capítulo 21

UNA OFERTA DE TRABAJO

*B*enidorm (Alicante), 29 de julio de 2017

—Y eso es todo lo que pasó —concluyó Raquel.

—Pero... ¿y él? ¿Volviste a verlo? —preguntó Felipe con curiosidad.

—No. Cuando yo volví del viaje, él se había marchado. Según me contó mi papá, a su padre le dio un ataque al corazón y tuvo que volver a Madrid.

—Y ahora te has encontrado con él aquí después de nueve años —concluyó Fanny.

—En efecto.

—Eso es el destino —sentenció su amiga.

—¡Y una leche! ¡Es una puñetera casualidad!

—Pues el karma.

—Fanny, guapa, te estás ganando que te boicotee la boda.

—¿Y qué piensas hacer? —intervino Carlota.

—¿Hacer? Nada. Evitarlo. Es un cerdo y no quiero tener nada que ver con él.

—Será un cerdo, pero te gustó lo suficiente como para acostarte con él —siguió pinchándola Fanny.

—¡Antes de saber que era un cabrito!

—¿No era un cerdo? ¿En qué quedamos?

—¡Fanny! Que me cabreo de verdad, ¿eh?

—Eso no lo verán mis ojos. A mí me lo tienes que perdonar todo, soy la novia.

—Tú, lo que eres es una capulla tocacojones.

—Pero me quieres.

—Y tú a mí. Por eso vas a dejar de hablar del pijo y vas a colaborar conmigo para que no se me acerque.

—Está bien, jefa. Nosotros te ayudaremos —sentenció Felipe, leal como siempre.

—Lo importante ahora es la boda de Fanny y en ello debemos concentrarnos todo el tiempo posible. Tan solo quedan quince días y hay muchas cosas que concretar. Esta tarde la dedicaremos a que nos enseñes todo lo que ya tienes previsto para ver la forma en que encajamos lo que nos has pedido en que te ayudemos —concluyó mirando a su amiga.

—Entonces, ¿de qué dices que conoces a ese bomboncito? —insistió Carlos a su jefe y amigo.

—Es la hija de un antiguo jefe.

—¿Solo la hija? ¿No tuviste nada que ver con ella?

—¡Y a ti qué más te da!

—¡Caray, Dante! Es que me extraña que no intentases nada con esa belleza.

—Bueno, cuando yo la conocí, no era así...

—¿Así?, ¿a qué te refieres? Tenía tres brazos..., era patizamba..., se rascaba el culo constantemente...

—A ver, hace nueve años que la conocí y digamos que, como el vino, ha mejorado con la edad.

—¡Ah! ¡Acabáramos! Era una adolescente sin gracia alguna.

—Pues tampoco. Quizás no fuese muy bonita, pero era una chica muy

especial.

Los dos se encontraban en el despacho de dirección. Cuando salieron de la cafetería, se despidieron de Darío y se encerraron allí para seguir con su trabajo, pero Carlos había estado acosando a Dante sobre Raquel desde que se habían quedado solos.

—Entonces, ¿tengo el campo libre? —inquirió el director del hotel, con una mirada pícaro en sus ojos.

—¿Para qué? —farfulló Dante, molesto.

—¿Para qué va a ser, hombre? Esa chica me gusta. Quizás sea porque te ha plantado cara —dijo Carlos, con sorna.

—Déjala en paz, te lo aviso.

—¡Uy! Aquí hay algo más que no me estás contando —indicó al tiempo que se incorporaba de su asiento de director y se reclinaba sobre la mesa para acercar su cara a la de su amigo.

—Ni te lo voy a contar. Solo debes saber que esa mujer está prohibida para ti.

—Pero...

En ese momento sonó el teléfono de la oficina y Carlos se apresuró a tomarlo entre las manos. Mantuvo una leve conversación y colgó. Su cara se había transformado para convertirse en el director del hotel y dejar de ser el amigo del dueño.

Mientras tanto, Dante meditaba sobre la conversación que acababa de mantener con su amigo. No se entendía a sí mismo. Cuando Carlos manifestó su interés por Raquel, algo le ardió por dentro. Con seguridad se trataba de que, en los pocos días que había compartido con ella, lo había conquistado su forma de ser y de ver la vida y no quería que nadie le hiciese daño.

No es que su amigo fuese una mala persona. De eso nada. Pero ellos dos tenían la misma filosofía de vida en cuanto a las mujeres y en ella no entraba la permanencia de una sola mujer. Por eso no quería que se acercase a ella, aunque parecía algo incongruente, ya que él sí que lo hizo, sin tener en cuenta

nada más.

—Acaban de avisarme de que la gestora de espacios de ocio que esperaba ya se encuentra en su habitación —informó a su jefe a la vez que se levantaba de su asiento—. Me han hablado muy bien de ella y creo que puede hacer una gran labor en este complejo. Cuando me informaron en recepción que había hecho una reserva para quince días, pensé que era una buena oportunidad para contactar con ella y ver si nos podía convenir su trabajo.

—Perfecto. Creo que sería una buena baza crear un buen calendario de eventos para las familias si al final hacemos lo que nos ha aconsejado Darío.

Carlos golpeó la puerta con los nudillos en cuanto llegaron al chalet.

—Espero que no se haya ido la señorita Durán —deseó Carlos en voz alta.

—¿Cómo has dicho?! —demandó Dante con urgencia.

—Que espero que...

—¡No! ¡Su nombre! —lo cortó impaciente.

—Señorita Durán. No sé más. ¿Pasa algo?

En ese momento se abrió la puerta.

—Eso digo yo...: ¿pasa algo? Se han escuchado tus gritos desde dentro.

Los dos hombres miraban desconcertados a Raquel, que mantenía la puerta agarrada con una mano y solo la había abierto a medias.

—¿Usted es la señorita Durán? —interrogó Carlos, incrédulo.

—Sí, soy Raquel Durán.

—¿La gestora de espacios de ocio? —insistió.

—Sí, soy yo. —Esta vez la desconcertada era ella.

Carlos miró a su jefe, que permanecía con la mirada en la joven.

—Soy Carlos Díaz, director del hotel ¿Podemos hablar con usted unos minutos?

Raquel miró en el interior de la habitación y abrió del todo la puerta.

—De acuerdo. Estábamos a punto de marcharnos, pero no hay problema.

Pasad y, por favor, tutéame.

Las manos le sudaban de lo nerviosa que estaba. Acababa de hablar con sus amigos sobre su idea de esquivarlo y ahora se plantaba allí. Presentó a sus amigos y se quedó envarada sin saber qué hacer.

—Si no te importa, nos gustaría hablar contigo a solas. ¿Podemos ir a la terraza?; allí hay una mesa con sillas que nos vendrá muy bien —apuntó el director del hotel.

—De acuerdo —consintió e inició el camino hacia las puertas correderas que daban acceso a la terraza del chalet, con tan mala pata que tropezó con el borde de la alfombra que había en el centro del salón.

Un grito tronó en la sala al tiempo que la joven alargaba los brazos para protegerse de la caída pero, para sorpresa suya, unos brazos la agarraron por la cintura y la jalaron hacia arriba antes de caer con todos sus huesos en el suelo.

—¿Cómo has podido sobrevivir durante todos estos años sin mí a tu lado?
—Raquel oyó una voz ronca y profunda junto a su oído.

¡Dante! ¡Tenía que ser él! Se revolvió para que la soltase, pero lo que consiguió fue que él perdiera el equilibrio y fueran a parar los dos al suelo con la mala suerte de que Dante cayera sobre ella.

—¡Raquel! —gritó Fanny a la vez que acudía a ayudarla junto con todos los demás.

Entre todos los desenredaron y los ayudaron a levantarse.

—¿Estás bien? —se interesó Dante en cuanto estuvieron de pie.

Raquel comenzó a palparse el cuerpo con sus manos para comprobar que estaba entera.

—Creo que sí, pero no gracias a ti.

—¡Tendrás morro!

—¡Eh, chicos, calma! —exclamó Felipe intentando apaciguar las aguas.

Carlota se puso detrás de Raquel, le dio un pellizco en el trasero y le susurró en el oído.

—No le des el gustazo de verte resentida. Pon ahora mismo una sonrisa en tu boca y dale las gracias.

La joven reflexionó en una fracción de segundo e hizo caso de la más lista y taimada del grupo de amigas. Recompuso su rostro y sus labios carnosos se estiraron en la sonrisa más amplia que Carlos había visto jamás.

—Era broma, hombre. Te agradezco que hayas salido al rescate —rectificó Raquel.

—Tranquila, esto me ha removido viejos recuerdos.

—Bueno, ya que estáis los dos bien, ¿podemos seguir con lo que estábamos? —intervino Carlos.

¡Salvada por la campana! Si no llegaba a intervenir el director del hotel, Raquel le habría saltado a la yugular.

Por fin se acomodaron en la terraza y Carlos decidió ir directo al grano antes de que volvieran a saltar chispas entre esos dos.

—Raquel, queríamos proponerte que te encargases de elaborar un calendario de actividades de ocio para el complejo o, más bien, que nos presentases un proyecto para valorarlo. He tenido referencias tuyas y, al enterarme de que estabas alojada aquí y como nosotros estamos reestructurando el hotel, nos ha parecido oportuno aprovechar el momento.

Raquel, desconcertada, miraba a uno y a otro alternativamente.

—A ver, que me aclare yo. Tú eres el director del hotel, pero ¿y él? —preguntó señalando a Dante con el dedo índice.

Carlos dirigió su mirada a Dante, sorprendido.

—Pero... ¿vosotros dos no os conocéis?

—Yo soy el propietario del hotel, junto con toda mi familia —confesó Dante.

—Propietario... ¡Pero este hotel lo compró hace poco la cadena de hoteles RV! —comenzó a decir hasta que cayó en la cuenta de lo que significaba esa afirmación—. ¡No! ¡¿Tú eres el propietario de los RV?! —

—Roberto y Vanesa. Son mis padres.

—Pero... no entiendo nada —reconoció la joven, confusa.

—Raquel, eso lo tenemos que hablar tú y yo a solas —le propuso Dante, esperanzado.

«¡Y una leche!», pensó la joven.

—¿Qué contestas, Raquel? ¿Te unes a nuestro equipo? —Carlos volvió a intentar reconducir la conversación.

A la joven le llamó la atención algo detrás de ellos.

Tras los cristales de las amplias puertas que daban al salón y que estaban frente a ella, pero de espaldas a los dos hombres, sus amigos hacían aspavientos. Carolina se estiraba los labios con los dedos hacia ambas mejillas, Fanny se abrazaba a sí misma y ponía morritos como si diese besitos al aire y Felipe hacía un gesto con las manos y el mentón para indicarle que estirase su torso.

Borró de la mente los gestos de Fanny y obedeció a Felipe y a Carolina. Levantó su cuerpo que, a medida que se había ido enterando de las nuevas mentiras de Dante, casi se encontraba derrumbado sobre la mesa; elevó su mentón hasta casi mirarlos por unas rendijas de sus ojos, y volvió a lucir su bellísima sonrisa.

—Lo siento, pero estoy muy ocupada en estos momentos. He venido para preparar la boda de mi amiga Fanny —explicó con tono alegre y señaló tras ellos para indicar a su amiga.

Por instinto, los dos jóvenes giraron la cabeza para mirar tras de sí. De inmediato, sus amigos detuvieron sus gestos intentando disimular, pero en realidad se quedaron en unas posturas grotescas. Raquel se dio un cachete en la frente ante su torpeza y Dante y Carlos se miraron con estupor.

—Pues eso, que estoy muy liada —continuó la joven para volver la atención de ellos hacia sí misma.

—Bueno, nosotros no te necesitamos de inmediato —aclaró Carlos—. Aún estamos iniciando el proyecto para la reforma, así que no es un trabajo para ahora; tardará varios meses en iniciarse.

—¡Ah! Pues... es que yo tengo muchos proyectos confirmados para los próximos meses...

Dante sabía que no tenían nada que hacer. Raquel no quería trabajar con él. Eso era lo que pasaba. Necesitaba hablar con ella en privado, pedirle disculpas por lo pasado nueve años atrás. Y no por el trabajo, sino porque él quería que ella supiese que lo ocurrido entre ellos había sido real, no una farsa para que ella se congratara con él.

—¿No podrías enseñarnos proyectos tuyos ya realizados? Para ver tu trabajo. Quizás, si nos interesa, podamos esperarte o cuadrar fechas —insistió Carlos.

—Me lo pensaré —sentenció Raquel para que no insistiera más—. Ahora, si no tenéis nada más que decirme, mis amigos y yo debemos irnos.

En cuanto los dos hombres abandonaron la habitación, un corro se formó alrededor de Raquel.

—¿Qué querían?

—¿Para qué han venido?

—¡Pero qué buenos están los dos!

—¡Felipe! —exclamó Raquel mirando a su amigo con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres, hija? Es la verdad.

—Venga, vayámonos a ver lo de la boda y os cuento todo por el camino.

Capítulo 22

ACLARACIONES

¡P or fin se había quedado sola!

Adoraba a sus amigos, pero llevaban todo el día agobiándola con el tema del dichoso Dante y estaba más que harta.

Caminaba, con parsimonia y cuidado para no tropezar, por uno de los senderos que se utilizaban para comunicar los chalets con el resto del complejo. Se acababa de dar una ducha fresquita y había decidido acercarse hasta la cafetería con una buena novela para tomarse un café.

Una vez sentada ante la humeante taza, abrió el libro y se dispuso a leer.

—Vamos, te dejo que me invites a un café.

«¡No! ¡Otra vez él!», pensó Raquel a la vez que volvía a componer su sonrisa para mirarlo. Esa voz grave, pausada y tan bien modulada era muy difícil de olvidar.

—¡Oh! El día mejora por momentos. ¡Hasta luego! —Se despidió de él con ironía a la vez que movía una mano con el gesto universal de «adiós».

—No, querida, esta vez no te vas a librar de mí. Me vas a oír —dijo mientras se sentaba frente a ella.

Raquel meditó. Y siguió meditando mientras miraba a Dante con atención. Mejor sería que se lo tomase con humor.

Él se había quedado enganchado a los ojos violetas; al verlos tan de cerca y

por unos breves segundos, su corazón se paralizó y comenzó a bombear con más fuerza. Necesitaba que ella lo escuchase para poder explicarse y que lo comprendiese.

—¿Sabes que te han salido muchas arrugas alrededor de los ojos? —inquirió Raquel con una mueca de falsa preocupación en su rostro.

—¡Eso no es cierto! ¡Y no desvíes la conversación! No me voy a mover de aquí sin hablar contigo.

La joven hizo un mohín de desagrado con sus labios.

—Siento tener que ser yo quien te lo diga, pero has envejecido mal. ¿Cuántos años tienes ya?, ¿cuarenta? ¡Bufff!, ¡qué mayor! —insistió Raquel.

—¡Y una mierda!

—¡Hala! Qué fino...

—Raquel, no intentes sacarme de quicio.

—Caray, hombre, pues sí que te sulfuras pronto. ¿También se te ha agriado el carácter? No me extraña; vivir mintiendo tiene eso.

—Por favor, Raquel, deja que te aclare algo.

La joven volvió a meditar. Y esta vez meditó de verdad. A ella no le gustaba ir con malos rollos por ahí. Ni le gustaba estar enfadada, ni esconderse. Si había obrado así hasta ahora era porque la había pillado por sorpresa encontrárselo allí, además de que todavía llevaba la espinita clavada. Igual ya era hora de sacársela.

—Está bien. No me apetece estar huyendo de ti todo el rato. Habla, di lo que tengas que decir —aceptó Raquel tan sincera como siempre.

—Solo quiero aclararte que lo que hubo entre tú y yo no tenía nada que ver con el encargo de tu padre. A estas alturas ya sabrás que yo trabajaba para él y me mandó a cuidar de ti, pero, Raquel, te juro que yo no compartí la cama contigo por ese motivo. Espero que te acuerdes de que fue algo que surgió entre los dos, porque yo lo recuerdo a la perfección. ¿De verdad crees que podría fingir lo que viví contigo? Porque yo no dudo de ti. Sé que tú gozaste y disfrutaste igual que yo. Y lo hice porque quise, porque te deseaba, porque me

contagiaste de vida, porque lo necesitaba, porque eres todo pasión y lujuria.

Raquel había permanecido todo el tiempo escuchando sus palabras con atención y observando su rostro en busca de la verdad.

—Bien. Te creo —afirmó Raquel con convicción.

—¿Ya está?, ¿así de fácil? —preguntó Dante, asombrado.

—Bueno, no tenías por qué aclararlo; si lo has hecho, supongo que será porque es verdad.

—Entonces, ¿volvemos a ser amigos? —interrogó esperanzado.

—No.

—¿No?

—Todavía tienes algo más que explicarme. ¿Qué hacías tú trabajando con mi padre si eras el hijo de papá R y mamá V?

—¡Ah, bueno! Eso... Pues verás: mi padre, una vez que terminé los estudios, me puso como condición que debía pasar una temporada en otra empresa del gremio desde abajo, sin aprovecharme de mi apellido, para demostrarle que era capaz de currármelo yo solo y así poder entrar a trabajar con él.

—Entendido.

—¿Ahora sí?

—¿El qué?

—¿Volvemos a ser amigos?

—No.

—¡¿No?!

—Aún tienes que decirme tu edad —apuntó y de inmediato se rio con fuerza.

Dante se quedó bobo mirándola. Ahora se daba cuenta de lo mucho que había echado de menos esas fuertes y curiosas carcajadas. Una amplia sonrisa con toques de añoranza se dibujó en su rostro.

—Te invito a cenar —soltó de repente Dante, sin pensarlo.

—Paso. No me apetece salir del hotel, estoy derrotada.

—¿No sabes que aquí tenemos un restaurante magnífico?

—Pues no, no tenía ni idea.

—Vamos, vas a chuparte los dedos —la instó mientras se levantaba.

—Luego, si me los chupo, no te avergüences...

—Te acompañaré en el chupeteo.

«Así es ella», pensó Dante. Clara y transparente. Sin ambages. Si era «sí», era «sí» sin más peros. Después de nueve años no había cambiado su personalidad. Tenerla de nuevo en su entorno era un regalo que le acababa de hacer la vida. Reconocía que, cuando estaba con ella, él se volvía mejor persona y quería que ella viese en él lo mismo que él veía en ella.

Ahora mismo él se sentía muy feliz por haber despejado las dudas de la joven e iba a proporcionarle una cena en la que disfrutase como él pensaba hacerlo. Tenía que contarle un montón de anécdotas de sus viajes, de las que —estaba seguro— ella iba a reírse como nadie. Hacerla reír era algo espectacular.

Capítulo 23

SOLO UN BESITO

Acababa de salir del baño bailando al son de «Shape of you», de Ed Sheeran, que salía del altavoz inalámbrico que tenía conectado al móvil cuando sonaron dos golpes en la puerta del chalet. Hacía un rato que había vuelto de la cena con Dante y eran unas horas muy extrañas para tener visita; así que, a lo mejor, era algo importante. Solo llevaba una ligera batita de seda, pero debía abrir, por lo tanto giró el pomo y asomó los ojos por la pequeña rendija que había abierto.

—Hola. Se te olvidó el libro en la cafetería —le informó Dante a la vez que se lo enseñaba.

—¡Oh, vaya! ¡Gracias! Si no llegabas a traérmelo, esta noche no dormía o me tocaba llevarme a la cama todos los botes de aseo para leer algo —dijo ella con guasa al tiempo que se apartaba de la puerta para dejar que entrara y cogía su novela de entre las manos de él.

—Entonces, me alegro de haber venido enseguida. Por cierto, dime: ¿qué te parece el chalet desde tu punto de vista profesional?

—Como cliente está muy bien; como profesional, bien orientado, algo desfasado en decoración y quizás demasiado grande para una sola persona.

—Parece que ya lo tenías pensado: no has dudado ni un segundo para responderme.

—Deformación profesional: analizo todos los espacios en donde entro sin darme cuenta, por inercia.

En ese momento comenzó a cantar Pablo López, junto con Juanes, la canción «Tu enemigo».

—Veo que la música sigue acompañándote a todas partes.

—No podría vivir sin ella, es cierto.

Permanecían los dos de pie en el centro del salón. A Dante le apetecía pasar un rato con ella, pero no sabía si, con proponérselo, iba a forzar la máquina. Al fin y al cabo, acababan de cenar juntos.

—¿Quieres sentarte un rato?

Parecía que le había leído el pensamiento.

—¿No te molesto?

—¡Qué va! Pensaba descansar en la terraza para admirar el paisaje nocturno.

—Pues, entonces, me encantaría.

La pareja se sentó en sendos sillones desde donde se divisaba el *skyline*[25] de Benidorm sobre el fondo del mar, que brillaba con reflejos de la luna, y el cielo azul, casi diurno, iluminado por la ciudad.

—Me encanta Benidorm. Parece siempre tan viva y da tanta felicidad a los que veranean aquí. Creo que se merecería algún tipo de reconocimiento por parte del gobierno. Una medalla o algo. Seguro que una temporada aquí a mucha gente la ha librado de ir al médico —manifestó Raquel con voz ensoñadora.

—Una medalla por terapeuta —bromeó Dante.

—Pues sí. Yo, cada vez que vengo aquí, me libero de cargas mochileras y ¡me desinhibo!

—Oye, por cierto, hablando de desinhibirse: le he echado una ojeada al libro que estás leyendo y he visto que sigues con las novelas de género romántico —le confesó.

—Sí, me encanta. ¿Pasa algo? —farfulló frunciendo el ceño, harta de los lectores puristas.

—¡Qué va! Solo que ahora te encasillaba más en las novelas históricas.

—¿Y de qué te crees que es la novela que me has traído? Es una novela histórica en cuya trama hay una historia de amor y, encima, acaba bien. Perfecta para mí si partimos de la base de que me repelen los finales que no son felices.

—Ya..., bueno..., no sé.

—¿Tú has leído alguna vez una novela romántica?

—¿Yo? Pues no —negó, mosqueado.

—Vale, pues no opines. Punto.

—Oye, guapita, yo opino si me da la gana.

—¡Ah, vale! Pues yo opino que los cambios que vais a hacer en el hotel son una mierda.

Hasta ese momento, ambos habían estado sentados uno al lado del otro con las miradas en el paisaje y con alguna que otra ojeada a su interlocutor pero, tras las últimas palabras de la joven, Dante se incorporó de su asiento, giró la cabeza hacia Raquel y la miró para recriminarle sus palabras. Pero no pudo. La posición de relax que había adoptado Raquel con las piernas encogidas sobre el sillón, muy parecida a la postura fetal, había provocado que su bata se resbalara por sus piernas y mostrara sus muslos y que el escote se ahuecara y expusiera parte de su pecho a la vista del joven.

Dante no pudo dejar de admirar esos senos, que se aproximaban; no en vano, nueve años atrás, lo habían vuelto loco. Parpadeó con fuerza y ordenó a su voz que saliera en defensa de su negocio.

—¡No tienes ni idea de lo que vamos a hacer! —refutó con voz pastosa.

Raquel lo miró con una, más que evidente, sonrisa guasona.

—¡Te he pillado! No sabes, no hables.

Algo se empezó a fraguar en ese momento en la mente de Dante. Su rostro comenzó a transformarse y una sonrisa pícaro le llegó hasta los ojos.

—Vale, ¿hacemos una apuesta?

—¡Oh, no! Te prometo que no he echado de menos tus apuestas.

—¿A mí sí? —preguntó con voz grave y sugerente.

—Te aseguro que vas a preferir que no te conteste a eso —respondió con una sonrisa maliciosa.

Dante rio con fuerza.

—Sí, mejor será —convino—. Pero sigamos con la apuesta. Si consigo leer tu novela, tú trabajarás para mí.

Raquel bajó las piernas del sillón y se puso en pie para dirigirse hacia el interior mientras le decía:

—De esa apuesta yo no gano nada; a mí me da igual lo que leas tú. Rechazada.

Dante la observó por detrás de arriba abajo. El cinturón de la bata le ceñía la estrecha cintura y resaltaba sus glúteos, por lo que pudo comprobar que se habían redondeado y eran algo más prominentes que antes. Ella se giró y captó la mirada de él.

—¿Qué miras? —inquirió la joven.

—Nada.

—No es verdad.

—Nada.

—No disimules, me estabas dando un repaso.

Al joven se le dibujó una sonrisa lobuna.

—¡No me mires el culo cuando me dé la vuelta! —le ordenó Raquel a la vez que viró y comenzó a andar contoneándose.

Él no tardó ni un segundo en dirigir su mirada hacia su trasero. Ella se volvió a girar.

—¡Para ya!

Dante, en dos zancadas, se plantó frente a ella y la agarró por la cintura.

—Quiero besarte —le susurró con voz contenida—. Me gustó mucho besarte hace nueve años.

—A mí me encantó besarte también.

—Pero...

—Si empiezo, sé que no seré capaz de parar.

—Suena bien.

—¿A que sí? Tengo que... —Se interrumpió y negó con la cabeza—. No puedo.

—Te prometo que no iré más allá. Solo un beso chiquitín. Con lengua, pero chiquitín.

Raquel amplió su sonrisa.

—Solo uno...

Y todavía no había acabado de decirlo cuando los labios de Dante se estrellaron contra los suyos. Chupó, mordisqueó, lamió hasta que se hartó y luego introdujo su lengua dentro de ella. Sus manos se desplazaron hasta sus nalgas y las masajearon. Raquel se deshizo por dentro. Enseguida reconoció esos besos ardientes, que traspasaron su piel y convirtieron su interior en una llama candente. Su cuerpo estaba a punto de sucumbir y empujar a Dante al sofá cuando él se apartó con la respiración jadeante.

—Si sigo, no podría parar ya —masculló el joven con voz entrecortada.

Raquel, en su fuero interno, se lo agradeció; aún no estaba preparada para tener algo más con él. Todo había pasado muy rápido; apenas hacía unas horas que se habían reencontrado y todavía tenía un resquicio de desconfianza hacia él, así que dio un paso atrás y aprovechó que él cumplía su promesa para evitar sucumbir y arrepentirse más tarde.

—Creo que ya es hora de que nos acostemos —balbuceó Raquel.

—¿Cómo?! —exclamó Dante, esperanzado.

—¡Cada uno en su cama!

—¡Ah, bueno! —se lamentó el joven, con voz apagada.

Los dos se quedaron plantados en medio del salón, uno frente a otro, con las miradas entrelazadas y un silencio profundo en el ambiente. Parecía que ninguno de los dos se quería separar.

—Oye —rompió el silencio Dante—, he quedado con mis amigos en la cafetería de recepción para ver el partido de fútbol que hay esta noche a las

dos de la madrugada. —Miró su reloj de pulsera—. Dentro de media hora. ¿Por qué no te vienes?, así nos tomamos una copa juntos.

—*Collons!* ¡Hoy es el Barça-Madrid, ¿no?! Desde Miami —exclamó a la vez que se daba un cachete en la frente.

—Sí... —le confirmó, desconcertado ante su reacción—. ¿Es que te gusta el fútbol?

—¡Me encanta! No me pierdo un partido del Barça y de la Selección por nada del mundo. Mi padre y yo los vemos juntos cuando estoy en Barcelona.

—¡Cómo no! ¡Tenías que ser culé! —exclamó Dante, con el ceño fruncido.

—Pues claro, ¡espero que no se te haya pasado por la cabeza que pueda ser merengue! ¿Acaso tú lo eres?

—¡Y a mucha honra!

—¡Puagggg! —exclamó la joven al tiempo que se llevaba un dedo a la boca en una clara interpretación de vomitar.

—Sí, sí, tú vomita, pero os vamos a dar una paliza esta noche...

—¡Ja!

—¿Apostamos?

—Joder, tío, no me marees más con tus apuestas. Pareces un apostador profesional.

—Es una forma eficaz de conseguir cosas de ti.

—¿De mí? ¿Es que solo apuestas conmigo?

—Sobre todo contigo. En su día me di cuenta de que es fácil picarte, y como yo solo apuesto sobre seguro... Pero ahora ya has descubierto mi truco, así que tendré que inventarme otra forma de salirme siempre con la mía —concluyó con una risotada.

Gracias a esas risas, el amago de bronca que estaban teniendo por el fútbol se disipó.

—Eres un jodido *torracollons*[26], *nen*.

Y lo acompañó con sus peculiares carcajadas.

—Entonces, ¿te vienes? —le preguntó, en cuanto consiguieron dejar de reír.

—Paso. No quiero rodearme de madridistas. Además, como ves, no estoy vestida para ir a la cafetería; creo que llamaría algo la atención —indicó guiñándole un ojo.

—Bueno, pues que no te afecten mucho los golazos que os vamos a meter. Hasta mañana —se burló.

Se acercó a ella, le dio un pico en los labios y salió con paso elástico.

Capítulo 24

UNA APUESTA FATAL

Acababa de empezar el partido; tan solo tres minutos y Messi ya había marcado un gol. Lástima que al final no había ido con Dante a la cafetería; ahora estaría en pleno regodeo. ¡Qué pena! Pero... ¿y si se vestía y acudía allí de extranjis? No se lo pensó más: se puso una ropa cómoda y se encaminó al edificio donde estaba la recepción y la cafetería.

Bueno, «se encaminó» era un decir, porque la noche estaba bastante oscura y se perdió un par de veces, por lo que dio un gran rodeo antes de localizar el edificio que buscaba. Así que, cuando entró, estaba medio enfadada consigo misma y no le apeteció buscar a Dante, porque sabía que no estaba de humor para aguantar sus bromas. Por eso, decidió apoyarse en la barra para tomarse una cervecita fresca.

La cafetería estaba casi a oscuras, tan solo iluminada por la gran pantalla de televisión que había al fondo del local y por unos cuantos apliques a media luz que colgaban de las paredes.

Se encaramó a un taburete y pidió una caña bien fría. El ambiente contrastaba por zonas. En algunas mesas, madridistas de pro se lamentaban por la mala defensa de su equipo y protestaban por los pocos aciertos de Bale; asimismo, se quejaban de que no jugase Ronaldo y alababan el buen trabajo de Asensio. En otras mesas, los culés azuzaban a Messi para que participara más

en el juego y jaleaban a Neymar y a Cillessen.

Cuando ella había llegado, faltaban pocos minutos para el descanso y el partido estaba empatado a dos goles de cada equipo. Dio un par de sorbos a la cerveza mientras buscaba, entre los asistentes, a Dante con sus amigos; hasta que los localizó en una mesa cercana al otro lado de la barra, de espaldas a ella. Decidió coger su vaso y sentarse detrás de ellos. Si ganaba el Barça, quería ser la primera en picarlo.

Mientras tanto, Dante acababa de contarles a sus amigos su antigua relación con Raquel y la reconciliación que habían tenido esa misma tarde/noche.

—Y ahora, ¿qué? —le preguntó Carlos.

—¿A qué te refieres?

—¿Vas a volver a tener algo con ella?

—Eso no te incumbe a ti.

—Venga ya, hombre. Has contado todo y ¿nos vas a dejar en ascuas ahora?

—Es que no tengo ni idea, Darío. Ella es una chica muy especial y no quiero volver a hacerle daño.

—¿A ti te gusta ella? —inquirió Carlos.

—A ver, Carlos. Tú no la conoces pero, si lo hicieras, te sentirías irremisiblemente atraído por ella. Tiene una forma de ser tan, tan atrayente, peculiar y llena de vida que sucumbes ante ella.

—Eso es un «sí» en toda regla, Dante —sentenció Darío.

—Es un «no tengo ni idea». El encuentro me ha removido muchos recuerdos, y os puedo asegurar que todos muy buenos, pero dudo que ella quisiera.

En ese momento, sin que ninguno de los tres amigos se diera cuenta, Raquel se sentó en una banqueta detrás de ellos.

—Si tú quisieras, la conquistarías de nuevo.

—Pero es que no sé si quiero, Carlos. Nos hemos vuelto a ver hoy después de nueve años y Raquel, como habéis comprobado vosotros mismos esta mañana en este lugar, no quería ni acordarse de mí.

—Bueno pero, si tú te lo propones, caerá. Como todas —sentenció el

director del hotel con una sonrisa confiada.

—Es muy pronto para eso, Carlos, no insistas.

—Bueno pero, si al final, como creo que va a ocurrir, acabáis trabajando juntos, me apuesto lo que quieras a que termináis liados —apuntó Darío.

—Me parece una buena idea, Darío —se entusiasmó Carlos—. Mira, para no agobiarte. —Miró su reloj de pulsera—. Hoy ya es treinta de julio; te apuesto a que, antes de que termine el año, acaba en tus brazos. Si es así, trabajaré para ti gratis medio año; si no, me doblarás el sueldo seis meses. Estoy seguro de que voy a salir perdiendo, pero soy así de generoso.

—¡Ya me estáis liando con vuestras gilipolleces!

—Míralo como un acuerdo comercial: si ganas, te ahorrarás un montón de pasta —lo incitó su director del hotel.

Dante, pensativo, miró al frente. En realidad, él sentía que esos nueve años no habían pasado y que seguían siendo compañeros de viaje y algo más. La conexión, en cuanto había conseguido su perdón, había sido total de nuevo. Y para qué mentirse, él ya habría pasado esa noche con ella, sin dudarlo ni un segundo.

Pero jamás apostaría por algo así; no, de eso nada. Aunque, a lo mejor, podía sacar un beneficio del bocazas de su amigo...

Alargó la mano hacia su amigo y este se la estrechó.

—Trato hecho —sentenció Dante.

Una figura menuda se bajó del taburete y huyó corriendo de la cafetería.

—Pero con una condición —añadió el joven empresario.

Capítulo 25

EL PLAN

—Soy tonta, soy tonta, soy tonta... —se repetía una y otra vez Raquel, como un mantra, mientras daba vueltas por todo el salón.

—No eres tonta, eres divina, Raquel —rebatía Felipe, sentado en el sofá junto a Fanny y a Carlota.

Los tres jóvenes veían a su amiga, desde hacía una hora, caminar sin descanso por todo el chalet, enfadada hasta la última célula de su cuerpo.

—¿Pero tú estás segura de que oíste bien? Mira, que tú sabes que yo tengo un quinto sentido para detectar auras negativas y él la tiene nítida y brillante. A mí me parece un buen chico, así como primera impresión.

—Fanny, ¡por favor! ¿Tú crees que yo estaría así si no estuviese convencida de lo que oí? Con todo el descaro del mundo, estrechó la mano de su amigo y le dijo: «Trato hecho» cuando el otro le propuso apostar que Dante me conquistaría antes de fin de año a cambio de su sueldo durante seis meses.

—¡Qué cabrón! —explotó Carlota con voz vibrante.

—¡Este tío se va a enterar! —exclamó a la vez que se paraba de golpe frente a sus amigos—. Ya lo tengo pensado. Me voy a vengar en su propia cara.

—¿Qué has ideado? Le tengo mucho miedo a tu imaginación, querida —inquirió Fanny, dubitativa.

Raquel se sentó frente a ellos, sobre la mesa de centro, para estar más cerca.

—Voy a seguirle la corriente y a dejar que intente conquistarme. Poco a poco, para no ser muy descarado, voy a hacerle creer que lo está consiguiendo pero, en los momentos más calentitos..., ¡zasca!, algo impedirá que culminemos. Voy a ponerle los huevos más gordos que los de avestruz. ¿Qué os parece? —explicó con una sonrisa maliciosa.

Carlota aplaudió con fuerza y los otros dos amigos la secundaron.

—¡Perfecto! Y nosotros colaboraremos para que se os corte el rollito —convino Felipe.

—¡Qué buena idea, Raquel! —aprobó Carlota—. Eso lo hará sufrir en su físico y en la moral, por su declive como «machofollatodoenseguida».

—Ese caradura se cree que sigo siendo la inocentona que era hace nueve años, que sigo viviendo en la inopia de entonces y que voy a tropezar dos veces con la misma piedra. ¡Ja!

—¿Has quedado con él hoy? —preguntó Felipe.

—No, pero verás cómo hará por verme. Le va a costar un poquito... —contestó con una sonrisa burlona—. Ahora, chicos, a concentrarnos en la boda. Recordad que en media hora debemos encontrarnos con el *scouter* con el que quedaste, Fanny, y planificaremos la parte de ocio para los niños. Termino de arreglarme y nos vamos.

En ese momento sonaron dos golpes en la puerta que les hicieron voltear sus cabezas hacia ella.

—¡Es él! —exclamó Fanny.

—Vale, chicos, dejadme a solas con Dante. Esperadme en el coche, voy enseguida. ¡Ah! Y disimulad, que crea que os cae de maravilla.

—No te preocupes, Raquel. Vamos a ser como los mosqueteros, como siempre. ¡Todos para uno y uno para todos! —exclamó Fanny.

—Lo sé, cariño. No podría tener mejores amigos.

Los tres se levantaron con rapidez y se dirigieron hacia ella para fundirse los cuatro en un abrazo grupal y después continuaron camino hacia la puerta. Felipe, antes de irse, le dijo:

—Dale duro, nena. —Le dio otro fuerte abrazo de ánimo y la besó en la mejilla con ternura.

Cuando Carlota abrió la puerta y se topó con Dante, una amplia sonrisa se instaló en su bellissimo rostro.

—Hola, Huguito. ¡Qué maravilla el servicio de habitaciones de este hotel! El mismísimo propietario atento a domicilio.

—Este es un trato especial hacia Raquel.

—¡Qué lástima! Yo, que me estaba planteando instalarme aquí con el solo fin de recibir este trato... —se lamentó con una sonrisa muy sugerente.

—Anda, picaflor, tira para adelante, que tenemos prisa —la incitó Fanny a la vez que la empujaba para salir de la habitación.

Detrás de Fanny iba Felipe, que lo miró a los ojos y, con sus dedos índice y corazón, se señaló sus propios ojos y luego los de Dante, en un gesto que indicaba que lo estaba observando. Dante lo miró como si estuviera loco y luego pasó al interior del chalet.

—Raquel, ¿dónde estás? —inquirió.

La joven se había introducido en el cuarto de baño para terminar de maquillarse.

—¡Aquí!

Dante siguió la voz y se plantó en la puerta.

—Hola.

—Hola y adiós.

—¿Te vas?

—Sí, ya de ya. Tengo mucho que hacer.

—Pensaba que podrías pasar un rato conmigo.

—¡Buff! No creo —le contestó mientras se ponía rímel en las pestañas.

—¿Ni siquiera esta noche? ¿Cenamos juntos?

—No sé, de verdad —dijo con duda en su voz—. Mira, apúntate en el móvil mi teléfono y ya nos hablamos, ¿vale?

—De acuerdo —le respondió.

Sacó el aparato de su bolsillo y tomó nota del número que le dictó Raquel. Después se quedó mirando cómo la joven se aplicaba carmín en sus carnosos labios. Le habría gustado encontrarla de otra forma, en la que hubiera podido aprovechar la situación para besarla, pero, visto lo visto, no creyó que fuese un buen momento.

—Ahora he de irme. Ya hablamos —se despidió de Dante.

Lo ahuyentó con las manos para que la dejase pasar, cogió su bolso del sofá y se dirigió a la puerta. Esperó a que saliese Dante, que la seguía desconcertado, y cuando cerró la puerta le hizo un gesto de despedida con la mano y se marchó deprisa.

El joven se quedó allí plantado mirando cómo se alejaba, decepcionado. Había acudido al chalet de Raquel con otras expectativas. Al fin y al cabo, el beso de la noche anterior había abierto otros deseos y anhelos en los dos. O eso le había parecido a él. La respuesta de la joven había sido como la de hacía nueve años, así que él se había hecho algunas ilusiones de que, con un poco de dedicación por su parte, todo surgiese de nuevo.

Entendía de sobra la decepción que había tenido que sentir Raquel la noche en que había descubierto el engaño. Pero lo que ella no sabía era que a él también le había costado mucho abandonar su búsqueda sin poder explicarle su verdad. Era cierto que tan solo habían compartido unos pocos días de aquel verano, pero a él lo habían dejado marcado durante mucho tiempo. Jamás había conocido a una chica como ella y, aunque no estuviese enamorado, para él había sido muy especial y lamentó mucho tener que volver a Madrid sin poder aclarar las cosas con ella.

Luego llegó a su casa y se sumergió en la vorágine que era la vida de su familia en esos momentos, con su padre enfermo y con una empresa de la que dependían centenares de trabajadores. Cuando quiso darse cuenta, la vida lo había llevado por otros derroteros y la vívida aventura de aquellos días de aquel verano se había quedado guardada en un rinconcito de su memoria y de su corazón.

Capítulo 26

OCUPADA

Raquel salió del complejo con paso apresurado y se dirigió hacia el coche de su amiga. Vio el asiento del copiloto vacío, abrió la puerta y se introdujo en él para dejarse caer con pesadez.

—Perdonad la tardanza. Ya podemos irnos —se disculpó al tiempo que agarraba el cinturón de seguridad para ponérselo.

Al no obtener respuesta ni oír arrancar el coche, giró la cabeza para mirar a Fanny. En su lugar, un señor de rostro gruñón, con el ceño fruncido y los labios apretados, la miraba con muy malas pulgas.

—Señorita, yo a usted no la conozco de nada. Haga el favor de bajar de inmediato de mi coche si no quiere que llame a la policía.

Raquel, sorprendida y desconcertada, giró la cabeza hacia atrás en busca de sus amigos y vio que los asientos traseros estaban vacíos. Luego miró fuera del coche, por el aparcamiento, y localizó frente a ellos otro coche con sus amigos en su interior, que la observaban y la señalaban mientras se desternillaban.

—Señorita, tengo ya el teléfono en mi mano: o se larga ya o se va a arrepentir.

La joven lo contempló alzando una ceja.

—Señor mío, es usted un auténtico cascarrabias. Me da mucha pena su

esposa, la verdad.

—¡No tengo esposa, joven!

—¡No me extraña!

—¡Oiga! No le permito...

—¡Ni yo a usted! Sepa que tan solo me he equivocado de coche. Si ha creído por un momento que quería algo más de usted, es que está soñando. ¡Despierte, hombre, despierte!

Bajó del coche con premura y se dirigió hacia el auto en el que estaban sus, hasta ahora, amigos. Abrió la puerta trasera, donde estaba Carlota, y se sentó junto a ella.

—Que sepáis que ya no sois mis amigos —dijo con tono altivo y puso unos morritos de enfado con sus labios.

Los tres desagradecidos amigos se reían a carcajada batiente sin poder controlarse, con unas risas tan contagiosas que al final no pudo aguantarlo más y Raquel se unió al coro de carcajadas.

—Algún día me vengaré por todas las veces que os habéis reído de mí, que lo sepáis —les recriminó con fingido enfado.

—Pues, como no te pongas ya, no vas a tener vida suficiente para equilibrarlo —le replicó Carlota.

—Sigue, tú sigue burlándote, que la venganza se sirve en plato frío.

—Venga, no seas tontita, tú sabes que reír es lo mejor del mundo, así que junto a ti siempre se es feliz —le dijo su amiga y secretaria a la vez que la abrazaba.

—Jefa, yo no me río de ti, sino contigo —dijo Felipe mirándola de reojo con una sonrisa supuestamente angelical.

—¡Pero qué pelota que eres, Felipe! —exclamó Fanny al tiempo que le daba una palmada en el hombro.

—¿Qué quieres? ¡En sus manos está mi futuro!

—Y en las mías, el volante, así que poneos el cinturón, que Óscar estará a punto de llegar a la chocolatería Valor.

Los cuatro amigos dedicaron el día a ultimar los detalles de la boda de Fanny. Todo estaba encajando a la perfección y la muchacha estaba entusiasmada con las sugerencias de su amiga.

Óscar les había solucionado el asunto del entretenimiento para los invitados más peques con sugerencias y soluciones que les habían encantado. Se notaba que el joven *scouter* sabía de lo que hablaba y que tenía una gran experiencia en lo referente al ocio de los niños. Raquel, incluso, tomó nota de su número de teléfono para recurrir a él en otras ocasiones.

Después planearon otros tipos de entretenimiento, esta vez para los adultos, que hiciesen que la fiesta fuese un auténtico éxito. Raquel la convenció de que dejar todo al azar lo que conseguía era que la gente se aburriera o que, a falta de otra cosa, se emborrachara y poco más.

Mientras realizaban estas tareas, el teléfono de Raquel sonó varias veces con una llamada entrante de Dante y la joven lo ignoró.

Comieron en casa de Fanny, donde Virginia y Pepe, los padres de la chica, les habían preparado una sabrosa paella. Recibieron a Raquel con los brazos abiertos. La conocían desde niña y tenían un cariño muy especial por ella y por su padre, ya que ellos se habían portado de maravilla con su hija cuando estuvo estudiando en Barcelona. También acudieron a la comida Joaquín —Ximo para los amigos—, el hermano de Fanny, y Vicente, su novio y próximo marido.

Como era domingo, la comida se prolongó en una amena y alegre sobremesa. Vicente era un joven muy divertido. Tenía ese don de saber contar un chiste con gracia y las anécdotas que contaba, la mayoría camufladas de chistes, eran delirantes y las carcajadas no dejaron de sonar durante todo el tiempo que permanecieron allí. Trabajaba en un banco, en contacto permanente con el público, lo que hacía que cada cosa que le pasaba allí él la convirtiera en una historia jocosa.

—El otro día —contaba Vicente—, iba con un compañero del trabajo en el coche; volvíamos de hacer unas gestiones en otra sucursal. Eran sobre las

cinco de la tarde y no sé a qué santo, nos encontramos en una rotonda con un control de policía. Llevábamos la música a toda pastilla y, cómo no, en ese momento comenzó a sonar la canción de «Despacito». ¡Agggg! Mi compañero me dice: «Te apuesto veinte euros a que no nos paran». «¡Hecho!», le contesté yo. Total, que paso por el control y ni nos miran, ¡oye! Mi compañero comienza enseguida a alardear de su victoria y yo cojo y sigo haciendo la rotonda en lugar de salirme, hasta que vuelvo donde estaba la policía. Me paro junto a un agente y le digo: «Este lleva un arma blanca». Ya os podéis imaginar: nos pararon, cachearon y registraron. Y sí, encontraron un cuchillo. Uno de untar que llevaba junto con las sobras del bocata con paté que se había hecho para comer en la oficina. Así que nos dejaron marchar y yo gané los veinte euros.

Todos los integrantes de la mesa se rieron de la anécdota, incluso Ximo, que no era que fuera serio, pero sí muy protector, tanto con Fanny como con su prima Carlota, como con la propia Raquel, a la que trataba como a una hermana.

Ya era noche cerrada cuando decidieron terminar el día en una de esas conocidas franquicias americanas. Frente a cuatro enormes hamburguesas, Raquel le pidió algo a Felipe.

—He pensado que lo mejor sería que te instales conmigo en el chalet. ¿Me harías ese favor?

—¿Y eso por qué?

—Es que dudo mucho que consiga mantenerlo a raya si estoy a solas con él.

—¿No conseguirás mantenerlo a raya a él o a ti? —inquirió Fanny con una sonrisita maliciosa.

—¡A ninguno de los dos, listilla! Es que cuando me besa... olvido todo, para qué voy a engañaros y engañarme a mí misma. Si tú estás allí —continuó señalando a Felipe—, no habrá tentaciones.

—No me gusta hacer de «aguantavelas» —dijo el muchacho y torció los labios en una mueca.

—No se trata de que estés en medio, Felipe. A no ser que la cosa se ponga peligrosa... Va, por favor, te necesito.

—Y qué pretendes, ¿qué me quede encerrado en el cuarto esperando que tú me des un aviso para ir a quitártelo de encima?

Raquel miró a sus tres amigos con ojos desesperados.

—Pues sí.

Sus tres amigos rompieron a reír.

—Ya..., me he pasado... Vale, lo he entendido. ¿Y qué te parece si te reservo el chalet de al lado? Así, si te necesito, puedes acudir a mi llamada con cualquier excusa.

—Eso sería perfecto si no fuese porque esos chalets se me salen del presupuesto, Raquel.

—¡No! ¡Espera! ¡Ya lo tengo! ¡Mi padre!

—¿Qué le pasa a tu padre? —preguntó extrañada Fanny.

—¡No lo recordaba! Tengo que hacer una reserva para mi padre. Acordaos de que viene antes de la boda para que le enseñe ese maravilloso y detallado informe sobre el complejo que todavía no he empezado a hacer.

—Hemos —puntualizó Carlota.

—Vosotros estáis de vacaciones. Soy yo quien tengo que hacer el informe. Pero bueno, a lo que íbamos: reservo el chalet para mi padre y lo ocupas tú hasta que venga él.

—Pero eso le va a salir a tu padre por un pico y no va a tragar. Recuerda que tu padre es catalán y para él la «pela[27]» es la «pela».

—Tranquilo, con el descuento a profesionales, no es tanto y, si es necesario, lo pago yo. ¡Decidido: te mudas al complejo!

En ese momento volvió a sonar el teléfono de Raquel. Miró el número de la llamada entrante.

—Es él. Esta vez se lo voy a coger, ahora ya me siento más segura. —Apretó la tecla necesaria—. ¿Diga?

—*¡Por fin!*

—¿Qué fin? —preguntó con una sonrisa picarona mientras les guiñaba un ojo a sus amigos.

—¿Raquel?

—Sí, soy yo.

—Soy Dante.

—¡Ah! Hola, Dante. Dime: ¿querías algo?

—Llevo todo el día llamándote y no me has cogido el teléfono —dijo el joven con voz irritada.

—Vaya, lo siento. Hemos estado todo el tiempo muy liados y llevaba el teléfono en el bolso.

—¿Y no has mirado las llamadas perdidas?

—Oye, ¿me has llamado para hacerme un interrogatorio? Estoy cenando y se me está enfriando la comida.

—No, no. Solo quería saber si querías cenar conmigo.

—Pues ya ves, imposible. De haberlo sabido antes...

—Si hubieses cogido el teléfono...

—Bueno, pues, si no quieres nada más, te dejo. He de seguir con la cena.

—¡Oye, espera! ¿Podemos vernos cuando vuelvas?

—¡Uff! No creo, Dante. No sé cuándo volveré.

—¿Y eso?

—¿Y eso qué?

—Que por qué no sabes cuándo volverás.

—Eh... —Miró a sus amigos en busca de ayuda. Carlota le hizo un gesto con la mano como si estuviera bebiendo, y ella afirmó con la cabeza—. Es que nos vamos de copas.

—¿A dónde?

—No lo sabemos todavía. Oye, en serio, que se me enfría la cena. Ya nos vemos, *adeu*. —Y colgó.

Los cuatro se quedaron mirándose los unos a los otros y rompieron a reír a la vez.

—Has estado genial, Raquel —le dijo Felipe—. Mira, que cuando quieres sabes hacerte la tontita.

Raquel sonrió satisfecha. Primer asalto ganado.

Capítulo 27

ESPOSAS PARA UNA ESPOSA

Fanny les había pedido consejo sobre su vestido de novia, así que esa mañana se acercaron a la tienda donde todavía lo estaban guardando y los hizo sacarlo para que sus amigos se lo vieran puesto.

—Por favor, Raquel, solo te pido una cosa. ¡Ni te acerques al vestido! —le dijo mientras esperaban a que lo sacasen.

—¿Y tú te llamas mi amiga?! —exclamó la joven, sulfurada.

Fanny se echó a reír con ganas.

—Es broma, mujer. Es que me acabo de acordar de cómo quedaron tus vaqueros el día de...

—¡No sigas!

—¿Y aquel día que subías...?

—¡Te estás ganando una colleja! ¡Ni una palabra más, mala amiga!

—No seréis capaces de dejarnos con la miel en los labios, ¿verdad? —protestó Carlota.

—Pero ¿qué os pasa hoy?, ¿lo han nombrado el día de «Meterse con Raquel»?

En ese momento llegó la empleada de la tienda con el vestido de Fanny y los cuatro olvidaron el asunto. Fanny se retiró con la dependienta a cambiarse y, cuando salió, los tres amigos se quedaron boquiabiertos.

—¡Fanny, estás espectacular! —gritó Raquel, entusiasmada.

—¡Es perfecto para ti! —exclamó Carlota.

—¡Caray, chiquilla! ¡Casi estoy pensando en hacerme hetero! —dijo Felipe.

Las tres jóvenes lo miraron.

—¡No! Es broma —negó el joven meneando la cabeza.

La figura de Fanny se moldeaba a la perfección hasta la cadera con el tejido de seda salvaje para luego abrirse en un amplio vuelo con una larga cola. Pequeñas florecillas decoraban el escote de barco a juego con la dulce corona que llevaba en sus cabellos. Era muy sencillo, pero cualquiera que lo viera podría decir que tenía la esencia de Fanny: romántica y exquisita.

Acababan de salir de la tienda cuando sonó el móvil de Raquel. Con un suspiro de resignación lo cogió.

—¿Dante?

—*Buenos días, Raquel, ¿qué tal llevas el día?*

—Liado. Y tú, ¿todo bien por el hotel?

—*Bueno, el director es Carlos. Yo solo estoy aquí para ver en qué condiciones está y qué hacer con él.*

—¡Ah, bien! ¿Querías algo?

—*Quedar contigo.*

—No lo sé, Dante.

—*Podríamos cenar en tu chalet, para que puedas descansar.*

—Suena bien, la verdad, pero no sé si podré. Ya te llamaré, si eso.

—*Te estaré esperando.*

—Ya te avisaré.

En cuanto colgó miró a sus amigos con sorna.

—Que espere sentado.

Los cuatro se rieron.

—No te conocía en esta faceta de perdonavidas, Raquel —reconoció Fanny.

—Yo tampoco, pero reconozco que me está gustando. Por una vez soy yo la que marco los tiempos y la que hago sufrir. Ya me tocaba, ¿no creéis?

—¡Por supuesto! —exclamó Carlota—. Siempre te he dicho que es más gratificante llevar los tacones altos y pisar con fuerza.

—¡Tú y tus símiles! —protestó Fanny—. Siempre que hablabas de tacones, pensaba que era algo literal y yo prefiero llevar mis zapatillas de deporte.

—Y yo, mis botas de borrego en invierno y mis sandalias planas en verano, aunque cuando trabajo tengo que llevar tacones —opinó Raquel.

—¿Ahora hablamos de moda? A mí me pirran los zapatos Slippers.

—¿Esas zapatillas de terciopelo? ¡Pero qué raro eres, Felipe! —le reprochó Raquel.

—Dijo la sartén al cazo.

—Tienes razón: soy la menos conveniente para meterme contigo —convino con una de sus amplias sonrisas y después se volvió hacia Fanny— ¿Y ahora adónde quieres ir?

—Quiero que me acompañéis a buscar un regalo para Vicente. Había pensado darle una sorpresa para nuestra noche de bodas.

—¡Ay!, pillina... ¿Algo sexi? —inquirió Carlota.

—Pues... había pensado en un reloj o algo así.

—¡Puff! ¡Menudo regalo, nena! Soso, soso. Seguro que a él le hace mucha más ilusión alguna lencería provocativa o uno de esos aparatitos para jugar con ellos —insistió Carlota.

—Estoy con la rubia, que no tonta —admitió Felipe—. Seguro que a Vicente le sorprenderá más un regalito algo más... sugerente.

—Aunque no lo creas, Fanny, estoy de acuerdo con estos dos locos —confirmó Raquel.

—¡Bien! ¡Nos vamos de *shopping* a un *sex shop*! —gritó Felipe, entusiasmado.

—¡Eh! ¡Que yo no he dicho que sí! —exclamó Fanny riendo.

—Pero lo dirás —afirmó el joven y, a continuación, le guiñó un ojo.

—¡Sí!, creo que tenéis razón. ¡Voy a volverme loca!

La entrada en la tienda fue apoteósica. Felipe tenía las manos sobre los ojos de Fanny para que los mantuviera cerrados; Raquel reía a carcajada limpia, mientras que Carlota aplaudía y daba saltos.

—Si solo es un juegucito, mi amor —decía Felipe a Fanny a la vez que la guiaba por la tienda.

—Yo te pongo algo en la mano y tú tienes que adivinar lo que es —le explicó Carlota—. Empezaremos por algo fácil, tranquila.

La joven miró a su alrededor. Las estanterías estaban llenas de objetos de todas clases, formas, tamaños y colores. Raquel cogió unas esposas de peluche color rosa fucsia y se las pasó a Carlota, que a la vez se las pasó a Fanny. La joven lo palpó durante breves segundos.

—¡Unas esposas! —exclamó la futura recién casada, eufórica.

—Otro —pidió Felipe.

Raquel ya tenía entre sus manos un vibrador de plástico elástico con apariencia de pene muy realista y se lo dio a Fanny, que lo rodeó con su mano de forma muy sugerente, con un movimiento arriba y abajo para saber lo que era. Sus amigos la observaban conteniendo la risa al ver lo que hacía sin darse cuenta.

—¡Un pene!

—¡Uy! Casi. Bueno, es como un pene, pero no se llama pene. Es un pene que hace algo —balbuceó Raquel.

—Eso es, Raquel, eres única para aclarárselo —se burló Felipe.

—Pues lo he pillado. ¡Es un vibrador!

—Este lo compramos —indicó Carlota.

—¡No! Esto no lo necesito —rechazó Fanny al tiempo que lo alargaba para que lo cogieran.

Carlota lo sustituyó por una fusta de piel que la toqueteó enseguida.

—Esto sí que lo vas a necesitar —aseguró Carlota con una sonrisa lujuriosa.

De repente lo alzó y lo blandió como si fuese una espada. La gente que merodeaba por la tienda se la quedó mirando con una sonrisa socarrona.

—¡Fanny! Hablabas en serio cuando dijiste lo de volverte loca, ¿eh? —se mofó Felipe a la vez que le destapaba los ojos.

La joven, al recorrer la tienda con su mirada, se puso colorada como una amapola.

—¡Jo!, creía que no habría nadie en la tienda. ¡Vámonos!

—¡Y una leche! Estamos aquí por Vicente, así que quítate esa mojigatería y busca algo que le pueda entusiasmar a tu novio —la exhortó Carlota a la vez que la empujaba por uno de los pasillos de la tienda con expositores a ambos lados—. Esto es el supermercado del amor, nena.

—¡Hey, Fanny! Aquí está la lencería —la llamó Raquel desde el pasillo siguiente.

Felipe se acercó hasta su jefa y amiga y le enseñó un objeto que parecía una pulsera.

—¿Sabes qué es esto?, ¿para qué sirve? —indagó con una mueca irónica.

—No tengo ni idea.

—Es un anillo de pene y testículos que se llama Cincuenta Sombras. ¿Qué te parece? Si me lo compro, ¿tú crees que me convertiría en un Christian Grey?

—Tú vales mil veces más que Grey.

—¡Ay, lo que quiero yo a mi canija! —exclamó mientras la abrazaba.

—Felipe...

—Dime, cariño —demandó sin separarse de ella.

—Necesito que me ayudes en algo...

—¿Qué te ocurre? —inquirió separando su torso del cuerpo de Raquel para mirarla a los ojos.

—Veras...: es que he probado una cosita y ahora no me la puedo quitar...

—¿De qué hablas?

La joven movió su torso para desprenderse del joven y levantó los brazos hasta poner las manos de ella ante sus ojos. Aferradas a sus muñecas, tenía

unas esposas de cuero. Felipe contempló sus muñecas, luego la miró a ella, volvió a observar las muñecas y soltó la carcajada más fuerte que había oído la joven en toda su vida.

—¡Shhhhhhh!

—Qué te crees tú eso, canija. Esto lo voy a pasar por WhatsApp, lo voy a colgar en Twitter y voy a hacer una entradita en Facebook, que van a explotar las redes.

—¡Felipe!

—¡Ni Felipe ni ostias, tía! Ni aunque te pongas de rodillas —afirmó mientras sacaba su móvil del bolsillo para hacerle una foto—. ¡Chicas!, ¡venid! ¡Rápido!

—Esto no te lo voy a perdonar en toda tu vida, para mí cruz y raya. ¡Ah!, ¡y estás despedido!

—Sí, ya, vale.

—¿Qué ocurre, Felipe? —preguntó Carlota en cuanto estuvo a su lado.

—Mira las muñecas de Raquel, anda.

La joven las miró al mismo tiempo que Fanny, que acababa de llegar también.

—Lleva puestas unas esposas, ¿y qué? —inquirió Fanny.

—¡Pues que no se las puede quitar!

—¡No! —gritaron las dos al unísono.

—¡Ay, pobre! —añadió Fanny y se apresuró a desabrochárselas.

En cuanto Raquel estuvo liberada, agarró a Felipe por la pechera de la camisa y se puso de puntillas para intentar acercarse al rostro del joven, cosa que no logró.

—Escúchame una cosa, niño: como vea un solo amago de foto, aunque solo salgan las manos, en alguna red social, puedes darte por muerto —anunció con voz vibrante del cabreo que tenía.

—¿Es que te ha dicho que iba a compartir la foto? —preguntó Fanny, incrédula.

—¡Sí!

—¿Y tú le has creído?

Raquel miró a su amigo con el ceño fruncido y vio la sonrisa traviesa en sus labios. ¡Era una tonta! Conocía de sobra a Felipe y a sus bromas, además de saber que no había persona más fiel con sus amigos que él. Le soltó la camisa y con las manos intentó alisarle las arrugas que le había producido.

—¿Me perdonas? —le preguntó con mirada compungida.

—¿Me perdonas tú a mí?

La joven le dio un pico en los labios y lo abrazó con fuerza. Paz entre dos grandes amigos y compañeros infatigables.

Al final, Estefanía terminó comprando un juego de esposas de pelo rojo, unos dados de posturas sexuales, un antifaz, un bote de aceite de masaje afrodisíaco, un picardías transparente con tanga a juego y un conjunto de ligero con tanga.

—*Fotre!* Fanny, vas a volver loco a Vicente —dijo Raquel en cuanto salieron del *sex shop*.

—Procura no usarlo todo en la noche de bodas, si no te vas a convertir en la viuda negra —opinó Felipe con sorna.

—Ni caso, prima. Disfruta todo lo que puedas con tus nuevos juguetitos.

El siguiente lugar que visitaron fue el restaurante donde iban a celebrar el convite para comprobar que todo estuviera claro sobre la disposición de las mesas y el menú. Luego Fanny les enseñó los arreglos florales que había encargado. Cuando terminaron, los cuatro estaban extenuados, así que Fanny dejó a Felipe y a Raquel en el complejo hotelero y llevó a Carlota a su casa para luego retirarse ella a la suya.

Capítulo 28

DOS RECHAZOS EN LA MISMA NOCHE

Acababa de abandonar el despacho de Carlos cuando le sonó el móvil y lo sacó de su bolsillo con la esperanza de que fuese Raquel. Pero no. Su bendita madre lo llamaba de nuevo.

—¿Qué pasa, mamá?

—*Que se me ha olvidado recordarte que el domingo celebramos el cumpleaños de Beba, así que no puedes faltar.*

—Lo sé, mamá, he hablado con ella y me lo ha dicho.

—*Bien, pues recuerda comprarle algo, que para esas cosas eres muy despistado.*

—Pero, mamá, ¿no puedes hacerlo tú por mí? ¿Qué le voy a comprar?, ¡no tengo ni idea!

—*Lo siento, cielo, pero ya tengo bastante con estrujarme la cabeza para pensar qué regalarle yo. Beba es la más difícil de los tres para sorprenderos. Oye, por cierto: a Nuria se le acaba de caer su primer diente de leche. Tráele también un regalito, ¿eh?*

—¿En serio? ¡Lo que voy a disfrutar pinchando a mi sobrina! —exclamó con sorna—. Está bien, llevaré regalos para mi hermana y para su hija.

—*Y..., hablando de hijas...: ¿cuándo piensas darme nietos tú?*

—Mamá, por favor, deja ya de darme la tabarra con eso. Sabes que no tengo

ni pareja.

—*¿Y no hay ninguna chica que te haga tilín, hijo mío?*

Dante no le respondió enseguida a su madre. Si quería serle sincero, debía admitir lo que ni él mismo se admitía a sí mismo. Tan solo hacía tres días que había vuelto a encontrarse con Raquel y era pronto para hablar de amor, pero ¿tilín?, como decía su madre... Tilín sí.

Si rememoraba su pasado con ella, aquellos cinco días que habían compartido se habían acabado demasiado pronto. Se quedó con las ganas de pasar más tiempo con ella, de disfrutar de su espontaneidad, de sus despistes, de su sonrisa, de su inteligencia, de... Demasiados motivos para evitar lo obvio. Fue una lástima que la vida lo llevara por otros derroteros en aquel entonces, quizás hoy sabría las respuestas a las preguntas que le rondaban por la cabeza.

—Bueno..., algo hay.

—*¿De verdad, cariño? ¡Qué alegría me das! ¿Por qué no la traes el domingo para que la conozcamos?*

—¡Imposible, mamá!

—*¿Y eso por qué? No nos la vamos a comer.*

—Ya..., pero la cosa está algo difícil ahora mismo. No creo que ella quiera ir. Ya te contaré en la comida, ¿vale?

—*Está bien, cielo. Entonces, nos vemos pronto. Besitos, mi amor.*

—Besos, mamá. Cuídate.

El joven no se metió el móvil en el bolsillo, sino que, a continuación, marcó el número de Raquel.

—*Hola.* —Oyó la voz de Raquel.

—*Hola, Raquel, ¿qué tal el día? No me has llamado todavía.*

—*¡Agotador!* —reconoció la joven con voz cansada.

—*¡Vaya! ¿Te apetece un masaje en los pies? Voy a domicilio si tú quieres.*

—*No, Dante, gracias, de verdad, pero solo tengo ganas de meterme en la cama.*

—Entonces, ¿no nos vamos a ver tampoco hoy?

—*Lo siento, pero no. Estoy muy cansada.*

Dante se sintió defraudado. Desde la noche que se besaron, no había conseguido estar a solas con ella. ¿Se habría arrepentido de ese beso y ahora lo esquivaba?

—Raquel, ¿te pasa algo conmigo?, ¿me estás evitando?

La joven se quedó en suspenso durante breves segundos. Eso es lo que más le iba a costar: negar lo evidente, mentirle, no reprocharle la apuesta que había hecho con sus amigos.

—*No, por supuesto. Ya te dije que estos días eran complicados para mí. La boda de mi amiga me va a acaparar hasta que llegue el día.*

—Bueno, pues nada, veremos si mañana hay más suerte. Que descanses.

—*Felices sueños, Dante.*

«¡Felices sueños!», bramó enojado en cuanto colgó. Difícil se lo estaba poniendo. Desde que había vuelto a verla, había soñado con ella todas las noches. Una mezcla de imágenes lo tenían desconcertado: escenas bucólicas por hermosos bosques de un verde luminoso, con lagos de aguas cristalinas que reflejaban los potentes rayos de sol, y ellos, de paseo, cogidos de la mano; tórridas escenas de sexo con esplendorosos y sudorosos orgasmos; rememoración de imágenes vividas junto a ella durante el viaje.

Decidió volver de nuevo al despacho de Carlos a ver si le apetecía cenar con él. No quería estar solo o no se quitaría a Raquel de la cabeza. Lo que le había dicho a su madre era cierto: le hacía tilín, o más que tilín y, pese al beso compartido, no estaba viendo reciprocidad en ella.

—Te invito a cenar —ofreció a la vez que abría la puerta del despacho.

Carlos elevó el rostro para mirar a su jefe y amigo y formó una sonrisa socarrona en sus labios.

—Te ha rechazado, ¿eh?

—Está cansada —confirmó, renuente.

—Pues así te va a ser difícil cumplir tu apuesta. Como no la conquistes por

WhatsApp...

—¡Eh! Sabes que la apuesta no trata de conquistarla, sino de conseguir que trabaje para nosotros.

—Ya, ya, solo quería picarte un poco. Y dime...: tengo interés en saber qué se siente cuando te dan calabazas.

—Ja, ja, ja. Qué gracia tienes, macho.

Carlos era quien mejor lo conocía, su amigo de la infancia, y estaba acostumbrado a sus guasas, que empleaba solo con sus amigos, porque con su trabajo era una persona seria y muy competente.

El experto director tenía el pelo castaño con mechas más claras y lo llevaba largo, peinado hacia atrás. En sus mejillas se formaban dos hoyuelos muy atrayentes cuando sacaba a relucir su sonrisa pícaro en sus labios finos. Su nariz era un poco grande con la punta ancha y sus ojos azules, casi grises, estaban rodeados de pequeñas arruguitas. Él siempre vestía con chaqueta, unas veces más *sport* y otras, más clásico, con o sin corbata, pero siempre elegante.

—Pues más gracia te va a hacer cuando te diga que he quedado con una amiga, por lo que yo también te rechazo —le informó con regocijo.

—¡Vaya! Pues nada, me voy con la música a otra parte. Pásatelo genial.

—Gracias, Dante. Mañana nos vemos —se despidió Carlos—. ¡Espera!, escucha un momento. Déjame que te de un consejo: si en realidad te gusta esa chica, muéstrale quién eres de verdad.

Dante agachó la cabeza afirmando y siguió su camino. En cuanto abandonó el despacho, decidió renunciar a la cena y encerrarse en su chalet para ver la tele. Aunque, cuando salió del edificio principal, cambió de opinión y prefirió ir a dar una vuelta para disfrutar de las horas más cálidas, que no frías, del día levantino.

Capítulo 29

LA SOCORRISTA SOCORRIDA

Raquel salió del cuarto de baño con la toalla enrollada en su cuerpo después de haber disfrutado de una refrescante y sanadora ducha. El aire fresco le produjo un leve escalofrío que le erizó el vello de los brazos. Era gratificante esa sensación en pleno verano. La pena era que tuviesen que permanecer cerradas las amplias puertas correderas de cristal de la terraza para que resultase efectivo el aire acondicionado.

Se acercó a ellas y apartó las cortinas para ver el paisaje, pero con lo que se encontró fue con una figura negra que estaba sentada en uno de los sillones de su terraza. Sin pensárselo dos veces, descorrió un poco una de las puertas.

—¡Eh, tú! ¿Qué puñetas haces ahí?

La figura se volvió y reconoció el rostro de Dante. El joven se levantó y la miró de abajo arriba. Su mirada se detuvo en el borde superior de la toalla, donde dos montículos perfectos sobresalían, y pudo observar que aquellos pechos que recordaba tan bien habían aumentado de tamaño. De su piel tersa y brillante, todavía colgaban gotitas de agua. El cuerpo de Raquel se había redondeado en los lugares idóneos. Era perfecta. Un poco bajita para él, pero hasta eso le gustaba de ella. En esos momentos iba descalza y parecía una niña. Su pelo mojado lo llevaba peinado hacia atrás y sus ojos destacaban más que nunca.

Verla allí, así... Inspiró con fuerza y hasta él llegó el agradable aroma de su piel recién lavada y una fuerte descarga de deseo lo atravesó. Tenía que ser suya de nuevo. La necesitaba. Se armaría de paciencia si era lo que ella necesitaba para volver a confiar plenamente en él.

—Pero...

—Perdona, Raquel. No quería molestarte, solo estaba contemplando las vistas.

—¿Desde aquí?

—Estaba dando un paseo y sin darme cuenta me he encontrado aquí.

—Sin darte cuenta...

—Ya que me has descubierto, podrías sentarte aquí conmigo un rato.

¡Peligro! ¡Luz roja! ¡Peligro! Su mente trabajó a toda máquina. Necesitaba una excusa o... ¡Felipe! ¡Para eso lo tenía ahí!

—Espera unos minutos, voy a cambiarme —aceptó a la vez que se señalaba.

—A mí no me importa que estés así —le dijo con una sonrisa pícaro.

—Anda, sigue soñando, que ahora vuelvo.

Se marchó veloz para no sucumbir a las tentaciones, entró en la habitación y llamó a Felipe de inmediato. Esa mirada de Dante era muy peligrosa porque le hablaba de deseo y placer.

—¡Felipe, te necesito! —exclamó Raquel con urgencia en cuanto Felipe descolgó su teléfono.

—*No soy peluquero, cariño.*

—¿Eh?

—*El anuncio de Ruphert, el peluquero.*

—No sé de lo que me hablas —murmuró desconcertada.

—*¡Bah!, es igual. Dime para qué me has llamado.*

—Dante está aquí, necesito que vengas dentro de unos minutos —apremió a su amigo.

—*¿Unos minutos cuánto es?*

—¡Ay, chico! ¡No sé! Un cuarto de hora, media hora, algo así.

—*Está bien. ¡Super Felipe al rescate!*

Raquel colgó, se vistió con unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes, y volvió a la terraza.

—¿Quieres tomar algo? Supongo que habrá alguna bebida en la nevera o en el bar, ¿no? Tú sabrás mejor que yo.

—Deja, yo voy. Tú, acomódate.

Mientras él se dirigía al interior del chalet, ella se acercó al borde de la terraza y se apoyó en la barandilla de forja para contemplar las vistas de la ciudad. Hacía una noche bochornosa pero, pese a ello, la ciudad seguía viva y luminosa. Seguro que miles de veraneantes estarían recorriendo sus calles en ese mismo instante. Era algo muy normal allí: playa por el día y paseo, acompañado o no de cenita y copas, por la noche.

Intentó concentrarse en el paisaje, pero su mente volaba hacia Dante sin querer. Le estaba costando mucho no hablar con claridad; eso no iba con ella, por eso lo rehuía. Lo que en realidad le apetecía era echarle en cara su proceder, gritarle el daño que le había hecho, pero quería seguir con su plan. Visto lo visto, lo más seguro era que le hiciese más daño a su ego al no conseguir lo que buscaba, porque lo buscaba; de eso estaba segura. Sus miradas se lo decían.

Sin embargo, si le plantaba cara y le contaba el desengaño que había tenido con él, lo único que conseguiría sería escuchar unas disculpas. Así que, por primera vez en su vida, iba a ser una hipócrita; bueno, hipócrita con él y con ella misma porque, pese a todo, Dante le gustaba en todos los sentidos. Y a pesar del cabreo que tenía con él por lo ocurrido en el pasado, sus palabras de disculpas la habían convencido y estaba dispuesta a darle otra oportunidad. ¡Qué inocente había sido! Pero no pensaba tropezar dos veces con la misma piedra, ni escucharía más disculpas que no llevaban a nada.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando notó que las manos de Dante le rodeaban su cintura y su cabeza se agachaba hasta estar junto a su mejilla.

—Me gusta estar contigo, Raquel.

La muchacha permaneció en silencio. En esos momentos se arrepintió de haberle dado tanto margen de tiempo a Felipe para que acudiese a su rescate. Dante, por lo visto, pensaba ir al grano de inmediato.

—Y a mí contigo, Dante. —Y era cierto lo que decía, demasiado—. Pero ahora necesito beber algo y descansar.

Intentó desprenderse de su abrazo, pero su cuerpo no le respondía, así que probó con impulsarse con su tórax, lo giró y elevó los brazos al mismo tiempo, con tan mala suerte que su codo fue a estrellarse contra la nariz del joven.

—¡Ay! —se quejó Dante al tiempo que la soltaba y se llevaba sus dos manos a la nariz.

—*Collons!* ¡Perdona!

Acudió de inmediato a socorrerlo, pero su altura le impedía ver con detenimiento el mal causado, así que lo agarró por un brazo y tiró de él para acercarlo a uno de los sillones para que se sentara.

—¡Estate quieta! ¿Qué haces?

—Ven, siéntate para que pueda verte.

El joven se dejó llevar y se sentó. Ella le agarró las manos, que todavía cubrían su nariz, y se las desplazó.

—¡Ay!, ¡ay! —gritó al tiempo que aleteaba las manos y saltaba de un pie a otro—. ¡Sangre! ¡Te sale sangre de la nariz!

Dante, sorprendido, observó cómo la faz de la joven se tornaba blanca como un terrón de azúcar. Se dejó caer frente a él en otro sillón y comenzó a abanicarse con las manos; parecía que estaba a punto de desmayarse. No sabía qué hacer. Notaba que algo viscoso le chorreaba por sus labios, miró sus manos y sus palmas estaban manchadas de sangre. ¡Pero es que Raquel también necesitaba asistencia!

Al final decidió correr hasta el cuarto de baño, se lavó las manos y la cara para ver si seguía sangrando. Un reguero pequeño continuaba manando de uno de los orificios, así que se secó bien con una toalla, cogió un poco de papel de váter y lo apelonó para introducirlo por la nariz para impedir que manase

más sangre.

Volvió a la terraza atropelladamente, donde se encontró a Raquel sentada en el mismo sitio, pero con el torso sobre sus muslos y la cabeza colgando entre sus piernas. Se agachó a su lado, le colocó una mano sobre su nuca e intentó calmarla con suaves caricias.

—Raquel, ¿te encuentras mejor?

La joven meneó la cabeza de un lado al otro, negando.

—¿Quieres tumbarte?

La joven meneó la cabeza arriba y abajo, afirmando.

Sin mediar más palabras, Dante izó su torso, pasó un brazo por las corvas de las rodillas y el otro rodeó la espalda y se levantó con ella en brazos. El cuerpo menudo de Raquel se pegó a su tórax y una sensación de protección le hizo darle un beso en la coronilla, que descansaba en su pecho.

Era tan menudita..., no pesaba casi nada; aunque tampoco detectó ningún hueso, todo su cuerpo estaba mullidito.

La llevó hasta la habitación y la depositó con cuidado en la cama después de destapar el embozo para introducirla entre las sábanas. La tapó hasta el pecho, se sentó en el borde de la cama, a su lado, y le pasó una mano por sus cabellos para apartarlos de su rostro. Raquel seguía con los ojos cerrados y su piel, que siempre tenía, como mínimo, un tono dorado, ahora se asemejaba más al marfil.

—¿Puedes abrir los ojos a ver si sigues mareada? —susurró Dante.

—No.

—¿Sigues mareada?

—No lo sé.

—¿Y por qué no abres los ojos?

—Porque no quiero ver la sangre.

—Ya no tengo sangre.

—¿Seguro?

—Seguro.

Raquel, despacio, abrió un ojo. Observó con él el rostro de Dante y sonrió.

—Estás muy gracioso con eso en la nariz.

—Eso, encima búrlate. En lugar de cuidar tú de mí, he tenido que improvisar un tapón para no sangrar y poder ocuparme de ti, pero no pasa nada, chica, tú búrlate de mí todo lo que quieras.

—¡Ay, Dante! ¡Lo lamento! Tienes razón.

—A ver, Raquel: ¿es que tan nublada tienes la vista que no ves, con ese ojo tan bonito que posees, que estoy sonriendo?, ¿y tan perturbado tienes el oído que no escuchas que estoy hablando con burla?

—Perdona de nuevo, es que solo me apetece tener los ojos cerrados.

—Pues no te preocupes por mí, ciérralos.

—Gracias —dijo mientras le hacía caso—. Podrías contarme algo de ti. En su día no conseguí sacarte nada, ahora ya me imagino por qué.

—Es cierto, tuve que contenerme más de una vez para no contarte cosas de mi vida y de mi familia.

—Pues arreando, que es gerundio. Cuenta —lo azuzó con voz curiosa.

—Ya voy, impaciente. Como ya te dije, mi padre se llama Roberto y mi madre, Vanesa. Él es un buen padre, pero empresario ante todo; en cambio, mi madre es como una gallina clueca que siempre quiere tener a sus polluelos debajo de sus alas. —Oyó una suave risa de Raquel y no pudo evitar atraparle una mano entre las suyas. Al principio ella tironeó un poco para desasirse pero, como no surtió efecto, lo dejó hacer—. Nos obliga a todos los hermanos a asistir todos los domingos a la comida familiar, aunque yo, depende de dónde esté, puedo ir o no. Este domingo, por ejemplo, es el cumpleaños de una de mis hermanas y no puedo faltar.

El joven estuvo a punto de invitarla. La verdad era que le encantaría que lo acompañara y que conociera a su familia, pero sabía que ella no aceptaría.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—Dos hermanas más pequeñas que yo. Rebeca, Beca para la familia, tiene un año menos que yo, es la abogada de la empresa. Está casada y tiene dos

hijos: una preciosa niña de cinco años, Nuria, y el pequeñajo de dos años, Bruno. Y luego está Yoli, que tiene tres años menos que yo, es decoradora y también trabaja en la empresa familiar. También está casada y tiene un diablillo de hijo llamado Rubén.

—Una familia bien completa —indicó con sorna a la vez que abría de nuevo un ojo.

—Según mi madre, no.

—¿Y eso?

—Ahora tiene sus miras puestas en mí.

—¿Ves?, ya te lo dije: estás mayor —dijo mientras abría el otro ojo y soltaba una carcajada.

—Cómo te aprovechas, canija —aseveró al tiempo que agachaba su torso hacia ella.

—¡Eh, tú! ¿Qué le has hecho a mi amiga? —gritó Felipe desde la puerta—. ¡Aparta!

Dante se puso en pie de un salto como si lo hubiesen pillado haciendo algo tremendo.

—¡Raquel! ¿Qué te ocurre?! —siguió gritando Felipe—. ¿Qué te ha hecho este malaje?!

—¡Eh!, ¡eh! ¡Que yo no le he hecho nada! ¡Al contrario! —exclamó mientras levantaba los brazos con las palmas levantadas.

—¡Pues la que está postrada en la cama es ella!

—Raquel, por favor, ¿puedes explicarle a tu amigo lo qué ha pasado? —preguntó a la joven sin quitarle la vista de encima a Felipe por si lo atacaba.

Al no escuchar la voz de la joven, preocupado, giró la cabeza para mirarla y se encontró con que esta apretaba sus labios detrás de una de sus manos con evidente muestra de estar conteniendo su risa. Pero no lo consiguió: al ver el rostro sorprendido de Dante, rompió a reír con sus fuertes e inconfundibles carcajadas.

—Pero... ¿se puede saber qué pasa?, ¿por qué te ríes?

Felipe y Dante miraban a la joven atónitos. A Raquel le costó mucho parar sus risas.

—¡Ay!, ¡ay! ¡Perdonad! —logró decir con voz ahogada—. Es que me ha hecho gracia el espectáculo que habéis montado. Por un momento me he imaginado a Felipe sacando un guante para retarte a un duelo con espadas.

Al ver la cara de incredulidad de los dos hombres, añadió:

—Felipe, tranquilo, no ha pasado nada. Bueno, sí, pero no lo que piensas. ¡Ay, que yo me entiendo! Dante, por favor —dijo al joven mirándolo—, vete. Ya le explico yo a Felipe lo que ha pasado.

—Pero tengo que cuidar de ti —replicó Dante frunciendo el ceño.

—No hace falta ya, me encuentro mucho mejor. Además, Felipe está aquí; él se ocupará de todo.

—Prefiero hacerlo yo...

—Tú debes cuidarte también, recuerda tu nariz...

—Eso —intervino Felipe—. ¿Qué llevas en la nariz?

—Bueno, chicos —lo cortó—, se acabó la función. Lo dicho. Dante, ya nos vemos. Felipe, ven aquí conmigo.

Ahora sí, Dante no tuvo más remedio que despedirse y largarse. Se inclinó para darle un beso en la frente y se fue por donde había llegado.

Capítulo 30

NOCHE DE CAZA

Durante los días siguientes, Dante estuvo muy ocupado, durante el día, con el asunto que lo había llevado allí y Raquel logró esquivarlo por las noches. El joven se sentía frustrado porque no había conseguido tener una conversación más larga de quince minutos y necesitaba imperiosamente hablar con ella, tanto por lo profesional como por lo personal.

Su amigo y director del complejo lo soportaba todos los días. Dante refunfuñaba sin parar entre reunión y reunión escudándose en que debían saber si Raquel iba a ayudarlos con el tema del ocio o no. Carlos casi estaba a punto de pedirle, por favor, que se tomase unas vacaciones para dedicarse de lleno a lo que lo tenía obsesionado: Raquel.

En cambio, la joven ya no sabía cómo darle esquinazo, así que volvió a pedirle ayuda a sus amigos. Se encontraban en la cafetería desayunando cuando la joven soltó el bombazo.

—¡He pensado que necesito un novio!

—¿Cómo?! —gritó Felipe.

—Pues eso: que necesito un novio ficticio para deshacerme de Dante.

—¿Pero no querías hacerle creer que ibas a caer en sus redes? —inquirió Carlota.

—Ya, pero es que me gusta demasiado, Carlota, y cuando se acerca a mí...

—¿Por eso lo estás rehuyendo todos estos días?

—Claro, y por las noches es peor. Allí puede localizarme, así que me quedo encerrada en el chalet, sin luces y con el móvil apagado, por si las moscas.

—Así no puedes seguir, hija —reflexionó Fanny.

—Lo sé, pero ¿qué hago?

—Vente a mi casa, Raquel —sugirió su amiga.

—No, Fanny, tú tienes mucho follón en tu casa ahora mismo.

—Ya. Es más: dudo que a partir de mañana podamos vernos mucho. Empieza a llegar familia de fuera y tengo que estar con ellos, además de que toca hacer los últimos ensayos.

En ese momento, Carlos, que había entrado en la cafetería y los había visto sentados alrededor de una mesa, se acercó hasta ellos para saludarlos pero, al oír que Fanny estaba hablando de la boda, no quiso molestarlos y se sentó en la mesa adyacente.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Carlota—. Esta noche, para desinhibirnos un rato, nos iremos de fiesta. Fanny no ha querido despedida de soltera, pero no ha dicho nada de ir a tomar unas copas. ¿Qué os parece?

—¡Sí! ¡Por fin algo sensato! —exclamó Felipe.

—Me parece una idea estupenda. La verdad es que me apetece mucho salir una noche. —Aplaudió Raquel—. ¿Adónde podríamos ir?

Carlota miró a Fanny para consultar con ella el lugar que elegir. Las dos eran de Benidorm y eran las adecuadas para escoger el más apropiado para sus expectativas, aunque Carlota, desde que trabajaba para Raquel, vivía en Barcelona.

—¿Una discoteca? ¿KM, Penélope, KU? —preguntó Carlota a su prima.

—Yo preferiría un *pub*. Portobello y La Posada. En estos sitios puedes bailar, beber y hablar —contestó la novia y futura recién casada.

—¡Hecho! Esta noche es la hora de desmelenarnos. Yo, si no os importa, necesito a un hombre en mi vida, aunque sea por unas horas. ¡Voy de caza! —anunció Carlota.

—¡Me apunto! —dijo raudo Felipe.

—Chicos, no me fastidiéis, ¿qué vamos a hacer Fanny y yo solas?

—Fanny, que se traiga a su maromo, y tú, Raquel, eres la primera que deberías soltarte la melena y disfrutar de la noche —le recomendó Carlota—. ¿No has oído ese refrán que dice que un clavo quita a otro clavo, o que la mancha de la mora con otra mora se quita?

—Está bien, está bien, te he entendido. Esta noche buscaré un clavo o una mora a tu salud.

—¡No!, ¡a la tuya! Creo que necesitas quitarte ya esas telarañas que debes tener por cierto sitio.

Y los cuatro jóvenes se desternillaron ante la perspectiva que tenía cada uno y que se confesaron mutuamente, pero esto ya no lo oyó Carlos, que se había marchado en cuanto tuvo la información que le interesaba, a la vez que se frotaba las manos y una sonrisa maliciosa aparecía en su boca. Y así lo encontró Dante en el pasillo de las oficinas.

—Ven, pasa a mi despacho, he de hablar contigo —le dijo a la vez que lo agarraba por el brazo y lo arrastraba tras sí hasta la puerta de su despacho.

—Pero, hombre, ¿qué te pasa?, ¿adónde crees que iba? No hace falta que tires de mí.

—Tengo algo succulento que contarte —le informó con una amplísima sonrisa mientras se dirigía a su silla.

—Adelante, me has intrigado con tanta euforia tuya —admitió Dante a la vez que se sentaba frente a él.

Carlos entrecerró los ojos, pensativo; en verdad, esos últimos días veía a su amigo demasiado serio. Él no era así. Esa chica lo estaba trastornando demasiado. A ver si por fin se liaban y volvía a ser el de siempre.

—Te voy a servir en bandeja a tu querida Raquel, ¿qué te parece? —anunció con sorna.

Dante se incorporó con brusquedad de su silla e inclinó su torso sobre la mesa del despacho.

—¿A qué te refieres? —lo instó con voz impaciente.

—Esta noche tu Dulcinea del Toboso no va a estar en su chalet y yo sé dónde se encontrará.

—¿¿Dónde?! —exigió Dante.

—Disfrutando de una noche loca con sus amigos.

—Pero ¿qué dices? ¿A dónde van?

—Se van de copas a dos de los *pubs* más conocidos de Benidorm. Y te aviso que van de caza.

—¿En serio? ¿Raquel también?

—Pues sí, le dijeron que ella tendría que ser la primera en ir de caza y ella respondió algo que no oí bien, pero me pareció algo así como que iba a buscar un clavo y una mora.

—Me estás tomando el pelo, Carlos. ¿Por qué tiene que ser la primera?

—¡Y yo que sé! A lo mejor es que la ven muy necesitada, así que esta noche tú y yo nos vamos de caza también.

Capítulo 31

DESMADRE A LA AMERICANA

—Lo extraño es que no me ha llamado en todo el día —comentó Raquel a Felipe, a través del espejo de su cuarto de baño, mientras se repasaba la raya del párpado y lo miraba de reojo. Después cambió el lápiz por el rímel y comenzó a pasarlo por las pestañas.

—Luego dices que quieres esquivarlo pero, cuando no va detrás de ti, protestas y lo echas de menos —le recriminó el joven.

—¡Eso no es cierto! —discrepó a la vez que giraba la cabeza para mirarlo —. ¡Ay!

Agachó la cabeza, cogió la toalla de lavabo y se restregó con ella el ojo.

—¡Me he metido el rímel en el ojo! ¡Qué dolor!

—¿En qué te puedo ayudar? —se ofreció Felipe al tiempo que se agachaba para estar a la altura de su amiga.

—En nada, hijo. Solo puedo esperar a que se me pase —renegaba mientras seguía frotándose el ojo.

Después de un rato, apartó la toalla de la cara y se miró en el espejo.

—¡Madre mía, Felipe, qué pinta!

—No te preocupes, cielo, enseguida volverá a su estado natural, ya lo verás —intentó calmarla.

Su ojo derecho se hallaba inyectado en sangre. Toda la zona blanca del

globo ocular se había llenado de venitas en un enramado que casi lo cubría todo. Por otra parte, el rímel, la raya y la sombra de ojos que ya se había puesto estaban restregados por toda el área circundante y sus párpados no conseguían abrirse del todo.

—Bueno, total, vamos a ir de noche a un *pub* más oscuro todavía y, si a alguno no le gusta, que no mire —se consoló Raquel a sí misma.

—Sí, además, solo parece que trabajas en la serie *The walking dead*.

Raquel lo miró interrogante.

—¡De caminante muerto! —exclamó Felipe entre carcajadas.

La joven lo imitó con las risas a la vez que le daba una sacudida con la toalla, que luego utilizó para limpiarse los restos de pintura. Volvió a maquillarse el ojo y su pelo se lo peinó hacia atrás con gomina para despejar su rostro, y se dirigió a su cuarto a vestirse.

Raquel, al abrir las puertas del armario, decidió ponerse especialmente sexi aunque no era el tipo de ropa que tenía, pero, en una de las salidas de esa semana, Carlota se había empeñado en que se comprase un vestido negro que ahora le venía genial. Se lo puso junto con unos zapatos negros de tacón alto, se miró en el espejo y casi no se reconoció.

El vestido era de punto con un escote de pico formado por un lado del vestido que se cruzaba sobre el otro hasta el costado. La parte que montaba acababa con el dobladillo en pico asimétrico muy por encima de la rodilla. Le moldeaba el cuerpo de manera espectacular.

Fanny y Vicente pasaron a recoger a Felipe y a Raquel. Habían quedado con Carlota y Ximo en La Posada a las once de la noche. Se encontraron en la puerta y los seis entraron y bajaron las escaleras que conducían hasta el *pub* de moda del momento. La música estaba alta, pero no tanto como en una discoteca por lo que, a gritos, se podía hablar.

Raquel, al atravesar la masa de gente que había, no pudo evitar dar algún que otro pisotón que casi la mantenía pidiendo disculpas hasta el fondo del local, donde Felipe, que era el más alto, había localizado un espacio en el que

no había mucha aglomeración.

Nada más llegar al lugar, dos figuras se plantaron frente a ellos.

—Buenas noches, qué casualidad que nos hayamos encontrado.

Raquel oyó la inconfundible voz de Dante y dio un brinco por la sorpresa.

—Hola, Huguito, ¿de jarana? —inquirió Carlota, molesta.

—Si depende de tu rostro, está claro que la velada será un muermo —le contestó Carlos en lugar de su amigo.

—¡Huy!, qué pena... ¿Te hemos fastidiado la noche? No sabes cuánto lo lamento... —dijo con ironía.

Fanny, Vicente y Ximo se habían ausentado para pedir las consumiciones, por lo que Raquel y Dante eran los únicos espectadores de la trifulca que estaban teniendo Carlota y Carlos. Parecía que saltaban chispas entre los dos.

Dante dio un paso a un lado para acercarse más a la joven. No podía desprender los ojos de su cuerpo.

—¿Qué les pasa a esos dos? —le susurró junto a su oreja.

—No tengo ni idea —le contestó de la misma manera.

—Pues ten cuidado. No llores, porque si no se te va a correr el maquillaje y se verá tu verdadera cara —contestó Carlos a Carlota.

—Aquí hay una tensión no resuelta. ¿Te vienes a la terraza conmigo y los dejamos solos para que lo solucionen? —le preguntó Dante a Raquel.

—Toma, Raquel, tu copa —dijo una voz de hombre que Dante no conocía.

Se giró para mirarlo y se encontró con un tipazo alto que le alargaba un vaso a Raquel.

—Gracias, Ximo.

El hermano de Fanny se colocó al otro lado de Raquel, flanqueándola. Su sentido de la protección se dejó ver enseguida cuando rodeó la cintura de la joven, algo que molestó a Dante. No sabía quién era ese tipo, pero lo que sí sabía era que no le gustaba nada la confianza que tenía con ella. Apretó la mandíbula y se obligó a contenerse del impulso que tuvo de apartarlo con violencia de Raquel.

Carlos y Carlota seguían con su lucha dialéctica particular y ella se puso a hablar con Ximo, por lo que él se sintió desplazado, pero no iba a darse por vencido y seguiría luchando hasta el final. Nada es eterno y la persistencia acaba con las barreras que uno se crea a sí mismo.

—Raquel —insistió, alzando la voz para hacerse oír por encima del estruendo de la música—, ¿puedes acompañarme unos minutos? Necesito hablar contigo.

La joven bufó y con resignación lo acompañó hasta la terraza. Había aceptado la noche loca con la idea de olvidarse de Dante durante un rato y, en cambio, no solo lo tenía en su cabeza, sino que también lo tenía físicamente a su lado. El joven la guio a través del *pub* hasta unas amplias cristaleras abiertas. Dante se apartó a un lado para dejarla pasar. La observó con fijeza y no tuvo más remedio que admitir que estaba muy atractiva. El peinado que se había hecho dejaba ver sus impresionantes ojos en todo su esplendor y el vestido se le ajustaba al cuerpo como un guante, marcando su sinuosa silueta.

Le indicó un pequeño sofá que estaba desocupado en la parte más apartada y ambos se sentaron en él. Dante, de inmediato, sacó sus dos piedras de la buena suerte del bolsillo y con disimulo se puso a jugar con ellas. Estaba nervioso y no sabía el porqué.

—Estás bellísima, Raquel —soltó Dante sin poder contenerse.

—No te fíes de esta fachada, sigo siendo la misma de hace nueve años. Me gustan las mismas cosas y, siempre que puedo, me visto con ropa cómoda e informal. Y por lo que veo, tú también sigues siendo el mismo niño pijo de antes —concluyó con una sonrisa cargada de sorna.

—Sabes que yo no me considero así, pero esa batalla la tengo perdida contigo —contestó con ironía.

—Entonces, ¿de qué quieres hablar?

—Llevo toda la semana intentando hablar contigo para reiterarte la oferta que te hicimos Carlos y yo. De verdad que nos encantaría que pudieses trabajar con nosotros. Nos dijiste que tenías mucho trabajo, pero podríamos

buscar la forma de acoplar fechas, porque la reforma del complejo no va a empezar enseguida y, cuando lo haga, será para largo tiempo. Seguro que habrá alguna forma de que lleguemos a un acuerdo.

Raquel iba a contestar con un rotundo «no» de forma inmediata, pero ella no dejaba de vivir de su trabajo y una buena labor en ese enorme complejo le proporcionaría una gran publicidad. Si consiguiese mantener la relación con Dante de una forma exclusivamente profesional, sería una oportunidad fantástica en su profesión.

—Mira, vamos a hacer una cosa. A partir de mañana, Fanny va a estar más ocupada y tengo más tiempo libre. En realidad, me quedan unos pocos hilos que atar en lo que yo estoy planificando de la boda, así que, si te parece bien, puedo pasarme por el despacho de dirección y hablamos en serio de lo que pretendéis. Me exponéis vuestras ideas, yo os explico un poco lo que podéis esperar de mi trabajo y ya veremos si llegamos a un acuerdo. ¿Qué te parece?

El corazón de Dante palpitaba a mil por hora. Pensaba que tendría que pelearlo mucho más y, al oír la inesperada respuesta de Raquel, casi da un salto y se abalanza sobre ella para agarrarla y darle un beso en todos los morros. Menos mal que supo contenerse, porque el paso dado era profesional, no personal, y no debía mezclar las cosas si quería recuperarla.

Pero ¿por qué él tenía ese empeño? Había vivido nueve años sin ella pero, al verla de nuevo, no pudo evitar revivir esos días pasados con ella y añorarlos en el presente. Quizás fuese porque esos días los recordaba llenos de espontaneidad, de risas y buenos momentos; buenísimos momentos, en todos los aspectos.

—Me parece perfecto, Raquel; era lo que quería proponerte. ¿Mañana mismo te viene bien?

—De acuerdo.

—Oye, ¿y tu padre?, ¿qué tal está? —cambió de tema Dante. No quería que, una vez aclarado el asunto del trabajo, Raquel se fuese con sus amigos, por eso intentó entablar una conversación con ella.

—¡Oh!, pues tan oso como siempre. Dentro de unos días vendrá para asistir a la boda de Fanny.

—Estupendo, así tendré oportunidad de saludarlo.

—Estará encantado, él tiene buenos recuerdos de ti.

—¿Eso significa que tú no? Porque yo sí, Raquel.

—Bueno, para serte sincera, hasta hace unos días no quería recordar nada que tuviese que ver contigo. Te había borrado de mi memoria, pero desde que hablamos he rememorado aquel viaje y tienes razón: pasamos muy buenos momentos.

—Y dime, Raquel: ¿qué ha sido de tu vida estos años? Todavía no hemos tenido tiempo de hablar y tengo curiosidad.

—Nada del otro mundo, supongo que como tú: mucho trabajo. Ya conoces a mi padre: no le cuesta nada delegar y eso ha estado haciendo durante los últimos años y yo, asumiendo responsabilidades. Menos mal que he sabido reforzarme con un gran equipo.

—¿Has seguido con tus viajes de investigación?

—¡Sí!, es una de las cosas que más me gustan de mi trabajo.

—¿Sola? —indagó Dante con una sonrisa socarrona.

—Pues sí, aunque a veces me acompaña Felipe o Carlota.

—Y veo que has sobrevivido... —apuntó el joven con ironía.

—Eso es un golpe bajo —contestó Raquel sin enfadarse lo más mínimo—. Ya me conoces: los desastres se arremolinan alrededor de mí. Me ha ocurrido de todo: he tenido que sufrir multitud de retrasos de vuelos por cuestiones meteorológicas, por problemas técnicos e incluso ¡por un secuestro! Son innumerables las veces que he tenido algún tipo de «accidente» —remarcó la palabra con un gesto de sus dedos índice y corazón de cada mano—. Mis múltiples despistes los compensa la eficiencia de mis colaboradores; o sea, no podría vivir sin Carlota y Felipe —concluyó con una fuerte y contagiosa carcajada que le trajo recuerdos surrealistas a Dante.

—Ya veo que tu sello personal no ha cambiado.

—¡Eh! Pero en el trabajo me transformo y soy doña perfecta.

—¡Buff! Eso suena aburrido.

—Ya me lo agradecerás mañana.

—Y... ¿algún amigo especial?, ¿ese Ximo, por ejemplo? —indagó con cautela.

Estaba deseando saber la relación que tenía con ese hombre.

—No, en estos momentos no hay nadie en mi vida. Ximo es el hermano de Fanny y me quiere como a una hermana, como yo a él. ¿Y tú?; ¿novia?, ¿mujer?, ¿ambas cosas? ¿O has tenido una revelación sexual durante estos años y ahora te gustan los hombres?

—Creo que me he mantenido fiel a mí mismo en eso. Mujeres en general. Ni novias, ni esposas, ni hombres. Aunque, últimamente, parece que me estoy haciendo muy selectivo.

—¿En serio?

—Sí, solo me apetece estar contigo.

—¡Oh!

Raquel se levantó, se volvió a sentar y un movimiento convulso se desató en su pierna izquierda. Puso las dos manos con fuerza en la pierna para aquietarla y miró a Dante confusa. Pensamientos encontrados se peleaban en su cabeza como en un combate de boxeo. ¿Era en serio o parte de su plan para conquistarla? ¿Debía creer en él?

¡Pero qué estaba pensando! ¡Por supuesto que no podía confiar en él! ¿O es que acaso ya no recordaba la apuesta que había hecho con sus amigos?

Dante posó una mano sobre las de ella. Le había hecho gracia la reacción abierta de Raquel, su naturalidad, en la que su cuerpo expresaba sus sentimientos, pero ver la confusión en sus ojos no le había gustado nada. No pretendía haber dicho eso porque, a pesar de que era cierto, no quería enseñar sus cartas hasta más adelante, cuando hubiesen compartido algunos días de trabajo y la hubiese visto más relajada con él. Pese a las mil excusas que había dado, estaba convencido de que lo había estado esquivando. Y ahora,

esos ojos de confusión...

—¡Ey, Raquel! Tranquila, sin presiones.

En ese momento, el grupo de amigos se reunió con ellos y ya no pudieron seguir hablando. Carlota había sustituido su noche de caza por una contienda con Carlos; parecía que los dos jóvenes habían encontrado la diversión en la discusión por todo. Si la secretaria y amiga de Raquel opinaba que el verano era la mejor estación por estar llena de alegría y porque se podía disfrutar del sol y la playa, el director del centro hotelero la rebatía opinando que el invierno era perfecto para gozar de la nieve y de una velada romántica al abrigo de una chimenea. Si Carlos elogiaba la serie *Juego de tronos*, Carlota defendía a capa y espada la serie *Outlander*. Y para colmo, habían decidido que sus amigos colaborasen en sus propias elecciones. Eso sí: siempre que fuesen iguales a las suyas.

Vicente y Fanny estaban en otro mundo. Los últimos días se habían visto poco porque la joven había dedicado todo el día a sus amigos y a los preparativos de la boda, así que, en un momento dado, se habían encerrado en una cúpula de cristal y no existía nada más alrededor de ellos dos...

Poco a poco, entre chupitos y risas, Felipe logró que el grupo se volviera a unificar, incluidos Carlos y Dante. Bailaron como posesos en una sana rivalidad por ver quién se contorsionaba más. Se lo estaban pasando genial y ninguno quería terminar la noche todavía, así que decidieron acercarse hasta otro *pub* en busca de un cambio de música.

Con el cachondeo en todo lo alto, los ocho se agarraron por los hombros y se fueron del *pub* tarareando por la calle el pasodoble alicantino más internacional, «Paquito el chocolatero». Después, Fanny comenzó a cantar:

El caballo camina pa'lante.

Se soltaron y adoptaron la postura del caballo mientras la secundaban.

El caballo camina pa'tras.

El caballo camina pa'lante.

*El caballo camina pa'tras.
Eo, eo, eo eo eo eo eo eo a.
Oeo, eo, eo eo eo eo eo eo e.
El canguro camina pa'lante.
El canguro camina pa'tras.*

Y delante de los ojos de todos, Raquel, que estaba en medio del grupo, desapareció. Un bolardo de piedra con forma de bola, cruel y abominable, se había interpuesto en el camino de la joven y, cuando todos bajaron la vista para buscarla, la encontraron boca abajo en el asfalto, inmóvil. La rodearon enseguida al grito de «¡Raquel! ¡¿Estás bien?!».

—¡Se ha comido el bolongo! —exclamó Felipe.

Ella no respondió; solo unas convulsiones en el cuerpo de la joven anunciaron que, por lo menos, estaba viva. Dante no pudo aguantar más y se agachó para intentar hablar con ella.

—Raquel, ¿puedes moverte?

La cabeza de la muchacha se movió ligeramente de un lado a otro sin parar de convulsionarse. Todos, asustados, la miraban sin saber qué hacer.

—¡Carlos!, ¡llama a una ambulancia, rápido! —gritó Dante a su amigo.

La cabeza de la joven volvió a menearse de un lado a otro y en ese momento pudieron escuchar unos ruiditos que salían de ella. Fanny, sospechando algo, se agachó al otro lado y acercó su oído.

—¡Espera, Carlos! ¡Se está riendo!

—¡Qué cabrona! —gritó Carlota.

Dante la cogió por un brazo y Fanny por el otro, e intentaron ayudarla a incorporarse. Entonces, las risotadas peculiares de la joven retumbaron en toda la calle y el resto del grupo, contagiados, la imitó con fuertes carcajadas.

Carlos tuvo que apoyarse en un coche para no caerse al suelo; Felipe y Vicente se sostuvieron mutuamente, abrazados por los hombros; Carlota se sentó en el bolardo, desternillada; Ximo se dejó caer en el bordillo de la acera sujetándose el estómago, y Fanny soltó a Raquel al caerse de culo sobre el

asfalto. Dante, entre risas, la ayudó a ponerse de rodillas.

En medio de la calle, parecía una escena sacada de cualquier película cómica de universitarios descontrolados. Así estuvieron hasta que un coche los alumbró con sus luces a la espera de que se apartaran para poder pasar.

Con esfuerzo, se apartaron de la calzada y se subieron a la acera. En cuanto se aseguraron de que Raquel solo tenía unas rozaduras en las rodillas, continuaron el camino hacia el siguiente *pub* entre risas y pitorreos hacia la joven.

Capítulo 32

SENCILLAMENTE AMOR

Casi se podían ver surcos, en la alfombra que cubría el suelo del centro del despacho, de los pasos constantes que Dante mantenía de un lado a otro.

—¡Dante! ¡Ya está bien! Tengo una resaca del quince y encima ¡tú me estás poniendo de los nervios!

—Mejor, así me haces compañía, porque yo estoy histérico.

—¿No me digas?, no lo había notado.

—Ya es mediodía y todavía no ha venido. ¿Y si está peor por la caída de ayer?

—Ahora no se te ocurrirá negarme lo que sientes por Raquel, ¿verdad?

—¿Sabes?: en estos momentos hay un millar de lugares donde preferiría que estuvieras.

—Dime uno y hago mutis por el foro.

—¿Qué tal en Recursos Humanos, recogiendo tu finiquito? ¿Sigo?

—No, me vale —confirmó mientras se levantaba de su silla—, pero antes de irme me vas a oír. —Se acercó hasta colocarse frente a Dante, lo agarró por los hombros y lo sacudió—. Haz el favor de reconocer lo que sientes, amigo. Hasta que no abras los ojos y comprendas tus sentimientos hacia ella, no vas a tomar las decisiones acertadas.

—Te equivocas, Carlos. Yo sé bien mis sentimientos, sé que me gusta, pero

la conozco a ella y ahora mismo tiene una barrera entre los dos y no sé el porqué. Cuando la besé la otra noche, me pareció que, a partir de ahí, todo iba a fluir y retomaríamos nuestra relación pasada. Pero al día siguiente todo había cambiado, así que tengo que ir con pies de plomo. Tengo que reconquistarla poco a poco, créeme.

—Bien. Tú sabrás lo que haces, pero yo me voy a quitar de en medio para facilitarte las cosas.

—Gracias, Carlos.

—No te preocupes, tengo muchas cosas que revisar por el hotel.

Se despidieron y el director salió de su despacho enseguida.

No habían pasado ni cinco minutos cuando unos toques en la puerta anunciaron la llegada de Raquel, que la abrió en cuanto oyó que le daban permiso. Llevaba, bajo uno de sus brazos, una enorme carpeta de tapas duras que se cerraba con unos lacitos negros en tres de sus lados. Se quedó plantada en el quicio de la puerta, observó todo el despacho y exhortó:

—¿Qué haces aquí?

—¡Oh! Espera... ¡Oh, claro! ¡Trabajo aquí! —exclamó con ironía.

—Me refiero a qué haces solo. ¿Dónde está Carlos?

—Pues... tenía cosas que hacer por el hotel...

—Entiendo... Bien, pues, si eso, vuelvo otro día.

—¡No!, ¿por qué? Podemos empezar nosotros y luego se nos unirá él.

Una gran indecisión asomó a los ojos de la joven, quien avanzó un pie, dubitativa y luego otro. Volvió a pararse y aspiró con fuerza.

—¡Está bien! —exclamó al fin y con ímpetu inició un nuevo paso, pero no avanzó más porque a la vez elevó el brazo en el que llevaba la carpeta para retirarse el flequillo con la mano sin darse cuenta de que uno de los lazos no estaba atado y por ahí se escurrió todo su contenido hacia el suelo.

—*Fotre!* —exclamó al tiempo que se agachaba para recogerlo todo.

Una sonrisita afloró en los labios de Dante al reconocer a la auténtica Raquel. ¡Cómo le gustaba esa chica! Acudió a ayudarla de inmediato, se agachó al mismo tiempo que ella elevaba su cabeza para buscarlo, pero esta vez la fortuna estuvo del lado de la pareja y, en lugar de golpearse, como hubiese sido lo normal, sus rostros quedaron uno enfrente de otro a tan solo un centímetro. Ambos se quedaron quietos mirándose a los ojos, enlazados. Dante no podía apartar sus ojos de la miríada de chispitas violetas y Raquel se había hundido en lo más profundo del iris del joven.

Como siempre, fue ella la que respondió antes y, parpadeando, separó su rostro y lo agachó para continuar con la recogida de papeles, pero un evidente nerviosismo en sus manos provocaba que cogiera un folio y tirase tres. De repente apareció en su visión una de las manos de Dante, que la posó sobre las suyas y se las retiró para seguir él.

—Deja, yo lo cojo.

Raquel se puso en pie y se apartó con cuidado de no pisar nada. El joven se fijó en las rodillas magulladas de Raquel, las señaló con un dedo y le preguntó:

—¿Estás bien?

—Bueno, algo dolorida, pero las risas que nos echamos han valido la pena.

—¿Hay algo de lo que no veas el lado bueno o positivo? —inquirió con sorna.

—No, soy feliz así.

En cuanto Dante terminó, se levantó y se dirigió hacia una mesa redonda de cristal que había en una esquina, con unos sillones tubulares con asientos y respaldos de cuero negro.

—Ven —le dijo Dante—, nos pondremos aquí. Estaremos más cómodos.

Y sin hacer un solo comentario de lo ocurrido con la carpeta, empezó a hacerle preguntas sobre el material que había llevado. Según fueron pasando los minutos, lo que en un principio parecía que iba a ser una reunión tensa se convirtió en una mañana de trabajo donde Dante exponía lo que quería

conseguir y Raquel le explicaba la mejor forma para lograrlo.

—¿Comemos juntos? —le preguntó Dante cuando comprobó que se acercaba la hora del sustento.

—Creo que no, tengo mucho trabajo —respondió Raquel dubitativa.

—¡Venga, vamos! Los dos tenemos que comer, compartamos una mesa. Así podremos continuar enseguida.

—En eso tienes razón.

—Lo tomo como un «sí» —dijo con una sonrisa ufana mientras se ponía de pie—. Discúlpame un momento, voy a pedir que nos traigan algo. —Y abandonó el despacho.

A la joven le extrañó que no le preguntase sobre sus gustos o apetencias, pero pensó que iría a encargar unas pizzas y no le dio mayor importancia. Al poco rato, Dante volvió, se sentó de nuevo y siguieron trabajando durante un rato más, hasta que alguien golpeó la puerta. Dante se levantó y le dijo:

—Será la comida. Apartemos esto de aquí.

Él cogió un puñado de las hojas que tenían diseminadas por la mesa, las dejó sobre la mesa del despacho y se acercó hasta la puerta para abrirla. Raquel estaba recogiendo lo que quedaba cuando levantó la cabeza y vio lo que les traían para comer. Un elegante camarero arrastraba un carrito, y sobre este había varias fuentes tapadas con unas campanas metálicas. Lo dispuso al lado de la mesa, extendió un mantel y montó la mesa para dos comensales, además de una cubitera llena de hielo con una botella de vino blanco. El rostro de la joven manifestaba el estupor con toda claridad. Siguió todos los movimientos del camarero hasta que abandonó el despacho, luego miró a Dante y rompió a reír.

Dante, que había estado conteniendo el aire todo el tiempo sin saber cómo iba a reaccionar Raquel, suspiró de alivio y, a continuación, la imitó en sus risas.

—Abre las campanas, por favor —le pidió a la joven con una sonrisa ufana.

Raquel se acercó al carrito y abrió una de las campanas. Para su sorpresa, la

fuelle que había debajo estaba repleta de mariscos: mejillones, almejas, gambas rojas, cangrejos y chipirones rebozados. Levantó las otras dos campanas y ante ella aparecieron unos enormes centollos y dos succulentos bogavantes.

—*Mare meva*[28]! ¡Qué festín! —exclamó Raquel sin apartar la mirada del carrito.

—Me dijiste que te gustaban los mariscos.

La joven levantó la cabeza con brusquedad.

—¿Lo has hecho por mí? ¿Te acordabas? —inquirió Raquel, asombrada.

—Sí y sí.

—¡Gracias! —exclamó y, sin poder evitarlo, se arrojó en sus brazos.

Dante, sorprendido ante la efusividad de la joven, al principio no reaccionó, pero enseguida la rodeó con sus brazos y recostó su cabeza en el hombro de ella para abarcarla lo más posible.

—Muchísimas gracias, Dante, de verdad. Ha sido todo un detalle que te acordaras.

Le agarró la cabeza con las manos y le dio dos sonoros besos, uno en cada mejilla, y lo miró a los ojos con una sonrisa tan espectacular que Dante contuvo el aliento. Acababa de darle un salto el corazón y lo comprendió. La palabra era *amor*. Sencillamente *amor*. Estaba enamorado de Raquel y quería pasar con ella el resto de su vida.

¡Era una mujer increíble!

Todo su cuerpo experimentó una sensación de laxitud: sus piernas casi no lo sostenían y su piel morena se convirtió en un lienzo en blanco.

Raquel vio la transformación del joven y se soltó con rapidez.

—¡Perdona! ¿Te he apretado muy fuerte?, ¿te he impedido respirar? —Se preocupó mientras lo cogía de un brazo y lo arrastraba hasta uno de los sillones—. Ven, siéntate y pon la cabeza entre las piernas. Eso no falla: verás cómo te encuentras mejor enseguida.

Lo ayudó a acomodarse en el asiento y le separó las piernas para empujar su

torso y que su cabeza fuera a parar entre las dos piernas. Después, en una carrera, fue al aseo, mojó una toalla y volvió para colocársela en la nuca.

—Esto te sentará genial.

Se agachó a su lado y le acarició la cabeza mesando su cabello.

—Lo siento, Dante, no me di cuenta. Lo siento...

—Tranquila, preciosa, no fuiste tú, de verdad.

Oyó la voz del joven como si saliera de ultratumba y, aun así, la piropeaba. «Qué bonito», pensó la muchacha.

—¿Quieres que avise a alguien? —le susurró.

—No, gracias, ya estoy mejor —contestó mientras se incorporaba despacio. Le sonrió—. En realidad, mucho mejor.

Se puso en pie y se acercó al aseo para lavarse la cara. El descubrimiento que acababa de hacer sobre sí mismo le había afectado sobremanera pero, como le había aconsejado Carlos, comprendió que ahora sabía a lo que atenerse e iba a actuar en consecuencia. Jamás había sentido algo así. Su corazón estaba henchido de amor y, pese a lo que se pudiese pensar, eso lo había llenado de felicidad. Acababa de entender que el verdadero amor, cuando se elige, nunca muere; solo que a veces hacía falta dar un rodeo de nueve años para darse cuenta y su corazón no podría haber elegido mejor. Ahora tocaba sacar todos sus dotes de seductor a la palestra y conquistarla. Ya tenía su objetivo claro y a eso se iba a dedicar con pasión.

—¡Ea! ¡A comer! —exclamó en cuanto salió del baño.

—¿Estás seguro? —preguntó, dudosa.

—Claro que sí, no ha sido nada. ¿No me ves? —Y abrió sus brazos para demostrarlo.

No tuvo que insistirle mucho más. Ambos se sentaron uno frente al otro y colocaron las bandejas en medio de la mesa.

—Prueba este vino, acaba de salir al mercado. Es de las bodegas Vinessens de Villena y me han hablado maravillas de él —recomendó Dante a Raquel al tiempo que le llenaba la copa.

Raquel agarró la copa, le dio un sorbo y lo saboreó antes de tragárselo.

—Mmmm..., tiene toques de anís e hinojo. ¡Me gusta! ¿Cómo se llama?

—Salino.

—Tomaré nota para recomendarlo.

Muy pronto Dante pudo darse cuenta de que Raquel no le había mentido sobre su gusto por los mariscos. La muchacha no perdía comba y una pieza tras otra acababa entre sus manos para degustar con deleite todas las clases de crustáceos y moluscos que llenaban las bandejas. El joven la miraba con placer, estaba encantado al ver lo a gusto que se estaba comiendo lo que él había pedido para ella. Ver cómo se chupaba los dedos con naturalidad era... sublime, delicioso, excitante, erótico...

«¡Para, Dante, para! —se dijo a sí mismo—, no vayas por esos derroteros porque, si te descontrolas, la vas a joder, y no en sentido literal. Por ahora confórmate con disfrutar con ella de pequeñas cosas, ya llegará el momento de profundizar... ¡Ay, casi es mejor que deje de pensar porque las palabras con doble sentido tienen un peligro...».

El vino estaba poniendo un brillo especial en la mirada de Raquel. Ella era consciente, porque para eso tenía mil y una anécdotas que contar, de que el vino blanco era su enemigo público número uno. Le encantaba, pero un par de copas y su lengua se sublevaba y tomaba la iniciativa para ser protagonista. Procuraba, siempre que estaba con gente desconocida, controlar su ingesta de vino, pero ese no era el caso en ese momento. Y..., bueno..., se estaba poniendo ciega a marisco: ¡¿cómo demonios iba a estar pendiente del vino que bebía?!

—¿Sabías que la almeja gigante puede vivir sobre ciento cincuenta años?, ¿y que los percebes de Galicia y Asturias son cortos y gruesos y además son más sabrosos, mientras que los de Marruecos son más largos y delgados? ¿Y sabías que las vieiras, en muchas culturas, se identificaron con la buena suerte, la fecundidad y el nacimiento?

Dante la miraba asombrado porque seguía oyendo palabras con doble

sentido. Estaba claro que tenía la mente muy sucia.

—El pulpo tiene una gran memoria y es un animal muy inteligente —continuó Raquel con la voz pastosa—: distingue formas y colores que puede recordar durante más de dos años. ¡Ah!, y tiene tres corazones.

—Pareces una enciclopedia andante —se burló Dante.

—¡Qué va!, para nada. Pero me gusta enterarme de curiosidades. Sea de lo que sea. ¿Quieres que te diga alguna curiosidad sobre Benidorm?

Cada vez la voz de la joven se volvía más rasposa y se le trababan las palabras. No dejaba de comer a la vez que hablaba y se regaba con el vino blanco frío.

Dante comprendió lo que le estaba pasando y se dio cuenta de que eso la había desinhibido de los muros que había levantado en su relación, así que pensó que quizás le sirviese para dar algún paso con ella.

—Me encantaría. El saber no ocupa lugar, además de que has hecho que me pique la curiosidad.

—Pues, verás, hay una serie británica desde el 2007 que se llama *Benidorm*; transcurre aquí y tiene un gran éxito en el Reino Unido. El Gran Hotel Bali es el hotel más alto de Europa. Benidorm es la tercera ciudad con mayor número de habitaciones de hotel de España después de Madrid y de Barcelona. En el siglo XVIII, alguien la describió en un libro como «lugar donde habitaban personas de sospechosa longevidad» y, en el XX, un obispo quiso colgar a su entrada el cartel «El Infierno» por permitir a las féminas lucir el lujurioso bikini. —Se había recostado en su asiento, parando de comer por unos segundos, e iba marcando con sus dedos los datos que le iba dando—. ¿Quieres más?

Dante soltó una alegre carcajada.

—No, no hace falta. Sigue comiendo, anda.

—¡Ay, sí! Ahora pensaba comenzar con el bogavante. Y tú, ¿no te lo comes?

—¿Lo quieres tú?

Raquel lo miró con gula y avaricia, pero negó con la cabeza.

—No, no. Gracias, pero quiero comer de todo y, si me como los dos bogavantes, ¡se acabó! —le contestó y se dispuso a extraer la carne del succulento crustáceo.

Cogió una pata con una mano y con la otra agarró las tenacillas para mariscos e hizo presión para partir la enorme pinza pero, al romperse con brusquedad, un chorro de jugo del bogavante salió disparado con tal puntería que fue a parar a los labios de la joven. Una estridente carcajada brotó enseguida de la boca de esta, secundada por la risa de Dante.

—¡Menuda puntería que tengo! —exclamó Raquel entre carcajadas para luego intentar lamerse los labios.

Un ramalazo de potente deseo le recorrió la espalda a Dante al ver el trayecto que hacía la rosada lengua por esos labios carnosos. Todo se hizo gris a su alrededor, salvo esa boca grande y sexi que tenía frente a él y que no paraba de reír.

A Raquel le había entrado una terrible e imparables risa floja que afectó a su capacidad motora e intelectual a un nivel que ni diez cubatas de Smirnoff lo hubiesen conseguido. Se aguantaba su estómago con los brazos del dolor que sentía; era lo único que su mente le permitía hacer.

Poco a poco se fue calmando, pero su amplia sonrisa se quedó colgada de su cara.

—Creo que me he pasado con el vino. ¿Podrías darme agua, por favor?

—Claro que sí —le respondió Dante a la vez que se levantaba e iba a una pequeña nevera camuflada en la librería que había en la pared que estaba detrás del escritorio.

Sacó una botella de agua y un vaso de otro armario adyacente y lo llenó de agua.

—Toma.

La joven lo cogió de su mano y se bebió el vaso entero de una sola vez.

—¡Ah! ¡Qué rica y fresquita estaba! ¡Gracias!

El joven se fijó en una gota que le resbalaba desde la comisura de los labios

hasta la barbilla, sin poder apartar su mirada en todo el recorrido, hasta que la joven se limpió con la servilleta. Luego volvió a llenarle el vaso, se sentó en su sillón y ocultó su excitación con las faldas del mantel. No tenía su cuerpo para hablar, pero intentó calmar sus aceleradas pulsaciones mientras observaba cómo Raquel volvía a apoderarse del bogavante.

—¡No vas a poder conmigo! —exclamó la joven dirigiéndose al crustáceo.

De nuevo volvió la sonrisa al rostro de Dante. ¡Esta chica alteraba su mundo! En esos instantes se dio cuenta de que daría cualquier cosa por una sonrisa de Raquel. Una dirigida a él en exclusiva. Dedicada a él. Producida por él.

—Raquel, ¿tú me harías un favor muy importante para mí? —se atrevió a preguntar.

La joven le echó un vistazo y continuó con la mirada en el bogavante. Estaba disfrutando de lo lindo.

—Dime. Si está en mis manos, esta mariscada lo vale.

—Necesito que me ayudes a elegir un regalo de cumpleaños para mi hermana y otro para mi sobrina porque se le ha caído un diente.

—¡Buff!, ¿en serio? ¿No tienes otra cosa que pedirme?; es que se me dan muy mal las compras, de verdad.

Dante estuvo tentado de cambiar su petición por algo más... ¡Fuera, Satanás!

—Seguro que mejor que a mí, Raquel, por favor... —Y puso ojitos de cordero degollado.

—¡Está bien! Me he comprometido y lo haré. ¡Bruuuu! —dijo a la vez que apretaba los ojos y los puños y exageraba un estremecimiento.

—No te preocupes, no será para tanto.

Capítulo 33

¡A TRABAJAR!

En la cafetería del hotel, ya estaba encendido el aire acondicionado pese a que, hacía tan solo hora y media, que había amanecido, pero en el exterior los rayos de sol comenzaban a demostrar quiénes eran y auguraban un día tórrido. Carlos y Darío esperaban a su amigo mientras degustaban el excelente café que hacían en el hotel.

—De verdad, Darío, me tiene desesperado. Está meditabundo y triste, algo que jamás había visto en él. Lleva toda la semana obsesionado con poder encontrarse con Raquel hasta que por fin anteayer logró hablar con ella en un *pub*, pero no parecía muy contento con la conversación, aunque consiguió quedar con ella para ayer para hablar sobre el trabajo que le ofrecimos. Antes del encuentro estaba muy nervioso, pero por la tarde, cuando fui al despacho para ver cómo había ido la cosa, él no estaba y no supe nada hasta que me mandó el wasap en el que me citaba aquí.

—Y tú se lo atribuyes a que está enamorado de esa chica.

—Pues sí, pero ese no es el problema. Aquí tenemos mucho trabajo que hacer y él está disperso, pensativo. Las decisiones siempre las ha tomado con firmeza y rapidez; en cambio, ahora me cuesta mucho conseguir que las tome.

—Pues... creo que todo eso ha vuelto a cambiar otra vez —dijo Darío mirando detrás de Carlos y señalando con su barbilla.

Carlos se giró y entonces pudo ver a Dante, que atravesaba la cafetería con paso firme, cuerpo erguido y una amplia sonrisa en sus labios.

—¡Vaya! —se le escapó a Carlos.

—¿Qué? ¿Preparados para un nuevo día? —preguntó Dante a sus amigos en cuanto se encontró junto a ellos.

Les estrechó la mano a ambos y se sentó en una de las sillas que estaban vacías.

—Bueno, ¿qué me contáis? Hace un día espléndido, ¿verdad? —preguntó mientras daba unos golpes con sus manos como si la mesa fuese un tambor.

Carlos y Darío se miraron desconcertados.

—Creo que eres tú el que tienes que contarnos, ¿no? —aventuró Carlos.

—¡Pues sí!, tengo algo que contaros; ayer pasó algo fantástico.

—¿Fue bien la reunión con Raquel?

—Bien es poco; ¡nos lo pasamos genial! Por la mañana estuvimos currando. Empezó algo rara la cosa, pero poco a poco nos fuimos relajando y, cuando llegó la hora de comer, la sorprendí con su comida preferida. Se puso muy contenta y, con la ayuda del vino, conseguí que me acompañara por la tarde a comprar los regalos para mi hermana y para mi sobrina. Pasamos una tarde de risas y disparates recorriendo todas las tiendas de la avenida del Mediterráneo hasta que encontramos lo que nos gustó a los dos.

—Entonces...: ¿todo bien entre vosotros? —insistió Darío.

—¡Ya lo creo!

—Pero ¿bien en qué sentido? —indagó más Carlos.

—A ver, amigos, he de confesaros una cosa: ayer comprendí que me he enamorado de Raquel. Es la mujer de mi vida.

—¡Por fin! —exclamó Darío.

—¡Lo sabía! —dijo Carlos—. Por eso ayer te insistía en que te aclararas con tus sentimientos.

—Pues ya lo he hecho.

—¿Pero te has declarado? —inquirió Darío con sorna.

—¡No! Me queda camino para recorrer, Darío.

—¿Pero a ella la viste receptiva? —preguntó el director del complejo.

—A ella la vi como la había conocido. Única. Solo os puedo decir que estoy muy satisfecho con el resultado del día de ayer y estoy deseando que llegue hoy para verla y seguir conquistándola.

Mientras tanto, Raquel estaba en su chalet en compañía de Felipe. Los dos estaban sentados en la terraza mientras el sol subía por el horizonte en busca de las pocas nubes que había en el cielo.

—Felipe, tengo la cabeza hecha un lío. No sé qué pensar de Dante, la verdad. Se porta genial conmigo, está pendiente de lo que me gusta, me hace reír, me valora en lo profesional y en lo personal, no se enfada por mis torpezas; eso en cuanto a su comportamiento. Pero es que mi cuerpo reacciona a su lado: me produce mariposas en mi estómago cuando me roza, me derrito cuando me besa y me apetecería besarle y más cosas. A poco que me distraiga, me enamoro de él. Si no llego a ser yo misma la que vio y oyó la apuesta con sus amigos, no me lo habría creído dado su comportamiento. ¡Parece tan auténtico y sincero!

—Háblalo con él, cielo: así solucionarías todas tus dudas.

—¡No! Estoy segura de que se justificaría de alguna forma e intentaría persuadirme para que lo perdonase y al final me convencería. ¡No! Prefiero no empezar la relación con un «perdón» así a cuestas.

—Tú eres libre de tu vida y yo no pienso meterme en ella, Raquel, pero hay algo que no me cuadra: parece que hablas de dos personas distintas. Yo solo quiero que seas feliz pero, ya que expones tus dudas, me gustaría darte un consejo.

—Por favor, te lo ruego. Ya te digo: tengo una lucha interna que me tiene angustiada.

—Vale, pues ahí va: *carpe diem*, aprovecha el momento. Si te gusta su

compañía, disfruta de ella hasta dónde tú te sientas capaz o segura. Tú tienes la llave para dejar abierta o cerrada la puerta.

—Entonces, ¿me aconsejas que no lo rehúya?

—Te aconsejo que estés con él siempre que lo goces, nunca para sufrir. En el mínimo instante que te produzca pesar, lo apartas de tu vida. Es cierto que has visto algo de él que no te ha gustado, pero también has visto muchas cosas que sí lo han hecho, por lo que estoy convencido de que, tarde o temprano, lo hablaréis y ahí podrás decidir de verdad. Pero cuando tú estés preparada, no antes, cariño.

—¡Hecho! Voy a seguir tu consejo. *¡Carpe diem!*

Una vez que había tomado una determinación, Raquel se arregló para acudir al despacho de dirección donde había quedado con Dante. Antes de salir de su cuarto, con el móvil en la mano, revisó los wasap que había recibido, como hacía cada vez que tenía la oportunidad. Sus ojos se detuvieron enseguida ante un nombre.

Dante Martín:

Gracias por el día de ayer. Espero que hoy sea aún mejor.

Terminaba con un emoticono de carita que lanzaba un beso y de un corazón rojo. «¡Qué mono!», se dijo a sí misma. Y apretó el ritmo para ir a su encuentro, aunque antes decidió pasar por la cafetería y después entró con ímpetu en el despacho.

—¡Buenos días! —exclamó con la misma fuerza que imponía a sus zancadas—. ¿Otra vez no está Darío? Haz el favor de llamarlo porque estas reuniones debemos hacerlas los tres juntos, Dante. Yo quiero saber su opinión de todo lo que hablamos ayer —le impuso con una sonrisa—. También vendrá Felipe; es mi ayudante y me interesa que esté presente.

—Veo que vienes en plan profesional —dijo Dante socarrón.

—Ya te dije que me transformo cuando estoy *on* profesional, aunque ayer dejé de serlo por culpa de ese vino blanco fresquito. Estaba tan bueno que no pude resistirme a él, pero hoy no te voy a dejar engañarme. ¡A trabajar!

Dante soltó una carcajada a la vez que cogía el móvil para llamar a su amigo y director del centro. Cuando colgó, se acercó a Raquel, que estaba colocando sus cosas sobre la mesa.

—Antes de que lleguen nuestras dos carabinas, quería pedirte otro favor — le dijo a Raquel con cara compungida.

La muchacha elevó los ojos para mirarle el rostro y sonrió con sorna.

—No me vas a engañar con esa cara; primero dime lo que quieres y ya veré qué hago.

—Tú sabes que solo tenemos unos pocos días para planificar todo esto...

—Tú deliras: tenemos unos pocos días para que yo empiece a saber qué es lo que queréis hacer aquí. Y no creo que dé tiempo ni a eso. Si llegamos a un acuerdo, tenemos meses de trabajo, Dante.

—Mejor me lo pones. Necesitamos apurar todo el tiempo posible antes de que llegue el día de la boda de tu amiga y yo me voy mañana a pasar el fin de semana a Madrid.

—Sí, ya me lo dijiste. Es el cumpleaños de tu hermana.

—Efectivamente, y quiero que me acompañes.

—¿A Madrid?

Dante afirmó con la cabeza.

—¡Tú estás loco! —rechazó Raquel.

—No, necesito adelantarlo todo lo posible antes de que te vayas. Debemos trabajar a destajo; lo sabes, estás en modo *on* —apuntó, sarcástico.

—¿En tu casa?

—Yo no tengo ninguna casa, vivo de hotel en hotel.

—Entonces, ¿en casa de tu familia?

—Sí, claro. Yo ya le he hablado de ti a mi madre, así que no tienes que preocuparte de nada. Te caerá bien.

—¡Bromeas! En todo caso, iría a un hotel.

—En absoluto. Si te niegas, mi madre se ofendería, te lo aseguro.

En ese preciso instante llegó Carlos y la conversación quedó aplazada. Raquel estaba indecisa. Sabía que Dante tenía razón, pero pasar el fin de semana en la casa de sus padres le parecía algo demasiado personal. Luego llegó Felipe y los cuatro se dedicaron de pleno a evaluar las distintas opciones que podrían plantear para optimizar un programa de ocio para el complejo y todos sus huéspedes. Tanto Dante como Carlos reconocieron en Raquel a la persona ideal para llevar a cabo ese trabajo.

Dante admiró su profesionalidad y creatividad, por lo que cerró el círculo con respecto a la creencia de que esa maravillosa muchacha era su alma gemela, su mitad perfecta para formar con ella un todo.

Capítulo 34

¿NO HUELE A QUEMADO?

Estaba nerviosa, no lo podía evitar; según se acercaban a Madrid, unas palomillas revoloteaban en su estómago. Viajar en el AVE con Dante le había removido mucho en su interior. Le trajo recuerdos que, durante nueve años, había mantenido aislados en un pequeño recoveco de su cerebro bajo siete candados y siete llaves que había arrojado al mar de la inconsciencia. Lo curioso había sido que, en cuanto se había vuelto a encontrar con Dante, esas siete llaves aparecieron como por encantamiento y las había tenido en sus manos, puliéndolas y quitándole toda la herrumbre, demorando el tiempo entre dudas y anhelos, pero una simple canción lo había convertido todo en un renacer de emociones, en remembranzas de momentos maravillosos.

En cuanto se habían sentado en sus asientos, Dante le había introducido un auricular en su oído, que hacía pareja con el que él se había puesto en el suyo y que estaban conectados a su *smartphone*, y comenzó a sonar la canción «Me enamora», de Juanes. Raquel lo miró asombrada. Se podría haber esperado cualquier canción menos esa.

—Fue la primera canción que oímos juntos —le susurró Dante junto a su oído.

Casi se derrite y se convierte en un charco de miel en el asiento del tren. ¿Qué se hace en un momento así? Lo que más le apetecía en ese momento era

lanzarse sobre él y darle un devastador beso pero, pese a lo que le había dicho a Felipe, no iba a dejarse llevar de esa manera. Hay mil formas más de demostrar que algo nos ha gustado.

Le sonrió y posó su mano en la de él.

—Ha sido todo un detalle, Dante.

—Gracias, pensé que te gustaría.

En ese momento Raquel se arrepintió de haber aceptado. Detalles como estos enamoran a una mujer o, por lo menos, a una mujer como ella: sentimental. Si ella no hubiese acudido ese día a la cafetería a ver el partido y no hubiese escuchado la apuesta que hacían, ahora mismo estaría enroscada de pies y manos a Dante y estarían compartiendo el beso más escandaloso de la historia de RENFE, pero lo había oído y acababa de escuchar cómo él admitía que lo había hecho, porque pensó que a ella le gustaría y esas palabras, teniendo en cuenta lo que ella sabía, cobraban una interpretación muy diferente a la que él quería darles.

No. Ella no podía vivir así. En cuanto terminase la boda, sus reuniones de trabajo serían a través de Skype y sus conversaciones, a través de WhatsApp. Punto y final. Le gustaba demasiado estar con él y el peligro que conllevaba era demasiado grande. Disfrutaría la semana que quedaba y *game over*[29].

—Cuéntame cosas de tu familia, por favor. Me gustaría saber con qué me voy a encontrar.

—Pues la verdad es que mi familia es muy normal. Tú te empeñas en llamarme «pijo», pero nada más lejos de la realidad, aunque admito que ahora vivo bien, pero no siempre ha sido así. Mi padre heredó de su abuelo una pequeña pensión cuando mi madre y él eran novios; entre los dos la modernizaron y potenciaron. Hicieron buenas inversiones en otros hoteles con las ganancias que empezaron a tener y poco a poco se hizo con una pequeña cadena de hoteles.

—Bueno, los RV están muy bien considerados. A mí me gustan vuestros hoteles.

—Gracias, intentamos dar calidad a muy buen precio. Mi padre tenía muy claro lo que quería y le costó años de aprietos hasta que logró consolidar la cadena. Tardó mucho tiempo para que lo que había conseguido en lo profesional repercutiera en lo familiar. Yo estaba en el instituto cuando mis padres compraron la casa de Serrano, para que te hagas una idea.

—Está bien..., ya no te llamaré «pijo» —admitió Raquel con sorna.

—Bueno, no quites esa palabra de tu vocabulario con tanta rapidez. En la familia tenemos una pija de manual; mi hermana Beba tiene todos los componentes. —Se echó a reír con ganas—. Como te dije, es la abogada de la empresa y ejerce de ello también en casa. Está casada con Alex, abogado también. En cambio, mi hermana Yoli es opuesta a Beba. Es desenfadada y ecléctica; te llevarás genial con ella. ¡Ah!, y tengo los sobrinos más maravillosos del mundo.

—Y tu padre y tu madre, ¿qué?

—Mi padre es empresario de lunes a viernes y es obligado por mi madre a ser marido y padre los fines de semana. Mi madre, que es maravillosa, el día que decidieron que ella iba a dejar de trabajar para encargarse de la familia, le hizo firmar un contrato de trabajo en el que lo obligaba a descansar los fines de semana. Y cuando mi padre intenta incumplirlo, ella se pone de huelga y se forman unos líos en casa...

—Me gusta tu madre.

En cuanto Dante abrió la puerta de la casa de sus padres, Raquel se dio cuenta de que aquello era un hogar. Esperaba una vivienda recargada, de nuevo rico, pero se encontró con una casa acogedora y confortable. Enfrente había una consola de madera con patas, al estilo Chippendale, con un espejo oval; el suelo era de mármol blanco, que relucía como un brillante. Dante le había dicho que su hermana pequeña era decoradora y ahí se notaba la mano de una persona con muy buen gusto.

Todavía no habían cerrado la puerta de entrada y ya oyeron una voz femenina.

—Dante, ¿eres tú?

—Sí, mamá.

Enseguida apareció Vanesa con los brazos abiertos en busca de un beso de su hijo; era un poco más alta que Raquel, pero seguía siendo menuda al lado de Dante. Estaba claro de quién había heredado sus ojos profundos y su sonrisa con ese toque socarrón.

—Cariño, ¡qué bien que hayáis venido! —exclamó Vanesa mientras lo abrazaba y besaba.

—Mamá, deja que te presente a Raquel —le pidió en cuanto se separaron.

La madre de Dante se giró hacia la joven manteniendo la sonrisa y se acercó hasta ella para darle dos besos en las mejillas.

—Estoy encantada de que estés en nuestra casa —le dijo con una voz muy tierna.

—Para mí es un honor, señora —le respondió Raquel.

—¿Señora? ¡Ni se te ocurra! Vanesa, por favor.

—De acuerdo, Vanesa —dijo Raquel con una de sus amplias sonrisas.

—Pasad, hijos, vayamos al salón. Tu padre está allí —dijo Vanesa.

—Mamá, si no te importa, antes vamos a dejar las maletas en las habitaciones.

—¡Qué tonta! Claro, claro. Acompaña a Raquel a la habitación de Yoli. Os espero junto a tu padre.

Dante guio a Raquel hasta la habitación que le habían asignado, dejaron la maleta de la joven y juntos fueron hasta su cuarto para dejar la suya. No podían ser más distintas las decoraciones de ambas habitaciones. Mientras que la de la hermana tenía muebles blancos decapados y un montón de complementos en tonos de color magenta, en el de Dante, los muebles eran de wengué y poco más se podía decir de ella, porque parecía el cuarto de un espartano: sobrio y austero.

El joven le indicó el camino hasta el salón, que se encontraba al otro lado de la casa, y juntos entraron para encontrar allí a los padres de Dante sentados en sendos sillones. El recibimiento de Roberto Martín fue cordial y hasta podría denominarse afable.

Cuando pasó el tiempo prudente para que no la considerasen descortés, instó a Dante para ponerse a trabajar hasta la hora de la cena; para eso estaba ella allí. Se encerraron en el despacho de la casa y se sumergieron entre papeles.

Cuando llegó el momento de hacer la cena, Raquel se empeñó en ayudar, pese a que no era su fuerte. La cocina nunca le había llamado la atención, aunque comer era una de sus aficiones favoritas, pero tenía un postre estrella que le solía hacer a su padre e insistió en hacerlo para agradecer la hospitalidad de los padres de Dante. Involucró al joven para que la ayudase y se apoderó de la cocina por unos minutos. Vanesa le dio todos los ingredientes que necesitaba y se fue al salón con su marido.

—¿Estás segura de que te quieres meter en este lío?

—¡Dante! ¿Es que no confías en mí? ¿Crees que no voy a ser capaz? —inquirió con sorna.

—¿Quieres saber la verdad?

—No, prefiero que te calles. Vas a arrepentirte de tus burlas.

—A ver: yo te lo agradezco infinito, pero aprecio mi casa y no me gustaría verla chamuscada entre llamas.

—¡Te arrepentirás! ¡Te vas a chupar los dedos! Eso si te dejo probarlo. Además, vas a ser mi esclavo —lo amenazó apuntándolo con el dedo índice.

—¿Sexual? ¡Me apunto!

—¡Dante! —gritó a la vez que miraba hacia la puerta y le daba un cachete en el brazo.

—¡Chica, explícate mejor! —exclamó entre risas.

—Venga, calla esa bocaza y saca un bol. Este bizcocho se llama «de yogur» porque todas las medidas se hacen con el vasito del yogur. Es facilísimo y no va a fallar nada. Ya lo verás.

El joven hizo lo que le pedía y entre los dos fueron midiendo y metiendo en el bol los ingredientes para hacer el bizcocho. Lo mezclaron bien con la batidora y lo pusieron en un molde redondo desmontable. Cuando el horno estuvo a la temperatura ideal, Dante lo introdujo en él.

—Ahora vamos a hacer una cobertura de chocolate.

Raquel puso un cazo al fuego y, dentro de él, una tableta entera de chocolate cortado en onzas. Con una cuchara de madera, se puso a removerlo pero, en cuanto se había derretido la mitad, se arrebató.

—¡No! ¡Se ha quemado!

—Pero, ¿cómo es posible?, ¡si estás moviéndolo todo el rato! —se extrañó Dante.

—¡Maldita sea! Jamás me ha pasado esto. ¿Ahora qué hago? —preguntó Raquel con desaliento.

—Hay más chocolate; si quieres, podemos repetirlo.

—¿Qué os pasa, chicos? Se han oído los gritos desde el salón, ¿algún problema? —preguntó Vanesa entrando en la cocina.

—Estaba derritiendo el chocolate y se me arrebató —confesó la joven, pesarosa.

Vanesa se acercó hasta situarse delante del cazo.

—Bueno..., Raquel..., yo lo habría hecho a baño María.

La joven puso cara de pasmada y se dio un cachete en la frente.

—¡Claro! ¡Sabía que me estaba saltando algo!

—Eh... Yo, no es por nada, pero ¿no estáis oliendo a quemado? —inquirió Vanesa dubitativa.

—Es el chocolate —respondió Dante.

—No sé yo...

Raquel se agachó para comprobar, a través del cristal del horno, cómo iba el bizcocho y enseguida le vino un ramalazo de olor a quemado. Miró y le pareció ver la parte superior de un color más oscuro de lo normal. Abrió un poco la puerta para mirarlo desde arriba y lo volvió a cerrar con rapidez.

—¡Se ha quemado! —exclamó mientras se recostaba sobre los muebles de la cocina, desolada—. ¡Qué desastre!

Dante abrió de nuevo el horno y sacó el bizcocho.

—¡Qué exagerada!, ¡no es para tanto! Le quitamos la capa de encima y lo cubrimos con el chocolate.

Raquel miró el bizcocho y sonrió.

—Tienes razón. Esto lo arreglo yo en un santiamén.

Vanesa los miraba interactuar y una sonrisa pícaro afloró a sus labios. Su hijo la había llamado para informarle de la situación que había entre los dos; se lo había contado todo y ella se había enfadado con él por engañar a la joven así. Y ahora, que veía cómo se preocupaba por ella y la forma en que la miraba, tenía claro los sentimientos que despertaba en él. ¡Por fin!

En cuanto a ella..., lo poco que había podido observarla, le había parecido una chica estupenda, así que se sintió feliz por su hijo. Él siempre conseguía lo que se proponía y sabía que no cejaría hasta convencerla de que estaban hechos el uno para el otro. Así que hizo mutis por el foro sin que los jóvenes se percataran.

Allí se quedaron los dos para volver a hacer el chocolate y cubrir con él el bizcocho después de quitar la capa superior, que estaba algo tostada.

—¡Hala! ¡Terminado! Ha quedado con una pinta estupenda, ¿verdad? —exclamó, eufórica.

—Gracias a mí —se regodeó Dante.

—¿Cómo? ¡Qué pretencioso que eres!

—Bueno..., tú habías tirado la toalla.

—Eso quiere decir que no me conoces. Tan solo me faltaba un segundo para remontar —replicó con su amplia sonrisa. Luego lo rozó con el dedo en la mejilla—. Espera, tienes un poco de harina aquí.

—¡Ah!, ¿sí? —Con disimulo introdujo su mano en el bote de la harina—. Espera..., creo que tú tienes una motita ¡aquí! —Y le plantó la mano llena de harina en la cara.

—¡Serás! ¡Serás! —gritó Raquel a la vez que cogía un puñado de harina y se la tiraba encima.

—Eres muy vengativa, ¿eh? —le recriminó, sarcástico, a la vez que la agarraba por la cintura y la arrastraba hacia él, pero no contó con la harina que había caído al suelo, que provocó que la joven saliera despedida hacia él, lo empujase y cayera de espaldas con ella encima.

—¡Coño! ¡Joder! ¡Me cago en todo lo que se menea! ¡Mi culo!

—¡Ay, Dante! ¡Lo siento! —exclamó Raquel mientras se apoyaba sobre el suelo para incorporarse.

En cuanto se irguió, alargó las manos para ayudarlo a levantarse.

—Yo te ayudo, agarra mis manos.

—Espera, Raquel, espera. ¡Me duele!

Se puso de lado y se volteó hasta ponerse a gatas. Verlo así hizo que Raquel apretara los labios para no reírse, pero un leve gorjeo salió de su garganta.

—Como te estés riendo, te vas a enterar. Mis manos son como garras —gruñó Dante.

—¿Reírme yo? ¿Por quién me estás tomando? —protestó con una amplia sonrisa que se tapó con las manos en cuanto él se hubo levantado.

—¿Por una descarada? —le respondió al tiempo que se frotaba sus glúteos.

—Por lo menos, espero que no me consideres una gafe.

—Bueno, esta vez he tenido yo la culpa pero, si me das un masajito donde me duele, te perdonaré.

—¿Qué me vas a perdonar?, ¿no dices que yo no he tenido la culpa?

—Te perdono por adelantado a la próxima vez que provoques un desastre sobre mi persona.

—¡Tendrás cara!

Capítulo 35

DE CUMPLEAÑOS

A la mañana siguiente, en cuanto desayunaron, volvieron a encerrarse en el despacho para seguir trabajando. La creatividad de Raquel estaba a plena potencia y sus ideas se sucedían una detrás de la otra, a cual más original, con las que conseguía entusiasmar a Dante.

En un momento dado, los dos se habían incorporado sobre la mesa y sus dos cabezas, juntas, observaban un plano del complejo hotelero. Raquel le señalaba los lugares en donde ella veía conveniente que estuviesen los centros de ocio.

El aroma de la joven había penetrado en sus fosas nasales y se había quedado allí, instalado, como si fuese el lugar adecuado; era tan personal como ella misma, fresco y divertido. Aspiró con fuerza, inundando sus pulmones del aire impregnado con su olor, para almacenarlo en su interior como si fuese un gran tesoro.

—Mira, este espacio es ideal para una zona solo para niños pequeños. Está rodeada de los chalets más grandes, los que serán familiares, por lo que los padres tendrán un fácil acceso a este sitio. —Elevó el rostro para mirarlo y se encontró con que él tenía sus ojos fijos en ella.

—Me encanta la pasión que le pones a tu trabajo —musitó en un intento por recobrar la razón.

—Gracias. Es que me encanta hacer que la gente sea feliz y con mi trabajo lo consigo.

Sus miradas seguían enlazadas y Dante estaba a punto de claudicar y acercar sus labios a los de ella cuando se abrió la puerta de golpe.

—¡Chicos! ¡Dejad de trabajar, que ya empieza a llegar la gente! Acaba de hacerlo Yoli.

Se separaron con brusquedad en cuanto oyeron a Vanesa. Esta lo percibió, pero no hizo la más mínima mención, ni siquiera con su rostro.

—¡Venga, vamos! —azuzó de nuevo.

Azorados, los dos recogieron los papeles en un momento y la siguieron.

Yolanda, Yoli para la familia y para los amigos, era una joven encantadora. Tenía treinta y un años y Dante había tenido razón cuando le dijo a Raquel que se llevaría muy bien con ella. En cuanto se vieron las dos sintieron una corriente interna de «Esta chica me gusta», que las hizo abrazarse y besarse como si se conocieran de toda la vida. Rafa, su marido, estaba a su lado, con su hijo Rubén en brazos; el pequeño de tres años sonreía enseñando todos sus pequeños dientecitos de leche.

—¡Hola, Rubén! ¿Me das un beso? —le dijo Raquel alargando los brazos en cuanto se separó de Yoli.

A la joven le encantaban los niños, tenía debilidad por ellos y estos solían sentirse atraídos por ella. Era otro de los motivos por los que había decidido dedicarse a la gestión de ocio; no había nada más bonito para ella que la sonrisa de un crío.

El pequeño echó la cabeza para atrás, se rio abriendo la boca en una estridente carcajada y luego se arrojó en sus brazos. Menos mal que su padre lo tenía bien agarrado por las piernas y no lo soltó hasta que Raquel lo tuvo bien cogido entre sus brazos.

—¡Pero qué cara de pillo tienes, colega! Tú y yo nos tenemos que unir para hacer buenas trastadas —le dijo a Rubén mientras lo besaba y le hacía cosquillas.

El niño estaba encantado y Dante la miraba embelesado al comprobar lo bien que se llevaba con él. Su familia era muy importante en su vida y le gustaba que congeniase con ella.

En cuanto apareció Beba con Alex, su marido, y sus hijos, Nuria y Bruno, llegó el momento de los regalos. Dante le dio a su hermana el estuche que había comprado junto a Raquel, que contenía un bolígrafo, una pluma y un portaminas, todo a juego; y a su sobrina, para celebrar la primera caída de un diente, le regaló un cuento sobre el ratoncito Pérez y una puertecita de madera, que la niña podía colocar donde quisiera, para permitir que el ratoncito entrase a su cuarto cuando se le cayese un diente. A las dos les gustaron mucho los regalos y Raquel levantó su pulgar hacia Dante en señal de que habían acertado.

Raquel, aprovechando que estaba toda la familia liada con la entrega de regalos, se ausentó para ir al aseo. Como solo tenía conocimiento del baño que había al final del largo pasillo, junto al dormitorio de Dante, se dirigió hacia allí.

Por el camino se dio cuenta de que las sandalias que llevaba resbalaban por el mármol del suelo y se deslizó hasta la puerta del cuarto de baño. Cuando salió de él, decidió divertirse un poco y patinó por el pasillo hasta el otro lado; sin embargo, no se sintió satisfecha e inició otra vez el recorrido en sentido inverso hacia el aseo, pero no se dio cuenta de que Yoli la había visto.

La hermana de Dante, entre risas, llamó a toda la familia y, cuando Raquel llegó al final y giró para volver, se los encontró a todos mirándola al otro lado del pasillo. La joven, avergonzada, se llevó las manos a la cara.

—¡Perdón! Es que me patinan las sandalias... —murmuró mientras volvía, esta vez, andando.

—¡No pasa nada, mujer! —exclamó Vanesa con una amplia sonrisa.

—¡Yo también quiero! —gritó la pequeña Nuria y comenzó a patinar por el pasillo.

—¡Nuria, no! —exclamó su madre.

—¿Por qué no? ¡Yo también quiero! —la contradijo su hermana Yoli, quien cogió a su hijo en brazos y comenzó a patinar detrás de Nuria.

—¡La que he liado! —farfulló Raquel cuando llegó junto a Dante.

—Tranquila, no pasa nada —insistió el joven con una amplia sonrisa al tiempo que le pasaba un brazo por los hombros para reconfortarla—. Yo también patinaría, pero ya hay mucho tránsito.

—¡No te burles de mí! —se quejó la joven a la vez que le daba una palmada en el estómago.

La comida para celebrar el cumpleaños de Beba fue todo un éxito. Los platos que había cocinado Vanesa eran los preferidos de la cumpleañera y estaban todos deliciosos, pero, además, las anécdotas de los niños llenaron la mesa de risas. Pese a que Beba era la más estirada de los tres hermanos, Raquel pensó que Dante había exagerado al hablar de ella, porque quizás fuese algo más esnob, pero tenía un humor muy socarrón que a ella le encantaba.

El momento del postre había llegado y Raquel no pudo evitar ponerse nerviosa. Era una tontería, solo era un bizcocho, pero estaba muy agradecida a la familia por lo bien que se estaban portando con ella y quería corresponderles con algo. Vanesa lo repartió entre los comensales y la primera en probarlo fue Yoli.

—Pues no sé por qué tienes tanto miedo, Raquel: ¡está buenísimo! —exclamó en cuanto se tragó la primera cucharada.

—¿De verdad?

—¡Pues claro! No sé por qué tantas dudas.

—No dirías lo mismo si te hubiese puesto sal en el café —dijo Dante, socarrón.

—¿En serio? —preguntó Vanesa abriendo sus ojos por la sorpresa.

—¡Fue sin querer! —exclamó Raquel mirando a Dante con el ceño fruncido y echando chispas por los ojos.

—Ya decía yo que te veía más *salao*, hermanito —bromeó Beba.

—Pues a ver si se te pega algo, hermanita —respondió Dante, guasón.

—¿De ti? Para eso tendrías que hacerte adulto, niñoato.

—Y tú tendrías que dejar de ser una *porculera*, bonita.

—Chicos, chicos, haya paz. ¿Qué va a pensar Raquel? Recordad que sois hermanos —medió Alex, como buen abogado.

—No te preocupes, Alex. Yo no tengo hermanos y me llaman la atención las relaciones fraternales.

—¡Ah! Los estás utilizando como estudio sociológico, ¿eh? —le recriminó Rafa, burlón.

—Bueno, también es cierto que, mientras se mete el uno con el otro, Dante se olvida de picarme a mí —respondió Raquel con su amplia sonrisa.

—¡Ey!, pero vamos a ver: ¿vosotros dos estáis juntos? Noto algo especial entre vosotros; ¿nos estáis ocultando algo? —inquirió Yoli.

Dejó a Dante y a Raquel pasmados, suspendidos en las acciones que estaban haciendo. La joven se quedó con la copa de cava a medio camino hacia sus labios y él, con el tenedor del postre dentro de la boca. Fueron unas décimas de segundo; quizás ni llegó a eso, pero se hizo eterno. Todos los miraban expectantes. Yoli había plasmado con palabras la sensación que a todos les rondaba en la cabeza.

Lo malo fue que los dos no salvaron la situación de la misma forma. Dante terminó de extraer el tenedor vacío y se dedicó a masticar el bizcocho, pero a Raquel se le cayó la copa sobre la mesa y el cava se derramó sobre ella.

—¡Ay! ¡Lo siento! ¡Menos mal que no se rompió! —exclamó Raquel, disgustada.

—Tranquila, Raquel, que no pasa nada. Esto le puede pasar a cualquiera —razonó Vanesa—. Además, te quedaba el culito de la copa; casi no cayó nada.

—Oye, Raquel, aprovecha y aplícate cava con las yemas de los dedos en los lóbulos de tus orejas para conseguir la felicidad eterna —le sugirió Yoli.

—¿Cómo? —preguntó Raquel, extrañada.

—Pues eso: dicen que, si se te cae el cava, trae buena suerte mojarte con él en los lóbulos. Supersticiones, ya sabes, pero... ¿y si suena la flauta?

—¡Ah! Pues mira: yo, por conseguir la felicidad eterna, hago lo que sea —sentenció Raquel con una sonrisa a la vez que mojaba la yema del dedo índice y la frotaba sobre los dos lóbulos.

Menos mal que la torpeza de ese momento desvió el tema sobre una posible relación entre los dos. Hacía tiempo que se había acostumbrado a sus percances y ya no le afectaban. Era así y punto. Pero ante esa pregunta, que prefería no recordar, hasta había llegado a alegrarse de ser una patosa.

Después de una larga sobremesa, entre todos despejaron la mesa del comedor y se fueron al salón a tomar café, pero Raquel se empeñó en ayudar a Vanesa a prepararlo. Enseguida, Yoli arrastró a su hermano a una esquina, lo agarró del brazo y lo apremió para que le contestara.

—No se me ha olvidado la pregunta, querido hermano. Tenéis algo, ¿verdad?; a mí no me engañas.

—Ojalá, Yoli, pero, muy a pesar mío, no.

—¿Te ha rechazado? —inquirió asombrada.

—No exactamente. No se lo he pedido.

—Pero, ¿por qué?

—Ella tiene una barrera que no me deja traspasar.

—¿Una barrera? Pero si es un encanto y muy natural. Yo no he visto esa barrera.

—Ya, pero porque no la conoces. Es mil veces más natural y encantadora cuando no tiene ese muro.

—¡Vamos! ¡Que babeas por ella!

—Pues sí. Y aquí me tienes, corriendo detrás de ella como un perrito faldero, esperando que me acaricie las orejas.

Yoli echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

—Quién te ha visto y quién te ve, hermano. Me gusta Raquel, ¡sí, señor!

—A mí más.

—Pero... es un poco torpe, ¿no?

Esta vez fue Dante el que soltó la carcajada.

—¿Un poco? Eso es porque no la conoces. En sus buenos momentos se supera, pero eso es una de las cosas que más me gusta de ella.

—Bueno, pues, si me necesitas para algo, avísame. Si quieres te puedo planear un buen rapto... Seguro que una semana encerrados los dos solos, y cae rendida a tus brazos.

—Oye, pues mira...: no lo descarto, no.

—Chicos, ¿qué hacéis los dos ahí?, ¿estáis conspirando algo? —Oyeron gritar a su madre.

—Sí, mamá: un rapto —respondió Yoli, guasona.

—Oye, Dante —lo llamó su padre—, ¿cuándo vas a terminar de inspeccionar el hotel de Benidorm? Le he echado el ojo a otro que me gustaría que vieras.

—Pues no sé, papá. Ya os comenté que, para que ese complejo sea rentable, habrá que hacer muchos cambios.

—Sí, sí, y tus hermanas y yo te dimos carta blanca. Si tú, Carlos y Darío le habéis visto otras posibilidades, asumiremos el riesgo.

—Pues en eso estamos. Además, como has visto este fin de semana, Raquel está aquí para seguir trabajando en ello. Vamos a destajo, en serio.

—Pero para eso tenemos a Carlos; delega en él.

Dante miró de soslayo a Raquel. Todos, menos su padre y la joven, se dieron cuenta del vistazo.

—Lo haré pronto, papá.

—Deja al muchacho en paz, Roberto. Ahora estamos de celebración —lo regañó Vanesa.

—Eso, papá. Dante sabe lo que tiene que hacer —apuntó Beba.

—Lo mismo digo —se solidarizó Yoli.

Capítulo 36

ESTO SE PONE CALENTITO

Un nuevo viaje con él en el tren y otra vez los recuerdos se agolpaban. Esta situación se estaba haciendo insostenible y, para colmo, ahora llevaba en su retina la relación que mantenía con su familia. Era dulce y cariñoso con su madre, tenía una complicidad especial con su hermana Yoli y con Beba. Pese a las puyas que se tiraban todo el tiempo, se notaba ese amor fraternal que se tiene por el hermano que te conoce más que tú a ti mismo. En cuanto a su padre..., bueno, quizás porque debían tratarse mucho en el trabajo, en casa casi se ignoraban. El caso es que parecía un buen hombre en todos los aspectos. Salvo por una cosa...: esa maldita apuesta.

Cada momento que pasaba con él, conseguía que le costase más seguir su plan y, para colmo, cada vez le apetecía menos que llegase el fin de semana próximo y largarse de Benidorm como un correccaminos, sin parar, hasta llegar a su casa en Barcelona.

—¿Qué te pasa, Raquel? Estás seria.

Cada uno llevaba sus cascos en los oídos, con su música y su libro encima de la bandeja del asiento delantero. Dante había cerrado el suyo para dirigirse a ella y Raquel le echó una ojeada y se quedó perpleja. La joven se quitó los cascos y él la imitó.

—¡Estás leyendo la misma novela que yo!

—Pues sí —afirmó el joven con una sonrisa—; me dijiste que no podía opinar si no la leía y aquí estoy.

—¿Y? —inquirió a la vez que elevaba el mentón en espera de una crítica mala que rebatir.

—¿Y?, ¿qué? —preguntó elevando una ceja en señal interrogativa.

Raquel le dio una palmada en el brazo y le sonrió.

—Aprendes demasiado pronto.

—¿A qué?

—No sigas imitándome o me pongo a cantar para avergonzarte.

—¿Tú crees que me avergonzaría?

—¿Y tú crees que yo no me di cuenta, hace nueve años, de que te avergonzaste?

—¡Eso no es cierto! Solo me resultó curioso.

—Bueno, no desvíes el tema. ¿Qué te está pareciendo la novela?

—¡Está bien! ¿Quieres que te diga que me está gustando? —preguntó Dante con tono de resignación.

—No, Dante —negó poniéndose seria—, solo quiero que me digas la verdad.

—Pues la verdad es que estoy enganchado en la trama.

—¿En serio?

—En serio. Solo hay un problema y es que la paso mal en ciertos momentos, digamos..., íntimos, porque mi imaginación vuela y vuelaaaa y... ya sabes...

—Se acercó a su oído y susurró—: El pajarito quiere volar alto...

—¡Cerdo! —cuchicheó Raquel y le dio otro manotazo, esta vez en la pierna.

—¿No querías la verdad? Caray, Raquel, es que se describen unas escenas con pelos y señales que ya le vale a la autora. ¿A ti no te ponen...?

—¡A ti te lo voy a decir!

—¡Eso no es justo! ¡Estamos hablando de literatura!

—Estabas hablando de la trama.

—Y ya te lo he dicho: me tiene enganchado. Hasta que no sepa quién es el

malo malísimo que le está amargando la vida a esa pobre chica, no voy a pegar ojo. Además, la ambientación es buenísima, muy detallada, muy creíble.

—Sí, a mí también me lo parece.

—Vale, ahora ya hemos hablado de la trama; es la hora de que hablemos de sexo. Dime: ¿qué te pareció esa escena en la que ella toma las riendas y lo esposa? —la interrogó, curioso.

—Pues..., que tengo unas en el hotel para usarlas en la primera ocasión —le respondió Raquel con picardía.

—¿En serio? —le preguntó Dante, estupefacto.

—Sí. El otro día llevamos a Fanny a un *sex shop* para que comprara algunas cositas para regalárselas a Vicente y compré unas para mí.

—¡Joder, Raquel! ¿Por qué me lo dices?

—Tú me has preguntado, bonito.

—¡Joder! ¡Pero es que esa visión ahora me ha puesto a cien! —masculló—. Menos mal que está la bandeja.

Raquel lanzó una carcajada.

—Quien juega con fuego sale escaldado. ¿No dicen eso? —se burló.

—Y ahora pretenderás que sea un caballero y ni te roce un pelo, claro.

—Por supuesto. No espero menos de ti; tienes que demostrar la educación que te han dado tus padres.

—Te aseguro que ahora mismo me saltaban todas las normas de educación.

—Ya. Y a lo mejor te crees que yo te iba a secundar. ¡Sueña! No tengo aquí las esposas, pero a lo mejor saco el látigo y te arranco la piel a tiras.

—Sigue, sigue, que cada vez me estás poniendo más... —le susurró acercando su boca al oído de Raquel, lo que produjo en ella unas agradables cosquillitas—. A ti te gustan las emociones fuertes y estás acostumbrada a grandes riesgos. ¿Qué tal si me acompañas al aseo?; te prometo que gozarás de nuevas sensaciones.

—¿De dónde sacas que me gustan tanto los riesgos?

—Tú eres un riesgo andante, querida —le respondió engolando la voz—,

pero no me desvíes el tema. Te he hecho una proposición, ¿qué respondes?

—Que te sienta mal la velocidad del AVE. Si quieres llamo al revisor para que lo pare y te bajas. Tienes esa opción o, como me hagas otra vez esa proposición, vamos al aseo, te meto en el váter y tiro de la cadena. Tú eliges.

—Chica, ¡qué agresiva! Entre las esposas, el látigo y tu última sugerencia, empiezas a darme miedo.

—¡Anda, calla ya y ponte a leer de nuevo!

Y ella misma se volvió a poner los cascos y a coger el libro entre sus manos, aunque tardó bastante en poder concentrarse y pasar la página. Por fuera quizás no se notase, pero por dentro... Escuchar su voz grave, pausada y tan bien modulada junto a su oído, en un susurro, le había producido un escalofrío por toda su columna vertebral. Y sus insinuaciones cada vez eran más específicas y ella ya no sabía cómo esquivarlo.

Acababan de dar las tres cuando llegaron al hotel. Dante la invitó a comer, pero lo rechazó alegando que había quedado con Felipe, que ya la estaría esperando en su habitación. Lo primero que hizo cuando entró a su chalet fue dejar la maleta en medio del salón y tirarse encima de la cama como un fardo. La tensión que había mantenido durante todo el trayecto le había producido un fuerte dolor en las cervicales. No tenía ganas de moverse, así que cerró los ojos e intentó relajar su cuerpo y enseguida se quedó dormida.

No había descansado ni diez minutos cuando notó que su cuerpo se elevaba y caía de nuevo. Y otra vez se elevaba y volvía a caer. Aturdida abrió los ojos y se topó con una espalda con una camiseta azul que reconoció enseguida.

—¿Se puede saber qué narices haces, Felipe?! —le gritó mientras posaba sus pies en la espalda de él y lo empujaba de la cama con fuerza hasta que cayó al suelo.

—¡Ey, chica! ¡Probaba tu colchón! El mío no bota lo suficiente —le respondió entre risas asomando la cabeza por el borde de la cama.

—¡Tú estás tonto! ¡¿Y no lo puedes probar sin estar yo durmiendo encima?!

—¡Huy! Pues sí que has vuelto de buen humor. ¿Una pelea de enamorados?

—se burló Felipe.

—¿Ya te ha contagiado Fanny con su idea de emparejarnos a Dante y a mí? ¡Mira que estáis fastidiosos con eso!

—No, amiga y jefa, sabes que estamos contigo en tu venganza. Era de broma lo de la pelea de enamorados. Siempre has sido muy persistente en lo que te planteas y, si has decidido que no ibas a claudicar ante ese pervertido apostador, nosotros confiamos en ti.

—Creo que me acabas de llamar cabezota, aunque lo hayas adornado.

—Puede ser... —dijo con un tonito socarrón.

—A ver, Felipe, desembucha la verdad: ¿crees que me estoy pasando?

Felipe volvió a sentarse en la cama y miró a su amiga con semblante serio.

—No, Raquel. Aunque haga mofa y me meta contigo, de verdad que no me gusta nada que una persona se burle de una mujer con ese tipo de apuestas, sea hacia ti o hacia cualquier otra mujer.

—Bien, me alegro de que estés conmigo, porque te necesito más que nunca.

—¿Qué pasa, querida? Aquí estoy, sabes que somos un equipo: todos para uno y uno para todos.

—Bueno, lo he conocido en su entorno familiar y me encanta; todo lo de él me gusta demasiado. Me lo paso genial con él y ya sabes que eso es muy importante para mí, pero es que encima es inteligente y guapo y sexi y me pone como una moto. ¡Estoy muy jodida, Felipe!

—Entonces, ¿qué quieres que haga por ti?

—Que no te despegues de mí ni para ir a mear.

Felipe se echó a reír.

—Me lo pones muy difícil, amiga. Mi colita me delata.

Y los dos rompieron a reír con fuertes carcajadas.

—Entonces, la conversación que tuvimos antes de irte a Madrid —continuó Felipe en cuanto se calmó—, sobre aprovechar el momento hasta que te sea

doloroso, ha llegado a su fin y hoy se cierra el telón de este escenario, ¿no?

—Pues sí. Lo malo es que físicamente no se podrá cerrar del todo hasta después de la boda de Fanny.

—Bien, ya lo tengo todo claro: me convertiré en tu sombra.

—Gracias, Felipe. Te quiero —le agradeció mientras lo abrazaba.

—¡Hala! Levántate, que nos vamos a la playa.

—¿Ahora? —le preguntó sorprendida.

—¿Has comido?

—No.

—Yo tampoco. Encargamos unos bocatas y comemos en la playa, ¡venga!

Raquel se sintió la mujer más feliz del mundo por tener los amigos que tenía; sabía que podía confiar en ellos siempre. Como había dicho Felipe: eran un equipo. Si su amigo decía que tenía que ir a la playa, ahí que iba de cabeza; desde que estaban en Benidorm, no habían ido ni un solo día, casi ni la habían visto. Se puso el bikini más mini y sexi que tenía, se enrolló un pareo en la cintura y se fue con Felipe.

Por una de las ventanas del restaurante del hotel, Dante vio pasar a Raquel, fresca y hermosa, con su amigo Felipe, al que envidió por poder compartir con ella un tiempo de esparcimiento. Esperaba que pronto le llegase su turno.

Capítulo 37

¡ME HAGO PIPÍ!

Solo faltaban tres días para la boda y Dante no había conseguido ver a Raquel a solas desde que habían vuelto de Madrid. Se estaba frustrando ante las excusas que siempre ponía la joven para evitar que él la invitase a cualquier sitio sin compañía. Siempre estaba en medio su amigo Felipe o, lo que era peor, su amigo Felipe y su amiga Carlota. Cuando esto ocurría y aparecía la amiga, no sabía cómo, pero también se dejaba caer Carlos, que le había cogido un afán tremendo a picarse con la despampanante rubia.

Ese día, había ideado una estrategia para conseguir que Felipe se fuese del despacho, durante unos minutos, con su amigo Carlos para dejarlos a los dos a solas. Llevaban un par de horas de trabajo, los cuatro rodeando la mesa de cristal, pero Dante estaba un poco distraído esperando el momento.

—No, Carlos —dijo Raquel—; si quieres organizar actividades deportivas para los adultos, tendrás que proveerlos de un sitio donde puedan dejar a sus hijos. Deberán coincidir los horarios de las actividades de los padres con la de los hijos para que tengan una opción mejor que dejarlos libremente por el complejo. ¿Tú qué opinas, Dante?

La joven izó su vista hasta él y lo pilló mirando de reojo el reloj de su móvil. El joven disimuló de inmediato, pero en su rostro se reflejaba que no tenía ni idea de lo que le estaba preguntando.

—Oye, Dante, si tienes que ir a algún sitio, seguimos mañana. Mejor eso a que estemos perdiendo el tiempo aquí sin que nos escuches.

—No, no, perdona. Me he distraído un segundo. Dime, por favor.

La joven volvió a explicarle lo que estaba discutiendo con Carlos, con la vista centrada en el plano del complejo que tenían sobre la mesa, y no se dio cuenta de que Dante le daba unas ligeras palmaditas en el brazo a Carlos.

—Escucha, Raquel: déjame un momento esos apuntes, que voy a hacerles una fotocopia para estudiarlos esta tarde con más tranquilidad, ya que no podéis reuniros con nosotros —le pidió Carlos.

—Imposible, Carlos; tenemos el ensayo general de la boda y Fanny quiere que estemos allí. Toma —le ofreció después de recoger los folios donde había ido anotando las ideas y los acuerdos que discutían.

Carlos se fue y ellos siguieron con el trabajo hasta que se abrió la puerta y asomó la cabeza el director.

—Felipe, por favor, ven a ayudarme un momento. No sé qué le pasa a la fotocopidora, ¿puedes socorrerme?

Felipe miró a Raquel y esta le hizo un gesto de resignación con los ojos. Felipe salió del despacho tras Carlos y de inmediato Dante se acercó hasta Raquel.

—Estás haciendo un trabajo extraordinario, Raquel. Gracias a ti vamos a conseguir un lugar ideal para las familias.

—Gracias, Dante, pero el trabajo es de todos.

—Podríamos celebrarlo.

—Claro. Si quieres, comemos todos juntos pasado mañana, viernes, como despedida. Recuerda que el sábado es la boda y yo me voy el domingo.

—¿Te vas el domingo? —interrogó el joven, estupefacto.

—Pues sí, tengo abandonado todo mi trabajo en Barcelona. Oye, por cierto: esta noche viene mi padre, así que no sé si podré reunirme con vosotros mañana. Tenemos muchos temas que tratar mi padre y yo; lo más seguro es que solo venga Felipe.

A Dante se le cayó el mundo a los pies. ¡Ella se iba!

—Raquel, yo necesito hablar contigo antes de irte.

—Llevamos quince días hablando, Dante —le dijo con ironía.

—Sabes que no es de trabajo de lo que quiero hablar.

—¡Ah!, ¿no?

Dante se había ido acercando poco a poco a Raquel. La rozó con su brazo, rodeó con él su cintura y aproximó su cara a la de ella.

—Sabes que no. Debemos hablar de nosotros.

—¿De nosotros? Dante, no hay un «nosotros».

De repente, la joven se agachó y se puso una mano entre las piernas.

—¡Ay! Lo siento, debo irme —dijo la joven a la vez que esquivaba el brazo de Dante—. ¡Me hago pipí!

Y cogiendo su bolso al vuelo, salió rauda del despacho. Allí se quedó Dante, pasmado ante la reacción de la joven.

—¿En serio le dijiste que te hacías pipí?!

—No se me ocurrió nada mejor, Carlota.

Iban los tres en el coche, camino a la iglesia, para acompañar a Fanny en el ensayo nupcial. Carlota conducía el coche de su padre y golpeaba con fuerza el volante mientras se reía a mandíbula batiente.

—Carlota, cielo, ¿quieres prestar atención a la carretera? Al final vamos a tener un accidente —le dijo Felipe, inquieto, mientras asomaba su cabeza entre los dos asientos delanteros.

—Calla, pesado, que me conozco Benidorm como la palma de mi mano. Sabría ir a ciegas, ¿quieres que te lo demuestre? —lo provocó Carlota a la vez que entrecerraba los ojos.

—¡No! ¡Si salimos de esta, juro que te mato! —gritó Felipe en el oído de las dos.

—¡Joder, Felipe! ¡Me has dejado sorda!

—Carlota, por favor, ten cuidado que, como pase algo, tendré la culpa yo también por hacerte reír y tú, Felipe, échate para atrás, que nos vas a romper el tímpano —medió Raquel.

—Está bien. ¡Jolines! ¡Os habéis vuelto unos aburridos desde que trabajáis con ese soso de Carlos!

Felipe y Raquel miraron de inmediato a la amiga de ambos.

—¡Uy! Como diría Fanny: «Aquí huele a historia romántica» —bromeó Raquel.

—¡Buff! —Carlota arrugó la nariz—. Conozco una óptica en la calle siguiente; pararemos allí un momento.

—¿Para qué? —preguntó Raquel, extrañada.

—Para que te revisen la vista. Si hablas de romanticismo entre Carlos y yo, es que debes estar muy mal. Quizás sean unas cataratas..., no sé...

Raquel y Felipe rieron con ganas.

—Dicen que del odio al amor no hay más que un paso —apuntó Felipe tras las risas.

—Ya, sí, un paso detrás de otro para alejarte —puntualizó Carlota frunciendo el ceño.

—Chicas, he de confesaros una cosa... —dijo Felipe con voz dubitativa.

—¿Qué has hecho? Conozco tus voces y esa es de culpabilidad —inquirió Raquel.

—He robado del hotel una botella de tequila y unos vasitos para hacernos unos chupitos con Fanny.

—¿En la iglesia?! —gritó Carlota.

—Chica, yo qué sé. ¡Donde sea! —respondió Felipe.

—¡Ya me preguntaba yo por qué llevabas la mochila! —exclamó Raquel.

—Es que ya no la volveremos a ver hasta el día de la boda, Raquel. Tenemos que despedirnos de ella.

—¡Tienes razón! ¡Bien hecho! —acordó Raquel.

—No, si a mí también me parece perfecto, pero en la iglesia van a estar mis

tíos, os lo advierto.

—Ya buscaremos el lugar —concluyó Felipe.

Mientras surcaba el pasillo con su padre a su lado, Fanny estaba radiante. Vicente la esperaba al otro lado y la miraba con arrobó. La madre estaba sentada en el primer banco observándolo todo junto Carlota; al lado estaba Felipe, y concluía Raquel.

—Está preciosa —cuchicheó Felipe.

—¿También hay que ensayar lo que vamos a decir cuando la veamos mañana? —inquirió Raquel en voz baja a la vez que elevaba una ceja.

—No..., no ensayaba; lo afirmaba.

—¡Ay, Felipe! De tan bueno que eres, a veces pareces bobo. ¡Era broma!

—Ya. Pues yo creo que ya te han afectado los dos chupitos que te has tomado antes de bajar del coche.

—¡Shhhhh! ¿Queréis callaros ya? —protestó Carlota.

—¿Lo ves? Es la primera vez que alguien tiene que protestar por tu culpa en una iglesia, y eso que llevamos un porrón de bodas en los últimos años.

—¿Insinúas que estoy borracha?

—No, solo achispadita.

—¡Ja!

Capítulo 38

¡UNA DE CHUPITOS!

Cuando acabó el ensayo de la boda, los cuatro amigos se reunieron fuera de la iglesia. Fanny convenció a su familia y a su novio de que la dejaran un rato libre con sus amigos más íntimos, así que se fueron todos menos ellos cuatro.

—¡Estoy histérica! Chicos, tengo los nervios a flor de piel. Raquel, ¿lo tienes todo controlado?

—No te preocupes, Fanny, estoy pendiente de que todo salga perfecto.

Raquel sabía lo importante que era para Fanny el día de su boda y no iba a dejar ningún cabo suelto. Lo tenía todo atado y bien atado.

—Tú lo que necesitas es un poco de tequila para relajarte —dijo Felipe.

—¿Has traído tequila? —preguntó la novia con asombro.

—Tenemos que hacer tu último brindis como soltera, ¿no crees?

—¡Por supuesto! Y sé adónde podemos ir —les informó Fanny misteriosa—. ¡Venid!, es el sitio perfecto.

Y comenzó a andar con paso firme hacia la parte posterior de la iglesia; allí había un diminuto jardín vallado. Fanny abrió una pequeña puerta camuflada entre la valla de hierro forjado y la traspasó.

—Pasad, aquí nadie nos verá.

Se adentró entre los árboles hasta que fue a parar a un pequeño claro rodeado de frondosos ficus y acacias con una típica mesa de madera de pícnic

con un asiento corrido a cada lado. Sus amigos la habían seguido hasta allí y se sentaron en ella; Raquel y Carlota, a un lado y Felipe con Fanny, enfrente.

—Os he echado mucho de menos, chicos. Mi familia me está volviendo loca, de verdad.

—Bueno, pues vamos a relajar ese cuerpo hermoso —bromeó Felipe mientras sacaba el tequila y los vasos y lo depositaba todo sobre la mesa—. ¡Oíd! ¿Por qué no jugamos a El más probable?

—¿Eso qué es? —inquirió Carlota.

—Es un juego de preguntas. Uno de nosotros hace una pregunta, por ejemplo: «¿Quién es más probable que gane los Juegos del Hambre?». A la de tres, todos señalamos al que creemos que haría lo de la pregunta; el señalado bebe un trago por cada persona que le haya apuntado.

Todos estuvieron de acuerdo y Felipe llenó los chupitos para comenzar.

—¡Yo tengo una pregunta! Comienzo yo —exclamó Raquel con una sonrisa malvada—. ¿Quién es más probable que se case mañana? ¡Uno, dos y tres!

De inmediato, Raquel, Felipe y Carlota señalaron a Fanny, que había alzado los brazos en señal de protesta.

—¡Eso no vale!

—¡Ah! Es lo que hay —respondió Raquel con una sonrisa.

Fanny se bebió tres chupitos, uno tras otro, con una mirada de venganza en sus ojos.

—¡Ahora yo! —exclamó en cuanto terminó de toser después de bebérselos.

—Lo siento, pero le toca a Carlota, que está a mi derecha —protestó Raquel con una amplia sonrisa.

Sabía que Fanny se iba a vengar.

—¡Mala pécora! —la insultó Fanny.

—Es cierto, Fanny, le toca a Carlota —apuntó Felipe.

—¡Pelota! —lo insultó Fanny.

—Las normas son las normas, chica —remató Carlota con sorna—. Ahora me toca a mí. ¿Quién es más probable que ligue en la boda de Fanny? ¡Uno,

dos y tres!

Raquel y Carlota señalaron a Felipe; en cambio, Fanny y Felipe apuntaron hacia Carlota.

—¿Yo?! —exclamaron a la vez Felipe y Carlota.

—¿Por qué Carlota señaló a Felipe? Yo antes no señalé a nadie —protestó Fanny.

—¿Haberlo hecho! —le respondió Felipe a la vez que cogía su primer chupito para tomárselo.

—Me toca —continuó el joven en cuanto terminaron él y Carlota—. ¿Quién es más probable que termine esposado este fin de semana? ¡Uno, dos y tres!

Carlota y Raquel apuntaron su dedo hacia Fanny entre carcajadas, pero Raquel cambió de color cuando se dio cuenta de que Felipe y Fanny la señalaban a ella.

—¿Eh! ¿A qué santo me señaláis a mí? —protestó Raquel.

—¿Para qué, si no, compraste las esposas, preciosa? —le respondió Felipe, meloso.

—No es justo. Sabéis de sobra que va a ser Fanny la que las estrene antes que yo.

—¿Ah! Es lo que hay —le respondió Fanny, imitándola—. Venga, bécete lo que te toca, que yo voy a hacer la pregunta.

Los chupitos estaban haciendo efecto en el grupo y las risas tontas se habían instalado en las gargantas de los cuatro. Fanny y Raquel se tomaron sus chupitos correspondientes.

—¿Quién es más probable que acabe en la cama con Dante? —preguntó Fanny con toda su mala leche—. ¡Uno, dos y tres!

Lógicamente, los tres amigos apuntaron sus dedos hacia Raquel. La joven sopló a su flequillo para apartárselo, apretó los labios y empequeñeció los ojos. Los tres amigos reían ante los gestos de la joven.

—Eso no es verdad —protestó Raquel con la voz pastosa.

—Es lo que hay —apuntó Fanny.

—Porque es tu boda mañana, porque, si no, te lanzaba una maldición como si fuese la más mala de las brujas, que lo sepas.

Se tomó sus tres chupitos correspondientes con una mirada asesina hacia su mejor amiga. Todos sabían que las miradas que se echaban los unos hacia los otros por esas preguntas eran fingidas. Entre ellos se perdonaban absolutamente todo, pero les encantaba dramatizar y hacerse los ofendidos para concluir siempre con un ataque de risa, y abrazados y besados por doquier.

Estaban en la fase de las risas cuando sonó el móvil de Raquel; se lo sacó del bolsillo y se lo llevó al oído mientras soltaba una carcajada sin mirar quién era.

—¿Diga? —respondió en cuanto consiguió calmarse.

—¿Raquel?, ¿eres tú?

—Es posible, depende de quién me llame. ¿Quién eres tú?

—*Dante.*

—¡Ah! Pues no soy yo, te has equivocado.

—*¡Raquel! ¡No cuelgues!*

—¡Jo! Me has reconocido —protestó a la vez que se echaba a reír.

—*Oye, ¿estás borracha?*

—Mmmm..., no..., solo un poco achispadilla.

—*¿Dónde estás?*

—En la iglesia.

—*¿¿Cómo que en la iglesia?! ¡¿Te has vuelto loca?!*

—¡Eh!, ¡eh! ¡No te pases! En todo caso, loquilla y tú, mi troglodita.

Y volvió a echarse a reír.

—*¿Con quién estás?*

—A ver: ¡a mi derecha! ¡Chan chan chan! —gritó Raquel como si estuviera presentando a los boxeadores de un cuadrilátero—. ¡La maravillosa Carrrrrrrrrlota! ¡A su derecha! ¡Chan chan chan! ¡El incombustible Feeeeeeelipe! ¡Y a la suya! ¡Chan chan chan! ¡La mejor novia del mundo:

Faaaaaaanny!

—*¡Joder! ¡Qué pedo llevas, Raquel!*

—¡Que no!

—*Pásame con Fanny, por favor. Quiero hablar con ella.*

—¿Qué me das a cambio?

—*Lo que quieras, pero pásame con Fanny.*

Raquel alargó su móvil a su amiga y gritó a pleno pulmón:

—¡Una de Fanny para Dante!

Fanny, entre risas, cogió el teléfono y se lo puso en la oreja.

—¡Hola, Huguito!

—*Fanny, ¿dónde estáis?*

—En la parroquia de San Jaime y Santa Ana, en el parque posterior.

—*Habéis bebido todos.*

—¡Yes! ¿Te unes?

Raquel abrió los ojos desorbitados al oír la pregunta.

—*Esperadme ahí, voy para allá, pero no se lo digas a Raquel, por favor, quiero darle una sorpresa.*

Dante colgó y se levantó de la silla con presteza.

—¡Carlos, vamos! Coge las llaves del coche; creo que las chicas nos van a necesitar.

Mientras tanto Raquel acribillaba a preguntas a Fanny para que le dijese lo que había hablado con él, pero Fanny se escaqueaba con tesón.

—Lo siento, pero tengo mis secretitos con Dante.

—¡Fanny!

—¿Es que te estás poniendo celosa? —se burló de ella.

Raquel apoyó los brazos en la mesa y dejó caer su cabeza sobre ellos.

—Aguanta, Raquel, que mañana se casa —farfulló Raquel.

Las risas regresaron ante la reacción de la joven. Felipe volvió a llenar los chupitos y dijo:

—Raquel, esta es tu oportunidad de venganza, te toca hacer la pregunta.

—¡Bien! —exclamó la joven levantando la cabeza—. ¿Quién es más probable que... que... ¡Ay, no sé qué preguntarle!

De repente, Carlota cogió el vasito que tenía delante de ella, se lo bebió y se puso a cantar:

*A mí me gusta el pibiripipi,
de la bota empinar, papararapapá.
Con el pibiripipi, con el papararapapá,
al que no le gusta el vino es un animal.*

Todos la siguieron cantando y de esa canción pasaron a otra y a otra... Cuando llegó Dante con Carlos, los cuatro estaban cantando «Asturias, patria querida» agarrados por los hombros y moviendo sus cuerpos de un lado al otro.

—¡Ey! —gritó Felipe, que fue el primero que los vio—, ¡venid y uníos!

Raquel y Carlota, que estaban de espaldas, se volvieron y fruncieron el ceño a la vez al verlos.

—¡Hola! —saludó Carlos—. Menuda juerga tenéis aquí.

—Estamos despidiendo la soltería de Fanny —les informó Felipe.

—Venimos a rescataros, porque supongo que ninguno está en condiciones de conducir —dijo Dante, socarrón.

—¡Vaya! ¿Venís a cortarnos el rollo? —refunfuñó Raquel.

—No, solo a haceros de chofer. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Nos ha traído Carlota, la mejor conductora del mundo —aseveró Raquel arrastrando las palabras.

Los dos hombres miraron a Carlota. La joven tenía medio cuerpo apoyado sobre la mesa; en una mano descansaba su barbilla y tenía los ojos medio entornados. En ese momento sonó el móvil de Fanny y la joven lo sacó de su bolso con manos torpes.

—Dime, mamá —dijo directamente, sin saludar.

En cuanto escuchó la contestación, se irguió y abrió los ojos como platos.

—¡Es cierto!, se me había olvidado. Voy para allá enseguida.

Colgó y se puso de pie.

—Chicos, he de irme, no me acordaba de que hoy cenamos con los jefes de mi madre. No pueden venir a la boda y nos invitan en un restaurante para celebrarlo.

—Pues nada, recojamos el chiringuito —replicó Felipe.

—¿Veis cómo nos necesitabais? Nosotros os llevamos —apuntó Dante.

—Gracias, Dante, menos mal que habéis venido a tiempo. Si llego tarde a la cena, mi madre me mata. En compensación, os invito a los dos a mi boda.

Raquel enarcó las cejas con asombro.

—No es necesario, Fanny, de verdad. Lo hacemos encantados —le agradeció Carlos.

—Insisto. Los amigos de mis amigos son mis amigos. Os espero allí o me enfadaré —les dijo apuntándolos con un dedo—. ¡Que conste que paso lista!

—Estaremos encantados, ¿verdad, Carlos?

—Por supuesto.

A Dante y a Carlos no les costó convencer a los amigos de que Carlota no debía conducir, pero la joven sí puso impedimentos para que Carlos fuese el que la llevase a su casa en su coche, mientras Dante cogía el coche de Carlos para llevar a Fanny a su casa e ir con Raquel y Felipe al hotel.

Durante todo el trayecto entre la iglesia y la casa de Carlota, la joven se dedicó a protestar por obligarla a estar en compañía del que ella calificó como «don Picajoso», ante lo que él la denominó «doña Fisna».

—Ni se te ocurra hacerle un mísero rasguño a mi coche o te la verás con mi abogado —le dijo Carlota a Carlos en cuanto arrancó el coche.

—¡Vaya! Cada vez levantas más la nariz —le dijo Carlos, irónico.

—Mi nariz es perfecta y no se mueve de su sitio.

—Eso es lo que a ti te parece porque, al llevar un palo metido por el culo,

ya no puedes ni vértela.

La joven bajó el parasol de su asiento y se miró en el espejito que llevaba. Agarró su nariz con los dedos índice y pulgar y lo movió a un lado y a otro.

—Perfecta —dictaminó Carlota. Al segundo se giró con violencia para mirarlo con el ceño fruncido—. ¡Oye!, ¿has dicho que tengo un palo en el culo?

—Sí, doña Fisna. Vas siempre tan estirada que eso es lo que parece.

—¡Y una leche, don Picajoso! Lo que pasa es que tú no me gustas nada de nada —le espetó Carlota con muy mala leche.

—¡Mira qué casualidad! Tú a mí tampoco.

—Entonces, ¿por qué me llevas tú a mi casa? Que me hubiese llevado Dante.

La joven se recostó en el asiento y cerró los ojos. Su cuerpo estaba a punto de dejar de funcionar.

—Porque él ha elegido «susto».

—¿Eh?, ¿de qué hablas?

—Nada, una chorrada. Un chiste.

—Ahora me lo cuentas. No haber comenzado. —Su voz era cada vez más estropajosa y adormilada.

—Dice un chiste (bastante absurdo, conste):

«Va uno y le dice a otro: ¿Qué prefieres? ¿Susto o muerte?

Y el otro, contesta: Susto.

A lo que el primero responde, gritando: ¡Uh!

Y el amigo, asustado, dice: ¡Uy!, me has asustado.

Y el otro replica: ¡Ay!, ¡haber elegido muerte!».

Cuando Carlos terminó de contar el chiste, Carlota no dijo nada, por lo que él pensó que se había quedado dormida pero, al cabo de unos minutos, una voz ronca salió de la garganta de la joven:

—O sea que yo soy «muerte».

Una sonrisa juguetona se perfiló en los labios de Carlos.

Mientras tanto, Dante había llevado a su casa a Fanny y en esos momentos estaba estacionando en el aparcamiento del complejo.

—Creo que me voy a meter en la cama y no voy a levantarme hasta que llegue mi padre. ¿Quieres hacerme compañía? —preguntó Raquel a su amigo Felipe, que estaba sentado en el asiento del copiloto a petición suya.

—Estaré encantado —respondió Dante, raudo.

La joven lo miró con la boca abierta y, tras unos momentos de colapso mental, lo señaló con el dedo y le dijo:

—Tú sabes que no es contigo con quien quiero dormir.

—Yo tampoco quiero dormir.

La joven tenía la mente tan nublada que no sabía qué responderle. Los chupitos le daban vueltas en la cabeza y su lengua casi no le respondía.

—Mejor será que corra un tupido velo porque a lo mejor me arrepiento de lo que te diga ahora —consiguió contestarle, pero ya no dijo nada más hasta que salieron del coche.

—Ya nos vemos, Dante —se despidió mientras agarraba a Felipe del brazo y lo arrastraba con ella.

—Descansad —respondió él sin quitarle la vista de encima hasta que desapareció.

«La cosa va muy mal, Dante, muy mal», se dijo a sí mismo el joven empresario.

Capítulo 39

UNA IMPONENTE MOLE

Ya era noche cerrada. Las luces del complejo, a través de las cortinas de la habitación, enmascaraban los muebles con luces y sombras hasta conseguir un ambiente tenebroso.

Dos bultos permanecían inertes encima de la colcha de la amplia cama. Rodeando el lecho, la ropa estaba desperdigada por el suelo. Raquel estaba boca abajo y su cuerpo solo lo cubrían unas braguitas y un sujetador a juego. A su lado, Felipe, de lado, llevaba unos bóxers blancos de Armani.

La joven notó cosquillas por una de las corvas de la rodilla y alargó una mano para rascarse. En cuanto volvió a posar el brazo a la altura de su cabeza, otra vez sintió el cosquilleo. Pensando que sería algún mosquito, levantó el brazo y con fuerza lo dejó caer en la corva con la idea de deshacerse de él, pero nada: en cuanto apartó la mano, otra vez continuó el picor, así que se incorporó para cubrirse con la sábana y que no pudiese molestarla más, pero se encontró con la sombra de una imponente mole al lado de la cama.

—¡Ay! ¿Quién es? —chilló, asustada.

—Soy yo, canija —retumbó la voz profunda de su padre.

—¡Papá! —gritó al tiempo que se ponía de pie de un salto sobre la cama y se dejaba caer sobre el cuerpo de su padre para abrazarlo.

—Hola, querida. ¡Cuánto te he echado de menos!

—Siempre me dices lo mismo.

—Porque siempre lo hago.

—*T'estimo*, papá.

—Y yo a ti, mi vida. ¿Te pasa algo, canija? Te noto más sensible de lo habitual.

—No, qué va...

—¿Y a mí no me quiere nadie? —Se oyó la voz ronca de Felipe recién despierto.

Padre e hija se echaron a reír.

—Ya veo que sigues siendo un pedigüeño, Felipe —le recriminó Santos con socarronería.

—Quien no llora no mama —respondió el joven.

—Venga, ven aquí, que tengo cuerpo para los dos —dijo a la vez que abría los brazos.

Felipe se levantó sobre el cochón pero, en cuanto se acercó a los dos, Raquel le dio un empujón y lo tiró a la cama de nuevo.

—Es mi padre y no lo comparto.

—¡Bruja! —gritó el joven mientras la cogía por los tobillos y tiraba de ella para derribarla.

—¡Papá! ¡Socorro! —gritó la joven a la vez que se aferraba al cuello de su padre.

—Lo siento, cariño, pero has sido una niña egoísta con tu amigo. —El hombre la cogió en brazos y la soltó encima de la cama. Raquel rebotó y fue a parar sobre Felipe, que se quejó al recibir un codazo en...

—¡Me cago en todo lo que se menea! ¡Me acabas de dejar estéril! —chillaba el joven agarrándose sus partes.

—¡Ay! ¡Felipe, perdona!

—No, hija, no. La culpa es mía por dejarte caer —dijo Santos preocupado —. Felipe, ¿qué podemos hacer por ti?

—Dejadme un rato que se me pase, por favor. Salid de la habitación.

Padre e hija lo obedecieron y se dirigieron hacia el salón. Antes de marcharse, Raquel había cogido su bata y se la puso mientras miraba a su padre sonriente. Se sentaron en el sofá y Santos cogió las manos de su hija entre las suyas para acariciarlas.

—No sabes las ganas que tenía de verte. Tengo muchas cosas que comentarte sobre el complejo hotelero —declaró Raquel a su padre.

—Te veo entusiasmada.

—Lo estoy. Lo van a convertir en un complejo familiar sensacional. Ríete tú de Marina d'Or. Bueno, la verdad es que no tiene nada que ver con eso; es algo más familiar e íntimo. Tengo el informe hecho y cuando quieras te lo comento.

—Bien. Por hoy lo dejamos; vengo cansado y muerto de hambre. Mañana todavía es jueves, así que podemos verlo con tranquilidad, ¿no crees?

—Claro que sí, yo también necesito una cena abundante. Tengo una resaca de muerte y seguro que Felipe, cuando se le pase el dolor, opinará igual. ¡Ah!, por cierto: ¿sabes quién ha comprado el complejo?

—La cadena de hoteles RV.

—¿Y sabes quién es el propietario de los RV?

—Un tal Roberto Martín. No lo conozco, aunque hemos coincidido algunas veces en algunos eventos del sector.

—¿Y sabes quién es su hijo?

—Pues no...

—Dante Martín —le informó Raquel.

—¿Dante Martín? ¿El Dante Martín que trabajó con nosotros? —interrogó sorprendido.

—El Dante Martín que tú enviaste a que me siguiera durante mi viaje por Francia.

Santos agachó la cabeza, avergonzado. Él se arrepentía mucho de haberla espiado en su día porque, al volver, su hija le hizo comprender que lo que había demostrado era que no se fiaba de ella y eso era algo que le había

causado mucho daño. Por supuesto, no volvió a hacerlo; además, después de nueve años, Raquel, pese a sus torpezas y despistes, había demostrado con creces de que ella era muy capaz de ocupar su puesto y estaba seguro de que el día que él se jubilara, cosa que esperaba que fuese muy tarde porque él no se veía capaz de vivir sin trabajar, ella ocuparía su lugar sin problemas.

—Raquel, no sabes lo arrepentido que estoy por eso.

—Sí que lo sé, papá, te conozco. Aquello fue un arrebatito tonto de padre hipermegaprotector. Y que conste que sé que sigues siendo así, pero ya te controlas mejor —le respondió con una dulce sonrisa en su rostro.

—Tienes razón, hija. Siempre serás mi canija —afirmó Santos—. Y dime: ¿qué tal el reencuentro?, ¿volaron cuchillos?

—Al principio sí, para qué negarlo. Su engaño me dolió mucho en su día, pero después de sus explicaciones decidí que ya era hora de perdonarlo. Además, debía estar a buenas con el propietario del hotel, ¿no crees?

—Lo que creo es que tienes un corazón de oro.

—Bueno, tú sabes que lo hago por egoísmo, no lo paso bien con los malos rollos y no hay cosa que me gusta más que ser feliz y disfrutar de buenos momentos. Y si ese momento es continuo y eterno, mejor —le explicó Raquel con una amplia sonrisa.

En ese momento apareció Felipe y se reunió con ellos.

—¿Estás bien, cielo? —lo interrogó Raquel, preocupada.

—Sí, tranquila, ya ha vuelto todo a su sitio —le respondió, guasón.

—¿Te apuntas a cenar? —le preguntó Santos.

—Claro que sí.

Los tres se arreglaron y se dirigieron hacia el restaurante del complejo pero, cuando estaban a punto de entrar, una figura alta apareció por el otro lado del camino en dirección a ellos.

—¡Santos! ¡Qué alegría verte! —exclamó Dante en cuanto reconoció a su antiguo jefe.

—¡Vaya!, el pícaro de Dante —se burló a la vez que abría sus brazos para

recibirlo.

Los dos hombres se fundieron en un fuerte abrazo al tiempo que se palmeaban las espaldas.

—¡Qué gustazo verte de nuevo, de verdad, Santos!

—Lo mismo digo, Dante.

Se sujetaron el uno al otro por los brazos. En realidad, se notaba que había una corriente de alegría de los dos al volverse a encontrar.

—Muchacho, cómo has crecido en tu carrera.

—En parte gracias a ti, Santos. Me diste una gran base de la que he procurado no separarme nunca.

—Qué bueno es saber eso.

Raquel los miraba interactuar y se dio cuenta enseguida de que, por parte de los dos, había un afecto profundo, pero lo que más le sorprendió fue descubrir que, por encima de todo, Dante sentía admiración por su padre y eso la desarmó. No había en el mundo entero nadie a quien quisiera más que a su padre; para ella era su referente en la vida, su guía y su refugio, y comprobar que Dante sentía esos sentimientos por él le produjo vértigo. Un calorcillo le subió por el estómago hasta el corazón y se instaló allí. Cuando alguien es capaz de quitarse la capa del ego que todos tenemos y reconocer la grandiosidad en otra persona, merece todos los respetos.

—¿Te vienes con nosotros a cenar? —le propuso Santos.

—A eso iba. Si no os molesto, me uno a vosotros—aceptó mirando a Raquel.

—Por supuesto que no. Siéntate en nuestra mesa —afirmó la joven.

Durante casi toda la cena, Santos y Dante acapararon la conversación con el objetivo de ponerse al día.

—¿Te ha dicho tu hija que la he convencido para que trabaje con nosotros en el complejo con un proyecto de ocio que nos va a elaborar? —le preguntó en un momento dado.

—No sabía nada. —Santos miró a Raquel—. Todavía no nos ha dado tiempo

a ponernos al día. Hemos acordado reunirnos mañana para hablar de trabajo.

—Carlos, el director del hotel, y yo estamos entusiasmados con el trabajo de Raquel, realmente entusiasmados.

—No me extraña, es la mejor —apuntó Santos, orgulloso de su hija.

—Bueno, bueno, no me regaléis los oídos.

—¡Eh! Si os sobran flores, podéis echármelas a mí —se ofreció Felipe con sorna—. Mi cuerpo admite todo lo que me echen.

—Sí, Felipe, tú siempre dispuesto a echarle lo que sea al cuerpo —se burló Raquel a la vez que alargaba el brazo para agarrar su copa, pero calculó mal la distancia y la golpeó; sin embargo, Dante reaccionó con rapidez y la sujetó antes de que se volcara del todo, por lo que solo cayó un poco de vino en el mantel. Raquel elevó los ojos y se encontró con su mirada fija en ella con una sonrisa tierna enganchada en sus labios.

¡Hala! ¡Otro latigazo en el corazón! Porque encontrarse con una mirada cariñosa por su torpeza, en lugar de un ceño fruncido, como decía el anuncio aquel, no tiene precio...

Cuando se despidieron, Dante comprendió que al día siguiente tampoco podría hablar con ella. Otro día menos. Además, ahora, que estaba su padre allí, sería muy difícil estar a solas con ella. Muy, pero muy difícil. Pero, aun así, sus pensamientos fueron demasiado optimistas y ni siquiera pudo verla de refilón en los siguientes dos días. Así que terminó por agradecer de manera intensa la invitación de Fanny a la boda. Era la única y última oportunidad que tendría.

Capítulo 40

POR FIN LLEGÓ LA BODA

Los rayos del sol incidían en la vidriera de la iglesia proyectando una amalgama de colores difuminados. Dante estaba sentado al otro lado del pasillo central y unos asientos más atrás de donde estaba sentada Raquel. El tono rosa de la vidriera la envolvía en un halo que le confería una percepción de irrealidad a su perfil. Estaba bellísima con su vestido largo con escote de barco en un azul profundo, así que apenas prestaba atención a la boda de Fanny. De vez en cuando la veía acercarse un pañuelo a sus ojos, por lo que suponía que estaba emocionada al ver a su amiga cumplir su sueño.

La joven estaba sentada al lado del pasillo junto a su padre y al lado de él, Felipe. No podía evitar que un mar de lágrimas le brotara cada dos por tres de entre sus párpados.

Había llevado una mañana ajetreada coordinando los últimos detalles de su cometido en la boda. Por otra parte, Óscar, el *scouter* amigo de Fanny, y sus compañeros del Grupo Scout Nyeri habían llegado una hora antes de la boda para organizarlo todo en el lugar del banquete y la habían acompañado hasta el hotel donde se celebraba para que comenzasen a prepararlo.

Cuando, por fin, había llegado a la iglesia, Fanny estaba a punto de entrar en ella; menos mal que su padre le había guardado el sitio en el banco, si no le hubiese tocado estar de pie porque la iglesia estaba abarrotada. Los dos

contrayentes eran de Benidorm y residían allí, así que, entre parientes y amigos de la ciudad y los que habían aprovechado para hacer una escapada a la zona de veraneo por excelencia, prácticamente la totalidad de los invitados habían aceptado la invitación.

Fanny había entrado colgada del brazo de su padre con su romántico vestido. Era la novia más radiante que había visto en su vida. El novio la esperaba delante del altar con un evidente nerviosismo, ya que no lograba estarse quieto ni un segundo hasta que la vio avanzar por el pasillo. En ese momento, Vicente clavó la mirada en su novia y se convirtió en una estatua al contemplar la aparición que surgió frente a él.

Tras la emotiva boda, Raquel había salido de la iglesia aferrada al brazo de su padre. Se había hecho el firme propósito de no estropear la boda de su amiga con alguna de sus meteduras de pata, así que, considerando que llevaba unos altos zapatos de aguja, se prometió ir siempre agarrada a alguien para no tropezar y/o caer. Todos los invitados, que permanecían expectantes a la espera de los novios en la puerta de la iglesia, llevaban unas bolsitas de tul llenas de pétalos de rosas para arrojarles cuando salieran.

Unas voces anunciaron que ya se acercaban a la puerta, que se abrió, y allí aparecieron los dos radiantes novios. Dieron un paso hacia adelante y los pétalos comenzaron a volar. Otro paso y los pétalos siguieron cayendo. Raquel comenzó a rebuscar en su saquito para tenerlos preparados cuando estuviesen más cerca pero, al meter la mano, la bolsa se le escurrió de entre los dedos, pero otras manos atentas la cogieron al vuelo y se la devolvieron. No hizo falta que elevase los ojos para saber a quién pertenecían. Dante. Inconfundibles esas manos morenas de dedos largos y uñas cuidadas. Musitó un «gracias» sin mirarlo y llenó su mano de pétalos para arrojárselas a sus amigos. No se había dado cuenta de que él estaba a su lado, ni siquiera que había estado en la iglesia, pero ahora, que sabía que estaba allí, seguro que ya no podría quitárselo de la cabeza.

—Hola, muchacho. No sabía que estarías en la boda —apuntó Santos en

cuanto lo vio al lado de su hija a la vez que le alargaba la mano.

—Hola, Santos. Fanny me invitó el otro día, cuando les hice un favor inconfesable a su grupo de amigos —le respondió mientras le correspondía y le estrechaba la mano.

—¿Te refieres a Raquel, Carlota y Felipe?

—Esos mismos.

Raquel, entre los dos, miraba a uno y al otro como si estuviese en un partido de tenis.

—Mmmm... Inconfesable, ¿eh? Dan ganas de hacerte un interrogatorio de tercer grado para que lo cuentes todo.

—¡Bah!, papá, se está haciendo el misterioso. En realidad, nos tomamos unos chupitos para despedirnos de Fanny y tuvo que conducir él —intervino Raquel, sonriendo.

—Bueno..., algunos más chupitos que otros... —aclaró Dante, guasón.

—Pues..., no sé..., yo no recuerdo mucho... Es más, no me acuerdo de por qué estabas tú allí, porque al principio no estabas —reconoció la joven dubitativa.

—¿No recuerdas que hablamos por teléfono?

—No... —respondió Raquel vacilante al tiempo que comenzó a ponerse nerviosa. ¿Hablar con él por teléfono? No, no lo recordaba.

—Entonces, ¿no te acuerdas de que me llamaste «tu troglodita»? ¿ni de que me dijiste los nombres de los que te acompañaban como si estuvieras en un *ring* de boxeo? —la interrogó con mucha guasa.

—¡Anda ya! ¡Te lo estás inventando!

Ahora era Santos el que estaba pendiente de lo que hablaban su hija y su exayudante. Y lo notó enseguida. ¡Vaya si lo notó! Esos dos estaban locos el uno por el otro. Una sonrisa bonachona se perfiló en sus labios. Este hombre le gustaba para su hija. La única lástima es que fuese del Madrid; bueno, así tendría con quién discutir en los partidos.

—No te miento, Raquel. Por eso decidí ir allí; sabía que los cuatro estabais

un poco pasados de tuerca y que necesitaríais a alguien para volver a vuestros respectivos lugares. Pregúntaselo a tus amigos aunque, visto lo visto, quizás tampoco ellos lo recuerden —le explicó Dante y terminó con una sonora carcajada.

—Bueno, pues, si es cierto lo que dices, que sepas que lo que se dice borracha no tiene validez jurídica —replicó la joven.

—Tranquila, tú no prometiste nada, soy yo el que estoy en deuda contigo.

—¿Y eso? —interrogó la joven elevando las cejas con asombro.

—Me hiciste prometer que te daría lo que quisieras a cambio de que pasases el teléfono a Fanny.

—¡Ah!, ¡espera! ¡Creo que de eso me acuerdo! La interrogué a Fanny para que me dijese qué había hablado contigo, pero no conseguí que me dijera nada.

—Yo le pedí que no lo hiciera.

—¿Y se puede saber lo que hablaste con ella? —preguntó frunciendo el ceño.

—Solo quería que me dijera dónde estabais para acudir en vuestra ayuda, mal pensada.

—¡Eh! Yo no he pensado mal pero, en lo tocante a mis amigos, reconozco que soy algo cotilla —replicó con una sonrisa que pasó a ser burlona cuando continuó—. Por cierto: no intentes distraerme. Dices que me debes lo que yo quiera... Tomo nota...

Dante echó su cabeza hacia atrás y soltó una fuerte carcajada.

—Ya veo... Del resto no te acuerdas ni te fías de que yo haya dicho la verdad, pero de mi deuda no tienes ninguna duda, ¿eh?

—Puede que sea despistada, pero de tonta no tengo ni un pelo —bromeó Raquel—. Ahora os dejo, veo que Fanny tiene menos gente alrededor y voy a felicitarla. ¡Hasta luego!

Los dos hombres la siguieron con la mirada.

—Mi canija se ha convertido en una mujer fuera de serie —musitó Santos.

—Estoy en desacuerdo, exjefe.

—¿Cómo?! —gruñó elevando una ceja.

—Siempre ha sido una mujer fuera de serie —concluyó Dante, sonriendo.

Se encontraban todos los invitados aguardando a los novios en el jardín que precedía al salón donde iban a celebrar el convite y en el que se estaba sirviendo un cóctel de bienvenida. Raquel, colgada del brazo de Felipe, oteaba la entrada en espera de que llegasen Fanny y Vicente para hacerles unas fotos con la cámara que llevaba en su bolso; la boda de su mejor amiga no se merecía las malas imágenes que hacía su móvil.

Una amplia sonrisa se dibujó en sus labios carnosos en cuanto tuvo el más mínimo atisbo de la esperada llegada. La gente se arremolinó en torno a los novios para ver cómo brindaban con cava, lo que provocó que desaparecieran de su campo de visión, así que, agobiada, miró a su alrededor para ver si detectaba algo a lo que subirse. Detrás de ella había una fuente con un pequeño murete que la circundaba.

—Felipe, ayúdame a subirme ahí.

Su amigo miró hacia atrás y vio la fuente.

—¿Estás segura? —le preguntó dubitativo.

—Sí, tranquilo, me sujetaré de ti. ¡Quiero verla!

La joven se apoyó en el hombro de Felipe y se subió al murete con mucho cuidado; se giró y buscó a la pareja. La localizó enseguida y, como vio que tenía una buena visión desde allí, se soltó y buscó la cámara en su bolso. Se lo pasó a su amigo y levantó los brazos con la cámara entre las manos para enfocar la imagen a través del objetivo.

Nadie podría decir cómo ocurrió pero, en cuanto tuvo la cámara delante de su cara, perdió el equilibrio y notó cómo se iba hacia atrás sin poder evitarlo; con desesperación, abrió sus brazos y aleteó para intentar recobrar la estabilidad y no caer dentro de la fuente, pero sin conseguirlo. De pronto notó

que sus piernas se lanzaban hacia adelante y que algo duro chocaba en su espalda y en las corvas de sus rodillas, y de repente salió en volandas y apareció ¡entre los brazos de Dante!

—¡Justo a tiempo! —exclamó Dante con una amplia sonrisa.

—¡Ufffff! Menos mal, Dante. Mil gracias. Durante unos segundos me he visto chorreando —confesó entre risas—. Te estás convirtiendo en mi ángel guardián.

—Algo es algo.

—Ya puedes bajarme.

—¡Vaya! Pensaba que preferirías quedarte entre mis brazos para evitar más percances —bromeó Dante.

—No me tientes... Aunque, a lo mejor, te recuerdo este ofrecimiento cuando no pueda aguantar los zapatos, que ocurrirá más pronto que tarde.

—A tu disposición, bella damisela —le dijo mientras la dejaba sobre sus pies.

La mesa redonda, decorada con elegancia y con un hermoso centro de peonías rosas, en la que estaban Raquel, Felipe y Carlota la compartían con Dante, Carlos y otros amigos de Fanny. Al principio de la cena, mientras Raquel saboreaba con deleite el bogavante del primer plato y Dante la miraba sabedor del placer que sentía con su comida preferida, la conversación fue amena pero cordial hasta que poco a poco se fueron conociendo, tanteándose, y comprendieron que podían subir el nivel del jolgorio. Las risas y carcajadas se sucedían en un ambiente tan distendido que ni siquiera Carlota y Carlos tuvieron tiempo para tirarse puyitas.

Raquel solo tuvo que levantarse un par de veces para ver cómo le iba a los *scouters* con los niños pero, al ver que desempeñaban su labor de forma eficiente, se desentendió de ello. También se acercó a comprobar si el carrito de helado que habían encargado para después de la cena estaba dispuesto, así

como el puesto con chuches, el carrito con una cafetera de cápsulas y distintas pastas y dulces, y el *photocall* con todos sus accesorios; además, verificó si la barra libre estaba lo suficientemente surtida. Después de dejarlo todo en orden, volvió a la mesa y siguió disfrutando de la velada.

Cuando llegó la hora de iniciar el baile, Fanny estaba expectante. Vicente le había pedido elegir él la canción y que ella no lo supiese hasta la hora del baile, así que cuando sonó «She», de Elvis Costello, la joven casi se deshace en los brazos de su amor. Raquel se llevó las manos a su boca y exclamó:

—¡Qué bonita!

Todos los invitados contemplaron con ternura cómo la pareja bailaba como si fuese un solo ser hasta que terminó la canción. Después comenzó a sonar un repertorio de música de los años 80 y 90, los favoritos de Fanny. Carlota, Felipe y Raquel se apuntaron enseguida y enloquecieron en la pista de baile.

De repente, se escuchan los primeros acordes de «I will survive», de Gloria Gaynor, y a Raquel pareció que iba a darle algo. Su cuerpo se contorsionaba con locos espasmos a la vez que daba vueltas por toda la pista. Se cruzó con Carlota, que la enganchó por un brazo, y giraron las dos como un molinillo hasta que Raquel salió disparada y cayó en brazos de Ximo a la vez que reía como una posesa.

El joven la envolvió con sus brazos y bailó con ella durante un rato hasta que la joven se soltó y continuó con su recorrido por la pista con los brazos levantados y cantando a voz en grito. Cinco minutos de auténtica locura que acabaron con la joven doblada sobre sí misma con las manos apoyadas en sus rodillas cuando terminó la canción.

Cansada, se dirigió hacia la mesa y se dejó caer desmadejada en su silla.

Después de unas cuantas canciones movidas, sonó «Amiga mía», de Alejandro Sanz, y Dante se levantó de la mesa, se acercó a la joven y, haciendo una leve reverencia, alargó la mano. Había estado observándola

durante todo el tiempo que había estado bailando y su cuerpo la necesitaba.

—Perdona, ¿te apetece bailar? Te prometo que no te pisaré y no me importa si me pisas tú a mí.

—Yo no te prometo nada —respondió con sorna.

En cuanto la vio levantarse para aceptar su petición, Dante sintió un escalofrío por su columna. Iba a tenerla en sus brazos por fin otra vez. Si bien estarían rodeados por multitud de personas, él pensaba disfrutarlo como si estuviesen solos. Llevaba días deseando tenerla así y no iba a desaprovecharlo; por eso, en cuanto estuvieron en el centro de la pista de baile, la agarró por la cintura y la pegó a su cuerpo.

—¿Pretendes asfixiarme delante de toda esta gente? —murmuró Raquel con sorna.

—Solo quiero sentirte.

—Y yo quiero sobrevivir a este baile, así que ¿podrías aflojar un poco tu brazo?

—No me pidas eso, Raquel, por favor —susurró Dante con voz ardiente.

—Pero... ¿qué te pasa, Dante?

—Quiero estar contigo.

—Llevamos varias horas juntos.

—No me refiero a esto. Me refiero a juntos tú y yo.

Raquel se quedó muda. Había estado evitando este momento desde que lo oyó apostar con sus amigos. Bueno, exactamente este momento, no. Pensaba que se limitaría a intentar llevársela a la cama, no recurrir a tener una relación para conseguir su apuesta. Y esto le parecía un golpe bajo; en realidad muy bajo, por su parte. Muy feo. Jamás habría pensado que estaría dispuesto a esto con tal de vencer a su amigo.

Una fuerte sensación de enfado la inundó por dentro. Ella no estaba acostumbrada a este sentimiento y aún se enfureció más al producirse. Lo que tenía que hacer en ese momento sería lo más duro que habría hecho en su vida pero, llegados a esa situación, no le quedaba más remedio. No podía

aceptar su propuesta ni, después de su falsedad, la relación podría ser igual entre ellos.

—Tú te crees que yo soy gilipollas, ¿verdad? —exhortó entre dientes, apretando la mandíbula.

Ahora sí que la separó para mirarla a la cara, asombrado.

—¿Estás enfadada? —Nunca había visto ese rictus en el rostro de Raquel. Sus labios carnosos habían desaparecido en una fina línea; su ceño era tan profundo que casi se juntaban las dos cejas, y su mirada destilaba rencor.

—Ahora mismo vas a soltarme y a prometerme que jamás volverás a hablarme de algo personal entre tú y yo. Nuestra relación únicamente va a ser profesional, ¿entendido? Si no me lo prometes, rompo nuestro preacuerdo.

—Pero...

—No, no hay «peros». Prométemelo.

—Está bien. Si es lo que quieres...

—Eso es. Y ahora suéltame.

Desconcertado, Dante aflojó su brazo hasta que lo dejó colgando en su costado. Raquel se dio la vuelta y se marchó de su lado. El joven no se movió hasta que pasó unos largos y tensos segundos y se arrancó a andar en dirección contraria a la que había tomado la joven.

Nadie se había dado cuenta de la tirantez entre los dos, salvo Felipe, que los estaba mirando desde que se habían ido a bailar. Cuando vio la rigidez en el cuerpo de Raquel, supo enseguida que algo le ocurría y lo pudo comprobar de inmediato al ver su rostro cuando se giró y se fue en dirección al jardín. Se levantó presto y acudió a su encuentro; sabía que su querida amiga y jefa iba a necesitar un hombro donde apoyarse.

La puerta se cerró detrás de ella y se encontró en el jardín donde habían tomado el cóctel de bienvenida. Tras desprenderse de los brazos de Dante, había salido sin mirar a nadie ni a nada en busca de intimidad, sin saber hacia dónde iba; solo se había fijado en que tenía una puerta delante y no dejó de andar hasta que la cruzó. Se alegró al ver el jardín, ya que en esos momentos

se dio cuenta de que necesitaba respirar aire puro. Exhaló e inspiró unas fuertes bocanadas de aire mientras se dirigía hacia un banco que había divisado, un poco escondido entre las ramas de un sauce llorón.

Acababa de sentarse cuando notó que alguien se acomodaba a su lado y la abrazaba. Enseguida reconoció el aroma de su amigo Felipe; dejó descansar su cabeza en su pecho y se apretó contra él.

Capítulo 41

OBSESIÓN

El fondo de pantalla del portátil cambió de imagen y apareció Raquel con una amplia sonrisa a orillas del Garona; al rato desapareció y surgió otra foto de la joven en la cena de la boda de Fanny. Dante bajó con fuerza la pantalla; estaba claro que era masoquista.

Hacía dos meses que se había celebrado la boda; por lo tanto, llevaba dos meses sin verla. Se comunicaban por correo electrónico o por WhatsApp y exclusivamente por temas de trabajo. Le había hecho una promesa y pensaba cumplirla... hasta que se hartase.

La reacción de Raquel aquella noche, nefasta para él, lo dejó bloqueado y abandonó la fiesta en cuanto la muchacha se apartó de sus brazos. Se pasó la noche despierto sin dar crédito a lo que había pasado y no se durmió hasta el amanecer. Supo que Raquel se había marchado muy temprano del hotel al día siguiente de la boda junto con su padre y Felipe.

Pasó un domingo de perros gruñéndole a Carlos y protestando por todo hasta que su amigo le cantó las cuarenta y lo puso firme. A partir de ahí dedicó su esfuerzo y su furia a trabajar. Llevaba los dos meses viajando entre Benidorm y Madrid para recuperar su trabajo atrasado y ultimar las obras del complejo hotelero que comenzarían en cuanto acabase la temporada alta, pero ni un solo segundo de todo ese larguísimo tiempo había conseguido apartar de su mente

la imagen de Raquel.

Reconocía que se le había agriado un poco el carácter y tenía a su familia un preocupada, pero no podía remediarlo. La alegría y el buen humor se los había llevado Raquel cuando lo dejó plantado en medio de la pista y se había marchado sin despedirse siquiera.

El primer contacto que volvieron a tener lo fomentó Carlos, a la semana de irse de Benidorm, al pedirle a la joven que les pasase una copia de los últimos cambios efectuados en el proyecto a él y a Dante. A vuelta de correo, Dante le comentó su punto de vista sobre lo que le había enviado y así se entabló una cordial relación de trabajo.

El día que Raquel le envió su primer wasap para avisarle de que estaría dos semanas desconectada de internet porque se iba a África a ver algún safari, casi le da un patatús por dos motivos: porque le había escrito el wasap y porque ¡se iba de safari! ¡¿Esa niña estaba loca o qué?! Estuvo tentado de rogarle que no lo hiciera o que, si se empeñaba, lo dejase acompañarla. Escribió un montón de veces su petición en el Whatsapp y lo borró otras tantas. No podía hacer tal cosa.

Al final le respondió que tuviera mucho cuidado y que le avisase de que había terminado bien el viaje en cuanto tuviese internet.

Raquel:

A lo mejor te crees que voy a dejar que me coma un león.

Dante:

No. Confío en ti y sé que llevarás todas las protecciones necesarias, pero me quedaría más tranquilo si me avisaras.

Raquel:

De acuerdo.

Y ya no supo nada más de ella hasta pasados dieciséis días. Los dieciséis días más agónicos de su vida, salvo cuando le dio el ataque de corazón a su

padre, claro.

Carlos intentó calmarlo y razonar con él. Si no tenía malas noticias, era que todo le iba bien. Esto le sirvió para acordarse del padre de Raquel y lo llamó para informarse cuando llevaba una semana sin saber nada de ella.

—Hola, Santos, soy Dante Martín.

—*¡Hola, muchacho! ¡Qué alegría que me hayas llamado! Me supo muy mal irme del hotel sin despedirme de ti. Cosas de Raquel: le entraron las prisas por volver a Barcelona para retomar el trabajo porque decía que ya llevaba demasiados días a la bartola.*

—Ya, bueno, por ella te llamo. Me dijo que se iba de safari y quería preguntarte si tú sabías algo de ella. Estoy preocupado.

—*¡Ah! Pues no, hoy no he tenido noticias tuyas.*

—¿Y estás tan tranquilo? —le preguntó exaltado.

—*A ver, Dante, no, no estoy tranquilo, pero ella iba a tantear las ofertas de safaris, no a hacer uno. Además, te he dicho que hoy no he sabido nada, pero me ha llamado casi todas las noches cuando vuelve al hotel.*

—¡Ah! ¡Joder! ¡Vale!

—*Oye, hijo, ¿os pasa algo a Raquel y a ti?* —inquirió Santos con tono preocupado.

—¿Por qué lo dices?

—*No sé, yo noté mucha conexión entre vosotros cuando os vi juntos en el hotel y, desde que hemos vuelto, he notado que mi hija me desvía la conversación cuando intento hablar de ti. ¿Os habéis peleado?*

—Santos, perdona, pero no puedo responderte a eso. Es algo entre Raquel y yo y estoy seguro de que, si yo te comento algo a ti, tú le irás con el cuento a ella.

—*Oye, no solo soy padre, también puedo ser amigo. Y un amigo de los de verdad, de los que siempre están cuando tú necesitas que estén. Por favor, ten la seguridad de que no hablaré de esto con Raquel.*

—Está bien. Mira, te confieso que me gusta mucho tu hija. Pero mucho,

mucho.

—*Ya. Eso lo noté.*

—Bueno, pues, como tú has dicho antes, yo también creía que había una gran conexión entre Raquel y yo, así que el día de la boda, durante el baile, me decidí a decirle que quería tener algo con ella, algo en pareja. Ella y yo, juntos. Ya sabes...

—*Ya, eso que antes llamábamos novios y que ahora no os atrevéis a ponerle nombre por si os compromete demasiado.*

—Algo así, sí.

—¿Y?

—Pues ella me hizo prometerle que, a partir de ese momento, solo tendríamos una relación profesional y que no volvería a tocar ningún tema personal con ella.

—Collons! *¡Eso sí que no me lo esperaba!*

—Ni yo, para qué te voy a engañar.

—*Lo siento, muchacho, me gustabas como yerno.*

—Y a mí tú como suegro, la verdad. Pero tu hija me ha dejado hecho un guiñapo y... bueno, no quiero contarte mis penas. Santos, te dejo, tengo una reunión de trabajo ahora. Por favor, si tienes noticias de Raquel, me avisas, ¿vale? Para quedarme tranquilo.

—*Descuida, Dante. Te iré contando.*

—Gracias, amigo.

A partir de ese día la comunicación entre Santos y Dante se hizo casi diaria hasta que Raquel volvió de África y luego continuaron hablando por teléfono muy a menudo. El padre de la joven cumplió su promesa y en ningún momento le dijo a su hija el vínculo que estaba manteniendo con él.

A través de él estaba más o menos al día en la vida de Raquel y ansiaba cada minuto poder estar compartiendo con ella sus logros profesionales, sus viajes de trabajo y de placer, sus risas, sus conversaciones rocambolescas, sus ansias por saber todo de todo, sus caricias, sus besos, su pasión...

—No puedes seguir así, tío, te estás quedando en los huesos —lo apremió Darío.

Se encontraban los tres amigos sentados en la cafetería del complejo hotelero de Benidorm. Tres meses y medio. Tres meses y medio interminables y desesperantes hacía que no veía a Raquel y ya estaba a punto de llegar a su límite. Estaban a finales de un noviembre frío y ventoso, como su estado de ánimo.

Cada vez que Dante viajaba a Benidorm, Carlos y Darío veían la decrepitud que amenazaba con anticiparse. Aparecieron sus primeras canas y unos profundos surcos se marcaron en su frente, además de la evidente pérdida de peso.

—Lo sé, Darío. Llevo tres meses y medio dándole vueltas al asunto y creo que ya es tiempo suficiente. Necesito hablar con ella por última vez y, si no puedo convencerla para que me acepte a su lado, me concentraré en olvidarla. Será duro, pero no puedo seguir regodeándome en la pena, o acabaré conmigo mismo.

—Bien. Ahora tienes una línea de actuación; es lo principal en cualquier proyecto —apuntó Carlos en su línea práctica—. Siguiendo paso: ¿cómo vas a conseguir que te escuche?

—No lo sé. Quizás vaya a Barcelona, o tal vez hable primero con Santos para que me aconseje; a lo mejor él puede interceder por mí.

—No lo sé, quizás, tal vez, a lo mejor... Me encanta cuando un plan es firme y seguro —se burló Carlos.

—Eso es: búrlate de mí, conviérteme en tu bufón.

—No, amigo, no. Bufón lo eras antes, cuando nos reíamos con tus bromas; ahora te estás convirtiendo en una piltrafilla y eso no me gusta nada. Si con un par de tortas se te quitase toda esa apatía, te las daría con gusto. Necesitas reaccionar, Dante, de verdad. Agarra al toro por los cuernos y encara lo que

sea que venga. Lucha por ella, consíguela como sea y, si aun así no puede ser, pues tendrás que afrontarlo y seguir tu vida. Ese es el Dante que yo conozco y que ahora no logro distinguir.

Carlos se había incorporado en su silla y le hablaba con voz dura y contundente por encima de la mesa.

—¿Qué es lo que quieres hacer?: ¿luchar por ella? ¡Lucha!, ¡lucha ya! — concluyó con brío el director del hotel.

La cara de Dante se transformó y un nuevo brillo acudió a sus ojos; un fulgor de fuerza y energía renovada se reflejó en su rostro. Cogió el móvil de encima de la mesa y, con la mirada fija en su amigo, buscó el número de Santos. En cuanto su antiguo jefe le contestó, se levantó de su asiento y salió de la cafetería para hablar con él con tranquilidad. Necesitaba su ayuda y, si él accedía, debían planificar una buena estratagema para conseguir estar a solas con Raquel.

Capítulo 42

OBJETIVO EN MARCHA

Raquel:

Hola, Dante. Quería avisarte que este fin de semana vamos Carlota y yo a Benidorm, por si te interesa que revise las zonas de ocio en persona.

El joven releyó varias veces el wasap hasta que estuvo seguro de lo que le había escrito Raquel. Santos le había avisado de la estancia de la joven en la ciudad, pero no esperaba que ella se lo anunciase. «Creo que he menospreciado el poder de convicción de mi exjefe», pensó.

Dante:

Hola, Raquel. Sí, la verdad es que estaría bien que supervisases las obras de esas zonas a ver si se adecúan a lo que acordamos.

Raquel:

Perfecto. Pues me pasaré por allí. *Adeu.*

Dante:

Adiós.

«Estupendo —pensó Dante con una amplia sonrisa en cuanto apagó la pantalla—: comienza el plan».

Con paso indeciso, Raquel se dirigió hacia la oficina de Carlos. Volver allí le había removido un montón de sentimientos y recuerdos que no quería que acudiesen a su cabeza. Hacía casi cuatro meses que no veía a Dante y esperaba que siguiese siendo así. Aún no estaba preparada para volverlo a ver porque todavía no había conseguido quitárselo de la cabeza. Fue muy duro para ella renunciar a él pero, si la confianza fallaba, no había base para cimentar una buena relación, fuese la que fuese.

Pero se equivocó: en cuanto abrió la puerta, lo primero que vio fue el rostro añorado de Dante. Con sorpresa, enseguida se dio cuenta de que había cambiado. Parecía mucho más delgado, con más canas y pliegues en la cara, además de unas violáceas ojeras. Fue un choque importante para ella; todo se removió en su interior, por lo que sabía que no podría controlarse como habría deseado.

—Hola, Dante. No te esperaba aquí —dijo mientras caminaba despacio hacia el centro del despacho.

Él se levantó de la silla y se dirigió hacia ella para estamparle un par de besos en cada mejilla, a los que ella no correspondió al no esperarlos.

—Llevo aquí una semana ultimando detalles de las obras.

—No me dijiste nada cuando te avisé que vendría.

—No pensé que importase.

—No..., no, claro.

A Dante le sudaba todo el cuerpo, pese a estar en plena ola de frío. Estaba tan nervioso que tuvo que contenerse para no tartamudear. Se encontraba torpe e inepto. La espera había sido una tortura. Llevaba despierto desde antes de que amaneciera, se había cambiado de ropa un sinfín de veces, el trabajo había sido relegado porque en su mente solo tenía sitio para pensar en el próximo encuentro. Volverla a ver después de tanto tiempo, tan preciosa como siempre, aunque algo más tapada, pero tan ella, tan peculiar...

La observó soplar su largo flequillo, que le tapaba sus luminosos e impresionantes ojos; contempló sus labios gordezuelos y su figura menuda,

pero excitante. Llevaba sus hermosos pechos enfundados en un jersey de lana multicolor de cuello vuelto y sobre este, envuelto en el cuello, un enorme pañuelo de color rojo. Sus atrayentes glúteos eran moldeados por unos vaqueros estrechos con unas botas de cuero marrón altas hasta casi la rodilla. De su hombro colgaba un enorme bolso de piel marrón, igual que la chaqueta que llevaba suspendida en el brazo. Estaba maravillosa. Solo le faltaba su sempiterna sonrisa, pero él conseguiría verla de nuevo.

—¿Y Carlos ya no trabaja aquí?

—Sí, todavía está aquí. Hasta que no esté en funcionamiento, no se irá. ¿Y Carlota no viene contigo?

—Está haciendo la reserva.

—¡Ah! No, espera, ya nosotros os hemos reservado un chalet. Un segundo, aviso a Carlos para que lo solucione.

Mientras Dante llamaba a su amigo y hablaba con él, Raquel se dedicó a escrutarlo de arriba abajo. En realidad, estaba bastante demacrado; no sabía lo que le había ocurrido. ¿Quizás estaba enfermo? Un fuerte desasosiego comenzó a roerle el estómago. «¿Por qué no me ha dicho nada, si es así?», meditó la joven.

—Ya está solucionado —confirmó Dante a la vez que se volvía hacia ella.

—Oye, Dante, ¿estás o has estado enfermo? —le espetó con el ceño fruncido.

—No... —le respondió escueto.

—Pues creo que deberías ir al médico, Dante, te veo demacrado.

—Me encanta que, cada vez que nos vemos, remarques que me ves más viejo —dijo con sorna el joven.

—¡Ay, no! Perdona, no era mi intención.

—Tranquila, lo sé. Venga, vamos a visitar el complejo, quiero que veas las obras a ver qué te parecen.

Ambos actuaban con turbación, como si fuesen dos adolescentes en la primera cita con el primer amor. A Dante le hubiese gustado cogerla de la

mano para sentir su calor y a Raquel le palpitaba el corazón al tenerlo junto a ella.

Mientras tanto, en recepción, Carlos y Carlota chocaban como dos trenes de alta velocidad. Los dos se miraban furiosos con los ceños fruncidos y los labios apretados.

—Ni se te ocurra volver a tocarme, don Pedante. Mi cuerpo es mío y yo decido quién tiene el honor de tocarlo.

—Usted perdone, doña Mojigata, solo pretendía evitar que una avispa inofensiva, comparándola contigo, te picase en el cuello. No te preocupes, que no volverá a ocurrir.

—Prefiero que me pique un escorpión a que me toques tú.

—No te sulfures, será un placer complacerte en esa cuestión. Me repele tu fría piel de serpiente.

—¡Ja! Ya te gustaría a ti tener a alguien tan ardiente como yo en tu cama. No lo has catado nunca ni lo catarás.

—Chicos, ¿ya estáis otra vez a la gresca? —los interrogó Dante.

Ni Carlota ni Carlos se habían dado cuenta de que Raquel y Dante se habían acercado por detrás al verlos frente al mostrador de recepción.

—¡Ha sido él! —gruñó Carlota.

—¡Ha sido ella! —exclamó Carlos a la vez.

Raquel y Dante rieron al unísono. Se miraron y esta pequeña coincidencia barrió de un plumazo el ambiente tenso que los rodeaba desde que la joven había entrado en el despacho.

—¿Nos acompañáis a visitar las obras? —interrogó Raquel con la esperanza de no estar a solas con Dante.

Carlota aceptó porque sabía que, si su amiga lo había sugerido, era porque prefería que fuese así, y Carlos no pudo evitar acceder para seguir torturando a esa despampanante mujer. El recorrido por las instalaciones fue muy entretenido para Dante y para Raquel porque se mantuvieron atentos ante el desenfreno verbal que tenían los otros dos acompañantes.

Como ellas habían llegado a media mañana, sin darse cuenta se hizo la hora de comer y decidieron acercarse hasta el restaurante del hotel para comer los cuatro juntos.

—He incluido un plato de caracoles en la carta, Raquel. ¿Te animas con él? —le preguntó Dante con sorna.

—A lo mejor, esta vez tengo mejor puntería y te doy en un ojo, así que no me tientes —le respondió con una amplia sonrisa al recordar la comida en el tren.

—Entonces, ¿prefieres una sopa de cebolla, que también está en la carta, o marisco a tutiplén? —la interrogó demostrando que recordaba sus gustos culinarios.

—Pues nada de eso, hoy me apetece una paella mixta —replicó Raquel, nerviosa.

El pulso se le aceleró al escuchar cómo Dante recordaba sus preferencias a la hora de comer. Un toquecito en el corazón le hizo dudar sobre el rencor que tenía hacia él sobre la dichosa apuesta. Pero es que lo había oído ella, no se lo habían contado. ¡Ella lo había oído! Su cabeza llevaba más de cuatro meses siendo un bombo o como una lavadora con un centrifugado permanente. Su corazón le decía una cosa y su mente, otra.

Ya estaban en los postres cuando Dante se atrevió a soltar lo que estaba esperando hacer desde que se había empezado a tramar este plan.

—Raquel, he comprado un resort de montaña en los Pirineos y me gustaría que me acompañaras para hacer lo mismo que aquí en aquel complejo hotelero. Quiero dirigirlo especialmente a las vacaciones de la familia en plena naturaleza. Me ha gustado mucho la experiencia con este complejo y, en cuanto visité el de Formigal, me pareció apropiado para hacer algo parecido, pero más enfocado a deportes de invierno, además de zonas de ocio, como aquí.

—¿Ir a los Pirineos? ¿Cuándo? —preguntó nerviosa.

—Pues en cuanto terminemos con la inspección de las obras.

—Pero yo tengo que estar de vuelta en Barcelona en unos días.

—Bien. Ahora solo quiero que te lleves una idea general del resort para que empieces a realizar el proyecto. Con un par de días, yo creo que puedes tener los datos necesarios.

—Entre Carlota y yo será suficiente, sí, porque ella se viene.

«¡No!», gritó Dante para su interior. Si iba Carlota, ya no podría ejecutar el plan. Tendría que buscar una solución.

—Por supuesto, si ella quiere... —dijo en voz alta.

—Sin problemas —admitió Carlota.

—Vale. Iremos en avión hasta Barcelona y allí alquilaremos un coche hasta el valle.

—No hace falta, podemos coger mi coche.

—¡Ah! ¡Es cierto! De acuerdo, iremos en tu coche —admitió Dante frotándose las manos en su interior. Eso era lo que Santos y él habían pensado que ocurriría—. ¿Os parece bien salir pasado mañana?

—Perfecto. Nosotras tenemos los billetes de avión para ese día.

—Pues ahora sigamos con la visita al complejo. Todavía queda mucho por ver —intervino Carlos.

—Comenzad vosotros, yo voy a reservar mi billete. ¿Me dices cuál es el vuelo vuestro para intentar coger el mismo?

De inmediato, Carlota le informó del avión en el que volvían a Barcelona y se marchó para hacer la gestión. Antes de reincorporarse a la visita, habló con el padre de Raquel para ultimar algunos detalles. Durante el resto del recorrido, el empresario se mantuvo cordial y simpático, pero sin demostrar demasiado acercamiento para evitar que Raquel se echara atrás del viaje.

Capítulo 43

DUELO DE TITANES

Carlos apartó la silla de la mesa para que ella se sentara. Su cuerpo rezumaba sensualidad con el movimiento que hizo para acomodarse en el asiento, por lo que el joven no pudo evitar recorrerlo con su mirada. «¡Vaya con la tía! ¡Tiene un cuerpo espectacular!», pensó. A continuación, se sentó él frente a la joven. Estaban en su despacho, en la mesa redonda de cristal donde Raquel había expuesto su proyecto meses atrás.

—Bueno, tú me dirás por qué estamos aquí. —Carlota inició la conversación yendo al grano.

—Quiero que nos aliemos.

—¿Tú y yo? —La joven soltó una carcajada sardónica—. Tú alucinas, don Prepotente.

—Es imprescindible y necesario.

—¿De verdad me vienes ahora con cuentos de alianzas con lo mal que nos llevamos tú y yo? ¡Anda ya! —Y se incorporó para levantarse.

Carlos la asió de la muñeca para impedirlo, pero la joven hizo un brusco movimiento para soltarse.

—Siéntate, por favor —farfulló molesto Carlos.

Esto le iba a costar una úlcera, pero por su amigo, lo que fuera.

—¡Oh! ¿He oído un «por favor»? —preguntó Carlota con mucha sorna.

—Y oirás muchos más si así consigo que me escuches.

—Ahora sí que alucino. Supuse que se te había colado sin pensarlo, aunque tampoco creo que tú seas muy dado a pedir las cosas. —Inició un amago de volverse a sentar y añadió—: Venga, necesito una dosis más de «por favor».

Carlos frunció el ceño y una mueca de furor se plasmó en su boca.

—Te arrepentirás de esto —murmuró tan bajo que la joven no logró entenderlo. A continuación, elevó la voz—: Por favor, por favor, por favor. ¡¿Te quieres sentar ya?!

La joven elevó un dedo índice y puso un gesto resabiado en su cara para indicar que no le había gustado el último grito.

—Carlota, por favor, ¿te puedes sentar ya y escucharme? —dijo con tono cansado.

La mujer no quiso estirar más la cuerda y esta vez sí que se sentó.

—Venga, habla lo que tengas que decirme con rapidez, que me está esperando Raquel para irnos.

Eran las ocho de la mañana y el vuelo salía a la una. Habían decidido salir a las nueve y media hacia El Altet, la localidad de Alicante donde estaba el aeropuerto.

—No le habrás dicho nada a Raquel que venías a encontrarte conmigo, ¿verdad?

—No. Me dijiste que no lo hiciera en el wasap que me mandaste y aún no sé por qué te he hecho caso, pero así ha sido.

—Bien. Necesito que te busques una excusa para no viajar hoy con ella y...

—En serio, Carlitos, hoy estás fatal. Deliras. Te aconsejo que te vea un psiquiatra —lo cortó Carlota.

—A ver, Carlotilla de mi vida, por favor, déjame que termine. Esto es muy serio.

—Sí, ya lo estoy viendo. Estás muy mal de la cabeza.

—¡¡Brrrrr!! ¡¡Me suicido, de verdad que me suicido hoy!!

—¡¿Ves?!

Carlos se levantó de la silla con brusquedad y se puso a pasear frenético por el despacho, de un lado a otro; luego salió dando un portazo y se oyó un hipermegagruto a través de la puerta. A los pocos segundos volvió a entrar y se dirigió hacia la mesa de nuevo; Carlota lo contemplaba estupefacta. Algo pasaba que debía ser importante y serio de verdad para que el ecuánime de Carlos se comportase así; mejor sería que lo escuchase.

—Bien, ya me he quedado nuevo. Ahora voy a tomar la palabra y no me vas a interrumpir hasta que termine. —Y sin dilación, continuó—: Doy por hecho que tú sabes que Dante y Raquel tuvieron un rollete hace nueve años. Cuando este verano se volvieron a encontrar, Dante se dio cuenta de que sentía algo por Raquel y él piensa que lo mismo le ocurre a ella pero, cuando se lo dijo en la boda de Fanny, le dio calabazas y se fue sin dar explicaciones por su rechazo, así que ha ideado un plan para estar con ella a solas durante unos días y, si tú vas con ellos, se lo fastidiarás. ¿Todo claro? —terminó dando bocanadas de aire para recuperarse después de la perorata.

—Ya... con que él siente algo por ella, ¿no?

—Sí, eso mismo. Y él piensa que es correspondido.

—Ya... y quiere conquistarla, ¿no?

—¡Exacto!

—Ya... y tú estás aquí para interceder por él.

—Lo has entendido, sí —respondió Dante empezando a mosquearse.

—¡¡¡Pero qué morro tenéis!!! —gritó Carlota, exasperada.

—Pero...

—¡¡¡Qué desfachatez!!!

—¡Oye...!

—¡¡¡Caraduras!!!

—¡Carlota!

—¡¡¡Indeseables!!!

—¡Se acabó! ¡Ni un insulto más o...!

—¿O qué?: ¿vas a amenazarme?, ¡ja mí?! Lo vuestro debería estar penado.

¡Qué caras más duras! ¿De verdad que pensáis llevar la apuesta hasta el final?

—Pero... ¿de qué hablas?, ¿qué apuesta?

—Raquel os oyó, don Botarate. ¡Os oyó!

—¿Qué oyó? No sé de qué hablas —dijo Carlos desesperado.

—De la apuesta que hicisteis sobre que Dante conquistaría a Raquel antes de Navidad.

—¿¿Cómo?! ¡Eso no es cierto!

—¡Anda, qué no! Ella os oyó el día del partido del Madrid-Barça. Estaba justo detrás de vosotros, en la barra, y escuchó como tú, don Gilipollas, ofrecías seis meses de tu trabajo como pago de la apuesta y Dante aceptaba.

Carlos abrió los ojos como platos y se dio un cachete en la frente.

—¡Joder, joder, joder, joder! Carlota, escucha —comenzó desesperado—: habíamos bebido un poco y sí, le hice esa proposición, pero él no la aceptó. En serio.

—Ya... Pues ella oyó que aceptaba el trato y vio cómo os estrechabais las manos.

—Sí, pero a continuación dijo que aceptaba la apuesta si se cambiaba por conseguir que trabajase Raquel para nosotros con el proyecto de ocio.

Carlota se quedó un poco envarada.

—Ya..., pues..., no te creo.

—Espera, ahora verás.

Cogió el móvil, llamó a Darío y puso el altavoz para que ella escuchase la conversación.

—*Hola, Carlos, ¿qué tal?*

—Bien. Escucha, solo te llamo para una cosa.

—*Dime.*

—¿Te acuerdas de este verano, el día que jugó el Madrid con el Barcelona por la noche?

—*Sí, ¿el que vimos Dante, tú y yo en el hotel?*

—Exacto. ¿Te acuerdas de que hicimos una apuesta con Dante?

—Sí.

—¿Cuál fue?

—*Te apostaste que trabajarías medio año gratis si Dante conseguía que Raquel trabajase para el hotel antes de acabar el año. ¿Qué pasa?: ¿te has rajado ahora?*

—No, amigo. Gracias. Ya hablamos y te cuento.

—*De acuerdo.*

Ambos colgaron y Carlos, que no había quitado la mirada de Carlota, vio la transformación en su rostro.

—¡Ay, Dios!

—Por lo que se ve, Raquel no se quedó hasta el final.

—¡Madre mía del Señor! ¡Pobrecita mía! Lleva sufriendo lo indecible desde entonces —exclamó Carlota, mesándose el pelo.

—O sea, que ella también siente algo por Dante.

—¡Y tanto! He de decírselo —dijo al tiempo que se ponía en pie.

—No. Escucha —rechazó Carlos levantándose él también—: dejemos que ellos dos se entiendan y aclaren sus cosas. Creo que, si Dante ejecuta su plan, será muy beneficioso para los dos.

—¡Pero ella está sufriendo!

—Hoy se acabará todo, Carlota. En cuanto lleguen a Barcelona, se dirigirán a los Pirineos y, a partir de ahí, hablarán los dos con tranquilidad. Si ahora le dices la verdad, es muy probable que no quiera viajar con él de la vergüenza que le dará. Tú conoces mejor a tu amiga, pero yo creo que reaccionará así. Déjalos que vivan unos días ellos solos. Dante tiene planeado algo que le gustará a Raquel, estoy seguro.

A Carlota todavía le quedaba algo de duda en el rostro.

—¿Y por qué no voy a ir yo? ¿Qué excusa le doy?

—Di que te ha surgido algo con tu familia, que tienes que quedarte.

—Ella se querrá quedar también.

—Pues espera al momento en que estéis embarcando, no le des tiempo a

pensar. Finges una llamada y la empujas a irse. Dante estará contigo y te ayudará.

—Está bien. Espero que no me esté equivocando...

—Te aseguro que no. Para que veas lo convencido que estoy, yo tampoco le voy a decir nada a Dante. Que desenreden sus nudos ellos solos; seguro que serán unos días inolvidables para los dos.

Ultimaron los pequeños detalles y Carlota se fue al chalet que compartía con su amiga y jefa, recogió su pequeña maleta de viaje y, junto con Dante, se fueron hacia el aeropuerto.

Una vez allí, cuando ya estaban ante la puerta de embarque, en la fila para entrar, Carlota hizo lo que había acordado con Carlos y fingió que recibía una llamada. Se apartó de sus dos compañeros de viaje mientras simulaba una conversación y asomaba preocupación en su rostro. Cuando colgó se acercó a Raquel y a Dante.

—Lo siento, Raquel, pero tengo que quedarme. Mi madre acaba de torcerse el tobillo y tengo que acompañarla al hospital.

—¡Oh! —exclamó Raquel, consternada—. ¡Qué mala pata!

—¡Y que lo digas! —exclamó Carlota entre carcajadas—. No creo que sea más que un esguince, pero he de quedarme.

—Pero..., entonces. me quedo yo también.

—De eso nada, jefa. Aquí no eres necesaria; vuelve a Barcelona tranquila.

—Raquel, nos toca ya, dame tu billete de embarque —intervino Dante a la vez que se lo cogía de su mano.

—Bueno, os dejo. Nos vemos en unos días, Raquel, ya te mantendré informada. —Le dio un beso a su amiga y se fue deprisa y corriendo.

Raquel miró a Dante desconcertada.

—Vamos —le instó el empresario mientras la empujaba levemente, pero con firmeza, por la espalda—. Debemos entrar ya.

A lo lejos divisaron la silueta inconfundible de Santos. El hombre, en cuanto los localizó, levantó los brazos con un gesto evidente de hacerse ver por ellos, cosa que ya había logrado. Raquel lo imitó y levantó su brazo libre y aumentó su sonrisa. Siempre le ocurría lo mismo cuando veía a su padre: una gran felicidad la inundaba al comprobar que una persona tan maravillosa formaba parte esencial en su vida.

—¡Chicos! ¡Qué alegría de veros! —exclamó en cuanto los tuvo enfrente y los envolvió a ambos en un mismo abrazo.

Los dos jóvenes se apretujaron entre sus brazos. Era reconfortante estar allí. Cálido y acogedor. Poco a poco se fueron separando del hombre y compartieron unas miradas llenas de cariño y alegría. Enormes sonrisas permanecían estáticas en los tres mientras se saludaban.

Por detrás asomó Felipe.

—Hola, ¿interrumpo este momento entrañable? —saludó con sarcasmo.

—Ya lo has hecho, pesado. Como siempre, inoportuno —respondió Santos—. Bueno, chicos —continuó el padre de Raquel—, os he traído mi todoterreno, porque no he encontrado las llaves de tu coche, canija.

—Pero si te dije dónde estaban, papá —dijo su hija con fastidio.

—Pues, chica, no las encontré, pero tampoco pasa nada. Mejor el todoterreno para ir por esas carreteras de montaña.

—Pero sabes que a mí no me gusta conducir ese «camión».

—Pues que conduzca Dante —resolvió a la vez que le alargaba las llaves del coche a él.

—Sin problemas —respondió mientras agarraba las llaves.

—Vale, os podéis turnar Felipe y tú conduciendo —admitió Raquel.

Dante y Santos se miraron y Felipe miró a Santos y a Dante.

—Pues..., lo siento, Raquel... pero yo no puedo ir... —casi tartamudeó Felipe, sin saber qué decir.

—¿Por qué no? Pensé que el venir aquí era para acompañarnos... —inquirió Raquel frunciendo el ceño.

—Felipe ha venido para llevarme de vuelta a Barcelona y que no tengáis que dar un rodeo vosotros.

—Bueno, pero tú puedes volver con el coche de Felipe y él que se venga con nosotros, ¿no? Me gustaría tener ayuda para poder hacer un plano de todo el complejo lo antes posible —insistió Raquel.

—Yo puedo ayudarte, Raquel —se ofreció Dante.

—Felipe podría hacer ese trabajo sin tener que indicarle nada.

—Lo siento, Raquel, pero no puedo ir. Tengo una comida familiar que no puedo eludir —manifestó sin mirar a la joven.

—¡Oh! Bueno, pues, entonces, nada —aceptó Raquel.

Capítulo 44

COMPLOT

Llevaban un cuarto de hora en el coche y no habían hablado ni una sola palabra. Dante estaba cansado de sacar conversaciones y que ella contestase con monosílabos. Durante todo el viaje en el avión, eso era lo que había pasado y, al verla así de callada, sin ser ella misma, se estaba arrepintiendo de lo que iba a hacer.

Quizás estaba equivocado y en verdad Raquel no sentía nada por él. Quizás solo había sido su percepción y no la realidad. Quizás ella solo había sentido una atracción sexual y ya no era así. Quizás nunca podría conquistarla. Quizás... quizás... quizás...

Estaba lleno de dudas.

—Raquel, si no estás a gusto, si no quieres estar a solas conmigo, podemos dar la vuelta y ya iremos en otro momento, cuando alguien te pueda acompañar —le propuso.

Raquel abrió los ojos atónita. Durante unos segundos se quedó absorta, meditó y comprendió por qué le acababa de hacer esa sugerencia. Se sintió mal. Él no la había vuelto a molestar desde el día de la boda de Fanny, cuando le dijo que no quería saber nada de él a nivel personal. Durante todos estos meses solo habían tratado temas profesionales.

—No, Dante, perdona. Sé que no he sido una buena compañía para ti durante

estas horas, pero ya cambio el chip y me relajo —le respondió con un amago de sonrisa.

—Bien, pues, en recompensa, te permito poner la música que quieras. —Se lo concedió con una sonrisa complacida.

La joven por fin se rio con esas carcajadas tan particulares que tanto le gustaban a él.

—Tú lo has querido —amenazó Raquel a la vez que abría su bolso.

Rebuscó en él hasta que encontró un *pendrive* y lo introdujo en un puerto USB que había en la radio del todoterreno, y al momento comenzó a sonar «Hijo de la luna», de Mecano.

—¡Mecano! —exclamó Dante—. ¿Nos trasladamos a los años ochenta?

—En realidad es un popurrí de los ochenta y los noventa.

—¡Me encanta! Soy un forofo de la música de esas dos décadas.

—¡Ah! Bueno, tiene sentido...: es la de tu época.

—¿Me estás llamando carcamal? —inquirió Dante frunciendo el ceño, pero sin abandonar su sonrisa.

—Yo no diría tanto..., solo madurito.

—Oye, bonita, ya está bien de meterte con mi edad. Tú y yo nos debemos llevar pocos años.

—Pues, entonces, mejor me lo pones: ¡Cualquiera lo diría!

Y volvió a soltar otra risotada. Oírla era un placer para Dante; había echado tanto de menos esa risa tan contagiosa e inconfundible.

En ese momento comenzó a sonar «Mi tierra», de Gloria Estefan, y de inmediato la joven empezó a cantar con su voz cantarina, aunque algo atiplada. Jamás le había importado si entonaba bien o no; disfrutaba cantando y no le daba vergüenza que otros se burlasen de su forma de interpretar. Contagiado por el ritmo de la música, Dante arrancó a acompañarla y los dos terminaron enlazando una canción tras otra: «Desesperada», de Marta Sánchez; «Pisando fuerte», de Alejandro Sanz; «Vive la vida loca», de Ricky Martin, hasta que terminaron desgañitándose al ritmo de la canción de «Bienvenidos», de

Miguel Ríos.

Más carcajadas retumbaron con fuerza en el interior del coche.

—¿Dónde está ese hotel que has comprado? —preguntó Raquel en cuanto se calmó.

—En el Valle de Tena, Huesca. Más concretamente, en Formigal.

—Buena zona, allí hay mucho turismo de invierno. Supongo que querrás que se potencie ese aspecto.

—Sí, por supuesto, pero también quiero que sea atractivo para el resto del año. Necesito que obres un milagro y que haya tal cantidad de opciones que los posibles clientes ni se planteen si la estación es la adecuada para venir o no.

—Oye, ¿y no será mejor que te aproximes a Lourdes, que está cerca, y se lo pidas a la Virgen? Los milagros no son lo mío —se burló Raquel.

—Sin menospreciar a la Virgen, el estilo de la basílica de Lourdes no es en lo que yo estaba pensando para este resort...

—¡Me cacháis! Ya me toca borrar todos los bocetos que tenía planificados. ¿No te gustan los mosaicos dorados?

—Bueno, pues preferiría algo menos fastuoso —respondió Dante entre risas.

Acababan de pasar Lérida cuando sonó el teléfono de Dante, que estaba conectado al manos libres del coche, por lo que aceptó la llamada.

—*Dante, hay un temporal de nieve sobre la zona de los Pirineos donde vais. Solo quería prevenirte y avisarte para que tengas a mano las cadenas para las ruedas.*

—Muchas gracias, Carlos. No te preocupes, vamos con el todoterreno de Santos.

—*Mejor entonces. Bueno, nada más, que tengáis buen viaje.*

—Gracias —se despidieron los dos a la vez.

—Me alegro de que tu padre nos dejara este coche —aseveró Dante.

—Sí, mi padre tiene muy bien preparado el todoterreno para la nieve, así que seguro que no tendremos ningún problema. ¡Y no sabes cómo me jode que siempre tenga razón! —exclamó ampliando su sonrisa.

No pasaron ni cinco minutos cuando una ligera lluvia comenzó a avisarles de que se complicaba el tiempo y a lo lejos ya se veían los nubarrones, que los esperaban pacientes. Antes de llegar a Huesca, la lluvia ya se había convertido en nieve y, al atravesar la ciudad, ya pudieron verla cuajada. Cuando enfilaron la carretera que los llevaría hasta Sabiñánigo y se adentraron en los Pirineos, un manto blanco lo cubría casi todo porque cada vez la nieve caía con más fuerza.

Dante extremó la precaución al conducir, aunque la carretera todavía estaba transitable. Esperaba con ansia que le diese tiempo a llegar a su destino, que cada vez estaba más cerca. Los dos, en cuanto comenzó a caer la nieve y se complicó conducir por la carretera, habían dejado de hablar y atendían con mucho interés lo que ocurría en el exterior. Además, la poca luz del sol que quedaba ya se había ocultado tras los nubarrones y la oscuridad ocupó su lugar.

Sabiñánigo ya era un manto blanco cuando la atravesaron y la carretera que debían coger para llegar a Formigal tenía placas de hielo. Un retén de la Guardia Civil los obligó a parar porque estaba prohibido avanzar sin cadenas en las ruedas.

—Dante, si quieres, podemos dar la vuelta y hacer noche en Sabiñánigo —apuntó Raquel.

—No hace falta, Raquel, de verdad. Tan solo queda media hora para llegar y, en cuanto le ponga las cadenas, podremos avanzar sin problemas. —Y antes de que la joven insistiera, se bajó y se dirigió al maletero para coger las cadenas.

Raquel lo siguió y lo ayudó a colocarlas. Dante lo agradeció porque era mucho más fácil ponerlas entre dos personas; además, pudo comprobar que a Raquel no se le daba nada mal.

—He notado que no es la primera vez que pones unas cadenas —le dijo a la joven en cuanto volvieron a subir al coche y lo arrancaba para continuar.

—No. Mi padre me arrastra siempre a la montaña cuando nieva porque le gusta hacer fotos del paisaje; por eso sé que el coche está preparado para estos casos. Tú también tienes maña para ponerlas, ¿estás acostumbrado?

—Pues sí, tenemos una cabaña de montaña muy cerca de aquí y yo suelo ir muy a menudo. Me encanta disfrutar de la naturaleza.

Dante, mientras hablaba, observaba que la tormenta estaba justo encima de adonde iban ellos. Sus cinco sentidos permanecían alerta porque no era el mejor sitio para quedarse bloqueados, pero también quería mantener distraída a Raquel para que no se diese cuenta.

—¿Sabes esquiar? —le preguntó.

—No. Bueno, lo he intentado. No con mi padre, claro, porque él se niega en redondo; dice que, si lo ven envuelto en ropa de esquiar, con gorro y todo, la gente puede pensar que es Papá Noel y que no está preparado para la fama.

—¡Tu padre es un cachondo!

—Ya te digo.

—¿Y qué tal han ido los intentos?

—¿Tú qué crees? Algo me conoces —le respondió volteada hacia él y con una amplia sonrisa en sus labios—. Yo pienso que les caigo mal a los esquís, porque no consigo mantenerlos paralelos; siempre se cruzan delante de mí y no consigo avanzar. Además, el equilibrio y yo estamos enfadados. Mis amigos dicen que esquiar debería ser perfecto para mí porque con los esquís no puedo tropezar con nada, pero está claro que algo falla en esa teoría, porque caerme... me he caído un montón de veces. Lo bueno es que siempre lo hago en blando —concluyó entre carcajadas.

La joven siguió contándole anécdotas suyas con la nieve hasta que llegaron a un cruce y vio que Dante suspiraba con alivio. Se fijó en que el joven, en lugar de coger la carretera que señalaba hacia Formigal, a la izquierda, se dirigía hacia la derecha, que indicaba Panticosa. Extrañada, lo miró.

—¿No vamos a Formigal?

—Sí, pero antes debo pasar por la cabaña; tengo allí los planos del hotel y los necesitamos. No te preocupes, llegamos en nada, solo nos entretendremos unos minutos. De paso, podemos hacer una «visita» al baño; no sé tú, pero a mí, mi vejiga me lo agradecerá.

La joven se rio desenfadada mientras Dante giraba a la derecha y tomaba una estrecha carretera de montaña que estaba cubierta de nieve, pero el joven no tuvo problemas para guiarse porque conocía ese recorrido a la perfección; incluso podría ir con los ojos cerrados. Los propios árboles que crecían en la cuneta le servían de referencia.

Se adentraron con lentitud en la montaña, envueltos en un bosque de altísimas hayas, durante unos veinte minutos, hasta que desembocaron en una pequeña pradera con una cabaña en el centro. Era una construcción, por lo que pudo ver Raquel con las luces del coche, que combinaba madera y piedra y el techo, a dos aguas de pizarra. Dante se acercó lo más posible a la puerta de entrada y apagó el coche.

—¡Vamos! —instó a la joven.

Raquel bajó también y los dos se dirigieron hacia la puerta. Dante sacó sus llaves y la abrió enseguida, pero, aun así, cuando entraron, la nieve ya les cubría la cabeza y los hombros. De inmediato, Dante encendió las luces y la joven pudo contemplar la amplitud de un único espacio. Un salón con un cómodo sofá de piel marrón frente a la chimenea, una barra americana que dividía la cocina al fondo y una mesa de comedor en otro rincón, además de las escaleras que daban acceso a las habitaciones en la planta superior.

Todo emanaba calidez, confort y relax; a Raquel no le extrañó que Dante la visitara con asiduidad.

La madera predominaba en toda la cabaña. El suelo, el techo y la mayoría de los muebles eran de ese material combinado con forja y cuero. Las paredes estaban pintadas en blanco y amplios ventanales dejaban ver el paisaje alpino en todas ellas.

—Hay un aseo debajo de la escalera —informó Dante a Raquel señalando una puerta que había en el hueco de debajo de la escalera— o, si quieres algo más espacioso, arriba hay un baño completo.

—Me arreglo con el aseo —dijo la joven al tiempo que se dirigía hacia la puerta.

En cuanto se metió en su interior, Dante salió corriendo de la cabaña, abrió el capó del todoterreno y, alumbrándose con la linterna del móvil, extrajo el fusible de la bomba de gasolina. Se la metió en el bolsillo, cerró el capó y volvió de prisa a la cabaña. Subió las escaleras para usar el baño del piso superior. Cuando bajaba las escaleras de vuelta al piso inferior, vio a Raquel, que ya había salido del baño, mirando a través de una de las amplias ventanas.

—La noche está muy oscura y la nevada ha arreciado, Dante; debemos irnos enseguida o no llegaremos.

—¡Vamos! —exclamó el joven al tiempo que se dirigía hacia la puerta de entrada.

—¿No coges los planos? —le preguntó Raquel extrañada.

—¡Ups!, ¡qué cabeza! —exclamó Dante llevándose una mano a la frente.

Volvió sobre sus pasos y agarró un tubo portaplanos de una estantería. Ambos salieron de la cabaña y se subieron al coche. Dante metió la llave en el contacto y la giró. El motor intentó arrancar, pero no lo consiguió. Volvió a intentarlo de nuevo y nada. Otra vez. Y otra.

—No arranca, Raquel. Tendremos que quedarnos aquí a pasar la noche. Mañana, de día, veré si puedo solucionarlo.

—Sí, creo que será lo mejor. Al tener un sitio donde resguardarnos, no merece la pena intentar mirar el motor de noche y bajo la tormenta de nieve.

Capítulo 45

REBOZADOS EN HARINA

—Lo primero que voy a hacer es encender la calefacción y la chimenea para que la cabaña se caldee. Hace un frío del demonio aquí dentro. Tú, siéntate, si quieres, mientras lo hago y luego ya te indico tu habitación y nos ponemos cómodos, ¿te parece? —planificó Dante mientras encendía luces y se acercaba hasta el cuarto donde estaba la caldera.

—Me parece perfecto —le contestó Raquel viendo cómo se perdía en el interior.

Al poco rato salió Dante con una cesta llena de troncos y la depositó junto a la chimenea.

—Hace poco tiempo instalé una caldera de pellets que reparte su calor con radiadores por toda la cabaña y lo único malo que tiene es que tarda un poco en calentar, por eso tengo que encender la chimenea. No sé tú, pero yo estoy congelado.

Raquel, que seguía de pie en el centro de la estancia, se acercó a la chimenea.

—Estoy heladita —admitió frotándose las manos—. No vamos preparados para este tiempo, ¡venimos de Benidorm!

—Ahora mismo voy a por las maletas pero, de todas formas, aquí tengo ropa de invierno. Lo que necesites te lo puedo proporcionar, aunque quizás mi ropa

te esté algo grande, así que buscaré entre las de mi madre y las de mis hermanas —se ofreció con un tono de sorna, al finalizar, mientras metía troncos en la chimenea—. Y tenemos comida para estar sin problemas durante un mes por lo menos.

—Menos mal que lo has dicho. Estoy muerta de hambre y pensaba que íbamos a tener que ayunar.

Dante se echó a reír. Reconocía a esa Raquel preocupada por la comida.

—Vas a cenar como en el mejor restaurante del mundo, ya verás.

—¿Acaso sabes cocinar?

—Casi como un cocinero profesional. Mi madre se ha encargado de eso.

—¡Ufff! ¡Menos mal! Yo soy una nulidad en la cocina, pero prometo que te serviré de pinche lo mejor posible.

—No lo dudo, siempre y cuando no me ponga en tu camino si llevas un cuchillo en tus manos.

—¡Serás...!

—Bueno, esto ya está —dijo Dante al tiempo que se levantaba.

Unas potentes lenguas de fuego prendían los troncos y producían un calor instantáneo que alivió, en parte, el frío que calaba los huesos de Raquel.

—Espérame aquí —continuó Dante—, voy a por las maletas.

El joven abrió la puerta de entrada a la cabaña y pudo comprobar que se había levantado una fuerte ventisca de viento y nieve que hizo que penetraran los copos en la vivienda y que le dificultara llegar hasta el coche y volver con las maletas. Había dejado la puerta entornada pero, debido al fuerte viento, se abrió de golpe. Raquel, al oír el ruido del impacto de la puerta contra la pared, se asustó y acudió a la entrada. Desde allí vio el esfuerzo que tuvo que hacer Dante para llegar hasta la cabaña. En el tiempo que había tardado, se había acumulado la nieve en la entrada, por lo que Raquel necesitó empujar la puerta con fuerza para arrastrarla fuera de la vivienda en cuanto entró él con las maletas.

—Mejor será que subamos a cambiarnos. Yo estoy empapado. De paso te

enseño tu habitación.

—Dame mi maleta, yo puedo llevarla —pidió Raquel alargando la mano.

—¿Y que te caigas rodando por las escaleras? De eso nada; de entre mis cualidades no se encuentra la de ser un buen médico. Además, como buen anfitrión, no podría permitirlo —le respondió a la vez que iba subiendo las escaleras.

—Ya veo que te han contagiado mis amigos; sobre todo Felipe, que me trata como si fuese una inútil —respondió con más cariño que enfado mientras lo seguía.

—Mira, aquí arriba hay dos habitaciones; la de la derecha es la tuya y la de la izquierda, la mía. En ese otro lado está el baño.

Dante iba señalando las puertas de los cuartos a la vez que los nombraba.

—Muchas gracias, Dante —dijo mientras agarraba su maleta y se dirigía hacia su habitación.

—Si quieres, te puedes duchar con agua caliente para entrar en calor. ¡Ah!, te aviso: nada de formalidades. Yo me voy a poner uno de mis pijamas de felpa que tengo aquí y, si quieres, te puedo dejar uno para ti.

—No, gracias, tengo mi pijama de pingüinos, que es muy calentito. ¿Entras tú primero a la ducha? La salida a por las maletas te ha dejado empapado.

—Si no te importa, lo preferiría, estoy temblando de frío. Además, así, en cuanto termine, bajo a empezar a preparar la cena.

—Bien. Avísame cuando salgas de la ducha.

A continuación, Dante se introdujo en el baño y se dio una reconfortante ducha con la idea de que el frío que se le había metido hasta los huesos fuese erradicado de su cuerpo. Se frotó con fuerza cada centímetro de su piel con la esponja, se enjuagó y se envolvió con la toalla para secarse. En cuanto comprobó que estaba lo suficientemente seco, enrolló la toalla en la cintura, salió del baño y tocó con los nudillos en la puerta de la habitación de la muchacha.

—Raquel, ya puedes ducharte —manifestó a través de la puerta.

Acababa de iniciar el camino hacia su habitación cuando se abrió la puerta del cuarto de la joven y salió de él cargando en sus manos un neceser que se le cayó al suelo en cuanto vio a Dante. Le había impresionado sobremanera el cuerpo sumamente delgado, aunque fibroso, que mostraba. Ella juraría que cuatro meses atrás no estaba así. ¿Qué le había pasado para perder tantos kilos en tan poco tiempo?

—*Fotre!* —exclamó Raquel a la vez que se agachaba para recogerlo.

—He echado de menos tus expresiones en catalán —reconoció Dante mirándola con dulzura.

La joven se quedó cortada, impactada por lo que veía en los ojos del joven. ¿Todo era teatro?, ¿de verdad era así? Comenzaba a tener serias dudas.

—Te aseguro que mi padre no opina lo mismo. Me riñe como a una chiquilla cada vez que me oye —confesó con mofa.

—Te creo, a mí también me llamaba la atención cuando me oía decir alguna palabra malsonante —ratificó el joven.

—Bueno, bajo enseguida —dijo Raquel a la vez que entraba en el baño.

—Tranquila, no tengas prisa. Ahora mismo tenemos el tiempo detenido sin que podamos hacer nada por adelantarlo. Aquí hay pocas cosas que hacer.

—Pues me dedicaré a ver cómo presumes de tus dotes culinarias.

—Te sorprenderé.

—Y yo me dejaré sorprender si quiero comer algo.

Y con esas últimas palabras, la joven se metió en el cuarto de baño.

Dante entró en su habitación, se puso uno de sus pijamas de felpa, que se compraba expresamente para la cabaña, y bajó a la cocina. La caldera ya estaba haciendo su efecto y toda la planta baja estaba bastante caldeada. Miró en la despensa y en la nevera para ver qué podía hacer para sorprender a Raquel. Al final pensó en hacer una sopa sabrosa para entrar en calor, tempura de verduras y quiche de queso, cebolla y beicon. De postre se decidió por sacar una barra de pan que había visto en el congelador y hacer torrijas; ¡le encantaban!

Acababa de sacar todos los ingredientes para tenerlos preparados encima de la encimera de la cocina y se encontraba cortando los ingredientes para la sopa cuando Raquel apareció con su pijama de terciopelo gris claro con pingüinos negros y blancos.

—¡Se presenta su pinche, señor! —exclamó a la vez que se llevaba una mano a la frente imitando el saludo militar.

Iba descalza con unos calcetines gordos y se la veía tan chiquitita y jovencita que a Dante le dio ternura.

—Ven aquí, payasa, y ponme una olla con agua en el fuego.

La joven rebuscó en el cajón que le indicó él, sacó la olla, la llenó con agua pero, pese a que lo intentó bajo las indicaciones de Dante, no consiguió encender la cocina de inducción, por lo que el joven tuvo que dejar de cortar para acudir en su ayuda. Pasó la yema de su dedo corazón por la zona de encendido y...

—¡Oh, milagro! ¡Se ha encendido! —se burló Dante.

—Yo he hecho lo que tú me has dicho —se quejó Raquel.

—Será cosa de tus huellas. A lo mejor eres una espía y te las has quemado para que no se te pueda identificar.

—¿Te imaginas a mí de espía? —Soltó una fuerte carcajada—. Con lo despistada que soy, me descubrirían en la primera ocasión. Seguro que dejaría el carné de espía sobre la mesa.

Dante introdujo los ingredientes para la sopa y se puso a cortar las verduras para la tempura.

—Si quieres, ahora puedes hacer la mezcla de la masa de la tempura —expuso el joven.

Raquel siguió las indicaciones de Dante y preparó la mezcla al mismo tiempo que él terminaba con la preparación de las verduras y de los ingredientes de la quiche.

—Ahora falta elaborar una masa para hacer la quiche —indicó Dante.

—¿Vas a hacer una quiche? ¿de qué? —inquirió Raquel, ufana, y le lanzó una

alegre sonrisa.

—Sí, de beicon, queso y nata ¿te gusta? —preguntó el joven, alegre al ver su reacción.

—¡Me encanta! Es uno de mis platos preferidos.

—Pues vamos con la masa. Trae la harina, por favor, está detrás de ti, y vuelca un poco en ese bol —le pidió Dante a Raquel.

La joven hizo lo que le pedía y, con el paquete de harina entre sus manos, lo volteó para dejarlo caer dentro del recipiente. Pero calculó mal, o se le desequilibró el paquete; el caso es que la harina, en parte, se desparramó sobre el pijama de Dante, que estaba a su lado.

—¡Ay! ¡Lo siento! —exclamó Raquel, pesarosa.

—Lo siento, ¿eh?, con que lo siento... —se regodeó Dante con tono amenazante y burlón.

El joven hundió una mano en la harina que había caído dentro del bol y la amenazó con la mano abierta delante de su cara.

—¡Ahora sí que lo vas a sentir!

Raquel abrió los ojos como platos, soltó un grito y echó a trotar hacia la zona del salón como alma que lleva el diablo. Dante corrió tras ella con su mano alzada cubierta de harina.

—¡Otra vez no! —gritó Raquel

—En cuanto te pille, vas a parecer Copito de Nieve. Llegó la hora de la venganza de mi culo.

La joven se subió por un lado del sofá e intentó correr por los asientos hacia el otro lado, pero Dante la adelantó por detrás del sillón, la placó y la tiró sobre los asientos. A la vez él se dejó caer encima, soportando su cuerpo con sus codos, y acercó su mano a la cara de Raquel.

—¿Y ahora qué? —preguntó Dante con una sonrisa juguetona.

Raquel, con una amplia sonrisa, acarició con suavidad la cabeza del joven y le dijo con la voz que se utiliza para calmar a un niño:

—Ahora vas a ser un niño bueno y no vas a hacer travesuras. Te vas a

levantar y a terminar de hacer esa cena espectacular que me has prometido.

Dante agachó la cabeza de golpe, como con resignación, y puso los ojos en blanco.

—¡Aguafiestas! —exclamó con fingido pesar. A continuación, una sonrisita malévola surgió en sus labios y en sus ojos—. Con una condición: me tienes que ayudar a amasar.

—Mmmm..., creo que aquí hay gato encerrado, pero estoy dispuesta a colaborar en lo que sea ¡con tal de comer!

El joven se levantó con parsimonia y alargó su mano para que ella se agarrase y ayudarla a levantar. La joven, mientras sonreía y lo miraba a los ojos, se asió a ella, pero enseguida se soltó y contempló su propia mano.

—¡Tramposo! —exclamó en cuanto vio su mano blanca por la harina que tenía Dante en la mano.

—Te la debía desde que estuvimos en casa de mis padres. Aún tengo el culo dolorido del golpetazo que me di.

Las risas de los dos inundaron la sala a la vez que Raquel se incorporaba y se dirigían los dos hacia la cocina; entonces, cuando la tuvo a mano, la joven cogió un puñado de harina y se la tiró a Dante y lo cubrió de polvo blanco. Él también agarró un manojo y se lo espolvoreó sobre el pelo. La joven volvió a echarle otro puñado y salió corriendo de nuevo, pero esta vez Dante estaba más atento y la agarró por la cintura en mitad del salón y la pegó a él por la espalda al mismo tiempo que daba vueltas, girando y girando, hasta que ella pidió clemencia.

—¡Me mareooooo! ¡Por favor, para yaaaaa! —gritó Raquel entre fuertes carcajadas.

El joven la depositó en el suelo y le sacudió el pelo para desprenderle la harina.

—La próxima vez te lo piensas mejor, canija.

De vuelta en la cocina, Dante vertió los ingredientes de la masa en el recipiente y hundió las manos en ellos tras lavárselas. La joven lo imitó y

comenzó a amasar, pero pronto surgió el juego entre ellos. Dante entrelazaba sus dedos con los de ella y le quitaba su masa y Raquel hacía lo mismo, lo que provocó una lucha entre sus manos a ver quién cogía más masa. Entre risas, gruñidos y miradas cómplices, los dos estaban disfrutando de ese momento divertido.

Dante estaba feliz, como hacía tiempo que no estaba, al tener a Raquel a su lado y verla tan cómoda con él. Por fin veía un atisbo de esperanza, aunque solo fuese una pequeña chispa.

En cualquier instante podría darse la vuelta a la situación y Raquel volver a encerrarse en sí misma, como ya había ocurrido en otros momentos. Dante, en los últimos tiempos, había pensado mucho sobre esto y había llegado a la conclusión de que, en esas ocasiones, la joven había recordado algo que la había puesto en contra de él. Lo malo era que, por mucho que intentaba saber lo que era rememorando todas las situaciones en las que habían estado juntos, no recordaba nada que hubiese pasado entre ellos que le provocase ese rechazo.

Acabaron la masa, prepararon la quiche y la metieron en el horno. Después Dante enseñó a Raquel a hacer las torrijas y frieron la tempura de verduras. Dado que ya estaba todo listo, prepararon la mesa y sirvieron todo en ella. La joven se relamía ante la pinta buenísima que tenían todos los platos.

—Creía que exagerabas cuando dijiste que sabías cocinar, pero está claro que no. Los retortijones que me está produciendo el olor de todo esto me están matando.

—Venga, pues siéntate, ya que para luego es tarde —le dijo a la vez que le apartaba la silla para que se acomodara.

—¡Al ataque! —gritó la joven y se lanzó a coger la cuchara para introducirla en el plato de sopa.

Cuando se llevó la cuchara a la boca y pudo saborearla, Raquel puso los ojos en blanco.

—¡No puede estar más rica! ¡Es imposible!

—Gracias, por la parte que me toca.

—Que es toda. De verdad, jamás he probado una sopa tan sabrosa.

—El mérito es de mi madre.

Raquel ya casi no volvió a hablar más en todo lo que duró la cena porque no dejaba de meterse un bocado detrás del otro. Por lo tanto, cuando terminó con la tercera torrija, se despatarró en la silla al tiempo que ponía sus manos sobre el estómago.

—¡Pufffff! ¡No puedo más! Estoy *empachá*.

—Pues siéntate en el sofá mientras yo recojo esto y hago un café, ¿te apetece?

—¿Podría ser una manzanilla? Creo que la necesito, pero puedo hacerla yo y ayudarte a retirar todo esto —dijo con la voz, si bien su cuerpo laxo gritaba todo lo contrario.

—Sí que puede ser una manzanilla y no, no te voy a permitir que me ayudes. Eres mi invitada y por lo menos déjame que esta noche te trate como tal. Mañana ya será otro día... y quizás te explote —respondió Dante con voz afectuosa.

—Pues mira: me voy a aprovechar porque tengo el cuerpo como si me hubiesen dado una paliza. Por lo que se ve, al parar para cenar, me ha venido todo el cansancio del día.

Por lo tanto, Raquel se recostó en el sofá y Dante recogió la mesa, aunque dejó todo sobre la encimera para terminarlo de limpiar al día siguiente. En ese momento, lo único que le apetecía era volver junto a su amor, junto a la joven que le había robado el corazón y sentirla un poco suya. Por ello, cuando le preparó la manzanilla, se acercó hasta el sofá y se encontró a Raquel profundamente dormida, se sintió decepcionado.

Aun así, la comprendía: el día había sido muy, pero muy duro. La levantó en brazos y, como si fuese un bebé, la llevó hasta su cama y la arropó con sumo cuidado.

La contempló durante un rato. Era la cosita más bonita que había visto en su

vida. El flequillo se había desplazado a un lado y podía ver su rostro en toda su plenitud: los almendrados ojos cerrados, sus mejillas algo sonrojadas por el vino, esos labios carnosos que lo volvían loco y su largo y sedoso cuello.

No pudo resistirse y se inclinó para darle un beso en los labios. Estaba loco por ella. La amaba. Su corazón se llenaba de oxígeno vital cada vez que la veía sonreír.

Una vez que entró en su cuarto, se acercó a la ventana, desde donde pudo observar que la tormenta de nieve seguía con fuerza. Si continuaba así un poco más de tiempo, seguro que se quedaban incomunicados. No era lo que tenía pensado. Ahora bien: aprovecharía las circunstancias.

Capítulo 46

LA PASIÓN SE DESATA

Abrió un ojo, observó lo que tenía a su alrededor; luego abrió el otro y la sorpresa se reflejó en su mirada. Acababa de venirle a la mente todo lo que había ocurrido el día anterior. No sabía cómo había llegado a la cama, pero el resto lo veía con imágenes nítidas.

Se levantó y se acercó a la ventana, donde observó que un manto blanco de muchos centímetros cubría la pradera que rodeaba la cabaña, así como los árboles que envolvían a esta. En ese momento no nevaba, pero tenía pinta de haber estado haciéndolo toda la noche. Fuera debía hacer varios grados bajo cero, cosa que en el interior no se notaba, ya que la temperatura dentro de la cabaña era perfecta.

Decidió bajar en busca de Dante después de pasar por el aseo; sin embargo, el silencio la rodeó durante todo el camino hasta que terminó su recorrido en la desordenada cocina. No había ni señal del joven, así que aprovechó para recoger la cocina y de esa forma agradecerle la cena. Al acabar, como él todavía no había dado señales de vida, pensó que aprovecharía para prepararle un desayuno contundente.

Dante arrugó la nariz al notar un olorcillo que le resultaba desagradable; olía

a... ¡quemado! Abrió los ojos de golpe, se levantó con presteza y salió corriendo de su habitación para irrumpir en la de Raquel gritando:

—¡Raquel! ¡Hay fuego! ¡Levánta...!

Calló y se paró en seco. La cama estaba vacía, por lo que dio media vuelta y salió disparado hacia las escaleras para buscarla.

—¡¡Raquel!! ¡¡Raquel!! ¡¿Dónde estás?! —gritaba desesperado.

—¡Aquí, en la cocina! —Oyó la voz de la joven con alivio.

—¿No hueles a quemado? —preguntaba al tiempo que llegaba a la zona de la cocina.

—¡Ah!... Bueno... es que se me han quemado las tostadas...

La encimera de la cocina sirvió de apoyo a Dante para que el temblor de piernas que había sufrido no lo hiciese caer al suelo. Allí vio unos trozos de pan calcinados.

—Quemado, ¿eh? Eso es un eufemismo. Más parece unos trozos de carbón —bromeó Dante con el sentido del humor renovado.

—Pues mejor será que no pruebes el café, parece aguachirle. La cafetera y yo no nos hemos entendido bien —se excusó Raquel con tono pesaroso.

—No te preocupes, es normal. Se trata de una cafetera que compré en Suiza y nadie sabe cómo funciona, salvo yo.

—¡Ufff! Menos mal, me quitas un peso de encima. Pensé que, además de torpe, me estaba convirtiendo en una inútil. Quería prepararte un buen desayuno y mira qué desastre.

—¿Me estabas preparando el desayuno a mí? —preguntó eufórico.

—Pues sí, por la cena tan maravillosa que preparaste anoche, pero no te hagas ilusiones: me ha salido todo mal —respondió con desaliento.

—No te preocupes, la intención es lo que cuenta. Ahora mismo te ayudo y nos tomamos un succulento desayuno y después veremos cómo nos distraemos todo el día encerrados aquí.

—¿No vas a intentar arrancar el coche?

—¡Ah! ¡Sí, claro, claro! Lo que pasa es que, aunque lo arranque, lo más

seguro es que no podamos irnos. Mira cómo está todo de nieve; el camino debe estar intransitable —le dijo a la vez que señalaba uno de los grandes ventanales.

Al abrir la puerta se encontraron con la cruda realidad: cada paso que daban, sus botas se hundían casi en su totalidad. A instancias de Raquel, Dante quitó la nieve que había sobre el capó del coche y lo levantó, hurgó en el motor e intentó arrancarlo inútilmente.

—Lo siento, pero el coche no parece tener solución.

—¿No vas a arreglarlo? —interrogó frunciendo el ceño.

—¡Oh, claro! No me acordaba de que tengo un máster en mecánica. A lo mejor, si le pongo un poco de pegamento, lo consigo, ¿qué tal? —dijo con ironía.

—Entonces, ¿tú no eres de ese tipo de tíos? —preguntó Raquel tras reírse ante la contestación de Dante.

—¿Qué tipo de tíos?

—De esos que son diestros.

—¿Diestros?

—¡Sí! ¡Un MacGyver! De esos que con un clip y una navaja te montan una moto o un trineo. ¿Sabes hacer eso? —se burló Raquel.

—No, yo no sé hacer eso, pero sé hacer esto... —La miró con fijeza y bizqueó los ojos—. ¿Te sirve?

De repente Raquel se dio un cachete en la frente y cambió su expresión.

—¡Tengo la solución!

Intentó echar a correr hacia la cabaña, aunque acabó de rodillas en la nieve. Dante acudió a ayudarla a levantarse y la joven continuó empecinada hacia la vivienda. El joven la siguió y vio que se acercaba al bolso, que permanecía sobre una silla desde que habían llegado el día anterior. Rebuscó en él y sacó el móvil.

—¡Eh! ¿Lo ves?: ¡un teléfono! Voy a sacarnos de aquí. —Lo encendió—.
Venga, vamos, móvil —lo jaleó.

—Raquel..., aquí no hay cobertura.

—¡Oh! ¡Vaya!

Para pasar la mañana decidieron jugar al parchís. Se sentaron sobre la alfombra que había frente a la chimenea y, entre risas y trampas, se les pasó el tiempo en un suspiro.

Después de comer, sin ningún percance por en medio, se sentaron en el sofá, cada uno en una esquina y con una manta sobre ellos. Raquel encogió las piernas sobre el asiento y Dante alargó sus piernas sobre este. Los dos se sentían muy a gusto el uno con el otro. Conversaron sobre un montón de cosas personales y profesionales, rieron, bromearon, se burlaron entre ellos... Poco a poco, sin darse cuenta, se fueron acercando el uno hacia el otro hasta que Raquel terminó dormida recostada sobre el pecho de Dante.

El joven no podía sentirse más feliz. La tenía a ella allí, sobre él, confiada y con el rostro relajado. Su corazón le bombeaba a mil por hora; había añorado tanto esa cercanía. Casi no se atrevía ni a rozarla por si desaparecía como si fuese un encantamiento o pura magia. Después de estar un buen rato observándola, recostó su cabeza en el respaldo del sofá y cerró los ojos en un intento de atrapar el tiempo, paralizarlo y disfrutar de ese momento por toda la eternidad.

La claridad del sol había desaparecido y solo quedaba el reflejo ambarino del fuego cuando Raquel comenzó a despertarse. Notó que estaba sobre algo duro pero cálido, y un peso desconocido la enlazaba por la espalda y la cintura.

Abrió los ojos y comprobó que estaba sobre el pecho de Dante y su brazo la

rodeaba. Levantó la cabeza y su mirada se posó sobre el rostro del joven, que estaba muy cerca del suyo. Tenía los ojos cerrados y una sonrisa flotaba en sus labios, como si en ese instante tuviese un sueño dulce y maravilloso, de igual forma al que ella había tenido y cuyos protagonistas habían sido ellos dos. Un sueño en el que se reproducía lo que habían vivido ese día, pero con la diferencia de que se besaban y se hacían arrumacos como si fuesen una pareja. La joven pensó que ojalá el sueño de él fuese con ella también y que se volviese realidad.

Sí, no podía negárselo más a sí misma: estaba loquita por él y su corazón no dejaba de pedirle que le diese una oportunidad.

De repente, Dante abrió los ojos y lo primero con que se encontró fueron los chispeantes ojos violetas de Raquel. Sus miradas se quedaron entrelazadas y susurrando sin palabras lo que ambos deseaban expresar abiertamente, pero que no se atrevían. Permanecieron así durante largos segundos hasta que él comenzó a acercar su cabeza a la de ella y tomó sus labios con dulzura. Necesitaba paladear su sabor con tranquilidad, empaparse de él, gozar de su frescura. Raquel le correspondió sin dudarle; anhelaba perderse en sus labios, como le pasaba cada vez que los había rozado.

Los besos húmedos y placenteros se convirtieron en ardientes. Ella se arrastró sobre el cuerpo de él y se puso a horcajadas sobre su pelvis a la vez que tomaba el rostro de Dante entre sus manos y profundizaba en su boca con pasión. Notó unas manos en sus glúteos que le lanzaron chispas de deseo en su centro erógeno; luego las sintió subir por debajo del jersey que llevaba. Estaban calientes y suaves y levantaron un potente ardor en su bajo vientre a causa de lo cual no pudo evitar restregarlo sobre el bulto, que había sentido debajo de ella. Casi le da un colapso a Dante en cuanto lo notó y cuya consecuencia fue el aumento desenfrenado del deseo de penetrarla. Siguió subiendo sus manos hasta los añorados pechos de la joven para deleitarse con su suavidad y jugar con esos adorables pezones, que deseaba llevarse a la boca. Notó que su vista no le había fallado y los pechos habían aumentado de

volumen con los años.

Fue fácil desprenderse de la ropa; tan solo unos segundos les bastaron a los dos para ponerse en pie y arrojar todas las prendas al suelo en cuanto Raquel comenzó a subir el jersey que llevaba puesto él. Y así se quedaron durante unos segundos. Uno frente a otro, dorados por los fogonazos de las llamas, ardiendo por dentro por la pasión, con las miradas trenzadas en una suave red mientras sus manos solo se rozaban: ella en el pecho de Dante y él en los hombros de Raquel. Había tanto que decir, tanto. Pero ahora era el tiempo de las miradas, de la piel, del deseo y del goce.

Dante presionó en los hombros de la joven para que se arrodillara y él hizo lo mismo; luego bajó sus manos hasta sus pechos y frotó sus pezones sin apartar la mirada de sus ojos. La joven se acercó hasta pegar su cuerpo a él buscando todo el contacto posible, inclinó su cabeza para ofrecer sus labios y que él se agachase hasta encontrarse con ellos.

Dante agarró el cuerpo de ella por la espalda y la empujó hasta tumbarla en la alfombra y colocarse él entre sus muslos. Quería saborear ese ansiado encuentro con ella, pero su cuerpo no se lo iba a permitir. La había añorado tanto que el juego seductor que tantas veces había soñado iba a ser más corto de lo que había planeado. Su cuerpo temblaba de deseo y su miembro pugnaba por entrar en el paraíso.

—Raquel, no puedo aguantar más.

—Yo tampoco —respondió la joven con la mirada encendida.

Raquel elevó las piernas y rodeó las caderas de Dante con urgencia. Él no necesitó nada más. Colocó su pene en la anhelada oquedad y empujó todo lo suave que pudo. Ella se retorció de placer y gimió al notar cómo se abría su vagina con la penetración. Y entonces Dante salió de ella y volvió a entrar con más fuerza y otra vez salió, y así hasta que Raquel ya no pudo más y gritó al tiempo que su cuerpo se convulsionaba con la fuerza del orgasmo, lo que provocó que Dante la siguiera con su desahogo.

—¡Dios! —exclamó Dante mientras la abrazaba y se giraba para quedar él

debajo—. No sabes cuánto te necesitaba.

Raquel escuchó sus palabras y le supieron a ambrosía. Ella también lo necesitaba, pero no solo en momentos de pasión. De igual modo lo echaba de menos en su vida. Era su alma gemela. Cada vez que estaba junto a él, la luz brillaba más fuerte, su sonrisa era más profunda y su corazón se aceleraba.

—Demuéstramelo —le susurró en el oído.

Dante se quedó en suspenso; no sentirse rechazado, sino alentado, era algo nuevo. Una nueva ventana que se abría y dejaba entrar un hermoso rayo luminiscente. Si ella reclamaba evidencias de que la necesitaba a su lado, las tendría. Exponer sus sentimientos ante ella era algo que estaba deseando desde hacía mucho tiempo. Poder tocarla, besarla, mimarla, compartir todo el tiempo posible con ella, reír con ella y hasta discutir con ella.

—Acabas de dar rienda suelta a mis mayores deseos —susurró él—. Espero que tengas la mente abierta a cualquier cosa.

—¡Eh! No vayas de Macho Man; no sea que luego fracasases estrepitosamente.

Dante volvió a rodar por la alfombra para situar a Raquel debajo de él. Le levantó los brazos sobre su cabeza y le agarró las dos muñecas con una sola mano.

—Por casualidad, no habrás traído las esposas, ¿verdad?

—No, así potencias tu imaginación.

—Un reto, ¿eh? Has dado con la horma de tu zapato. No me escaqueo de un reto ni *jarto*[30] de vino.

Dante se incorporó hasta ponerse de pie y, agarrándola por la cintura, se la colgó al hombro.

—Pero ¿qué haces? ¡Bájame! —gritó la joven a la vez que pataleaba.

—Estate quieta o te caerás —la avisó mientras le daba suaves cachetes en sus nalgas—. Te vas a hacer pupita.

Se acercó hasta la percha que colgaba de la pared junto a la puerta de entrada y de la que se suspendían algunas prendas. De entre ellas sacó una bufanda, volvió hasta la alfombra que había frente a la chimenea donde

depositó a Raquel y, cogiendo sus manos, las ató juntas con la bufanda por las muñecas.

—Voy a adorar este maravilloso cuerpo hasta que me supliques que pare.

—¡Para! ¡Para! —gritó Raquel, con regocijo, dedicándole una sonrisilla tan contagiosa que Dante no pudo resistirse.

Soltó una gran carcajada ronca y profunda, feliz. No se le ocurría nada mejor que hacer que repasar todo el cuerpo de Raquel con su propia boca. Todo un manjar.

Capítulo 47

¡SOCORRO!

Prepararon un succulento desayuno y se sentaron a disfrutar de él. Dante estaba eufórico. Había pasado la noche en su cama con ella, con su amor, con la razón de su vida. ¡Por fin! Ese día iba a ser trascendental para los dos, ya que había decidido que era el momento apropiado para volver a ofrecerle su amor.

El sol había salido con fuerza y se lo tomó como un buen augurio para sus planes. Primero pensaba llevarla a un lugar muy especial para él y por la noche, con el fulgor de la chimenea, que había sido el único testigo del nuevo encuentro entre los dos, hablaría en serio con ella.

—Oye, Raquel, ¿llevas el bañador en la maleta? —inquirió Dante mientras metía en una mochila unos emparedados que había preparado.

—¿Lo preguntas en serio? En Benidorm hace buen tiempo casi todo el año, pero bañarse en diciembre no es lo mío.

—No pasa nada, te dejaré uno mío y una camiseta. Póntelo debajo de la ropa. ¡Ah! Y si necesitas algo más de abrigo, dímelo; tengo de sobra aquí, de todo. Fuera debe hacer mucho frío, así que no te hagas la valiente.

—¿Un bañador tuyo? Pero ¿adónde vamos?, ¿para qué es?

—¡Chitón! No voy a decirte nada, ya lo verás.

Al final consiguió convencerla y, además del bañador y una camiseta, le dejó

un jersey de lana gruesa en color mostaza, unos pantalones para la nieve, que tuvo que ceñirse con un cinturón y doblarse los bajos, unas botas especiales y un plumas que pertenecían a la madre de Dante. Estaba un poco disfrazada de muñeco Michelin, pero lo que importaba era que iba calentita dentro de esa ropa.

—Venga, vayámonos, que tenemos que caminar un rato para llegar adonde te quiero llevar —le pidió mientras le rodeaba la cintura con un brazo y le daba un beso en la sien.

Dante la guio montaña arriba con paso lento y cuidadoso, atravesando bosques de pino silvestre y roble. La llevaba a un paraje donde él disfrutaba muy a menudo; esperaba que a ella le gustase tanto como a él. Al otro lado de la montaña donde estaba la cabaña, se encontraba el balneario de los Baños de Panticosa y, en las cumbres circundantes, había una serie de fuentes con propiedades minero-medicinales.

—Caray, Dante, todo esto es espectacular. Jamás he estado en medio de la naturaleza de esta forma.

—Es mi sitio preferido para escaparme cuando quiero reponer fuerzas. Aquí todo es limpio y puro.

—¿Y adonde me llevas es algún paisaje extraordinario?

—Buen intento, pero no pienso decirte nada.

Iban cogidos de la mano y Dante estaba pendiente de cualquier obstáculo que se pusiera en el camino de Raquel; sin embargo, no pudo evitar que la joven se enganchara en una rama que la hizo retroceder con ímpetu y golpear con fuerza a Dante en un costado, a causa de lo cual él cayó al suelo cuan largo era. Raquel se llevó una mano a la boca para ocultar su sonrisa.

—¡Lo siento! —exclamó, aunque su rostro reflejaba mofa.

—¡Eso! ¡Encima ríete! —la reprendió Dante, sonriendo.

La joven extendió su mano para que la cogiera y, cuando la asió, estiró de ella y la hizo caer junto a él; la cogió por la cintura y comenzó a girar haciendo la croqueta. Los dos rieron a carcajadas mientras se rebozaban en la

nieve.

—¡Me estoy empapando! —gritó Raquel entre risas.

—Y más te vas a mojar —murmuró Dante.

Con esfuerzo se volvieron a levantar y continuaron el camino hasta más de media hora después.

—¿Oyes? —preguntó Dante a la vez que hacía un gesto con la mano en uno de sus oídos.

—¡Agua! ¿Una cascada? ¿Es allí adonde me llevas?

—No, pero no te apures, ya queda poco para que lo veas.

Dante sorteó unos cuantos árboles más hasta que llegó a un pequeño claro donde Raquel, asombrada, pudo ver una charca circundada de redondas piedras salpicadas de musgo que se abastecía de un pequeño manantial. El sol incidía en el agua reflejando destellos plateados. Era como un idílico Edén rodeado de altísimos abetos.

—Este es un pequeño manantial que emana de las mismas aguas termales que abastecen la Fuente de la Belleza de Panticosa. Su temperatura ronda los veintiocho grados y desprende gas sulfhídrico que favorece la regeneración de la piel por la riqueza de azufre; por ello estas aguas son muy usadas por sus acciones de limpieza, antisepsia, restauración y embellecimiento de la piel.

—¡Me encanta, Dante! ¡Es como un *spa* en plena naturaleza! —exclamó Raquel, exaltada.

El joven se acercó a ella y comenzó a desabrocharle el plumas.

—Pero... ¿va en serio? —inquirió Raquel.

—Por supuesto. Me lo agradecerás cuando estés dentro. Súbete a esa piedra.

—Le señaló una de las piedras planas que había en el borde de la charca—. Te ayudo a desnudarte y te metes en el agua corriendo.

—¡Estás de broma!

—O me ayudas a desnudarte o te tiro al agua vestida del todo —la amenazó a la vez que la cogía de la cintura y hacía un amago de tirarla.

—¡No! ¡Está bien! Ya voy, ya voy.

Entre los dos fueron desprendiendo de todas las prendas a Raquel hasta que se quedó con el bañador y la camiseta de Dante, y la ayudó a introducirse con rapidez en el agua.

—¡Qué buena está! —exclamó Raquel en cuanto la cubrió el agua caliente de la charca.

—Ya te he dicho que valdría la pena —le respondió mientras se desnudaba.

De repente, Raquel se quedó quieta y su cara cambió y se reflejó en ella un profundo susto.

—Dante —susurró.

—¿Qué? —preguntó el joven mientras se desabrochaba las botas, sentado en una de las piedras y de espaldas a ella.

—Siento interrumpirte, pero... creo que tengo un pequeño... o gran problema.

—¿Un problema? ¿Cuál? —preguntó girándose hacia ella.

—Pues..., es que noto algo por dentro del bañador. Creo que se me ha colado un pez o alguna criatura acuática.

Dante siguió desnudándose. Raquel se había quedado paralizada y miraba su espalda sin moverse un ápice.

—Oye, Dante..., ¿no piensas darte prisa? Es que creo que debe ser algún tipo de serpiente...

—¡Buff! —bufó el joven—. ¿Estás segura? ¿Una serpiente? ¡Bufff! —volvió a resoplar—. Eso es malo.

—Y..., entonces..., ¿qué hago? ¿Meto mi mano en el bañador e intento cogerla?

—Yo, de ti, no lo haría, Raquel. Podría ser venenosa y resultar ser peligrosa —replicó Dante al tiempo que se quitaba la última prenda y se introducía en el agua.

—Vale, bien, pero, entonces, ¿qué? ¿Le permito que continúe buceando por el bañador? Y si es venenosa, ¿qué va a impedir que me muerda?

—Muy buena pregunta —contestó Dante mientras se posicionaba frente a

ella.

—¿Piensas contestarla?! ¿Te importaría darme algún consejo o algún tipo de información? ¡Algo! ¡Lo que sea! ¡Dímelo! Ahora mismo admito cualquier sugerencia.

—Permanece quieta —dijo él, acercándose más.

—¿Más?!

—Quédate... quieta... —insistió en un susurro Dante a la vez que, por debajo del agua, acercaba su mano a la cinturilla del bañador de ella.

—¿Qué haces?

Él apartó las manos y levantó los brazos con las palmas abiertas.

—Relájate.

Dante volvió a introducir los brazos en el agua, apartó la camiseta de su cintura e introdujo con lentitud la mano por la cinturilla.

—¡Oh, Dios mío! —balbuceó Raquel.

El joven frunció el ceño y gruñó.

—¿Qué?! —gritó la joven.

—Nada bueno...

—¿Qué?! ¡Oh, oh!

—Shhh, me estoy concentrando.

—Bien, vale, de acuerdo. ¡Oh!

—Vamos a ver...

—¡Ohhhh!

Dante rebuscaba dentro rozando la piel de Raquel.

—Ni se te ocurra reírte de mí —dijo entre dientes la joven—. ¡Oh! ¡Oh!

A continuación, el joven hizo un movimiento brusco con el brazo, sacó la mano con algo largo y verde colgando de ella, que se dirigió directo a su cuello.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Socorro! —gritó la joven al tiempo que se tiraba hacia él con las manos para delante, con la intención de agarrar esa cosa para evitar que mordiese a Dante en el cuello.

De repente, el joven se inclinó hacia delante y comenzó a reírse con fuertes carcajadas. Raquel se frenó desconcertada.

—¡Es un alga! ¡Aquí no hay peces! —exclamó a la vez que le enseñaba la tira de alga y se retorció de la risa.

—¡Cabrón! ¡Eres un cabrón! —gritó, sorprendida.

Dante soltó la planta y se abalanzó sobre ella, la agarró por la cintura y la pegó a su cuerpo; después cubrió los labios de Raquel con los suyos, con lo que consiguió calmar la furia que había provocado en la muchacha.

—Ha sido una broma —le susurró Dante sobre sus labios—. Estabas tan adorable que no he podido aprovechar la oportunidad.

—¡Excusas, excusas! Lo que te gusta es burlarte de mí.

—No, cariño, lo que me gusta es oírte reír.

El humo que se producía con el cambio de temperatura entre el agua y el del ambiente los rodeaba en una bruma desdibujando sus figuras. El joven, con un solo movimiento, le quitó la camiseta por la cabeza y la lanzó fuera de la charca.

—O gemir y suspirar —continuó Dante en un susurro a la vez que hacía lo mismo con el sujetador y el bañador.

Raquel lo secundó e hizo lo mismo con el bañador y la camiseta de Dante. Sumergidos en el agua hasta el cuello, el joven la izó y le colocó las piernas rodeando su cintura a la vez que volvía a atrapar sus labios. Ella notó enseguida la punta de su miembro en la abertura de su vulva y se deslizó hacia abajo para que se introdujese en ella. Sus brazos, apoyados en los hombros de él, los utilizó para subir y bajar con un vaivén cadencioso.

Los suspiros y gemidos reverberaban en un paisaje silencioso declarando abiertamente los placeres carnales que se fraguaban bajo las aguas de la burbujeante charca. El sol, en todo lo alto, caía de pleno sobre los dos cuerpos fusionados y sobre la blanca nieve arrancando reflejos brillantes como si fuese una miríada de diamantes. Dante y Raquel, indiferentes a lo que había a su alrededor, gozaban el uno del otro desinhibidos.

Una vez que los dos se desfogaron fue cuando se dedicaron a contemplar lo que los rodeaba. Dante la mantuvo junto así, con la espalda de la joven pegada a su pecho, mientras observaban con detenimiento el paisaje circundante.

Raquel comprendió por qué ese lugar era uno de sus preferidos y reconoció que se alegraba de que le hubiese llevado hasta allí. Después de disfrutar durante un rato más de las aguas termales, Dante sacó una amplia toalla de la mochila que había llevado en su espalda, con la que se secó primero él y luego envolvió a Raquel. Una vez vestidos, regresaron a la cabaña con tranquilidad deleitándose con los paisajes que podían ver desde esa altura.

Capítulo 48

LLEGÓ EL MOMENTO DE LA VERDAD

Era bastante tarde cuando lograron llegar a la cabaña exhaustos. Menos mal que a mitad de camino habían parado a comer los emparedados que preparó Dante porque, si no, además de cansados, estarían hambrientos y todavía tendrían que hacer la comida o, más bien, la merienda, porque ya pasaban de las cuatro de la tarde.

—Vete a cambiarte mientras que yo preparo algo para comer —instó Dante a Raquel en cuanto cerró la puerta.

—¿No quieres que te ayude?

—Tú friegas.

—El niño parecía tonto cuando lo compré —se burló Raquel.

—No protestes, que se trata de demostrarte que tengo una fe inmensa en ti. Pongo a tu disposición mi vajilla preferida a riesgo de que no quede ni un solo plato vivo en tus manos.

—¡¡Serás!! Pues ahora voy a darme la ducha más larga de toda mi vida —sentenció al tiempo que comenzaba a subir la escalera hacia el piso superior.

—¿Necesitas que te frote la espalda? —preguntó Dante irónico, pero con un punto de esperanza.

—Necesito que me llenes el estómago lo antes posible si no quieres que me muera de inanición.

—¿Ves? Lo sabía. Intuía que, en cuanto te mostrase mis dotes culinarias, intentarías aprovecharte de mí.

—Mucha palabrería y pocos hechos —le reprochó Raquel, sonriendo—. Cuando lo demuestres de verdad, hablamos.

Y sin volver a girar el cuerpo, terminó de subir y desapareció de la vista de Dante. De la vista real, pero no de su vista imaginaria. Él se quedó un tiempo con la mirada perdida por donde se había ido Raquel, pero seguía viéndola en su retina. Todo su mundo se alteraba a su alrededor con tan solo ver una sonrisa de ella. Tan solo por un atisbo de su sonrisa, un leve gesto en sus labios. Cualquier señal que lo acercara a ella.

Necesitaba infundirse fuerza para llevar a cabo lo que había planeado. Tenía que soltarlo, saber la verdad. Carlos tenía razón: debía enfrentar el problema de frente, saber si era correspondido o tenía alguna posibilidad. Así que, si preparar una succulenta comida para Raquel era lo que necesitaba para que ella estuviese receptiva, sería lo que haría. Sacudió sus brazos como si se entrenase para una lucha de boxeo y se dirigió a la cocina para lucirse lo mejor posible.

En ese mismo momento Raquel estaba cogiendo un chándal de la madre de Dante, que le había prestado para estar cómoda en la cabaña, y con todo lo necesario se dirigió hacia el cuarto de baño. Se encontraba extenuada y necesitaba esa ducha reconfortante. Estaba siendo un día perfecto, cansado, agotador, pero perfecto. Había sido genial disfrutar con Dante de ese *jacuzzi* natural, pero lo que realmente la tenía atrapada era él. La envolvía como una sutil tela de araña con su forma de ser, su permanente sonrisa y buen humor, su inteligencia y profesionalidad, sus constantes atenciones.

—¿Nos sentamos en el sofá? —sugirió Dante en cuanto recogieron la cocina después de comer.

La noche se cernía sobre los Pirineos y, antes de dirigirse hacia el sofá,

Dante apagó las luces artificiales para dejar solo la iluminación que provenía de la chimenea. El joven, esta vez, se sentó con una pierna bajo su trasero y girado hacia ella con el brazo apoyado en el respaldo del sofá. La otra mano la metió en el bolsillo para jugar con sus piedras de la suerte.

—Raquel, tenemos que hablar.

La joven lo imitó y se giró para encarar sus miradas.

—Tú dirás.

—Necesito que le pongamos nombre a lo que tenemos nosotros. Yo necesito y quiero seguir adelante con esto. Desde ahora. Dispuesto a todo. Solo falta que tú me digas que sí. ¿Crees en el destino? —continuó sin dejarla hablar cuando vio que ella lo miraba con expresión especulativa—. Porque yo sí. ¿Sabes por qué?: porque el destino me ha llevado a algo más maravilloso de lo que podía imaginar. A ti. Me ha llevado de nuevo a ti. Ahora sé que yo, desde que te conocí, he sido emocionalmente inepto hasta que te he vuelto a encontrar. Quizás, durante los pasados nueve años no sabía el porqué, pero ahora sí lo sé. Te estaba esperando. Durante aquellos cinco maravillosos días, me marcaste con fuego y no lo he sabido hasta que te volví a ver. Te quiero, Raquel. Eres un poquito rara. Bueno, solo un poco, pero eres una rara fantástica. Eres divertida y eres... —Lanzó un suspiro y agarró a la joven de las manos—. Eres maravillosa.

Las palabras de Dante estaban matando por dentro a Raquel. Necesitaba creerle, pero sus dudas le volteaban la cabeza una y mil veces. Daría lo que fuese porque todo lo que vivía junto a él no fuese una farsa.

—Dante, ¿cuánto queda para Navidad? —inquirió la joven con falsa tranquilidad.

—Pues... algo menos de quince días —respondió él con tono dudoso.

—Se te cumple el plazo de la apuesta, ¿no? Por eso has apretado el acelerador —le recriminó con voz acerada.

Los ojos de Dante se abrieron un poco más de la cuenta a causa de la sorpresa. No entendía nada de lo que decía Raquel.

—¿Dé qué hablas? ¿Qué apuesta?

—Por favor, Dante, no disimules. Os oí.

El joven meneó la cabeza intentando despejar su mente.

—¿Nos oíste? ¿A quiénes?, ¿el qué? Por favor, Raquel, habla claro para que pueda aclarar todas tus dudas.

—El día del partido de fútbol, en la cafetería del hotel, os oí a ti y a tus amigos hacer una apuesta. ¿La recuerdas ahora? —preguntó con una oscura ironía en su voz.

Dante reconcentró el rostro hasta que su mente se alineó con su memoria y evocó ese momento del pasado.

—Ya me acuerdo. Aposté contra Carlos su sueldo de seis meses si conseguía que trabajases para nosotros. ¿Qué tiene que ver eso con lo que hablamos? No entiendo... —inquirió el joven, confuso.

—No, Dante. La apuesta no era sobre mi trabajo, sino sobre mi persona. Apostaste que me tendrías en tus brazos antes de Navidad.

Los ojos del joven reflejaron la sorpresa y el rechazo que sintieron.

—¡No! ¡No, Raquel! —exclamó a la vez que se acercaba más a ella y la cogía por los hombros con desesperación—. ¿Eso es lo que te pasa?, ¿por eso me has rehuido? No fue así, de verdad. Carlos me propuso esa apuesta, pero yo la cambié por conseguir que trabajases con nosotros. ¡De verdad! Esa forma de actuar no forma parte de mí. Jamás jugaría con los sentimientos de nadie y, por supuesto, mucho menos con los tuyos ¿Cómo puedes pensar que yo sería capaz de hacer algo así?, ¿tan poco me conoces? —acabó con tono de reproche.

Raquel escrutó los ojos del joven. ¡Decía la verdad! No le cabía ninguna duda porque su mirada hablaba de estupor y sinceridad. Sin poderlo evitar, se llevó las manos al rostro y estalló en sonoros sollozos. Dante se quedó, por un momento, estupefacto. Jamás había visto llorar a Raquel y era algo que ni se esperaba; ni se le había pasado por la cabeza que ella pudiese hacerlo. Un dolor intenso le rasgó el corazón.

—Cariño, ¿qué te pasa?, ¿por qué lloras? ¡Dime algo, por favor! —exclamó Dante, agobiado.

Raquel se arrojó a los brazos de Dante pasando sus brazos alrededor del pecho del joven y escondió el rostro en el hueco entre el hombro el cuello. En cuanto se recuperó de la sorpresa, Dante comenzó a acariciar la espalda y el cabello de la muchacha.

—Perdóname, Dante —susurró Raquel junto a su oído—. Soy una tonta.

—De eso nada, mi vida. Eres lo mejor que hay en el universo. Tú alteras mi mundo cada vez que estás a mi lado. Me haces ser mejor persona, consigues que vea la vida desde otra perspectiva, me embrujas con tu positividad, me vuelves loco de necesidad por ti... En definitiva, me haces feliz. ¿Hay algo mejor que sentir la felicidad en cada uno de tus poros?

Raquel levantó su cara y se sumergió en la mirada de Dante. Sus lágrimas surcaban sus sonrosadas mejillas y un amago de sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Todo eso te provoco? —preguntó Raquel con voz aññada.

—Y mucho más. ¿Quieres que te haga una lista?

—No, porque yo podría elaborar una igual con lo que me haces sentir tú a mí.

—¿De verdad? —inquirió el joven incrédulo.

Raquel se incorporó y pasó sus piernas por los costados de Dante para sentarse sobre su regazo. Tomó entre sus manos la cara del joven y acercó sus labios a los de él con una ternura y una delicadeza tal que consiguió enturbiar la mirada de Dante con una laguna de lágrimas en sus ojos.

—Te amo —susurró Raquel sobre sus labios.

Dos palabras. Dos únicas palabras que Dante había ansiado en su fuero interno durante todos esos meses consiguieron que manaran de sus ojos las lágrimas retenidas por sus párpados inferiores a la vez que no pudo contener que una inmensa sonrisa se plasmara en su boca. En cuanto Raquel la notó bajo sus labios, se separó para mirarlo y, entonces, al ver las lágrimas, frunció

el ceño.

—¿Lloras?

—Ya te lo he dicho, amor: tú alteras mi mundo. Jamás pensé que podría llorar de felicidad, y mírame. Si Carlos me viese en este momento, tendría burlas tuyas durante décadas.

La apretó hacia él rodeando su menudo cuerpo con sus dos brazos y comenzó a llenar el rostro de la joven de besos al tiempo que, entre beso y beso, le decía un «te amo». Raquel reía a carcajadas mientras recibía, sin queja alguna, la avalancha de cariño y amor de Dante.

—Esto cada vez me está gustando más —rio Raquel.

—Pues esto no es todo: tenía algo preparado desde hace cuatro meses. Me lo había aprendido de memoria, ¿me permites? —inquirió Dante con voz ansiosa.

—¡Por supuesto! Lo estoy deseando. Recuerda que soy forofa de las novelas románticas y no hay nada que me guste más que un final feliz con declaración incluida.

Dante, sonriente, la agarró por los glúteos y se izó con ella en brazos para dejarla luego sobre el sofá con cuidado. Se acercó hasta un aparador que estaba junto a la mesa del comedor y extrajo, del interior de uno de los cajones, una cajita cuadrada y pequeña de terciopelo negro que se guardó en el bolsillo. Volvió hasta situarse frente a ella e hincó una rodilla al suelo.

—¿Lista?

—Te escucho.

—Te garantizo que habrá épocas difíciles. Y te garantizo que, en algún momento, uno de los dos o los dos querremos dejarlo todo, pero también te garantizo que, si no te pido que seas mía, me arrepentiré durante el resto de mi vida «porque sé, en lo más profundo de mi ser, que estás hecha para mí».

—Ha sido precioso, Dante —confesó la joven llevándose las manos al corazón.

—Lo he tomado prestado de la película *Novia a la fuga*.

—¡No! —exclamó Raquel y se echó a reír.

—Sí, en esos días vi la película de nuevo y me parecieron unas palabras muy bonitas, aunque ahora creo que se quedan cortas para lo que quiero decirte.

—Si hubieses leído más novelas románticas no habrías necesitado copiarte de una película. Sabrías que, si yo fuese la protagonista de una de esas novelas, ya me tendrías deshecha y ahora tocaría actuar —le dijo con sorna.

El joven, sonriente, recorrió con su mirada la cara de Raquel y, sin decir una sola palabra, extrajo la cajita de terciopelo y se la extendió.

—¿Qué?! —exclamó ella, sorprendida.

—¿No querías que actuase?

—¿Lo cojo?

—¿Tú qué crees?

Raquel agarró la cajita y la abrió con las manos temblorosas. Dentro había un anillo de compromiso de oro blanco ovalado en filigrana y un zafiro en medio. Tenía pinta de ser una joya antigua. Le dio la vuelta a la caja y se la enseñó a Dante con mirada interrogante.

—Vale, voy a hablar lo menos posible. Este es el anillo de compromiso de mi abuela y ahora te lo ofrezco a ti. Raquel, ¿quieres casarte conmigo? —le preguntó mientras sacaba la sortija de la cajita y se la ofrecía.

Raquel alargó su brazo e introdujo su dedo anular en él.

—¡¡Sí!! —gritó la joven al tiempo que abría los brazos y se dejaba caer sobre él.

Epílogo

¿UN FINAL FELIZ?

El complejo hotelero de Benidorm recién reformado hervía de actividad. Era el 29 de julio de 2018, primer aniversario del reencuentro de Raquel y Dante y el día de su boda. Dante había decidido, aprobado por Raquel, cerrar durante una semana el complejo, aunque tan solo llevaba dos meses abierto al público, para ponerlo a disposición de todos los invitados a su boda.

Ese lugar ahora significaba mucho para los dos jóvenes y habían acordado celebrarla allí.

Dante se había vuelto un sentimental y ahora ese hotel era su ojito derecho. Había puesto todo su conocimiento junto con el de Carlos, Darío y Raquel en convertirlo en un oasis para las familias. Además, por fin había logrado convencer a su amigo Darío para que se hiciese cargo de la dirección, por lo que estaba muy satisfecho con el resultado.

La boda se iba a celebrar justo antes del ocaso, con el sol cayendo tras la montaña Puig Campana, y en esos momentos era media mañana y Raquel se encontraba tirada en la cama en el chalet que había elegido para ella con sus amigos alrededor. Todos los invitados habían ido llegando durante los dos días anteriores, así que habían sido unos días agotadores de saludos y recibimientos.

—Te lo dije: huelo un romance a kilómetros de distancia. Sabía que era tu

media naranja, Raquel —exhortó Fanny.

—Pues, cuando pases por mi lado, ponte unas pinzas en la nariz. No quiero que me metas en ningún lío —declaró Carlota—. Estoy muy bien como estoy: ¡libre!

—¡Uy!, pues ya te he olido, así que mejor no me preguntes si no quieres que te diga la verdad —dijo Fanny con sorna.

—¡Bufff! ¡Para qué hablo!

—Tampoco hay que ser adivino para saber de qué habla Fanny, ¿verdad, Raquel? —apuntó Felipe.

—¿Te refieres a eso de que del odio al amor solo hay un tramo? —rio Raquel.

—¡Bingo!

—¡Ey! Olvidaos de mí, que hoy no es mi día, es el de Raquel. Si hay que meterse con alguien es con ella. ¡Chicos, avalancha! —concluyó Carlota gritando a la vez que se arrojaba sobre Raquel y que, por supuesto, tanto Felipe como Fanny secundaron y se lanzaron sobre ellas.

—¡Socorrooooo! —Se oyó la voz de Raquel amortiguada por los cuerpos de sus amigos.

—¡Dejad a mi chica de inmediato! —exclamó Dante, entrando en la habitación de su futura esposa.

—¡¿Qué haces tú aquí?! —exclamó Felipe—. *Fuig, fuig!*[31] ¿No sabes que no puedes ver a la novia?

—¡Anda ya!, Felipe, lo que tenéis que hacer es largaros de aquí y dejarme un rato a solas con mi novia. ¡Ya!

Con desgana, los tres amigos se levantaron y se marcharon a la vez que Dante se acercaba a la cama y se sentaba junto a la joven.

—Dentro de unas horas ya serás mía —le dijo acariciándole la mejilla con ternura.

—¡Sí, hombre! —exclamó Raquel con tono de negación—. En todo caso, tú serás mío.

La muchacha recorrió el cuerpo de Dante con una mirada lujuriosa. El joven empresario había vuelto a recuperar su aspecto de hacía un año y la fina camiseta blanca que llevaba le marcaba sus firmes y prietos músculos. Estaba moreno a rabiar porque llevaban más de un mes en Benidorm, salvo viajes relámpagos a Madrid y Barcelona, para culminar los detalles de la boda.

—Yo soy tuyo desde hace un año, amor —afirmó al tiempo que se agachaba para darle un tierno beso en los labios.

Raquel enlazó su cuello con los brazos y tiró de él para que no se alejase.

—Ven... —ronroneó—. No te vayas... Tenemos tiempo para descargar tensión.

—Lo siento, cariño, pero nos están esperando fuera para ir a comprobar por última vez todos los preparativos.

—¡Ufff! ¡Qué fastidio! ¿Para qué tengo a Felipe y a Carlota? —protestó con tono indolente y ojos entrecerrados.

Dante soltó una carcajada.

—Con lo puntillosa que eres con tu trabajo, ¿me quieres decir que en tu boda vas a delegar los toques finales?

—¡Cómo me conoces! —exclamó la joven a la vez que lo soltaba y rodaba en la cama para levantarse por el otro lado—. Ya te pillaré esta noche. Espero que no te resistas a lo que tengo planeado. Te advierto que ayer de nuevo visité con mis amigos el *sex shop*.

Dante la miró con asombro.

—¿Y no me avisaste para acompañarte? ¿Qué has comprado?

—Quería darte una sorpresa esta noche, así que no habría tenido gracia que me acompañaras.

Dante se acercó hasta ella y le puso las manos en la cintura.

—Y no voy desencaminado si afirmo que no me vas a contar qué has comprado, ¿verdad?

—¡Chico listo! —Le dio un beso en la nariz y se desprendió de sus manos—. Vamos, no los hagamos esperar más y, por favor, pégate a mí durante todo el

tiempo. Eres mi ángel custodio y, desde que estás desempeñando esa tarea, he bajado en tropezos. Hoy te necesito más que nunca.

—Creo que tú eres demasiado optimista —dijo con mofa mientras la seguía hacia la puerta del chalet—. Lo que he conseguido es mitigar tus efectos desastrosos colaterales, pero creo que tus torpezas y olvidos han ido en aumento porque te quedas embobada mirándome a la menor oportunidad.

—¡De eso nada! Lo que hago es vigilarte por si se te ocurre volver a meterme una trola como la del coche «estropeado» en la cabaña —le espetó dándole la vuelta y encarándolo.

—¿Ahora vas a echármelo en cara? Bien que te reíste cuando te lo conté —dijo Dante, socarrón.

—¡Bah! Eso no tiene mérito, ¿de qué no me río yo?

Dante, de una zancada, se plantó frente a ella y la rodeó con sus brazos apretándola hacia él.

—De nuestras noches de amor desenfrenado —le susurró sobre sus labios con voz fogosa.

—Mmmmm..., creo que me confundes con otra. Yo siempre acabo con una enorme sonrisa de satisfacción en mis labios e incluso alguna que otra risa se me suele escapar, aunque reconozco que me faltan las fuerzas para carcajearme.

—¿Confundirte con otra? Eso es imposible. Hasta la uña más pequeña de tu dedo meñique de tu pie es única, inconfundible y genuina.

—¡Eres un solete! —exclamó con una amplia sonrisa. Le dio un pico y se desprendió de sus brazos por segunda vez—. ¡Vamos!

Después de revisar los últimos preparativos para la boda, se reunieron con los familiares más íntimos de los dos, a los que también se unió Felipe, en una de las salas privadas del restaurante del complejo, para estar separados del resto de los invitados. Los padres y los hermanos de Dante habían hecho buenas

migas enseguida con Santos, ¡quién no!

Cuando entró la pareja al reservado, ya estaban todos sentados alrededor de la mesa y fueron recibidos por unas fuertes y potentes carcajadas de todos los comensales.

—Me juego el pellejo a que mi padre ya les ha contado alguna anécdota sobre mí —murmuró Raquel al oído de Dante.

En cuanto se dieron cuenta de que ellos habían entrado, todas las miradas se dirigieron hacia la pareja con una amplia sonrisa en los labios de todos.

—A ver, *estimat pare*[32], ¿cuál de todas mis torpezas les has relatado?

—Lo siento, canija, pero casi termino antes diciéndote cuál no les he contado.

Raquel abrió los ojos como platos de la sorpresa, pero pronto cambió su rostro y se rio a carcajadas.

—¡Imposible! —exclamó entre risas—. Eso significaría que llevaríais meses encerrados aquí.

—Doy fe —apuntó Dante—. Nadie supera a Raquel en eso.

—Tranquila, Raquel —intervino Vanesa, la madre de Dante—. Lo que nos estaba contando no tiene nada que ver contigo, sino con Dante. De sus primeros días trabajando con él.

Dante frunció el ceño y miró a su exjefe al tiempo que se sentaba en una de las dos sillas que quedaban vacías a la vez que Raquel se acomodaba a su lado.

—¿Y qué tiene que contar él sobre mí que cause tanta gracia? —inquirió Dante, picado.

—Si quieres lo vuelvo relatar. A lo mejor mi hija y futura esposa tuya no lo conoce... Quizás no te interesa que sepa que tú también tienes un pasado algo... torpe.

—No sé de qué me hablas; yo he hecho mis locuras, eso sí.

—Está bien, tú lo has querido. Hija, escúchame bien: a lo mejor esto te influye para hacer un *Novia a la fuga*, pero debes saberlo —dijo Santos con

recochineo a la vez que la pareja intercambiaba miradas y sonrisas al oír la coincidencia con la película que para ellos ahora formaba parte del recuerdo de su reconciliación—. Sitúate: viernes noche de un enero fresquito. Aquí, tu querido Dante —remarcó señalándolo—; después de trabajar se va a una conocida franquicia americana a engullirse una copiosa cena...

—¡Ostras! ¿Lo sabes? —interrogó Dante, asombrado.

—Luego te cuento cómo me enteré, ahora sigo... De repente empieza a sentirse mal del estómago, cada vez peor, así que corre al aseo, pero con tan mala pata (nunca mejor dicho) que termina vomitando sobre los camales de los tejanos y las bambas que lleva puestas. Cuando llega a su coche, decide quitarse las dos prendas y tirarlas a un contenedor porque el olor le producía más náuseas. Arranca el coche y conduce hacia el centro de Barcelona, dirección a su casa. En eso, en una preciosa rotonda (yo no sé qué demonios pasa, pero últimamente todo ocurre en las rotondas), ¡zasca!: ¡control de alcoholemia! La cara del policía, al verlo bajar del coche a unos dos grados de temperatura, en calzoncillos y descalzo, era todo un poema; no sabía si reír a carcajadas o empapelarlo sin más. Total, le hicieron soplar tres veces, ¡tres!, antes de dejarlo marchar porque estaban convencidos de que había tomado algo.

Las carcajadas de todos se oían desde el comedor grande. Todos, sin excepción, volvieron a reírse, pero esta vez se les unió la risa de Raquel y, al final, también la de Dante.

—Ahora cuéntame cómo lo sabes. No se lo dije a nadie —se interesó Dante, curioso.

—El policía que te retuvo es cliente nuestro y un día entró en la agencia para hacerme una visita y te vio por allí. Ya puedes hacerte cargo del cachondeo que tuvimos los dos encerrados en el despacho, hijo.

—Por fin tengo algo con que luchar cuando te metas conmigo —dijo Raquel mirando al joven, que estaba sentado a su lado.

—Tú sabes que yo no hago eso, amor —le respondió Dante con la voz

repleta de cariño y luego le dio un beso en la sien.

—¡Ohhhhhh! —exclamaron el resto de los comensales con un tono de guasa.

—¡Qué bonito! —añadió Felipe.

—¡Encima recochineo! —protestó Dante—. Haced el favor de comer, que a las ocho y media en punto quiero a mi novia junto a mí bajo la marquesina y frente a la concejala; si no, la cargo a costas y me la llevo sin boda ni nada.

La ceremonia iba a ser oficiada por la concejala de Cultura, amiga personal de Fanny.

—¡Menos lobos, Caperucita! Eso será por encima de mi cadáver —rebatía Vanesa—. ¡Con las ganas que tengo de ser yo la madrina! Eres mi único hijo y tienes que satisfacerme en eso.

Entre risas continuaron con la comida, esta vez con más ligereza, porque Dante tenía razón y el tiempo se les estaba echando encima. La primera que avisó que se marcharía enseguida fue Raquel porque había quedado con la peluquera y maquilladora pero, cuando estaba terminando de tomarse el café, recibió el aviso por Whatsapp de que en cinco minutos le entregarían el ramo de flores en su chalet. De forma brusca se levantó para marcharse corriendo, pero con tal ímpetu que con su brazo tropezó con el codo de Dante, que en ese momento estaba dando un sorbo a su taza de café. Un reguero de líquido marrón caliente chorreó por la camisa del joven y este empujó la silla con su cuerpo para levantarse de inmediato y separar la camisa de su cuerpo.

—¡Ay! ¡Quema! —protestó quejoso.

—¡Lo siento! —exclamó Raquel.

Las miradas cómplices de los familiares volaron por encima de la mesa.

—No te preocupes, amor, este será nuestro último recuerdo de novios. ¿Lo hay más bonito? —anunció Dante con sorna.

Raquel se lo quedó mirando con fijeza, oteó alrededor del comedor privado y lo cogió de la mano para arrastrarlo en pos de ella. Lo llevó detrás de un tabique que los ocultaba de sus familiares y lo agarró por la pechera de la camisa, manchada de café.

—Si quieres un último recuerdo como novios que sea bonito, podemos fabricarlo, ¿no crees?

Estiró de la camisa para que se agachara, elevó los brazos rodeando su cuello y acercó su boca a la de él para darle un beso que no olvidara en su vida. Comenzó con suavidad y ternura. Los chupó, lamió y mordisqueó para luego lanzar con fuerza su lengua al interior de la boca de Dante y jugar en ella. Se pegó con ardor a él, que posó sus manos en los dos glúteos para apretarla más. Ellos no se daban cuenta, pero el tiempo no se había detenido y continuaba inexorablemente. Largos minutos permanecieron unidos como si fuesen una sola persona, fundidos en un solo ser y conectados por sus labios.

De repente un fuerte aplauso sonó alrededor de ellos. Todos sus familiares se habían levantado de la mesa, curiosos, y estaban asistiendo a la forja de ese nuevo recuerdo íntimo.

Los dos se desprendieron con brusquedad y Raquel, roja como una amapola, se escabulló y salió corriendo del comedor para dirigirse a su chalet. En la puerta de este, se encontró al repartido con su ramo de flores. Lo cogió con una mano con mucho cuidado, abrió la puerta con la otra y se giró para cerrar la puerta.

—¡¡¡Sorpresa!!!

La joven dio un brinco y volteó al mismo tiempo. Un cuerpo esbelto y prieto se interpuso en su camino, lo que provocó que el ramo se chocara contra él y se cayera al suelo.

—¡Mi ramo! —exclamó Raquel histérica.

—¡Ay! ¡Raquel, lo siento! —le respondió Carlota con pesar.

Fanny, Carlota y Raquel miraron al suelo para ver el ramo y algunas de las flores de este desperdigadas a su alrededor. La joven novia se tapó la cara con las manos como si eso lograra que desapareciera lo que acababa de ocurrir.

—No te preocupes, Raquel, cariño. Ahora mismo te lo recompongo yo —habló con dulzura Fanny—. Tú sabes que yo soy una manitas.

Fanny le hizo un gesto a Carlota para que se la llevara para adentro y ella se

quedó recogíendolo. En ese momento llegó la peluquera y la maquilladora y, entre ellas y sus dos amigas, la envolvieron en una vorágine de la que ya no se bajaría hasta media hora antes de la boda.

Por fin se había quedado sola. Sus dos amigas y Felipe, que había llegado poco después que ellas, se habían ido a cambiar de ropa a sus respectivos cuartos. En esos momentos la joven se hallaba frente al espejo mirando el resultado.

Era lo que quería: romántico. Muy romántico. El vestido que había elegido llevaba un cuerpo de tirantes anchos y escote redondo por delante y en la espalda, confeccionado en encaje antiguo, y pedrería y una falda de gasa cristal con muchísimo vuelo y más larga por detrás para formar la cola.

A la peluquera le había costado lo suyo conseguir que su pelo pareciese un poco más largo de lo que era. Se lo había peinado hacia atrás con unas ondulaciones que le conferían mayor volumen y, para sujetarlo, delante llevaba una diadema de perlas blancas y a un lado, una hermosa flor en tonos azules y blanco, los colores de la boda. Para completar el tocado, un pequeño velo francés salía de la flor y le «tapaba» un ojo. Y su maquillaje, sencillo, se había elaborado para potenciar el color de sus ojos.

En ese momento apareció su padre por la puerta.

—Canija..., ¡qué bella estas! —exclamó emocionado.

La joven lo miró a través del espejo.

—Papá, soy muy feliz.

—Lo sé, cariño. Tú te merecías a alguien como Dante. Un corazón grande como el tuyo no se merece nada menos.

Raquel giró sobre sí misma y, con cuidado de no pisarse la cola, se acercó hasta su padre para refugiarse en sus brazos.

—Cielo, vas a estropearte el peinado y el maquillaje.

—No me importa, papá. Tú sabes que eso no es lo más importante para mí.

Ni hoy ni nunca. Tus abrazos y tu apoyo lo significan todo para mí.

—Y tú sabes que eso siempre lo tendrás, pero ahora debemos marcharnos. Tu novio te espera ansioso, nervioso y enamorado. Me consta.

—Y a mí también —afirmó mientras se desprendía de su abrazo y se enlazaba a uno de sus brazos para iniciar el camino que la llevaría hasta Dante—. Jamás se me había pasado por la cabeza que en mi camino se me cruzaría un hombre que me demostrase con detalles cotidianos, sin grandes alharacas, lo mucho que me ama. Y para más inri, que yo me enamorase de él hasta el tuétano. Papá, esta historia es para plasmarla en una novela romántica de esas que leo.

—¡Vaya! Me has dado una buena idea... Quizás, ahora, que no vives conmigo y tengo más tiempo libre, me decida a escribirla...

Ya había pasado todo y empezaba a sentirse algo más relajada. La boda había sido corta, aunque la concejala la había alargado todo lo posible.

El encuentro entre ellos dos había sido mágico bajo la marquesina, con el sol a punto de ocultarse por la montaña que tenían a sus espaldas y que les regalaba sus últimos rayos para envolverlos en un halo dorado.

Las mesas, adornadas con flores azules y blancas, se habían dispuesto en la zona de césped que había en el centro del complejo, junto a la piscina, que se había decorado con farolillos que flotaban en sus aguas. La suculenta cena resultó amena, entre conversaciones y risas. Raquel había vuelto a recurrir al grupo *scout* Nyeri para distraer a los niños y, como en el caso de su amiga, Dante quiso encargarse de elegir la canción para iniciar el baile.

Él había empezado a conocerla a través de la música y quería hacerle ese regalo.

En un momento dado, la pareja fue visitando todas las mesas para comprobar que todo iba bien y estaba a gusto de los invitados. Cuando llegaron a la mesa donde estaban Fanny, Vicente, Felipe, Ximo, Darío, Carlos y Carlota, se

encontraron a estos dos últimos discutiendo, como siempre. Felipe estaba intentando calmarlos, o eso creía él.

—Aquí noto una tensión sexual no resuelta. —Oyeron que decía Felipe cuando se acercaron.

—¡Y una mierda! —exclamó Carlota.

—¡Joder! ¡Ni con un palo toco yo a esta! —exclamó Carlos a la vez.

—¡Ey, chicos! ¿No pensáis parar ni en mi boda? —protestó Raquel.

—Es este troglodita que me ha llamado «puta» a la cara —se defendió Carlota cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Cómo?! —exclamó Ximo, con tono de cabreo a la vez que se incorporaba.

El joven estaba a la otra punta de su prima hablando con Vicente mientras Carlota y Carlos se peleaban y no había escuchado nada pero, al llegar la pareja de novios, había prestado atención y, al oír las palabras de la joven, salió a relucir su vena protectora enseguida.

—¡Eso no es cierto! —negó Carlos.

Carlota, al ver la reacción de su primo y temiendo que la liase, confesó:

—Siéntate, Ximo. He exagerado un poco; el niño este solo se ha metido con mi escote.

La joven llevaba un vestido de raso en color rojo inglés que llevaba un escote en pico que casi le llegaba a la cintura por delante y con la espalda descubierta, que le sentaba de escándalo.

—Pues estás preciosa, cariño —afirmó Raquel en un intento de quitarle los morros a su amiga.

—Gracias, cielo, tú sí que estás deslumbrante hoy —le correspondió al tiempo que se levantaba de la mesa y abrazaba a su amiga—. Está siendo una boda fabulosa, salvo por algún invitado...

Mientras las dos amigas hablaban, Dante se acercó a Carlos y se agachó para hablar con él en privado.

—Carlos, por favor, compórtate. Esto no es propio de ti.

—Perdóname, Dante. Tienes razón, pero es que esta tía me enerva y me saca de mis casillas.

—Pues contrólate o tendré que llevarte a la mesa de los niños —se guaseó Dante.

—Tranquilo. Ya me controlo.

De ahí, la pareja visitó la mesa donde estaban los hermanos del novio.

—¿Y mis sobrinos?, ¿cómo lo están pasando? —preguntó enseguida Raquel.

Para la joven, los sobrinos de Dante eran los suyos desde el primer día que se prometieron. Los adoraba y pasaba horas y horas jugando con ellos cuando los visitaban en Madrid.

—Están encantados con los monitores que se están ocupando de ellos. De vez en cuando voy a verlos, pero no me hacen ni caso —le comentó Beba.

—Me alegro, para eso están.

—Oye, Raquel, no me has dicho si te ha gustado el chaqué que elegí para Dante. ¿A que va hecho un pimpollo? Si llegas a ver el esmoquin que quería él... Se parecía a uno que llevó Messi a una entrega del Balón de Oro —se burló Yoli.

—¿En serio?, ¿cuál? Messi ha llevado varios a ese evento que son para enmarcar —preguntó Raquel entre risas.

—Uno de lunares.

—¡Eh! ¡Que te lo dije de broma! —protestó Dante.

—Ya..., ya..., de broma...

Dante iba muy elegante con un chaqué en azul Prusia, camisa blanca y corbata del mismo azul con motitas blancas, igual que el pañuelo que llevaba en el bolsillo superior de la chaqueta.

—Pues me alegro de que lo acompañaras a comprarse el traje, porque está de modelo de pasarela —le agradeció Raquel al tiempo que le echaba una mirada complacida a su nuevo marido.

—¿Y ahora qué vais a hacer? —curioseó Yoli.

—Ahora, ¡a tener hijos! —respondió Raquel a la vez que les guiñaba un ojo

a las hermanas de Dante sin que él lo percibiera.

—¿Cómo?! —exclamó Dante.

—Hombre, yo tengo que complacer a mi suegra. ¿No era eso lo que más ansiaba? Además, a mí me dan mucha envidia tus hermanas y quiero pillarlas cuanto antes. ¿Qué te parece la parejita en un par de años?

—¿Eh?! —exclamó el joven mesándose el cabello.

Raquel no pudo aguantar más y soltó sus peculiares carcajadas al aire a la vez que abrazaba a su marido. Sus cuñadas la siguieron con las miradas llenas de cariño hacia la pareja.

—Eres un cielo, amor.

—Y tú, una bruja guasona, canija —sonrió Dante al comprender la broma.

—Anda, vamos con nuestros padres, que los tenemos abandonados en la mesa presidencial y a saber lo que les está contando mi padre a los tuyos.

Había llegado la hora del baile. Dante la cogió de la mano y la condujo hasta un gran entarimado que había instalado para usarlo como zona de baile. El joven la colocó frente a él, le tomó sus manos y se las puso alrededor de su propio cuello y luego él colocó las suyas en la cintura de Raquel.

Y comenzó a sonar. Con los primeros acordes, antes de que empezase la canción, la joven ya la había reconocido. El mundo se paralizó y se desvaneció a su alrededor y solo quedaron ellos dos.

Enseguida le vinieron a la mente las imágenes de ellos dos en el banco donde todo había comenzado, dentro de la fortaleza subterránea del castillo de Brézé. Esa noche, su primera noche juntos, los dos habían compartido sus gustos y aficiones y ella le había confesado que su canción preferida era el tema principal de la película *Armagedón*, «I don't want to miss a thing», de Aerosmith.

Así que, cuando él le cantó al oído, casi se derrite entre sus brazos.

*I could stay awake just to hear you breathing,
watch you smile while you are sleeping.
While you're far away and dreaming,
I could spend my life in this sweet surrender,
I could stay lost in this moment forever.
Where every moment spent with you
is a moment I treasure.*

*Don't want to close my eyes,
I don't want to fall asleep
because I'd miss you, baby.
And I don't want to miss a thing
because even when I dream of you
the sweetest dream would never do.
I'd still miss you, baby
And I don't want to miss a thing*

*Lying close to you,
feeling your heart beating.
And I'm wondering what you're dreaming,
wondering if it's me you're seeing.
Then I kiss your eyes and
thank God we're together.
And I just want to stay with you
in this moment forever, forever and ever.*

*I don't want to close my eyes,
I don't want to fall asleep
because I'd miss you, baby.
And I don't want to miss a thing
because even when I dream of you
the sweetest dream would never do.*

*I'd still miss you, baby.
And I don't want to miss a thing,
I don't want to miss one smile,
I don't want to miss one kiss.[33]*

—Cariño —susurró Dante en el oído de Raquel para que lo oyera por encima de las últimas estrofas de la canción—, parece como si esta canción hubiera sido escrita para este día, para que yo pudiese decirte todo lo que siento con las palabras más bellas posible.

—Tú te has empeñado hoy en dejarme sin respiración, amor. ¿Qué se supone que puedo responder yo a eso?: ¿un simple «yo también»?

—Cierto día, tú me dijiste que te demostrara lo que sentía si quería que me creyeras.

—Bien..., bien... ¿Me estás desafiando a que te lo demuestre?

—¡Ah! No sé..., tú sabrás... —Le lanzó una sonrisa burlona.

—¡Está bien! Voy a hacer algo por ti: voy a provocar yo misma mi torpeza.

Raquel se soltó de los brazos de Dante y echó a trotar, agarrando la falda en dirección a la piscina, mientras soltaba unas alegres risotadas. Él se quedó bloqueado al principio pero, al darse cuenta de lo que pretendía hacer la joven, echó a correr en pos de ella. Los invitados, que hasta ese momento los observaban con ternura ante las muestras de cariño de los dos, se quedaron estupefactos al ver a Raquel echar a correr. Oían a la joven reír y a Dante llamarla a gritos. Poco a poco el novio se acercaba a su recién esposa, alargaba los brazos como si fuesen a estirarse lo suficiente como para agarrarla, pero no lo conseguía. Le quedaban pocos metros para llegar a la piscina cuando, de un par de patadas, se desprendió de los altos tacones y siguió avanzando, aunque ahora el largo del vestido se le enredaba en los pies y dificultaban su carrera. La gente se había ido poniendo de pie para ver qué era lo que pasaba: si Dante llegaba a tiempo o no. Cuando al fin consiguió llegar al borde de la piscina, encogió los brazos sobre sus pechos para lanzarse a ella al estilo bomba y dio un salto en el mismo momento en que

notaba una mano que la agarraba de la cintura.

Un largo «ohhhhhhhh» sonó entre los invitados cuando...

FIN

Agradecimientos

En primer lugar, a mi hija Raquel, que no solo me proporcionó el nombre de mi protagonista, también bebí de su amor por los viajes (algo que compartimos los cuatro miembros de la familia) y de su «torpeza» (muy exagerada en la novela), e incluso le robé alguna que otra anécdota.

Como curiosidad, he de decir que, precisamente mi hija, es la única de la familia que no ha estado en las ciudades de Francia que la protagonista visita en la novela.

También tengo que hacer una mención especial a mi hijo, el *scouter* Óscar del Grupo Scout Nyeri de San Vicente del Raspeig (Alicante), y a la labor altruista que hacen estos jóvenes, dedicados a dar valores a niñ@s y muchach@s por medio del juego y la convivencia.

A todo aquel con quien me cruzo, porque contribuye a crear nuevos personajes y situaciones de forma inconsciente. Observar a nuestro alrededor es básico para un escritor. De ahí surgen la mayoría de las historias.

A Penguin Random House, B de Book y el grupo Selección en pleno, encabezado por Lola e Iría, que nos están preparando un futuro muy prometedor y con quienes, junto con mis compañer@s, vivo momentos únicos.

Y, por supuesto, a ti. Sí, a ti. ¡Hola! Gracias a ti por tener mi novela entre tus manos. Espero que, por lo menos, hayas pasado un rato agradable. O, si puedo pedir, que te hayas divertido, porque ese era el fin de esta historia.

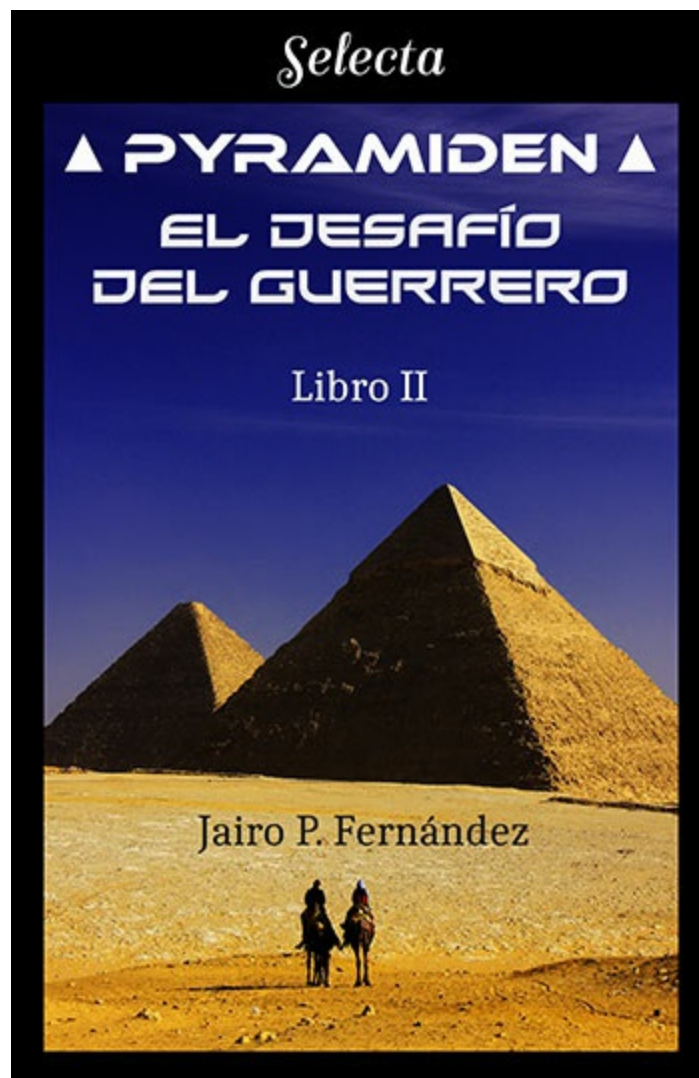
Si te ha gustado

Tú alteras mi mundo

te recomendamos comenzar a leer

Pyramiden. El desafío del guerrero

de *Jairo P. Fernández*



LA SELVA LACANDONA

Me dejé caer en el respaldo del helicóptero y volví la cabeza hacia el recinto arqueológico de Chichen-Itzá; el cielo se había cubierto de nubes de diferentes tonalidades y podía apreciarse una espiral de luz azul salir de lo alto de la pirámide que dispersaba las estelas de los aviones. Kukulcán, el Castillo de la Serpiente Emplumada brillaba con una fuerza que hacía pensar que todo había salido bien.

¡Bip, bip, bip, bip...!

¡Bip, bip, bip, bip...!

De pronto las alarmas del helicóptero empezaron a sonar. El piloto intentó «calmarnos», pero cuando nos dijo que perdíamos combustible y que no nos daría tiempo de llegar a la base, nos miramos acojonados. No nos quedaba más remedio que hacer un aterrizaje de emergencia, pero ¿dónde? A nuestro alrededor no había más que selva y árboles por todas partes. Era imposible hacer tierra.

Perdimos altura rápidamente. Y a partir de ahí lo único que recuerdo es ver bajar el aparato hacia la selva. Ahí creí que se había terminado todo. Recuerdo que pensaba: «Me voy a meter una hostia de cojones». Todo ocurrió muy rápido. Hubo un golpe muy fuerte y salí disparado del helicóptero. No pude calcular el tiempo que estuve inconsciente, pero cuando desperté seguía atado a los arneses del asiento, me dolía todo el cuerpo y mi nariz no paraba de chorrear sangre.

El panorama en el que me hallaba era desolador. Me encontré a don Manuel por un lado, medio inconsciente; a Juan por otro, que sangraba por la cabeza; y al subcomandante Tacho y a los soldados desperdigados por el suelo como

fichas de dominó. Uno de los militares tenía la pierna destrozada y se le veía la tibia entera abierta; otro no paraba de sangrar por la boca, y venga a escupir sangre, hasta que finalmente dejó de moverse.

Lo primero que hice fue intentar desabrocharme del asiento para ayudarlos, pero no me pude soltar, ya que el anclaje estaba bloqueado. Lo único que podía hacer era gritar y pedir socorro. ¿Pero quién iba a oírme ahí en medio de la selva? Solo había serpientes venenosas, hormigas y mosquitos por todas partes.

Cuando pensaba que iba a terminar mis últimas horas devorado por hormigas carnívoras o como tentempié de cualquier otro animal salvaje, de pronto, de entre la espesura de la selva, emergieron hombres y mujeres con largas túnicas blancas y radiantes. Al verlos, lo primero que pensé, fue que habíamos muerto y que eran ángeles que habían venido a buscarnos. Pero, al fijarme mejor en los extraños seres, vi que portaban algo parecido a lanzas con puntas de flecha. No parecían para nada ángeles; tenían la piel oscura y el pelo lacio y negro. ¿Ángeles negros? Entonces, me di cuenta de que los «ángeles» no eran seres alados ni venían del cielo para guiar nuestras almas descarriadas al paraíso, ¡eran indígenas! Los nativos se acercaron al helicóptero o, mejor dicho, lo que quedaba de él, y lo examinaron sorprendidos como si fuese un aparato de otro planeta. Luego, se aproximaron a nosotros y nos miraron casi tan asombrados como cuando Colón y sus marineros desembarcaron por primera vez en estas tierras portando espadas y hablando de forma rara.

Tras el shock inicial, los indígenas arrancaron unas hojas de un vivo color verde de unos arbustos y prepararon un ungüento con el que cubrieron nuestras heridas. «*JALALE, JALALE*», no dejaban de repetirnos mientras nos daban a beber agua de unas calabazas. Luego cortaron unos palos largos con unos machetes y los ataron con lianas hasta formar unas especies de cestas, en las que cargaron nuestros cuerpos y nos llevaron a través de la selva. Una hora después llegamos a su poblado. Las chozas, que formaban un anillo alrededor de una choza más grande y de forma rectangular, estaban construidas con

palos, hojas y fibras de palma. Algunos niños, al vernos, se ocultaron en las cabañas, mientras que otros se quedaron cobijados detrás de las piernas de sus madres, mirándonos con timidez. Don Manuel parecía comprender su dialecto y se comunicó con ellos mediante señas y algunas palabras que no entendí. Nosotros no comprendíamos nada de lo que decían, pero intuíamos que allí, alejados de los soldados, del tableteo de las ametralladoras y de todo ese mundo que habíamos dejado atrás, y al que no deseábamos volver, nos encontrábamos seguros, en paz.

Luego, se puso a llover con fuerza y nos llevaron a una de las cabañas. La vivienda era de forma circular y consistía en un cuarto principal, posiblemente utilizado como dormitorio, y otro cuarto en el centro de la choza donde había un fogón en el que una mujer indígena cocinaba algo envuelto en hojas de palma. El humo que salía del fuego era incómodo y me picaban los ojos, pero por otro lado mantenía alejados a los insectos y, además, como me contaron más tarde los propios indígenas, servía para ahumar y conservar la carne. Tras comer algo, tiraron unas mantas en el suelo y nos acostamos junto al calor de la lumbre. Lo último que recuerdo de esa jornada fue la visión de los indígenas que hablaban junto al fuego y trabajaban en sus quehaceres diarios, tejían fibras, curtían cuero o tallaban flechas, en silencio y en voz baja, sin hacer un exceso de ruido, buceando en la magia vital que los envolvía.

La mañana siguiente nos pasamos todo el día achicando el agua que entraba como ríos desbordados dentro de la cabaña. Terminamos abatidos y mojados, tiritando de frío mientras intentábamos que el agua no terminara por arruinar todo el conjunto. Cuando drenábamos agua para evitar males mayores, don Manuel no dejaba de repetirnos ese mantra que tenemos últimamente como señera: «Hemos venido a servir; sirves o no sirves».

Por suerte, en la comida, nos tomamos toda esta aventura con humor, hablando de cosas absurdas que nos hacían reír y observando cómo el ánimo, antes minado y por los suelos, se revolvía para intentar observar la vida con más alegría. Tuvimos la oportunidad de hablar y alzar la mirada para recordar

por qué estábamos aquí y el porqué del trabajo que estábamos haciendo. Enseguida surgieron las palabras «compromiso» y «responsabilidad», acordándonos de lo que pasa en el mundo, de las guerras, de los conflictos y las injusticias, recordando el estadio primitivo en el que el ser humano aún se encuentra y animándonos en el trabajo interior y exterior para seguir colaborando con el progreso humano.

Es evidente que podríamos estar en algún lugar más confortable, mirando hacia otro lado mientras intentamos llevar una vida cómoda y apartada. Pero el sentido de responsabilidad y compromiso con nosotros mismos y con el mundo nos alejan de esa peregrina idea. Estamos aprendiendo a cuidarnos, a ser mejor cada día para ofrecer lo mejor, pero luego recordamos todo lo que hay por hacer y nos falta tiempo para ordenar nuestra vida con la vida.

Los siguientes cinco días fueron realmente duros. El primer día, como no paraba de llover, lo dedicamos a arreglar el tejado de la cabaña por el que había empezado a entrar agua. También dedicamos el tiempo a limpiar de maleza un pequeño camino que se introducía en la selva para poder realizar esas cosas tan escatológicas y tan necesarias para el normal funcionamiento del cuerpo humano. Los indígenas nos dieron algunas lecciones de cómo sobrevivir en la selva: nos enseñaron de dónde sacar agua potable, qué tipo de insectos podíamos comer, qué tipo de hojas podríamos frotarnos en el cuerpo para repeler a los mosquitos, también aprendimos de qué animales e insectos alejarnos y cómo pedir ayuda en caso de perdersnos.

Nuestro plan era regresar a la civilización en cuanto se curaran nuestras heridas. Lo que no imaginábamos era que los días se convertirían en semanas en aquella aldea alejada de la mano del hombre. Tampoco sabíamos que la selva te enfrentaba a ti mismo, a tus miedos, a tus temores, a tus demonios personales; era como regresar a la escuela donde vuelves a aprender a ser completamente humilde ante la grandeza de todo cuanto te rodea.

Con el transcurrir de los días, el lugar se volvió más confortable y hermoso.

Los amaneceres eran únicos, con los quetzales que cruzaban la selva húmeda y acariciaban los follajes como si fueran fantasmas alados, y qué decir de aquella bruma permanente que se apoderaba de la belleza volviéndola casi divina. Me emocionaba ver a los animales en su hábitat natural, libres y soberanos; algunos muy peligrosos. Pude ver osos hormigueros, una anaconda, varias boas constrictor, ranas venenosas, tarántulas, diferentes especies de hormigas, monos aulladores y jaguares. Lo mejor, sin duda, fue la gente que conocí: indígenas descontaminados de todo lo que representaba la civilización moderna, ingenuos como niños, pero con la sabiduría que les había proporcionado la Selva Madre. Tal vez fue el destino, o tal vez la casualidad, pero ¿cuántas probabilidades había de que los indígenas dieran con nosotros en esta vasta inmensidad de color verde? La verdad, no lo sé pero, si no hubiera sido por ellos, ahora mismo estaríamos muertos.

Tiempo después, descubrí que se trataba de una tribu de lacandones, descendientes de los mayas que habitaron en la selva en la frontera entre México y Guatemala. Los lacandones se llaman a sí mismos *hach winik*, que significa «verdaderos hombres». Con ellos conocí algunas de sus costumbres y de sus extraordinarias leyendas, muchas de ellas surgidas en torno a la selva sagrada. Un indígena lacandón, ya bastante anciano, me contó que hacía años vieron sobrevolar por encima de su poblado un aparato con forma de plato de comida, pero invertido. Aparecían cada dos por tres ¡y hasta se les veían las caras por las ventanillas! Los llamaban los «seres extraños», nunca dijeron extraterrestres, tal vez ni siquiera conocían esa palabra, pero hablaban de ellos como si fuera algo normal en sus vidas.

En esas semanas había prevalecido la fuerza y la constancia, la voluntad para aguantar las condiciones tan duras en las que estábamos viviendo. Con el transcurrir de los días, sentíamos que poseíamos todo lo que una persona pudiera tener para ser feliz, porque la felicidad nunca dependerá de las cosas que uno posea, sino de la actitud con la que uno se enfrenta a esas cosas. La sencillez y la humildad de tener poco nos ayudó a no tener que preocuparnos

por las diez mil cosas de las que nos distraía la civilización moderna, haciéndonos profundizar en la existencia misma. Aquí la vida no tenía sentido si no era compartiéndola con los demás, para los demás, hacia los demás. La unidad que viví aquí no podía entenderse sin el conjunto que se representaba junto a los otros. El «yo», minúsculo e insignificante, aquí no tenía sentido sin el «tú».

En los últimos días, cierta ambición nacida de cierta necesidad se apoderó inevitablemente de nosotros. Esta surgió cuando, ante una enfermedad extraña, uno de los miembros se vio imposibilitado para caminar y tuvimos que esperar a que se recuperase. Fue una de esas infecciones capaz de tumbar a cualquiera sin poder moverse. Solo entonces nos dimos cuenta de la importancia de tener medicamentos en la selva pero, sobre todo, de la importancia de tener la higiene mínima, así como de un lavabo cerca para poder asearnos.

No sé cuantas semanas estuvimos en el poblado, quizás dos, o tres, no lo recuerdo bien pero, el día que abandonamos la aldea, el cielo se abrió y dejó de llover como si «algo» favoreciese nuestro viaje. Los indígenas nos guiaron a través de la frondosidad de la jungla. El sendero era tupido e incómodo, con plantas espinosas y raíces peligrosas que ralentizaban y entorpecían nuestra marcha. El arqueólogo no hacía más que tropezar y caerse. De pronto, el bigotes topó con una raíz y perdió el equilibrio, con tan mala suerte que soltó el machete, y el mango se encajó entre dos raíces con el filo apuntando hacia arriba, y fue a caer justo encima lo que le produjo un corte en el costado izquierdo. Menos mal que la punta del machete se le había roto el día anterior al golpear con él contra una roca y solo le cortó superficialmente, si no, tal vez el bigotes hubiera quedado ensartado en el machete como un pincho moruno. ¡Qué irónico! ¡Se salvó del accidente del helicóptero y en el momento de volver de nuevo a la civilización a punto estuvo de matarse en un ridículo accidente!

El último día de travesía llegamos a una pequeña aldea. Allí nos despedimos de los indígenas, no sin antes llorar de emoción por dejar atrás ese mundo

hermoso y bueno en el que habíamos vivido, agradecidos a los lacandones, los
«hombres verdaderos»

Dante por fin comprendió que el verdadero amor nunca muere, solo que a veces hace falta dar un rodeo de nueve años para darse cuenta y... unos cuantos tropiezos.

Un viaje atolondrado hacia el amor lleno de situaciones divertidas.



El jefe de Dante lo obliga a velar de su despistada y torpe hija sin que ella lo sepa, durante un viaje turístico, por temor a que le suceda algo. Y no estaba equivocado. Dante se las ve y se la desea para que, a la que él creía una chica sosa, no le pasase nada. Pero al mismo tiempo la va conociendo y cada vez le gusta más su personalidad alegre y alocada, hasta que ella descubre el engaño y lo deja plantado. No se vuelven a ver hasta...

Nueve años después, Raquel se ha convertido en una preciosidad, aunque sigue siendo igual de patosa y risueña y llena la vida a todo el que la rodea de situaciones cómicas. Dante pretende seguir con la amistad entre ellos, pero la joven es reacia y más cuando escucha una apuesta sobre ella entre Dante y sus amigos. Por eso elabora un plan para mantenerlo a distancia, aunque..., no es una maravilla de plan...

¿Raquel podrá mantener a raya a Dante o él conseguirá convencer a la joven de sus sentimientos?

¿Saldrán ilesos de sus encuentros o necesitarán tiritas para más lugares que el corazón?

Begoña Gambín. Nací en Alicante en 1964. Casada y con dos hijos, soy una lectora voraz desde que mi abuela me inició en la lectura con las inmortales novelitas rosas de Corín Tellado y Carlos de Santander, aunque mi afición por la lectura me llevó a leer todo tipo de géneros. Hace bastantes años que me entró el gusanillo por escribir, sin embargo, mis trabajos (el de mi empresa y el de casa) no me dejaban tiempo para dedicárselo. Hace unos años (ahora tengo más tiempo libre) descubrí la nueva novela romántica y con ella, un nuevo género para escribir que me apasiona.

Edición en formato digital: julio de 2018

© 2018, Begoña Gambín

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-02-9

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

NOTAS

- [1] *Monitores scouts.*
- [2] En catalán: *¡Adiós!*
- [3] En catalán: lo podríamos traducir como *¡Venga!* o *¡No puede ser!*
- [4] En catalán: *Hija mía.*
- [5] En catalán: *Te quiero.*
- [6] En catalán: *¡Muy bien!*
- [7] En catalán: *De acuerdo.*
- [8] En catalán: *¡Cojones!*
- [9] En Cataluña: *Pantalones vaqueros.*
- [10] En Cataluña: *Zapatillas deportivas.*
- [11] En catalán: *¡Soy una cabeza de chorlito!*
- [12] En catalán: *¡¡Me cago en todo!!*
- [13] En catalán: *Este chico está espectacular.*
- [14] En catalán: *¿Despeinada, yo? ¡No!, lo que pasa es que mi cabello tiene libertad de expresión.*
- [15] Se está haciendo tarde,
yo estoy de camino a mi sitio favorito.
Tengo que mover el cuerpo, sacudirme el estrés
No estaba buscando a nadie, cuando miraste hacia mí.
Un posible candidato, sí.
- [16] Quiero llevarte conmigo,
vamos a escapar hacia dentro de la música.
DJ, déjala sonar, yo simplemente no puede negarme.
Me gusta cómo haces esto,
sigue balanceándote al ritmo.
Por favor no pares la, por favor no pares la música.
- [17] En catalán: *Tío o tronco*, a nivel coloquial.
- [18] En francés: *¡Perdón!*

- [19] Escucho que las campanas de Jerusalén están sonando, los coros de la caballería romana están cantando.
- [20] En catalán: *¡Cojones!*
- [21] En catalán: *¡Esto parece chicle! ¡Puagg, qué asco! Pero me voy a aguantar. No le voy a dejar ganar a ese tocacojones.*
- [22] En catalán: *Tonto.*
- [23] En catalán: *¡Joder!*
- [24] En catalán: *No hay nada de nada.*
- [25] Silueta de los edificios en el horizonte.
- [26] En catalán: *Tocacojones, pesado, molesto.*
- [27] Coloquialmente *peseta*, antigua moneda española.
- [28] En catalán: *¡Madre mía!*
- [29] En inglés: *Juego terminado.*
- [30] *Harto.*
- [31] En catalán, traducido de forma literal: *huye*. De forma coloquial se suele usar para hostigar a alguien a que se vaya.
- [32] En catalán: *Querido papá.*
- [33] Podría estar despierto solo para oírte respirar,
mirar tu sonrisa mientras estás dormida,
mientras estás lejos y soñando.
Podría gastar mi vida en esta dulce rendición,
podría estar perdido en este momento para siempre,
en donde cada momento gastado contigo
es un momento que atesoro.
No quiero cerrar los ojos,
no quiero caer dormido
porque te echaría de menos, cariño.
Y no quiero perderme una sola cosa,
porque incluso, cuando sueño contigo,
el sueño más dulce nunca evitaría.
Que todavía te echara de menos, cariño,
y no quiero perderme una sola cosa.
Recostado cerca de ti,

sintiendo los latidos de tu corazón,
y me pregunto qué estarás soñando,
me pregunto si es a mí a quien estás viendo.
Entonces beso tus ojos y
doy gracias a Dios porque estamos juntos.
Y solo quiero estar contigo,
en este momento, para siempre, para siempre jamás.
No quiero cerrar los ojos,
no quiero caer dormido
porque te echaría de menos, cariño.
Y no quiero perderme una sola cosa,
porque incluso, cuando sueño contigo,
el sueño más dulce nunca evitaría.
Que todavía te echara de menos, cariño,
y no quiero perderme una sola cosa,
no quiero perderme una sola sonrisa,
no quiero perderme un solo beso.

Índice

Tú alteras mi mundo

Capítulo 1. Un reencuentro inesperado

Capítulo 2. ¡Papá, tengo veintidós años!

Capítulo 3. Dante, te necesito

Capítulo 4. ¡Eres tonto!

Capítulo 5. La mochila propulsora

Capítulo 6. Maratón en Narbona

Capítulo 7. Un encontronazo no casual

Capítulo 8. Conversaciones surrealistas

Capítulo 9. Un día de palizas

Capítulo 10. El ladrón fantasma

Capítulo 11. Diez minutos hipermegalargos

Capítulo 12. Distintos tipos de sudor

Capítulo 13. ¡Que empiece la música!

Capítulo 14. Euforia en Toulouse

Capítulo 15. Una larga travesía movida

Capítulo 16 ¡Encerrados!

Capítulo 17. Pasión en la gruta

Capítulo 18. Bye, bye, Brézé

Capítulo 19. Frenesí

Capítulo 20. Fin... Por ahora

Capítulo 21. Una oferta de trabajo

Capítulo 22. Aclaraciones

Capítulo 23. Sólo un besito

Capítulo 24. Una apuesta fatal

Capítulo 25. El plan

Capítulo 26. Ocupada

Capítulo 27. Esposas para una esposa

Capítulo 28. Dos rechazos en la misma noche

Capítulo 29. La socorrista socorrida

Capítulo 30. Noche de caza
Capítulo 31. Desmadre a la americana
Capítulo 32. Sencillamente amor
Capítulo 33 ¡A trabajar!
Capítulo 34. ¿No huele a quemado?
Capítulo 35. De cumpleaños
Capítulo 36. Esto se pone calentito
Capítulo 37. ¡Me hago pipí!
Capítulo 38. ¡Una de chupitos!
Capítulo 39. Una imponente mole
Capítulo 40. Por fin llegó la boda
Capítulo 41. Obsesión
Capítulo 42. Objetivo en marcha
Capítulo 43. Duelo de titanes
Capítulo 44. Complot
Capítulo 45. Rebozados en harina
Capítulo 46. La pasión se desata
Capítulo 47. ¡Socorro!
Capítulo 48. Llegó el momento de la verdad
Epílogo. ¿Un final feliz?
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Begoña Gambín

Créditos